

ENTREMUROS

-LAS PRISIONES EN LA TRANSACCIÓN DEMOCRÁTICA-

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar a todos aquellos compañeros y compañeras que crearon los comités de apoyo de Nou Barris, a Yoyi, Diego, Pili, Jose, Maite, Sole y a muchos otros de los que no recuerdo el nombre.

Sobre todo a mi madre fundadora del Comité de Apoyo al Caso Scala de Nou Barris, que supo afrontar las incongruencias del tiempo y de sus propios compañeros de partido y que dedicó una buena parte de su vida a defenderme primero a mí y después a muchos presos que no tenían a nadie en la calle.

A mi padre, por los largos desplazamientos que hacía al volante de su Renault doce familiar, para que los míos pudieran visitarme allá donde me llevaran.

A mi abuelo, miembro también de la C.N.T., que destinó una parte importante de sus ahorros para que mi familia pudiera desplazarse por las diferentes prisiones del estado.

A mi ex compañera Pilar, que aguantó estoicamente los siete años y medio que nos mantuvieron separados.

A mis tías Magda y María por los succulentos paquetes de comida que me hacían llegar durante los periodos que pasé en La Modelo de Barcelona.

Y sobre todo a todos aquellos compañeros presos que nunca se dejaron doblegar por el sistema, que siempre estuvieron luchando por intentar cambiar la situación en las prisiones españolas y que no pudieron porque a nadie le interesaba que cambiaran, ni a los diferentes gobiernos, ni a los diferentes grupos que supuestamente ejercían de oposición.

Tal vez, algún día, sea real aquel sueño de que la democracia llegue a las prisiones, aunque mientras existan prisiones, dudo que eso llegue a suceder.

PRÓLOGO

El presente libro, pretende ser una denuncia de los sistemas penitenciario y judicial durante los primeros años de la democracia en España.

Todos los hechos narrados se relatan tal como sucedieron, aunque deben pedir disculpas si el paso de los años ha borrado de mi mente alguna cuestión importante.

Los nombres de los personajes que aún están vivos, han sido substituidos para no herir la sensibilidad de nadie.

Sólo algunos nombres son reales, bien porque los personajes están ya muertos, bien porque fueron tan malas personas que creo que merecen ocupar una parte de este libro con sus verdaderos nombres.

Los apodosos son todos verdaderos, porque si los cambiara, desvirtuarían demasiado la realidad.

El libro, constituye la historia de las prisiones españolas que viví en propia carne. En él, relato algunas de las circunstancias que se sucedieron y que para mi modo de ver tienen la suficiente importancia como para que el lector descubra que entre mil novecientos setenta y ocho y mil novecientos ochenta y cinco, la democracia no hizo acto de presencia en las prisiones.

Los funcionarios seguían siendo los mismos que cuando Franco y las formas de hacer eran no sólo idénticas sino más salvajes si cabe.

Me resulta necesario criticar a toda aquella izquierda que si bien durante el franquismo vivió el terror de intramuros, se olvidó totalmente de los derechos humanos de los presos y presas en cuanto vieron que podían dedicarse a vivir de la política.

Durante esos siete años y medio estuve en diferentes cárceles españolas acusado por el caso Scala, un delito que no cometí y del que nunca la justicia pudo demostrar nuestra culpabilidad.

Entré en prisión con diecinueve años recién cumplidos y salí en libertad a punto de cumplir los veintiséis. La juventud perdida en la cárcel a causa de un montaje del Estado contra el Movimiento Libertario español y más concretamente contra la C.N.T.

A alguien le puede parecer extraño que no incluya pistas en lo que se refiere al Caso Scala, la verdad es que no tengo ni idea de las personas que cometieron aquel brutal y asesino atentado que costó la vida a cuatro trabajadores.

Seguramente, la verdad, como de costumbre sólo se sabrá una vez que hayamos muerto, pero soy consciente que aunque algún día se sepa la verdad, nunca los tribunales decretarán nuestra inocencia y nunca el sistema nos pedirá perdón por el daño que durante años nos causó. No lo hicieron con el Caso Savolta, tampoco con el caso Sacco e Vancetti, no lo hicieron con el Caso Granados y Delgado y tampoco lo harán nunca con el Caso Scala.

Mi conciencia y la de mis compañeros, aquellos que sufrieron también las consecuencias del sistema, está totalmente intacta.

El terrorismo de Estado ha existido siempre, no lo inventó el PSOE con el GAL, ya con el gobierno de la UCD, estaba al orden del día: Batallón Vasco—Español, Triple A, mafias policiales, etc...

El que esté libre de culpa, que tire la primera piedra.

Dieciocho de enero de mil novecientos setenta y ocho.

Después de setenta y dos horas de interrogatorios y torturas, procedentes de la Dirección General de Seguridad de Barcelona (DGS), en un furgón blindado de la policía nacional y con una fuerte escolta, llegamos a la prisión Modelo de Barcelona, tres nuevos internos.

Pedro, Armando y yo.

Nos conocíamos de la calle, los tres éramos militantes de CNT, dos del sindicato del metal y uno de oficios varios, además vivíamos en el mismo barrio.

Nos acusaban del atentado contra la Sala de Fiestas SCALA de Barcelona. La policía nos había torturado porque pretendían demostrar ante la opinión pública que habían desarticulado un grupo armado y para ello, debían encontrar armas en algún lugar.

Sobre la SCALA, recuerdo que al ser detenido, en un pequeño cuarto de la DGS en el que me introdujeron al llegar a comisaría, había sobre una mesa una carpeta de cartón en la que en letras mayúsculas se podía leer: "CASO SCALA" (FÓSFORO DEL PANI). Hasta pasados unos meses no llegaría a entender el significado de aquella carpeta.

Las declaraciones ya las tenía confeccionadas la policía, lo único que necesitaban era tiempo para que las firmáramos.

Para justificar que éramos un grupo armado, decidieron que formábamos parte de un comando de la FAI, cuando ni la FAI tenía comandos ya, ni nosotros pertenecíamos a esa organización libertaria. Sólo pudieron arrancarnos que pertenecíamos a diferentes sindicatos de la CNT.

Durante aquellos días, las comisarías de Barcelona se llenaron de militantes de CNT, las celdas estaban abarrotadas, sin embargo, Armando, Pedro y yo estábamos incomunicados en celdas individuales, en los pocos momentos que dejaban de torturarnos. pues la prensa decía que gracias al buen trabajo de investigación de los cuerpos de seguridad del Estado, habían descubierto a los autores materiales del atentado terrorista, cuando días antes de que empezara a arder la sala de fiestas SCALA, habían elegido unas cabezas de turco para hundir la CNT y el Movimiento Libertario, ¿Porqué nos eligieron a nosotros y no a alguien con peso en la organización, o a alguien que estuviera practicando la lucha armada? Eso no lo sabremos nunca.

A los pocos minutos de estar en la Dirección General de Seguridad, empezaron las torturas, preguntándome básicamente por las armas que según ellos escondíamos en mi casa y por el atraco que, también según ellos, íbamos a hacer en el canódromo de Avenida Meridiana. Después me torturaron durante horas para que reconociera haber cometido un atraco en el Carrefour de Tarragona, cuando yo no había estado nunca en esa ciudad. Más tarde se dedicaron a torturarme preguntándome sobre unas pistolas automáticas y unos fusiles ametralladores que yo no había visto en mi vida.

Estaba claro que me torturaban por pasar el tiempo, por amor a esa profesión tan valiosa por la que mediante el sufrimiento de unos pocos, se mantiene un Estado corrupto desde su existencia.

Me amenazaron con violar a mi compañera.

—Como estáis acostumbrados a eso del amor libre, unos cuantos polvos de más le pueden dar hasta gusto —me decían los muy cabrones.

De repente me llevaron a una rueda de reconocimiento. Me introdujeron en una habitación con un gran espejo y a los pocos minutos me sacaron a golpes diciendo que me habían reconocido.

—¡Que sí, que tu estabas en la SCALA, cabrón, quién más estaba contigo!.

—Acabamos de detener a tu colega Armando y no tardaremos en coger a Pedro.

¿Porqué coño me preguntaban quién más estaba conmigo si ya tenían claro a quien le iban a cargar el muerto?

Después de otro espacio interminable de interrogatorio y torturas, me llevaron a un cuarto con olor a petróleo, me hicieron fotografías de frente, de espaldas y de ambos costados, tomaron las huellas dactilares de todos los dedos de mis manos y de mis pies y, de nuevo, vuelta al cuartucho de los interrogatorios.

Calculo que llevaba dos días enteros de interrogatorios, sin comer ni beber nada y sin dormir, cuando de repente me bajaron a los calabozos y pensé que ya no me iban a torturar más, que se habían dado cuenta que nada tenía que ver con el atentado en cuestión.

En cuanto entré en mi celda, entró detrás un policía nacional con gorra de plato y cargado de galones.

—Eres un asesino —me dijo— si pudiera te mataba aquí mismo.

Salió de la celda, se cerró la puerta e inmediatamente oí mi nombre y mis apellidos, me llevaban de nuevo a interrogatorio.

Volvieron a pasar interminables las horas de tortura, mi cabeza ya no tenía fuerzas para nada, mi cuerpo era un saco de patatas, una cosa inútil que me molestaba hasta para respirar.

Al anochecer del tercer día, consiguieron que firmara una declaración que no pude leer porque cuando lo intenté, me aplastaron la cara contra la mesa de hierro.

Me bajaron a los calabozos.

—¡Vaya, tienes mala suerte, eh!, acabamos de repartir la cena —dijo un policía nacional nuevo.

Me tumbé sobre el poyete de hormigón que servía de asiento o de camastro en aquella maloliente i oscura celda, pero me incorporé enseguida porque todos los músculos de mi cuerpo me dolían demasiado.

Apenas me había reincorporado, cuando de nuevo oí el eco de ultratumba gritando mi nombre i mis apellidos.

Esta vez no me llevaron a interrogatorio. Me colocaron en un pasillo junto a Armando y a Pedro.

—Conducción a la cárcel —dijo un policía.

Esposados con las manos a la espalda, nos hicieron subir a un furgón y, de la DGS nos llevaron a un lugar que nunca he podido recordar.

Nos hicieron bajar del furgón.

—Vais a declarar ante el juez. Como rectificáis la declaración, tengo permiso para torturaros setenta i dos horas más —nos dijo el comisario que había participado en los interrogatorios.

El que teóricamente era el juez, estaba acompañado por alguien que tomaba notas, por el comisario y por dos policías que también habían participado en los

interrogatorios.

Yo pensaba que de comisaría nos iban a llevar al Palacio de Justicia y que allí íbamos a poder declarar ante el juez, el secretario y nuestros respectivos abogados. Pero al parecer, la presencia de los abogados la habían sustituido por la de los propios torturadores.

De una cosa estaba seguro, aquello no era el Palacio de Justicia.

Lo conocía porque unos años atrás, me detuvieron en un piquete estudiantil de huelga.

Ante la mirada atenta de los torturadores, no nos quedó más remedio que ratificarnos en aquella declaración que ni habíamos leído, ni nos iban a dejar leer.

II

El furgón de la policía nacional, se detuvo ante el gran portalón de la cárcel Modelo de Barcelona, ese portalón que tantas veces había visto en la calle Entenza cuando acompañaba a mi novia a su casa o cuando participaba en las manifestaciones pro—amnistía.

Se abrió lentamente y el furgón penetró hasta el patio interior de la cárcel para detenerse inmediatamente.

Nos hicieron bajar, con las manos esposadas a la espalda y, unos funcionarios de prisiones vestidos de verde, con gorra de plato y guantes negros, nos invitaron a pasar al interior de la cárcel.

Se abrió una gran puerta de hierro de color beige con un estruendo que podía perfectamente despertar a todos los presos de su interior.

Un pasillo de unos ocho metros de ancho i unos cinco de alto, con las paredes cubiertas de azulejo blanco, un pasillo que por su silencio i por su eco, más parecía un corredor hacia la muerte que una prisión.

Al final del pasillo otra gran puerta de hierro igual que la anterior se abrió estruendosamente para darnos paso a más pasillo. Unos diez metros más allá, a mano izquierda se podía ver una garita de hierro y cristal y una pequeña puerta abierta de la que salía una tenue luz.

Los policías nacionales —vestidos de gris— y los funcionarios de prisiones —vestidos de verde— nos hicieron parar ante la pequeña puerta abierta.

Los policías nos quitaron las esposas y los funcionarios nos hicieron ponernos con las manos en cruz apoyadas a la pared y las piernas abiertas.

Tenía un sueño atroz y bastante hambre, no entendía nada de cuanto estaba sucediendo; estaba convencido de que al fin, esa noche, iba a poder dormir con tranquilidad.

Al poco nos hicieron ir pasando de uno en uno a través de la pequeña puerta de luz tenue situada a la izquierda del pasillo. El cuartucho en cuestión despedía un profundo olor a petróleo.

De nuevo preguntas.

—¿Cómo se llama?

—Francisco Javier Cañadas Gascón.

—Nacionalidad.

—Catalán.

—Será español —me dijo reprobadoramente.

—Ponga lo que quiera, usted pregunta y yo contesto —le dije—

—¿Religión?

—Ateo.

—¿Está bautizado?

—Sí.

—Entonces es católico.

—Como usted quiera.

—¿Ideología?

—Anarquista.

—A claro, por eso es ateo.

—Pues claro.

Me tomaron de nuevo las huellas de mis diez dedos y luego me tendieron un trapo ennegrecido mojado con petróleo para que me limpiara la tinta de las manos.

Una vez nos hubieron tomado las huellas a los tres, un funcionario nos hizo acompañarlo. Unos metros después, se nos juntó otro funcionario y nos hicieron atravesar un pasillo totalmente oscuro, frío como un congelador y con olor a quemado. Al final del pasillo había un pequeño cuartucho, encendieron una tenue luz y nos hicieron entrar en él.

—Desnúdense.

Los dos funcionarios salieron del cuartucho y nos dejaron encerrados mientras nos íbamos desnudando.

Hacía un frío terrible, la ventana del cuartucho no tenía cristales y el frío de enero se calaba en nuestros huesos.

Después de permanecer como un cuarto de hora desnudos y semi muertos de frío, volvieron los dos funcionarios de antes.

—Diez flexiones cada uno —dijo uno de ellos.

Aquello era demasiado, para qué nos hacían hacer flexiones si veníamos de la DGS. Era el inicio de otra nueva humillación constante.

—¡Vístanse! —dijo el otro, que parecía tener menos mala leche.

Apagaron la luz del cuartucho, nos hicieron desandar el oscuro pasillo y de nuevo volvimos al ancho corredor de azulejo blanco.

Andamos unos metros y se abrió estruendosamente otro portalón de hierro, éste de color gris mate. Justo detrás del portalón había un cuartucho oscuro, con olor a quemado y a humedad.

—Cojan un petate, una manta, una cuchara y un plato cada uno —nos dijo uno de los dos funcionarios.

Los petates estaban todos llenos de mierda, mojados i repletos de manchas de sangre. Se trataba de un saco de arpillera en cuyo interior había lana apelmazada, aquello nos serviría para dormir. Las mantas estaban igualmente mojadas, lo notamos nada más cargarlas al hombro, por el peso. Los platos eran de zinc y tenían un dedo de grasa seca en el fondo, igual que las cucharas, que eran de alpaca y que además estaban retorcidas.

—Esto les tiene que durar hasta que salgan de la cárcel —nos dijo riendo otro funcionario.

—Síganme —nos dijo otro.

Tras unos pasos, llegamos a lo que imaginé sería el centro de la

prisión. Una gran garita hexagonal rodeada de cristaleras transparentes i elevada del suelo por cuatro escalones que conducían a la puerta de entrada.

En los laterales, bordeando todo el centro, dos rotondas repletas de policías nacionales especiales y armados hasta los dientes. Tras ellos, las rejas de las diferentes galerías, seis en total.

Nos hicieron caminar hasta la puerta de barrotes de lo que parecía ser la segunda galería.

Allí, otro funcionario nos abrió desde dentro.

La entrada a la galería era espeluznante, las paredes completamente quemadas, la planta con tres dedos de agua, las paredes llenas de pintadas mal escritas de color rojo sangre, un olor a humedad y un frío casi polar que calaba los huesos.

El funcionario nos hizo pasar a una habitación situada al principio de la parte izquierda, en la planta baja.

—Celda número tal, primer piso.

—Díganme sus nombres.

Tal como los íbamos pronunciando, él los iba anotando en el recuadro de su tablilla correspondiente al número de la celda que nos había asignado.

—Recojan todas sus cosas i acompáñenme —nos dijo amable.

En el pasillo izquierdo del primer piso se hallaba nuestra celda, aquél espacio que nos iba a permitir descansar después de más de setenta i dos horas sin poder dormir.

No había luz en la celda; entramos y la puerta de hierro se cerró con llave. Era de noche, la oscuridad era la dueña de aquel pequeño espacio con olor a mierda, el silencio era sepulcral, similar al de un cementerio.

Colocamos los petates lo mejor que pudimos sobre una cama adosada y una litera que se hallaban al fondo de la celda. Hacía mucho frío, inmediatamente descubrimos que la ventana no tenía cristales.

—Vamos a descansar, mañana hablaremos de los interrogatorios — dijo Pedro.

Vestidos como estábamos, con picores por todo el cuerpo tras tres días sin una ducha y con la misma ropa, nos acomodamos en los jergones de lana y nos tapamos con las mojadas mantas. En unos segundos, estábamos los tres sumidos en un profundo sueño.

3

De repente nos despertó el sonido de una corneta mal tocada, no teníamos reloj y no sabíamos qué hora era, el amanecer helado del día veinte de enero se colaba en la celda a través de las ventanas sin cristales. El olor fétido de la noche anterior volvió a recordarnos dónde nos hallábamos.

El suelo de la celda estaba lleno de mierda, las paredes llenas de pintadas de rojo sangre donde se podía leer: “MUERTE A LOS BOQUERAS”,

¡VIVA LA COPEL!, “MUERTE A LOS CHIVATOS”, “LIBERTAD O MUERTE”, y grabaciones con fechas de entradas y salidas de presos.

Nos levantamos de nuestros respectivos camastros, con el frío de la noche metido en los huesos y nos dispusimos a descubrir de donde procedía aquél fétido hedor.

Lo que debía ser la mampara del wc, situada a la derecha según se entraba en la celda, era un amasijo de metales y trozos de PVC, dentro, donde debía haber estado alguna vez la taza de las defecaciones, sólo había un agujero tapado por una montaña marrón cubierta de moscas verdes y rodeada de orines semisecos.

—¡Galería, recuento! —se oyó una voz procedente de algún lugar fuera de nuestra celda.

Las puertas fueron abriéndose con sonidos metálicos que al ser ayudados por el eco, parecían estruendosos a nuestros oídos.

Se abrió la puerta de nuestra celda. El funcionario de la noche anterior, acompañado por un preso, nos contó y anotó algo en su pizarrín de mano. A su paso se cerró la puerta de hierro, igual que se habían ido cerrando todas las anteriores.

Pasados aproximadamente unos quince minutos, la misma voz de antes, anunció que se repetía el recuento. Las puertas fueron abriéndose y cerrándose estruendosamente al paso del preso y el funcionario con el pizarrín.

Transcurrida una media hora, la misma voz de antes anunciaba conformidad de recuento y la corneta mal tocada que nos despertara tocaba el sonido militar de la conformidad.

Se fueron abriendo todas las celdas.

—¡Galería, desayuno! —gritó alguien desde la planta baja.

Salimos al pasillo y nos apoyamos en la barandilla, los presos se iban dirigiendo desde sus celdas, vaso de plástico en mano a la planta baja y empezaban a formar una cola ante la entrada de la galería.

—¿Tenéis vasos? —nos preguntó un preso muy joven que no nos conocía de nada.

—No, llegamos anoche —le dijo Pedro.

En breves segundos se presentó ante nosotros como “El Tirillas” y nos ofreció un vaso de plástico a cada uno. ¡Qué bien! Después de ochenta y tantas horas íbamos a comer algo.

Nos dirigimos hacia la planta baja y nos pusimos en cola.

El desayuno consistía en un vaso de un líquido marronáceo semi frío y cuatro galletas “María”. Tenía bastante mal gusto y aunque estuviera casi frío, su temperatura era superior a la del ambiente y nos reconfortó un poco.

Nos dirigimos a nuestra celda y al poco se presentó “el Tirillas” con dos presos más.

—¡Vaya mierda chavolo os ha dao el cabrón del pingüino!, dejad los petates que os vamos a dar colchones de espuma y otra celda con cristales y taza pa cagar —nos dijo uno de ellos.

Los seguimos con lo puesto porque también nos hicieron dejar los platos, las cucharas y las mantas mojadas.

—Tiene un poco de mierda pero ahora os dejamos pa que la limpiéis

—dijo “el Tirillas”.

Nuestra nueva celda tenía efectivamente taza de wc, llena de mierda eso sí, pero era cuestión de ponerse manos a la obra y limpiarla, la ventana tenía cristales y sobre los camastros nos habían puesto colchones de espuma y dos mantas en mejores condiciones para cada uno.

—Colegas, si queréis os dejo pasta hasta que cobréis el peculio, vais a tener que comprar lejía si queréis quitar tanta mierda.

Nos dejó unos cartones gastados, numerado cada uno con la cantidad de dinero correspondiente. Nos quedamos extrañados.

—Es que aquí no hay dinero de la calle, colegas —nos dijo— Sois anarcas verdad —nos preguntó afirmativamente.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Armando.

—Aquí nos enteramos de todo, colegas.

El recibimiento por parte de los presos no hubiera podido ser mejor, eso sí, nos aclararon que lo hacían porque éramos anarcos, que si hubiésemos sido comunistas, hubiesen pasado de nosotros.

Salimos al pasillo y vimos como algunos presos achicaban el agua acumulada en la planta baja. Se ayudaban de palos de escoba i mantas tendidas en el suelo.

—Vamos a echarles una mano —dijo Pedro.

—No colegas, hoy no, ya lo haréis mañana.

—¿Hay que hacerlo todos los días? —pregunté.

—Llevamos un mes así, hasta que estos cabrones no arreglen el escape de agua, habrá que joderse —dijo sonriente “el Tirillas”—. “El Tirillas” era un personaje simpático, un chaval joven, debía tener unos diecisiete años, dos menos que yo.

—Oye ¿Porqué te llaman tirillas? —le preguntó Pedro.

Rápidamente se quitó el jersey y la camisa. Su cuerpo y sus brazos estaban llenos de cortes cosidos.

—Sólo me falta cortarme en las piernas —nos dijo.

—Y, ¿Porqué lo haces? —le pregunté.

—Pa hacer currar a estos cabrones —me dijo refiriéndose a los funcionarios.

—¡Galería, patio! —se oyó la voz de siempre tronar desde la planta baja—

—Vamos al patio que luego abrirán el colomato y podréis comprar, luego os ayudaremos a limpiar el chavolo.

Bajamos a la planta y a través de una pequeña puerta por la que circulaba el caudal de achicamiento de la planta, salimos al patio.

La pared de la derecha estaba llena de ventanas con barrotes correspondientes a la primera galería, al fondo a la izquierda había una cancha de frontón mal hecha —con pared de derechas— y al final de esta el primer muro que nos separaba de la libertad.

En medio del patio había una gran palmera que debía ser centenaria y otra bastante más pequeña pero que por el grosor del tronco, debía tener algunos años.

Paseamos los tres solos un rato, hasta que desde la puerta de salida

al patio, la voz de siempre anunciaba ¡Economato!.

Entramos en la galería y después de enterarnos donde estaba el economato, nos pusimos en la cola. Se trataba de una ventana enrejada, de barrotes negros y húmedos, detrás de la cual, otros presos servían los pedidos de los presos de la galería.

Compramos vasos, platos y cubiertos de plástico, leche, lejía, una escoba, una fregona con cubo, jabón para las manos, tabaco, algunos sobres y sellos y bolígrafos BIC.

Nos dirigimos a nuestra celda y la limpiamos de tal manera que ya empezaba a ser apetecible habitarla.

4

Una voz procedente de la entrada de la galería, anunciaba:

—¡Oído, galería, a locutorio de comunicaciones!.

Empezó a relatar una serie de nombres con sus respectivos apellidos; la voz era fuerte y el eco ayudaba a que se repartiera por toda la galería, de todos modos, como había bastante ruido, teníamos que estar alerta por si nos llamaban a nosotros.

Efectivamente, estábamos los tres en la segunda lista.

Bajamos a la planta y seguimos al preso que había pronunciado nuestros nombres. Salimos de la galería, atravesamos el centro de la prisión. Las rotondas que recorrían la parte exterior de las galerías estaban llenas de policías nacionales armados hasta los dientes. Andamos un corto espacio del pasillo de azulejos blancos y, a mano izquierda, atravesamos una pequeña puerta abierta que, a través de un húmedo y ennegrecido pasillo, conducía al locutorio de comunicaciones.

Estuvimos cerca de un cuarto de hora esperando en aquel húmedo pasillo. Hacía bastante frío i nosotros continuábamos con las ropas sucias desde el día de la detención.

Por fin nos tocó el turno, dejamos salir a los presos que habían comunicado en la primera lista y entramos acompañados de otros diecinueve presos.

Las cabinas de comunicación estaban separadas unas de otras por un estrecho muro y bordeaban la sala donde debían situarse los familiares.

Entre los presos y los familiares había una reja de gruesos barrotes ennegrecidos y dos planchas de PVC con agujeros dispersos sin corresponderse los de la primera plancha con los de la segunda, agujeros por los que apenas cabía la mina de un bolígrafo.

Estuvimos unos minutos esperando hasta que por fin empezaron a entrar a la sala los libres, los que venían de la calle a comunicar con sus respectivos familiares presos.

Ante mí se colocaron mi madre y mi padre. Mi madre no paraba de

llorar, mientras mi padre se dedicó a soltar un discurso fuera de lugar.

—Ya te lo había dicho yo, que con los anarquistas no ibas a llegar muy lejos.

Yo me limitaba a callar y a poner la cara más relajada posible para tranquilizar el llanto de mi madre.

—No te juntes con los atracadores —decía mi padre— porque eso constará en el expediente y puede perjudicarte aún más.

No tenía sentido responderle, ya me había hecho amigo de algunos atracadores, no podía pretender mi padre que me aislara del resto de la gente.

—Te hemos traído ropa y comida —dijo mi madre una vez que consiguió dejar de llorar.

La comunicación duró apenas un cuarto de hora. Tenía que gritar para que me oyeran, veintidós presos gritando a la vez en un mismo espacio, era algo enloquecedor que te impedía oír la mayor parte de la conversación con tus familiares.

Escribí una nota en un papel y la puse ante mis padres para que la leyeran.

—No sé si alguien escucha lo que hablamos pero por si las moscas i teniendo en cuenta que no se puede hablar en condiciones dignas, la próxima vez traer papel y bolígrafo, sobre todo para que podamos decirnos las cosas importantes que no queremos que nadie oiga —decía mi nota—. Salimos del locutorio de comunicaciones, desandamos el húmedo y ennegrecido pasillo, salimos al ancho pasillo de azulejos blancos, atravesamos el centro de la prisión y esperamos a que el funcionario abriera la cancela de grandes barrotes negros para entrar en nuestra galería.

La planta ya estaba totalmente seca, la gente seguía en el patio o paseando por la planta baja o apoyada en las barandillas de la primera y segunda planta.

—¡Galería, recuento! —se oyó la voz de siempre.

La corneta mal tocada, anunció el toque militar de recuento.

Los presos empezaron a entrar procedentes del patio y todos nos colocamos en las puertas de nuestras respectivas celdas.

Un funcionario —que no era el que nos recibiera por la noche ni el que estaba en el primer recuento de la mañana— acompañado por el mismo preso, con su pizarrín de mano, iba pasando celda por celda y anotando el número de presos de cada casilla, mientras una tras otra se iban cerrando todas las celdas.

Pasó un largo rato, cerca de media hora, la corneta aún no había dado el toque de conformidad de recuento. De nuevo se oyó la voz de siempre.

—¡Galería, recuento!.

Se abrieron una a una todas las celdas con su sonido metálico ensordecedor que ya empezaba a serme familiar y seguidamente se fueron cerrando todas de nuevo.

Pasó otra media hora aproximadamente, la corneta seguía sin dar la conformidad de recuento. La voz de siempre, atronaba de nuevo.

—¡Galería, recuento!.

Los presos empezaron a aporrear las puertas de las celdas.

—¡Cabrones, a ver si aprendéis a contar! —se oía desde varias

celdas.

—¡Hijos de puta! ¿Nos vais a tener todo el día encerrados o qué? — se oían otros gritos.

Empezaron de nuevo a abrirse todas las puertas y a cerrarse tras el paso del funcionario con el pizarrín y del preso que le ayudaba.

Unos diez minutos después, sonó la corneta anunciando la conformidad de recuento.

Una a una se fueron abriendo todas las celdas.

Una voz gritó desde la planta.

—¡Galería, comida!

Todos los presos de la galería, unos cien aproximadamente, fuimos bajando a la planta con nuestros platos para recoger la comida. A nosotros nos apetecía más comer lo que nos habían traído de la calle pero aún no nos habían entregado los paquetes.

Guardamos cola hasta que nos llegó el turno. Había algo que debía haber sido sopa pero que sólo eran unos cuantos fideos con unos pocos garbanzos casi secos y de segundo, tres sardinas requemadas, una barra de pan por cabeza y una naranja de cámara.

Subimos a nuestra celda, el primer plato lo arrojamos por el sumidero, nos comimos las sardinas, la naranja y casi toda la barra de pan. Nos quedamos con hambre a la espera de que nos entregaran los paquetes.

Una hora más tarde, la voz estruendosa de siempre, anunciaba.

—¡Galería, recuento!

Todos los presos nos íbamos colocando en la entrada de nuestras celdas para facilitar la labor del funcionario y el preso que contaban, bueno, la verdad es que no lo hacíamos por facilitar nada, sino porque era obligatorio.

Las puertas de las celdas se iban cerrando una tras otra al paso del funcionario con el pizarrín y el preso de siempre.

Unos diez minutos más tarde, la corneta mal tocada sonó con su conformidad de recuento, pero ya no volverían a abrir las celdas hasta las cuatro de la tarde, era el espacio para la siesta o mejor dicho, las tres horas de relax de los funcionarios.

—Bueno, vamos a hablar de los interrogatorios en comisaría —dijo Pedro.

Como me habían detenido el primero, me tocaba empezar el relato de los acontecimientos.

—Lo primero que me preguntaron nada más llegar a comisaría, fue por un atraco al canódromo de Meridiana. —dije.

—Está claro, el Gambín está detrás de todo esto —dijo Pedro.

Resulta que la noche anterior a la manifestación de la C.N.T. contra los Pactos de la Moncloa, Gambín (Joaquín Gambín Hernández), nos invitó a cenar a todos. A mi compañera y a mí no nos apeteció y no fuimos, sin embargo sí que fueron Pedro y su compañera y Armado.

Los llevó a cenar a un bar situado en las inmediaciones del canódromo y allí, les propuso realizar un atraco.

—Nosotros no hacemos atracos —le había dicho Pedro.

—Pero tíos, si es muy fácil, se exactamente el día que sacan las

sacas de dinero y por donde las sacan.

—Te repito que nosotros no hacemos atracos —volvió a decirle Pedro —, además no tenemos armas y no las necesitamos para nada.

—Por eso tranquilos —les dijo Gambín—, yo puedo proporcionaros subfusiles ametralladores y revólveres, ¿Qué tal tres Colt 45?

—Pasamos de eso tío —le volvió a decir Pedro.

Estaba claro, yo no tenía porqué saber nada de ese atraco, la policía inició los interrogatorios metiendo la pata.

Cuando le comenté a Pedro que en un momento de los interrogatorios me llevaron a reconocimiento, a un cuarto con un espejo y cuando Armando dijo que a él le habían hecho lo mismo, las cosas empezaron a quedar aún más claras. A Pedro no lo llevaron a reconocimiento.

La policía sabía quién era él, lo habían detenido el año anterior en una reunión que se celebró en la Av. Virgen de Montserrat para intentar reorganizar la F.A.I., y Gambín también sabía quien era Pedro porque había sido detenido en la misma redada, pero él, con compañeros de la F.A.I. de Murcia y la policía se había encargado de reunirlos a todos en la Modelo de Barcelona.

Parecía claro que ya entonces, la policía o mejor dicho, el Estado, empezaba a planear algo en contra del Movimiento Libertario, aunque en aquellos momentos nadie sospechara nada, mucho más tarde se sabría que alguien del exilio lo sabía, pero no había dicho nada a nadie.

5

Joaquín Gambín Hernández, alias el Grillo como se sabría más tarde a través de la prensa, llegó a Barcelona unos diez días antes de la primera manifestación legal de la C.N.T..

Su destino era claro, la policía le había encomendado ponerse en contacto con miembros de la C.N.T. de Barcelona, cosa que no le iba a ser difícil porque conocía a bastantes de cuando en el setenta y siete había estado en la cárcel por lo de la F.A.I..

En los sindicatos, todos sabíamos que había llegado un compañero de Murcia y también nos enteramos que había quedado con algunos compañeros en la pizzería “La Rivolta”, de modo algunos jóvenes del sindicato del metal, movidos por la curiosidad de quién sería tan legendario personaje, nos dirigimos a la pizzería para ver cómo era.

Estaban reunidos en un reservado de “La Rivolta”, por lo que apenas pudimos ver nada.

Unos días después, nos llamó Pedro y nos dijo que si lo queríamos conocer, que lo había invitado a comer en su casa para el sábado siguiente, día catorce de enero de mil novecientos setenta y ocho.

Fuimos a casa de Pedro a comer y a conocer al tal Gambín.

Era un hombre alto, fornido, de unos cuarenta años, con bigote y gafas graduadas, en su mano derecha lucía un sello de oro.

Nos dijo que venía a esconderse a Barcelona porque lo buscaba la policía por algunos atracos y atentados que había hecho con los compañeros de Murcia.

—¿Vais a ir a la manifestación? —nos dijo.

—Sí, claro —contestamos.

—Supongo que iréis armados.

—¿Cómo armados? —preguntamos.

—Sí hombre, llevareis cócteles molotov ¿no?.

—Ah, pues no lo habíamos pensado, pero por si pasa algo, no estaría de más —dije yo.

—No tenemos nada para hacerlos —dijo Armando.

—Bueno, pues compramos todo lo necesario, pago yo —dijo Gambín.

Gambín se fue con Armando a comprar la gasolina, Pedro se fue a la Plaza Tetuán a comprar el ácido sulfúrico y yo fui a una farmacia del barrio a comprar las pastillas para la tos de clorato de potasa y a esperarlos en mi casa.

Un cuarto de hora después se presentaron en casa Gambín y Armando con tres latas de gasolina, una media hora después se presentó Pedro con el ácido sulfúrico, con papel secante de color de rosa y con seis botellas de fruco de tres cuartos vacías.

—Si quieres puedes quedarte en mi casa hasta que te encontremos algo —le dije a Gambín.

—No que tu casa es un piso franco —dijo Pedro—, en el sentido de que nadie de la C.N.T. sabía donde vivía yo y porque teníamos almacenadas revistas ilegales de la F.A.I. y del Movimiento Libertario en el exilio.

Mi compañera respiró aliviada al ver que no se iba a quedar con nosotros, no le inspiraba demasiada confianza aquél cuarentón que la miraba con ojos lascivos convencido de que nosotros también practicábamos el amor libre.

Una vez confeccionados los seis cócteles molotov, decidimos irnos a dar una vuelta. Ya en la calle, Gambín nos dijo:

—Os invito a cenar a todos.

Mi compañera y yo no quisimos ir, preferíamos tomar algo en el barrio y volver a casa a hacer el amor en la intimidad de nuestro piso alquilado situado en la calle de Juan Riera, en el barrio de Verdum.

Nos despedimos y quedamos para el día siguiente, domingo, en casa para recoger los cócteles y dirigirnos a la manifestación.

El domingo, sobre las diez de la mañana, se presentaron todos en casa. Gambín nos dijo que siendo tantos —éramos seis—, había pensado que lo mejor era bajar a la manifestación en su coche, a lo que accedimos gustosamente.

Su coche era un 1430 ranchera de color blanco con matrícula de Murcia.

Lo normal para ir a la manifestación era ir directamente por la Meridiana hasta Colón, lugar en que se iniciaba la manifestación, pero él, conocedor de la ciudad casi más que nosotros prefirió ir hasta el Paseo de San Juan y bajarlo todo hasta el parque de la Ciudadela, para llegar a Colón a través de la Estación de Francia.

A la altura de la sala de Fiestas SCALA, detuvo unos segundos el coche i nos dijo.

—Si no sucede nada en la manifestación, podéis venir a tirar los cócteles aquí.

—Bueno, ya lo pensaremos —le contestamos.

Llegamos al lugar de inicio de la manifestación, bajamos del coche y cargamos con la bolsa de nilón verde que contenía los seis cócteles.

Aún faltaba algún tiempo para el inicio de la manifestación y Armando, Pedro y yo, con la bolsa a cuestas nos dirigimos a la Federación Local.

—¿Habéis organizado piquetes?—les preguntamos.

—Sí —nos dijo un compañero.

—Nosotros llevamos seis cócteles por si hacen falta —dije.

—Bueno, colocaros por el medio de la mani.

Volvimos a la estatua de Colón, habíamos quedado en un bar con Gambín, mi compañera y la compañera de Pedro, nos tomamos una cerveza y esperamos a que se iniciara la marcha.

Empezó a llegar mucha gente con banderas rojinegras y pancartas en contra de los Pactos de la Moncloa. Empezó la manifestación a la hora que estaba convocada, creo que a las once de la mañana.

Íbamos andando durante toda la manifestación al lado de Gambín, la bolsa de los cócteles nos la íbamos turnando Armando, Pedro y yo; Gambín decía que no podía llevarla porque a él lo buscaba la policía, pero se pasó todo el rato bien erguido para que cualquiera pudiese verlo, era bastante más alto que nosotros.

Casi al final de la manifestación, nos dio la impresión de que la policía fuese a cargar, pero no pasó nada.

Algunos compañeros decían que se iban a hacer otra manifestación a la puerta de la cárcel Modelo, en apoyo a las luchas de la COPEL.

—¿Vais a la SCALA? —nos preguntó Gambín.

—No, vamos a deshacernos de los cócteles y a lo mejor vamos a la Modelo.

—¡Anarquistas de mierda! —dijo— no tenéis cojones para nada, con vosotros no sé qué revolución vamos a hacer.

—Bueno, está bien —le dijimos para tranquilizarlo—, vamos a la SCALA.

Montamos una cita de seguridad y quedamos una hora después en el bar Córdoba, cerca de nuestras respectivas casas.

Comenzamos a andar los tres en dirección al Paseo de San Juan. Cuando llegamos a la Gran Vía, unos compañeros de Rubí que conocían a Pedro, nos pararon.

—¿Dónde vais? —nos dijeron.

—A la SCALA, a tirar unos cuantos cócteles —les respondimos.

—Estáis locos o qué. Para qué mierda vais a ir a la SCALA. Os vamos a acompañar y ahora mismo nos deshacemos de los cocos.

Caminamos junto a ellos una manzana de Gran Vía, bajamos por la siguiente travesía, y escondidos tras unos coches, sacamos el papel secante a los seis cócteles y vaciamos el contenido en una cloaca.

—Bueno nos vamos al Córdoba —dijimos Armando y yo— ¿Vienes Pedro?.

El Córdoba era un bar que estaba en Verdum, en lo que ahora se conoce como Plaza de Francesc Layret o la Plaza de los huevos. Solíamos ir allí cada domingo a hacer el vermouth con amigos y amigas del barrio.

Nos dirigimos a la parada del autobús y unos cinco minutos después ya estábamos de camino a nuestro barrio.

El bar Córdoba estaba atestado de gente, unas treinta personas y más que fueron llegando procedentes de la manifestación.

Estuvimos esperando casi dos horas a ver si llegaba Gambín con mi compañera y la de Pedro. Se retrasaban bastante en llegar a la hora a la cita. El bar estaba a punto de cerrar las puertas y decidimos ir a esperarlos a mi casa, supusimos que al verlo cerrado se imaginarían que íbamos allí.

Una vez que hubieron llegado, mi compañera y yo nos fuimos a comer a casa de sus padres, que vivían en la misma calle.

Por la televisión nos enteramos que la sala de fiestas SCALA estaba en llamas, los informadores comentaban la posibilidad de alguna explosión de gas.

Después de comer, mi compañera y yo, nos fuimos al cine Paladium, que estaba en la Guineueta, a ver la primera película erótica que se pasaba en España, "Emmanuelle". Después del cine volvimos a casa, cenamos, hicimos el amor y nos fuimos a dormir.

Sobre las tres de la madrugada sonó el timbre de mi casa, me levanté desnudo como estaba.

—¿Quién es? —pregunté.

—Un vecino, tengo a mi mujer enferma, ¿Me puedes dar una aspirina?.

—Un momento, ahora vuelvo —le dije.

Abrí la puerta y cual fue mi sorpresa al encontrarme a ocho tipos apuntándome a la cabeza con sus ametralladoras de doble cargador.

—¡Al suelo hijo de puta! ¡No te muevas o te freímos, cabrón! —gritó uno de ellos.

Pensé que se trataba de algún grupo fascista, no hacía demasiado tiempo que a una compañera del barrio, militante de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), le habían grabado a fuego una cruz gamada en la espalda, en su propia casa.

—¡Policía! —gritó uno enseñando la placa.

Me tranquilicé, aquello debía ser un error, por lo menos no era un grupo fascista.

Me retorcieron los brazos en la espalda y en volandas me llevaron hasta el comedor. Al poco aparecieron con mi compañera.

—¿Qué pasa? —decía asustada.

—Nada, tranquila, debe ser un error —le decía yo.

—¿Dónde están las armas, hijo de puta? —me decía uno de ellos.

—¿Qué armas? —preguntaba yo que no había visto una de verdad en mi vida—

—Esto es un piso franco, a nosotros no nos engañas, tarde o temprano las encontraremos —decía otro claramente irritado.

—Lo único que tengo es propaganda ilegal —contesté.

En la habitación contigua al comedor encontraron la propaganda

ilegal, papel secante y tres latas de gasolina vacías.

—Con esto habéis hecho los cócteles para quemar la ESCALA ¡eh cabrones!.

—Nosotros no hemos quemado nada.

—¿Quién sois vosotros?. Vamos, llevarlos a comisaría que los vamos a poner bien.

A mí me metieron en un coche y a mi compañera en otro. Por el camino, desde Verdum hasta la Vía Layetana, me iban golpeando violentamente sin preguntarme nada.

6

Tanto mi compañera como la de Pedro estaban prisioneras en la cárcel de mujeres de la Trinidad Vieja, de modo que por el momento, la policía había decidido inculpar a cinco personas en lo que más tarde vendría a llamarse “Caso Scala”.

—¡Galería, recuento! —se oyó de nuevo desde la planta.

Ya debían ser las cuatro de la tarde.

La corneta volvió a anunciar recuento con su carraspeo habitual.

Las puertas se fueron abriendo una a una y cerrándose después tras el paso del funcionario con el pizarrín y el preso de siempre.

Este preso, que ayudaba en los recuentos a los funcionarios y que se dedicaba a hacer de machaquilla y confidente de las autoridades penitenciarias, recibía el nombre de “cabo de galería”.

Pasada una media hora, volvió a sonar la voz de siempre.

—¡Galería, recuento!.

No estaba claro si realmente los funcionarios no sabían contar o si lo que pretendían era tenernos el mayor tiempo posible encerrados en nuestras celdas.

Volvieron a abrirse y a cerrarse una a una todas las puertas de nuestra galería.

Pasados unos diez minutos, como no sonaba la corneta anunciando la conformidad de recuento, los presos empezaron a aporrear las puertas de sus respectivas celdas y nosotros nos sumamos a la protesta.

Inmediatamente empezó a sonar la corneta y a abrirse todas las puertas de las celdas.

—¡Galería, patio! —anunció la voz de siempre—, se trataba del “cabo de galería”.

Salimos de nuestra celda y nos apoyamos en la barandilla del pasillo.

—¡Galería, paquetes! —tronó la voz de antes—, empezando a nombrar toda la lista de los que habíamos comunicado por la mañana.

Los paquetes los traían un par de presos sobre un enorme carro lleno de mierda y los depositaban en la entrada de la galería. Ayudados de un funcionario nos iban llamando por el nombre y nos los entregaban.

Recogimos nuestros paquetes y subimos a la celda para guardar todo y para ver qué nos habían traído.

Ropa limpia, dos toallas, un anorac y una bolsa llena de comida.

Nos dirigimos directamente a las duchas, en las que estuvimos muy poco tiempo porque el agua salía helada, lo suficiente para enjabonarnos, aclararnos y vestarnos con ropa limpia. ¡Qué gozada! Aquello ya era otra cosa.

Fuimos a buscar a los colegas que nos habían proporcionado la nueva celda con sus colchones y sus mantas y les invitamos a comer de nuevo.

Dos de ellos eran de Almería y “el tirillas” tenía a su madre muerta y a su padre en la cárcel, en el Puerto de Santa María (Cádiz) creo que dijo.

—¿Sabéis que soy el único preso que tiene más salidas que entradas? —nos dijo.

—¿Cómo es posible eso? —le pregunté.

—Nací en una cárcel de mujeres.

Después de comer lo que nos habían traído de la calle, recogimos la celda y bajamos al patio.

Estuvimos paseando los cinco juntos hasta que la voz de siempre anunció: ¡Galería, economato!

Los tres se separaron de nosotros y al rato volvieron con una botella de agua de litro y medio llena de café y un par de porros de hachís.

Tomamos el café entre los cinco y los dos porros entre los cuatro pues Pedro no fumaba ni tabaco.

Transcurridas unas dos horas, el funcionario nos comunicaba desde la pequeña puerta que entrásemos en la galería, que se había acabado el tiempo de patio.

La planta empezaba a estar de nuevo llena de charcos de agua, al día siguiente por la mañana, nos uniríamos al grupo de presos para ayudarles a achicar el agua.

Subimos a nuestra celda y cual fue nuestra sorpresa al comprobar que todo cuanto nos habían traído nuestras familias, había desaparecido.

—Ya está —dijo el Tirillas—, ha sido el Vaquilla.

A parecer era el único en toda la galería que se dedicaba a robar cosas a los demás y no precisamente porque no tuviera familia sino por el puro placer de robar.

—Vamos a hablar con la COPEL —dijo uno de ellos.

Los seguimos, entramos en la oficina del funcionario y le pidieron permiso para que nos dejase ir a la primera galería a ver a unos colegas. Éste accedió y nos abrió la cancela que daba al centro de la prisión. Giramos a la derecha y al poco, un funcionario nos abrió la cancela de la primera galería.

Entramos, nos dirigimos a una celda de la primera galería y nos presentaron a dos presos mayores que nosotros.

—¡Hola, me llamo Arturo! —dijo el que parecía tener mayor edad.

—Yo soy Miguel —dijo el otro.

—Javi, Armando y Pedro —dije yo.

—Estos tres son los colegas anarcos que entraron ayer, el Vaquilla les ha robado todo lo que sus familiares les han traído esta mañana —dijo uno de ellos.

—Vamos a la segunda —dijo el tal Arturo.

Una vez en la segunda fuimos todos a la celda del Vaquilla.

—Devuelve todo lo que les has robado —dijo Miguel—, y pide el cambio de galería porque sino mañana aparecerás muerto, aquí no queremos ladrones entre los compañeros y tú has demostrado demasiadas veces no serlo.

Con todas nuestras cosas —faltaba una buena parte de la comida pero no dijimos nada—, volvimos a nuestra celda. Esa misma tarde, el Vaquilla fue trasladado a otra galería.

—¿Vamos a vacilar a los monos? —dijo el Tirillas.

—Venga —dijeron los otros dos.

Los acompañamos girando el pasillo a la derecha, cuando llegamos a las rejas que separaban nuestra galería de la rotonda central, nos detuvimos ante cuatro policías especiales armados, como siempre hasta los dientes.

—¡Eh, monos! ¿Queréis cacahuetes? —les dijo el Tirillas.

Otro de ellos se bajó los pantalones y los calzoncillos y le dijo a uno que tenía los ojos azules.

—¿Te apetece hacerme una mamadita, monada?

Después de un rato y cansados de no poder provocarles, se separaron de nosotros y se dirigieron a sus respectivas celdas.

—¡Galería, cena! —tronó la voz de siempre.

Fuimos a nuestra celda, cogimos los platos i nos dirigimos a la cola de presos situada en la planta.

La cena era lo mismo que a medio día y decidimos coger solamente la naranja, además tenía toda la pinta de ser las sobras de la comida.

Volvimos a nuestra celda y nos comimos lo poco que nos había dejado el Vaquilla; después limpiamos los cacharros y bajamos a la planta a dar un paseo antes de la hora de dormir.

Una hora después sonó la voz atronadora de siempre.

—¡Galería, recuento!.

Subimos a nuestra celda y como todos los presos en todos los recuentos, nos situamos en la entrada de la misma.

Las puertas fueron cerrándose una a una. Cinco minutos más tarde sonaba el toque de corneta anunciando la conformidad.

Como aún teníamos sueño acumulado, Armando y Pedro se metieron directamente en la cama. Yo sin embargo, empecé a escribir una carta para dar ánimos a mi compañera.

La mesa que había en la pared estaba rota y no se sostenía, de modo que intenté escribir desde la cama. La postura era muy incómoda y la letra me salía bastante ilegible, de modo que dejé de escribir, me metí en la cama y me dormí enseguida

Al despertar por la mañana con el sonido de la corneta anunciando diana, Pedro nos preguntó si habíamos oído como una explosión durante la noche. Ni Armando ni yo habíamos oído nada.

—¡Galería, recuento! —tronó la voz de siempre.

Se fueron abriendo y cerrando de nuevo todas las celdas, ese día repitieron el recuento cinco veces, nos tuvieron encerrados dos horas y media. Por más que aporreáramos las puertas de nuestras celdas, la revuelta no sirvió para nada.

Finalmente sonó la corneta anunciando la conformidad y pudimos salir de nuestra celda.

Nada más salir, nos enteramos por un preso al que sólo conocíamos de vista, que la noche anterior habían puesto una bomba en la puerta de la cárcel y habían herido gravemente al guardia civil de la garita de la entrada.

—Por eso han tardado tanto con el recuento, hoy están rebotaos los boqueras —nos dijo.

Después del desayuno, bajamos a ayudar a los presos que achicaban el agua de la planta baja.

Una vez finalizada la tarea y cuando volvíamos a nuestra celda, un preso al que no conocíamos de nada se nos presentó como miembro de la Unión de Militares Demócratas y nos invitó a tomar el café en su celda.

—¿Porqué ayudáis a fregar a los comunes? Vosotros sois presos políticos y no tenéis porqué hacer esas tareas —nos dijo una vez en su celda.

—Perdona, pero nosotros somos presos sociales, nosotros pisamos la planta baja igual que tú y por eso colaboramos en su limpieza como los demás. Si vosotros, los políticos no entendéis de solidaridad y compañerismo, es vuestro problema, pero luego no pidáis que nadie se solidarice con vosotros —le dijo Pedro.

A partir de aquella corta conversación en la que nos negamos a tomar el café con él, nunca más volvió a dirigirse a nosotros ninguno de los siete de la U.M.D. que había en la galería.

Hasta el Albert Boadella —el director dels Joglars— nos dijo que no entendía cómo no defendíamos el estatuto de presos políticos, un estatuto que, por otro lado, no existía.

También dejó de dirigirnos la palabra y cuando se cruzaba en nuestro camino nos miraba de reojo por encima del hombro como si fuese algo más que nosotros, sin darse cuenta que realmente era menos que nosotros e incluso menos que cualquiera de los que había encerrados en la prisión. Eso lo descubrió cuando trasladaron a los de la U.M.D. al departamento de invertidos y militares y se quedó completamente sólo, nadie le hizo caso a partir de ese momento, como si no existiese.

Las horas transcurrían interminables, los funcionarios se turnaban cada veinticuatro horas; entraban de servicio después del primer recuento de la mañana y salían después de ese mismo recuento al día siguiente.

Ese segundo día de nuestra estancia en prisión, ingresó en La Modelo Lucas, un compañero, también acusado

del Caso Scala al que yo no conocía i en la prisión de mujeres entró Marta, también acusada del mismo caso y a la que yo tampoco conocía. Eran

ambos de Rubí, Pedro los conocía de vista, eran según nos dijo, los que nos ayudaron a deshacernos de los cócteles después de la manifestación.

Así pues, ya éramos siete los acusados por el “Caso Scala”, Lucas y Marta tenían sólo diecisiete años cada uno;

Armando tenía dieciocho años, mi compañera y yo diecinueve, la compañera de Pedro veinte y él veintiséis.

Además se daba la circunstancia que la compañera de Pedro estaba en estado, se enteró en comisaría.

Aun a pesar de estar acusados por el mismo caso, a Lucas lo metieron en la tercera galería en lugar de la segunda que era donde estábamos nosotros, así que por el momento seguiría sin tener la oportunidad de conocerlo.

La prisión estaba totalmente quemada a causa de los motines del año anterior. En lugar de conseguir mejoras en el sistema penitenciario, se había conseguido que ahora, todos, tuviéramos que vivir como animales.

La cárcel Modelo de Barcelona, tiene una capacidad para ochocientos presos y por aquellos tiempos ya éramos unos mil doscientos.

Las galerías quinta y sexta estaban en obras con lo que la capacidad se reducía a unos seiscientos presos.

Todo el mundo estaba harto de las pésimas condiciones de la cárcel, del trato humillante que recibíamos por parte de los funcionarios, la COPEL se estaba reorganizando, estaba creciendo dentro de los muros a velocidades incontrolables, se había olvidado la táctica de los motines porque sólo conducían a empeorar las condiciones de vida.

El apoyo en la calle, de organizaciones como el PCE(i) o la C.N.T., se iba diluyendo poco a poco, la C.N.T. se estaba quedando en casi nada, el Estado, con el montaje del “Caso SCALA” había conseguido sus propósitos.

A ningún partido de la izquierda le interesaban para nada las protestas de los presos, ni las condiciones de vida, ni las torturas a las que hacían oídos sordos. Ni siquiera todos aquellos comunistas que habían salido con las dos amnistías de mil novecientos setenta y siete les importaba qué estaba pasando dentro de las cárceles.

Sólo pensaban en arañar puestos de poder, puestos en los que mantenerse a costa de los demás. El resto no tenía ninguna importancia, tenían que hacer creer que con su participación en los estamentos del Estado iban a cambiar la situación de las cárceles, pero nunca hicieron nada por intentarlo, todo lo contrario, las informaciones que desde dentro de las cárceles les llegaban periódicamente, las silenciaban o tergiversaban.

Habíamos entrado en la cárcel en una época dura y lo sabíamos.

Incluso personas a las que habíamos considerado siempre como compañeras, no por afinidad ideológica, pero sí por trabajo comunitario, andaban por la calle diciendo —Si lo han hecho, que lo paguen—, incluso compañeros de mis padres, militantes del P.S.U.C. de Nou Barris que tenían ciertas infraestructuras, las negaban siempre que el comité de apoyo de Nou Barris pretendía hacer algún mitin en solidaridad con nuestra situación.

En la calle teníamos el respaldo de grupos de apoyo que se iban formando por toda la ciudad, en Nou Barris, nuestro distrito, había uno dirigido por mi madre y apoyado por compañeros ex—cenetistas y de otras ideologías, y

grupos que con toda la buena voluntad, luchaban por nuestra libertad, pero que por diferentes puntos de vista y diferentes tendencias ideológicas, nunca llegaron a coordinarse, con lo cual, el trabajo que podían realizar era poco.

A la izquierda parlamentaria le interesaba más que nosotros fuéramos los autores porque de ese modo, la C.N.T. no podría molestarlos más. Tenían el camino libre para hacer y deshacer a su gusto. Siempre supieron que aquello había sido un montaje policial pero les interesaba más salvaguardar a los defensores del “orden” de aquella mal llamada “democracia” de la cual también tenían culpa, que defender a anarquistas. Ya en la guerra se habían dedicado a asesinar anarquistas, ahora no podían, pero aceptaban de buenos ojos que el nuevo orden les las cosas los mantuviera alejados y encerrados en las cárceles.

Acababan de dar dos amnistías y hacía muy poco tiempo que se habían realizado las primeras elecciones “democráticas”. España era un país demócrata con pena de muerte en vigor todavía y con una forma de hacer que presagiaba la continuidad de un franquismo leve pero fascista al fin, con la única salvedad de que ahora los partidos políticos podían aspirar a jugar en el poder y a eso se dedicaban todos, excepto alguna excepción que continuaba en el radicalismo puro por la defensa de la ruptura política.

La ruptura política no llegaría nunca, ya entonces estaba suficientemente claro.

Se había pasado de una dictadura a una democracia, pero los mandos seguían en las mismas manos, los funcionarios de prisiones eran los mismos que había cuando Franco, el sistema penitenciario seguía siendo exactamente el mismo. La corneta de las dianas, los recuentos y los silencios, eran un claro signo de que el fascismo tardaría aún demasiado tiempo en desaparecer de las prisiones.

8

Los días transcurrían interminables y monótonos, las horas se hacían más largas de lo normal.

Al fondo de la segunda galería había una cristalera rota a causa de los motines, a través de los agujeros podíamos hablar con gente de la calle que se situaba en las confluencias de Vilamarí con Provenza; para conseguirlo, subíamos a la segunda planta y nos pasábamos largos espacios de tiempo hablando con la gente. Era el único contacto directo que teníamos con la calle.

Pasábamos los días en el patio paseando y tomando litros y litros de café.

De vez en cuando conseguíamos algo de hachís, que se pasaba mejor que en la calle, nos encerrábamos en la celda con otros presos y nos pasábamos el día fumando, era una forma más divertida de pasar el tiempo, no nos evadíamos de nada porque los porros no son alucinógenos y por tanto no evaden de nada, simplemente intentábamos pasar los días lo menos aburridos

que se pudiera.

Yo pasaba largas horas escribiendo a mi compañera, a la cárcel de mujeres y como sabía que leían las cartas, de vez en cuando ponía frases soeces dirigidas a las monjas, que eran quienes entonces dirigían aquella prisión. También escribía a la hermana de mi compañera, a mi madre y a otros amigos y amigas de la calle.

Casi cada día recibía correspondencia, llegué a ser la envidia de mis compañeros, yo casi cada día tenía alguna carta para leer mientras ellos las tenían de vez en cuando y es que mi dedicación de largas horas dándole al bolígrafo se veía correspondida, ellos sin embargo, apenas escribían una carta a la semana

Al tercer día de estar en la prisión nos llamaron a locutorio de jueces.

Salimos de la galería, atravesamos el centro, andamos bastantes metros del pasillo de azulejos blancos, se abrió un gran portalón de hierro con su estruendoso ruido y a mano izquierda subimos por unas escaleras.

Los locutorios de jueces servían también para las visitas de los abogados, había una decena, creo recordar, se trataba de cabinas cerradas en las que no hacía falta gritar para comunicarte con quien viniera a verte.

Nos hicieron entrar a los tres en una, al poco llegó Lucas y ahí fue la primera vez que lo vi.

Había venido a vernos el secretario del juez.

—Les traigo la orden de prisión incondicional y sin fianza —nos dijo— y además se les impone una multa de responsabilidad civil de mil millones de pesetas a pagar solidariamente entre los cuatro.

—Oye, ¿Cuándo nos va a tomar declaración el Juez? —preguntamos.

—¿Aún no os la ha tomado? —dijo contrariado.

—No, aquí no ha venido aún.

—Pues no lo entiendo —dijo—, veré qué puedo hacer.

—Oye, los mil millones los quieres en pesetas o en cartones de la cárcel —le dijo Pedro con sarcasmo.

—No, no, en pesetas, claro está.

—Pues dile al juez que nos saque, que nos pase armas y con unos cuantos atracos pagamos la multa —volvió a decirle soltando una carcajada.

— Su sumario es el número 1/78 del Juzgado número 2 de lo penal de los de Barcelona —nos dijo. Firmen aquí, por favor, nos dijo entregándonos un papel lleno de letras.

—Nosotros no firmamos nada más —le dijimos— y cuando encontréis a los culpables, acordaos de que estamos aquí.

—Ah, pero ¿No sois vosotros los culpables? —preguntó.

—Pues mira por dónde, no, nosotros no tenemos nada que ver con este montaje policial.

El pobre hombre se levantó todo extrañado y se acabó la comunicación.

Volvimos a nuestras respectivas galerías, nosotros a la segunda y Lucas a la tercera. Al pasar por el centro de la prisión nos dirigimos a un funcionario lleno de galones y con gorra de plato, que debía de ser el Jefe de Servicios de aquella guardia y le pedimos por favor que trasladaran a Lucas a

nuestra galería, ya que estábamos implicados en el mismo sumario, pero no hubo manera de conseguirlo.

La tarde ya tocaba a su fin, habían hecho el recuento de después del patio mientras nosotros estábamos en locutorio de jueces, nos habíamos librado de uno y eso era muy importante a esas alturas.

Cuando llegamos a la galería, empezaban a repartir la cena, por lo que fuimos a nuestra celda a buscar los platos.

Nos dieron un cucharón de caldo que no sabía a nada, tres albóndigas resacas y una manzana.

9

A primeros de febrero, detuvieron a un grupo al que la policía llamó Grupos Autónomos Libertarios, los acusaban de varios atracos y de la colocación de la bomba en la puerta de La Modelo.

Habían detenido a bastante gente, en Barcelona, en Madrid y en la frontera francesa. Cuando llegaron a la cárcel, a los dos que acusaban de la bomba en la puerta, los esperaban conocidos funcionarios torturadores para darles una paliza, se salvaron porque casualmente, ese día estaba de guardia uno de Funcionarios Demócratas.

Los metieron en la primera galería y, los presos de la COPEL, alertados por ese mismo funcionario, les abrieron la celda de la planta baja, donde los habían encerrado y los subieron a la segunda planta mientras en su celda se quedaban cuatro presos armados con espadas y palos de hierro a la espera de que llegasen los funcionarios torturadores.

Esa noche no pasó nada, no los torturaron a pesar de las ganas que les tenían.

Por esas mismas fechas, pasó una noche por nuestra galería Agustín Rueda Sierra, otro compañero del Movimiento Libertario al que habían cogido a finales de enero en la frontera intentando entrar explosivos y armas procedentes del exilio. Venía de la prisión de Figueras y al día siguiente se lo llevaban hacia Madrid, a la prisión de Carabanchel.

Hacia finales de aquel mes estalló un motín en la primera galería, nosotros nos salvamos porque aún estábamos en la segunda, pero los compañeros de Grupos Autónomos Libertarios, lo vivieron en sus carnes.

Desde nuestra celda se veían las ventanas de la primera galería, veíamos como el humo empezaba a salir por las ventanas.

Oíamos los gritos de los presos ¡LIBERTAD O MUERTE! —decían.

Habían esperado a que los policías nacionales que estaban en la rotonda se fueran de la prisión, resultaba bastante suicida iniciar un motín con ellos dentro.

De todos modos, la policía no tardó en hacer acto de presencia.

Pasada una media hora, comenzamos a oír el ruido de las pelotas de

goma que lanzaban sin cesar los policías.

Oíamos los gritos desgarradores de los presos, era horrible estar subido a la ventana escuchando aquellos gritos, por una parte nos alegrábamos de estar en la segunda galería, pero por otra, por aquél sentido histórico de solidaridad que nos marcaba, deseábamos estar con ellos y ayudarles en lo que fuera necesario.

Pasada una hora, cesaron los gritos aterradores, vimos como se abría la puerta que daba al patio y como de uno en uno iban saliendo todos los presos con las manos en la cabeza, acompañados por los policías antidisturbios y por los funcionarios.

Los fueron poniendo a todos contra el muro que da a la calle Provenza, con las manos contra la pared y las piernas abiertas.

Una vez estuvieron todos en el patio, en aquella desagradable posición, unos cuantos funcionarios se dedicaban a sacar a algunos presos de la formación para que los policías se los llevaran a palos dentro de la galería.

Las horas iban pasando y la gente seguía en la misma posición.

Algunos se desmayaban bien por el miedo, bien por el cansancio y, tal como caían al suelo, eran duramente apaleados por funcionarios y policías.

Los tuvieron en aquella posición cerca de seis horas, fueron muchos los que se desmayaron y acabaron molidos a palos.

De repente empezamos a oír gritos de terror procedentes de nuestra galería, miramos a través de la mirilla rota y descubrimos que funcionarios armados con porras y policías antidisturbios habían entrado en nuestra galería y estaban apaleando a gente.

Cómo podía ser —me preguntaba— en nuestra galería no habíamos hecho nada, ni siquiera gritar en solidaridad con los de la primera.

Llegaron a nuestra celda, se abrió la puerta y entraron dos enormes antidisturbios acompañados por un Jefe de Servicios apodado “El Cojones”.

—Estos son los de la SCALA —les dijo el Cojones burlón.

Uno de ellos, el que más galones llevaba, se acercó a nosotros blandiendo su porra y nos dijo.

—Si yo pudiera os mataba aquí mismo, cabrones, hijos de puta.

Sonrió y nos mostró toda la dentadura superior de oro reluciente.

—Esto es de una pedrada que algún cabrón como vosotros me tiró en una manifestación.

—Por cierto ¿Qué hacéis aquí cabrones, cómo no estáis en la primera? —preguntó el Cojones.

—Estamos aquí desde que llegamos —contestó Pedro.

—Mala suerte —dijo— si llegáis a estar en la primera me hubiera encargado personalmente de que lo pasarais peor que vuestros compañeros de la bomba.

No sabíamos qué quería decir, pero desde luego, por la forma en que lo dijo, nada bueno les podía haber pasado.

—Recoger todas vuestras cosas, vais a la primera —nos dijo burlón—, veréis como allí estáis más cómodos.

No teníamos más remedio que obedecer, allí dentro no éramos nada, ni siquiera números, pues no nos numeraban como en las películas.

Salimos de la galería acompañados por el Cojones y entramos en la primera, estaba toda destrozada, la planta llena de agua, colchones quemados, literas rotas, era imposible circular por ella.

Subimos las escaleras situadas a la derecha y nos alojaron en una celda totalmente destruida, junto con seis compañeros de Grupos Autónomos, unos de Figueras, otros de Perpignan y otros de Barcelona.

No teníamos colchones y por tanto íbamos a tener que dormir en el suelo o como pudiéramos.

Se han llevado a Amador y a Manolo y aún no los han traído, no sabemos nada de ellos —dijo uno con acento francés.

Amador y Manolo eran los que estaban acusados de la bomba en la puerta de la Modelo.

Nos acostamos los nueve en el suelo, en un espacio de doce metros cuadrados, e intentamos dormir. Nos costó bastante, por la dureza del suelo y porque estaba lleno de agua.

Por la mañana no oímos el toque de diana de la corneta de siempre, nos despertaron a patadas, como yo era el más cercano a la puerta, me tocó recibirlas casi todas.

Cuando salimos de nuestras celdas, pudimos ver a Amador, estaba completamente molido a palos, tenía una herida en la frente y la cara deformada, el cuerpo lleno de moretones.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Manolo? —le preguntaron sus compañeros.

—Cuando os sacaban a todos al patio, a Manolo y a mí nos llevaron entre ocho policías y cuatro funcionarios a la cuarta galería, nos metieron en las duchas y estuvieron dándonos palos al menos unas cuatro horas. No sé dónde está Manolo, igual se han pasado con él y lo han matado, poco les ha faltado para matarme a mí.

Nuestros compañeros no habían participado en el motín, la prueba de ello era que sus celdas estaban intactas, bueno, las celdas en las que estaban antes del motín.

Después del desayuno, nos llamaron a los nueve que habíamos dormido juntos a la oficina del funcionario, nos habían sancionado con cuatro fines de semana sin cine por no habernos levantado al recuento de diana.

—De puta madre —dijo alguien— total, para ver cada sábado a la Lola Flores, prefiero estar en el chavolo.

Una media hora después, nos llamaron a locutorio de jueces, nos llamaron a los del Caso Scala y a cuatro compañeros de Grupos Autónomos.

En el locutorio de jueces estaba uno de nuestros abogados, se había enterado por la prensa de lo que había pasado i venía a ver cómo estábamos.

—¿Has llamado a Manolo? —le dijo Amador.

—Sí, he dado su nombre también.

Le contamos lo sucedido, cuando estábamos explicándole todo lo que había pasado, apareció Manolo, lo traía un enfermero en silla de ruedas, la cara deformada, parecía una patata, de la nariz le salía una sonda, iba en pijama y nos mostró como del pene le salía otra sonda, lo habían reventado por dentro. El médico de la prisión le había comunicado que tenía para al menos quince días de

convalecencia, que iba a estar otros tres en la enfermería y luego lo devolverían a su celda.

Ese día, de madrugada, oímos como se iban abriendo algunas celdas de la nuestra galería, seguidamente empezamos a oír gritos aterradores.

Por la mañana, nos enteramos que se habían llevado a unos cuarenta en conducción a diferentes penales del Estado.

Unos días más tarde, nuestros abogados, que también eran abogados de algunos de los presos comunes que habían sido trasladados, nos comunicaron qué había sucedido.

Sobre las tres de la madrugada, entraron en la galería unos cuantos funcionarios apoyados por policías antidisturbios. Fueron abriendo celdas y sacando a la gente tal como salían de la cama, algunos en pijama, otros en calzoncillos y casi todos descalzos.

Los llevaban a palos hasta la planta y, desde allí hasta la salida de la prisión. Un cordón formado por más policías y funcionarios, se dedicaban a molerlos a palos.

A unos los llevaron al penal de Huesca —conocido entonces como prisión psiquiátrica—, a otros al Dueso —Santoña (Santander)—, a otros al Puerto de Santamaría (Cádiz).

Todos estaban siendo torturados diariamente por funcionarios de las diferentes prisiones, sobre todo en el Dueso, donde les llenaban las celdas de agua para que no pudieran sentarse durante todo el día.

Uno de los que habían secuestrado y conducido a la prisión del Dueso, se había cortado un dedo de la mano derecha en protesta. Ayudado de una cuchara afilada y una piedra, se había cortado el dedo de cuajo.

Durante esos días los funcionarios, ayudados por la policía, se habían dedicado a sacar a muchos presos de sus camas, a extremas horas de la madrugada y a trasladarlos a la quinta galería, recién remodelada. Donde diariamente eran torturados por la policía y por los propios funcionarios.

Habían trasladado a las cabezas visibles de la COPEL y creían que habían acabado con las luchas de los presos. En pocos días ya habíamos reorganizado de nuevo la COPEL y, cansados de tantos secuestros indiscriminados y de tantas torturas hacia nuestros compañeros, organizamos una automutilación general.

Unos trescientos presos nos cortamos las venas, más que las venas, realmente eran las arterias. Con la sangre que derramábamos, llenábamos cubos y utilizábamos la sangre para hacer pintadas en las paredes de la prisión.

Nosotros no estábamos de acuerdo con las auto—mutilaciones pero sólo podíamos hacer dos cosas, encerrarnos en nuestras celdas para no ver nada, o solidarizarnos y cortarnos también.

Dos de Grupos Autónomos y dos del Caso Scala, decidimos lo segundo, pero más que por solidaridad, por salir al hospital y buscar la manera de fugarnos.

Como éramos tantos los presos automutilados, en el pasillo de azulejos blancos de la entrada a la prisión, colocaron infinidad de camillas y vinieron médicos y enfermeros de los diferentes hospitales de Barcelona, sobre todo de Pere Camps, del Hospital Clínico y de San Pablo.

Parecía una enfermería de campo instalada después de una batalla o de una epidemia.

Los que nos negábamos a ser atendidos en la propia cárcel, éramos conducidos por turnos a los diferentes hospitales de la ciudad, en furgones de la policía nacional.

A nosotros cuatro, nos dejaron para el final y, sobre la cuatro de la madrugada nos condujeron a Pere Camps rodeados de fuertes medidas de seguridad.

Nos instalaron a los cuatro en la misma sala, cada uno en una camilla, con la mano que no teníamos mutilada esposada a las barras de hierro de las camillas. Delante de cada uno de nosotros se colaron dos policías con metralleta de doble cargador y el dedo en el gatillo.

—¡Disparar cabrones, si tenéis huevos! —les decíamos mientras esperábamos ser atendidos.

Cuatro médicos o enfermeros a la vez, acompañados de enfermeras, nos atendieron, nos durmieron las heridas con cuatro pinchazos de anestesia en cada una, nos limpiaron las heridas y nos cosieron, a mí me pusieron siete puntos de hilo de sutura.

Mientras nos curaban íbamos explicándoles a los médicos y las enfermeras cual era la situación dentro de la cárcel, los secuestros diarios, las torturas en la quinta galería, etc.

10

Como no podían culparnos de haber hecho ninguna acción en el motín y nos tenían tantas ganas, un buen día decidieron que teníamos sarna y que debían ponernos en cuarentena para la seguridad del resto de la población reclusa.

Nos quitaron toda nuestra ropa para desinfectarla —según nos dijeron—, nos dieron unos monos azules y nos cortaron el pelo al cero. Durante cuarenta días, cada mañana, antes de que sonara la corneta anunciando diana, nos despertaban, nos llevaban a las duchas del patio general, situado entre las galerías tercera y cuarta, donde se encontraban la escuela y los talleres y nos hacían ducharnos con agua helada y pastillas de jabón flota, nos llenaban el cuerpo con unos polvos blancos y nos obligaban a sentir de nuevo el agua helada.

Estaba claro que lo único que pretendían era tenernos aislados, como en celdas de castigo, el mayor tiempo posible. Si realmente hubiésemos tenido sarna, nos hubiesen comunicado uno por uno en la enfermería del centro.

Una de las noches en que estábamos encerrados acusados de tener sarna, nos llamó un compañero de la celda de al lado.

—Colegas ¿Tenéis algo de comida? —nos preguntó.

—Sí, espera un momento —le dijo Pedro.

—Pero si no tenemos comida —le dije yo.

—Calla que les vamos a hacer una putada.

Se metió en el wc con una bolsa de plástico y al rato salió con ella bien cerrada y con una cagada dentro. Ayudado de un palo de escoba, sacó la bolsa por la ventana y se la pasó a los de la celda de al lado. Las celdas estaban totalmente oscuras y no podrían distinguir el contenido.

—Te pasamos un trozo de chorizo, colega —le dijo Pedro.

Al rato, empezamos a oír insultos y amenazas de muerte.

—Os vamos a matar en cuanto nos saquen del aislamiento ¡Cabrones!.

Mientras nosotros reíamos a pierna suelta.

A primeros de marzo se llevaron a Armando y a Lucas a la prisión de Carabanchel. Pensamos que era para tomarles declaración ante la Audiencia Nacional y que más tarde nos llevarían a Pedro y a mí. Pasados unos meses nos daríamos cuenta que ese traslado simplemente servía para mantenernos separados.

A mediados de marzo, entraron en prisión unos compañeros de la SEAT acusados de pertenecer a un grupo armado que, al parecer, hacía atracos a bancos para mantener las huelgas de la empresa. Uno de ellos era de C.N.T., tres eran independientes y dos, delincuentes habituales.

Unos días más tarde, a través de la prensa nos enteramos que Agustín Rueda Sierra había sido hallado muerto en la prisión de Carabanchel (Madrid).

Ese mismo día vinieron a vernos nuestros abogados y nos informaron de lo que había sucedido.

Los funcionarios de Carabanchel habían encontrado a Agustín haciendo un túnel para fugarse. Lo torturaron para que dijera quién más estaba detrás del intento de fuga.

En un momento de la tortura en que Agustín perdió el conocimiento, llamaron al médico de la prisión; éste diagnosticó que la pérdida de conocimiento era causada por la humedad que había sufrido dentro del túnel, que nada tenía que ver con la tortura que le estaban aplicando, lo reanimó y permitió a los funcionarios que siguieran con las sesiones de palos. Una media hora más tarde, los funcionarios de la prisión de Carabanchel, acababan matando a Agustín; lo habían asesinado cruelmente con el beneplácito de la dirección y del médico. Sin embargo, Agustín se fue a la tumba sin revelar un solo nombre de los compañeros que pretendían fugarse con él.

Los compañeros de Carabanchel se declararon en huelga de hambre para denunciar tan terrible asesinato y para que dejaran de torturar a una compañera libertaria que estaba recluida en el psiquiátrico de Madrid.

Nosotros, en La Modelo de Barcelona, secundamos la huelga denunciando lo mismo que ellos.

Esperábamos una respuesta desde la calle orquestada por la C.N.T. o al menos por grupos del Movimiento Libertario, sin darnos cuenta que la C.N.T. ya no era casi nada y el Movimiento Libertario, sólo una serie de grupos sin coordinar.

Unos días más tarde apareció asesinado el Director General de Prisiones, un tal Haddad, creo que se llamaba.

¿Había sido obra de algún grupo del Movimiento Libertario?. No, al día siguiente, los GRAPO reivindicaba el atentado, en represalia por el asesinato de Agustín.

Tras el asesinato del tal Haddad, abandonamos la huelga de hambre, habíamos conseguido que la compañera que estaba bajo tortura policial en el psiquiátrico, fuera trasladada a la prisión de mujeres de Yeserías (Madrid); fueron tales las torturas que le administraron que nunca más volvió a recuperar su sano juicio.

Como director de la Dirección General de Prisiones, fue nombrado D.Carlos García Valdés, un tecnócrata que nada tenía que ver con el cuerpo de funcionarios de prisiones.

En poco tiempo, presentó la Reforma del Reglamento Penitenciario, una reforma que, sobre el papel, era muy progresista, se la llegó a nombrar como muy similar a la de los países nórdicos.

Según esa reforma se regulaba el tiempo máximo que un preso podía estar en celdas de aislamiento, situándolo en sólo catorce días.

Los presos dejaban de llamarse así y pasaban a llamarse internos.

Las cárceles debían ser co—gestionadas entre los funcionarios y los presos.

Se apostaba por el tratamiento rehabilitador, por el acercamiento de los presos a la realidad social.

Era necesario abrir las cárceles españolas a la prensa internacional para dejar constancia de en qué condiciones se encontraban y en qué condiciones iban a quedar en poco tiempo gracias a la reforma.

El Estado necesitaba dar la imagen de que la democracia realmente avanzaba en todos los frentes, era simplemente, una forma más de mentir a los millones de votantes que se habían creído aquello del cambio.

Se regulaban los grados de clasificación penitenciaria en primero, segundo, tercero y sección abierta y se instauraban las comunicaciones “bis a bis” con las mujeres y con las novias.

Con el tiempo, tras obtener los recursos necesarios se instauraría la figura del Juez de Vigilancia Penitenciaria, que tendría que velar por el cumplimiento de los derechos de los internos.

La prisión, pasaba de ser un centro de castigo, a un centro de tratamiento y rehabilitación.

Los internos no podían ser trasladados a penales hasta que estuvieran condenados en sentencia firme y en todo caso, siempre tenían que estar internados en la prisión más cercana a la residencia de sus familiares más directos.

Una semana después de la publicación de la reforma en el Boletín Oficial del Estado, se empezó a cumplir la promesa de dejar que la prensa internacional entrase en las prisiones.

La Modelo se llenó de periodistas y fotógrafos. Los presos los íbamos acompañando por todos los lugares de la prisión, para que vieran las condiciones infrahumanas en que nos encontrábamos.

Recuerdo que yo estaba en huelga de hambre reivindicando nuestra libertad provisional o la celebración del juicio y, que me filmaron algunos

periodistas mientras me hacían preguntas tumbado en la cama.

Durante bastante tiempo, mis compañeros me llamaron Cleopatra.

El propio Carlos García Valdés vino con la prensa, sacó a todos los presos de la quinta galería y la clausuró. Se trataba de una galería de castigo, las celdas no tenían camas, en su lugar había un banco de hormigón. Todas las celdas, además de la puerta de hierro de entrada, tenían otra puerta de rejas semicircular.

Valdés ordenó que se reconstruyera de nuevo y en condiciones dignas para el tratamiento de los internos, lo ordenó ante una rueda de prensa y en presencia de muchos presos y funcionarios.

Al día siguiente, nos dimos cuenta de la gran mentira que suponía la reforma; ningún medio de comunicación, excepto algún diario francés o alemán de poca tirada, publicaron absolutamente nada de lo que habían visto.

Sin embargo, las condiciones en la cárcel cambiaron radicalmente, se implantó la co-gestión por primera vez en la historia de las prisiones del país.

En cada galería se formaron comisiones de delegados. Los cabos de galería fueron substituidos por otros presos y ahora se les llamaba “delegados de galería”.

Cada día se hacían asambleas en los patios de la prisión, conseguimos que la lejía y los artículos de limpieza general los pusiera el centro. Hasta la fecha, lo único que teníamos para limpiar las galerías era agua.

Se organizaron turnos de limpieza, a través los cuales, ningún preso se libraba de hacerla.

Se organizaron cajas de solidaridad para proveer de tabaco, jabón y leche a los indigentes, en su mayoría africanos. Cada vez que alguien cobraba de ventanilla de peculio lo que le pasaba su familia desde la calle, voluntariamente ponía en la caja un tanto por ciento establecido.

Los recuentos ya no duraban más de lo necesario, más que nada porque quien daba la conformidad eran los propios presos y no los funcionarios, como hasta entonces.

Se descubrió ante todos los presos a los “cabos de varas”, a algunos de ellos, los peores, se les apaleó en las asambleas y a todos se les obligó a pedir protección en la quinta galería.

Los “cabos de varas” eran presos que redimían sus condenas a cambio de torturar a otros presos, estaban normalmente en el departamento psiquiátrico de la enfermería.

Las condiciones de vida habían cambiado para mejor, pero seguíamos presos y nuestra obligación como tales era intentar fugarnos.

Que estuviéramos mejor en cuanto a condiciones de vida no significaba que estuviéramos de acuerdo con estar presos y mucho menos con el Código Penal existente, que no había sido reformado desde su aprobación en el siglo XIX.

Aquella nueva situación no agradaba a la mayoría de los funcionarios, los únicos que la apoyaban eran los miembros de la Asociación de Funcionarios Demócratas, unos diez en toda la prisión.

El resto seguía con los deseos de control absoluto que les había otorgado el régimen franquista.

Los torturadores tenían ganas de seguir torturando, se les notaba amargados y de vez en cuando intentaron provocar algún motín a través de sus confidentes y protegidos para dar al traste con aquella situación.

Sin embargo, la conducta de los delegados era firme, fría y calculadora y no se permitía que esto sucediese. Cuando se descubría a algún confidente intentando provocar un disturbio, se le obligaba a pedir protección en la quinta galería bajo amenaza de muerte.

La nueva situación, a pesar de todo, no duraría demasiado.

Hacia el mes de mayo, se organizó una fuga por la modalidad del túnel, se hacía desde una celda de la enfermería.

Entonces había libertad de movimiento de los presos por las diferentes galerías.

Era escandaloso, estaba claro que se estaba haciendo el túnel con el consentimiento de la dirección.

La gente que trabajaba en el túnel se paseaba por el centro de la prisión con la cabeza y los zapatos llenos de barro, cuando hacía al menos dos meses que no llovía en Barcelona.

La fuga estaba preparada para ochocientos presos, cada grupo tenía un orden de salida y una tapadera de cloaca de la ciudad asignada por donde salir a la calle para dar tiempo a que nos fugásemos todos. El primer grupo tenía que salir cerca de Badalona y así sucesivamente.

Nosotros, como llevábamos poco tiempo en la cárcel, formábamos parte del último grupo y teníamos que salir por la tapadera de cloaca que hay justo al lado de los jardines del metro de Entença.

Pedimos ayuda en la calle a la C.N.T. pero nadie quiso saber nada, posiblemente entonces valoraron que era más importante para la organización tener presos y explotarlos políticamente que tener a los compañeros en libertad.

Fuera como fuese, lo cierto era que los pocos compañeros que apoyaban nuestra decisión no tenían ni el valor ni los medios necesarios para apoyarnos.

El apoyo nos llegó desde los compañeros franceses de Acción Directa.

Los mismos que años atrás habían propuesto a Puig Antic sacarlo en helicóptero de la cárcel, pero él se negó porque la clase política lo tenía convencido de que lo iban a salvar de la pena de muerte, pero luego les llegó un

juicio más importante contra dirigentes de Comisiones Obreras y dejaron que lo mataran, al fin y al cabo, se trataba de un anarquista menos.

Nos pasaron una mini-cámara fotográfica; les pasamos nuestras fotografías, confeccionaron las documentaciones falsas necesarias para todos y el día señalado para la fuga estaban en una furgoneta con el suelo agujereado justo encima de la tapa de cloaca por la que teníamos que salir. Habían alquilado algunos pisos en la ciudad para escondernos unos días y después llevarnos hasta Sudamérica vía Portugal.

Unos días antes de la fecha señalada para la fuga, un funcionario de los demócratas vino a nuestra celda, nos reunió a todos y nos informó que se estaba haciendo un túnel en la enfermería, quería saber si estábamos enterados y si nos íbamos a fugar.

—No sabíamos nada —le dijimos mintiendo.

Aquello era un mal augurio, si lo sabía aquél funcionario, lo tenían que saber más y evidentemente, quien seguro lo sabía era la dirección de la cárcel.

Llegó el día de la fuga. El primer grupo, formado por el Vaquilla y otros más que habían estado trabajando en el túnel, en vez de salir cerca de Badalona como se les había asignado, salieron por la tapa de cloaca situada justo delante de la puerta de entrada a la prisión.

Sólo pudo fugarse el grupo que les seguía, cuarenta y cinco presos en total.

Nosotros, temiendo que algo malo estaba pasando, nos saltamos el turno y nos dirigimos hacia la enfermería, pero cuando llegamos al patio de la misma, descubrimos que seis funcionarios venían desde donde estaba el túnel para dar la alarma.

Volvimos a nuestra galería para que no nos descubrieran y empezamos a llorar de rabia y amargura.

Las nuevas condiciones de vida se fueron a la mierda, la dirección de la cárcel había conseguido lo que quería.

La quinta galería fue abierta de nuevo como celdas de castigo y en breves días volvía a estar llena de presos a los que torturaban diariamente.

Las asambleas de cada día se acabaron, sólo quedó un foco de resistencia en la primera galería, donde seguía funcionando la asamblea permanente y la caja de solidaridad con los indigentes.

Algunos presos de la galería fueron trasladados a la quinta justo después de encontrar el túnel. El resto seguimos manteniendo las cosas acordadas entre todos.

La dirección estaba harta de nosotros, tenía que desmontar nuestra organización como fuese.

Trasladaban a nuestra galería a presos conflictivos y nosotros les amenazábamos para que pidieran protección.

Aguantamos esa situación aproximadamente un mes.

Desde la fuga de los cuarenta y cinco, no había día en que no estuviésemos desde alguna de las galerías trabajando en otro intento de fuga.

Los túneles iban cayendo unos detrás de otros y los presos que se hallaban en las celdas donde estaban los túneles, eran conducidos directamente a la quinta galería.

Algunos de los túneles estaban instigados por confidentes del Jefe de Servicios apodado “El Cojones”, nos dimos cuenta porque sorprendentemente, siempre los localizaban en sus guardias.

De pronto, llegó a nuestros oídos algo que parecía una fuga segura, unos presos argelinos e italianos habían comprado una planta baja al lado de la Modelo y estaban realizando un túnel desde la calle hasta la cárcel; unos de los cabecillas sabía exactamente hacia donde dirigirse pues había estado antes entre rejas, había participado en la construcción de algún que otro túnel desde dentro y sabía perfectamente de qué color era la tierra que poco a poco se iba encontrando.

La fuga se vino a bajo cuando en un control policial en las Ramblas detuvieron al argelino y sin saber nadie porqué, cantó.

Las posibilidades de fugarnos iban desapareciendo una a una, si no habíamos conseguido nada construyendo la fuga desde la calle, poco nos quedaba ya por intentar. A pesar de ello, los contratiempos no nos quitaban las ganas de conseguir la libertad por nuestros propios medios.

Por fin parecía que se estaba construyendo un túnel con cara y ojos, la información no la tenía demasiada gente, se estaba haciendo en la cuarta galería y sólo lo sabíamos nosotros que seguíamos en la primera y otros diez presos más de plena confianza.

A algún gilopollas se le ocurrió la idea de hacer una lista con los nombres de los presos que nos teníamos que fugar, era un tipo metódico que había trabajado hacía años de administrador de fincas y tenía la manía de apuntarse todos los compromisos con pelos y señales.

Los diez compañeros —comunes— que estaban en la cuarta galería, se dedicaban a sacar la tierra del túnel metida en saquitos que llevaban debajo de los pantalones hasta los lavabos del patio general para tirarla por el sumidero.

Un día, a uno de ellos se le olvidó tirar la tierra y no se le ocurrió otra cosa que dejarla caer sobre la arena seca del patio. Estaba claro cuando lo descubrieron los funcionarios, la tierra del patio era arenilla y no entendieron qué hacían allí dos montoncitos de tierra arcillosa.

Los funcionarios, ayudados por la policía, empezaron a hacer registros minuciosos, hasta que en una celda de la cuarta galería encontraron la lista con nombres y apellidos de los que nos íbamos a fugar.

Inmediatamente, nos llevaron a todos a la quinta galería.

El túnel aún no lo habían encontrado y, teniendo en cuenta quiénes estábamos detrás, era difícil que lo encontraran, primero porque sólo los diez de la cuarta sabían exactamente dónde estaba y segundo porque todos ellos tenían largas condenas y la elaboración de la fuga estaba a punto de concluir; nos teníamos que fugar durante esa semana.

Una media hora después de entrar en la quinta galería, se presentó la Brigada Político Social, es decir, la policía secreta.

Uno a uno nos fueron sacando de las celdas para interrogarnos sobre en qué lugar estaba el túnel.

—¿Qué túnel? —decíamos todos—, el único túnel que conocemos es el de la fuga de los cuarenta y cinco.

Nos habíamos puesto de acuerdo para declarar todos lo mismo. Eso

les exasperó demasiado y al final llegamos a la conclusión de que alguien más además de los diez de la cuarta sabía dónde estaba exactamente, porque tres días después, lo encontraron.

Nos sancionaron a todos, arbitrariamente fueron decidiendo cuántos días de sanción nos metían a cada uno.

Las sanciones fueron de 16, 32, 64, 128 y 256 días de aislamiento respectivamente.

A mí me cayeron treinta y dos días.

Era una prueba más de que la reforma era sólo papel mojado. Ninguno íbamos a estar aislados un máximo de catorce días como estipulaba la Ley General Penitenciaria.

La policía nacional, nos molía a palos cada día, los días pares en las celdas pares, los impares en las impares. Cada día nos daban dos sesiones de palizas, una por la mañana y otra por la tarde.

Los treinta nuevos ingresos de la quinta galería nos declaramos en huelga de hambre; al día siguiente sólo manteníamos la postura los tres de mi celda y para agravar la situación y salir pronto al hospital para que dejaran de torturarnos, nos declaramos también en huelga de sed.

Era muy dura la huelga de hambre y sed, sabíamos que a partir del octavo día podíamos perder las neuronas y volvernos locos para los restos de nuestros días.

Cada media hora nos enjuagábamos la boca con agua y la escupíamos. Cada dos horas nos cepillábamos la dentadura porque sabíamos que la podíamos perder.

Al tercer día dejaron de torturarnos, a nosotros y a los demás y nos dejaron salir al patio por primera vez, eso sí, como estábamos aislados, salíamos de uno en uno y sólo un cuarto de hora.

Fui directamente a la ducha, no hizo falta que me secara el cuerpo ni la cabeza, mi sistema había absorbido hasta la última gota de agua.

La huelga de hambre y sed duró siete días, el médico de la prisión no vino ni una sola vez para controlar nuestras constantes vitales, no porque no quisiera, seguramente, sino por orden expresa de la dirección.

El séptimo día, la hermana de Manolo, nos había traído tres truchas y una botella de horchata Siper.

No pudimos resistir la tentación, abandonamos la huelga y nos comimos todo aquél día.

Por la noche teníamos unos dolores en el vientre que nos hacían revolcarnos.

Pasaron mis treinta y dos días de aislamiento y volví a la primera galería.

Ya no quedaba nada de la organización solidaria en la primera galería, cada cual iba a la suya; eso sí, los árabes indigentes a los que tanto habíamos ayudado, se encargaron de que nuestras celdas permaneciesen intactas hasta nuestro regreso.

A primeros de septiembre nos llevaron a Manolo y a mí en conducción a la prisión provincial de Alcalá de Henares.

El había estado unos días en el mes de marzo, lo habían llevado para declarar ante la Audiencia Nacional y seguidamente lo habían trasladado de nuevo a Barcelona.

Durante el trayecto me iba explicando que aquella cárcel había sido de mujeres hasta febrero del año en curso.

Me contó que en el patio había un estanque con patos y cisnes y que estaba rodeado de bancos como en las plazas de la calle, que había muchas flores de diferentes tipos y árboles.

Que la prisión estaba formada por dos edificios, que no había celdas, que en su lugar había brigadas con capacidad para unos cuarenta presos cada una, super relucientes de lo limpias que estaban.

Hacia medio día paramos en el penal de Huesca, allí íbamos a estar hasta el día siguiente que nos conducirían de nuevo hasta Alcalá.

Entonces comprendí porqué a Huesca la llamaban prisión psiquiátrica.

El silencio era sepulcral, no se oía ni el zumbido de las moscas, los suelos estaban relucientes porque los presos eran castigados diariamente a limpiarlas frotando pastillas de cera.

Los funcionarios vestían gorra de plato y guantes de piel negros, tenían todos cara de sádicos fascistas, estaban blancos como la muerte.

Me horrorizó el corto tiempo que estuve allí dentro. En una ocasión me asomé a la ventana de la celda donde me habían encerrado y vi en el patio a presos que parecían estar idos de la cabeza, todos paseaban en círculos y en completo silencio.

La mañana siguiente salí de aquella horrible pesadilla y entré en el furgón de la guardia civil dispuesto a llegar a la maravilla descrita por Manolo.

Cuando llegamos a Alcalá de Henares, nada era como lo había descrito Manolo, al parecer desde su estancia hasta el momento, había habido dos motines, uno de los dos edificios de la prisión estaba totalmente quemado.

Los patos y cisnes del estanque, se los habían comido los presos, el verde del suelo y las flores, brillaban por su ausencia; los bancos de madera habían sido pasto de las llamas, habían sido utilizados como hogueras para calentarse en los fríos días de invierno.

El edificio que quedaba en pie, estaba formado por tres pisos, una brigada en cada uno, pero en vez de cuarenta presos por brigada, había más de cien, todos hacinados y en unas condiciones de vida aún peores que en la Modelo.

Me instalaron en la brigada de la tercera planta, justo delante de unos falangistas que tenían sobre la cama un cuadro de Franco a un lado, un cuadro de Jose Antonio

Primo de Rivera al otro y en medio la bandera española con el águila imperial y la bandera falangista.

A Manolo lo destinaron como enfermero de la prisión y yo me quedé solo en la brigada, sin conocer a nadie.

A los pocos días ya había entablado amistad con los presos comunes, el hecho de ser anarquista me daba facilidades para establecer relaciones.

Al poco, colocamos sobre mi cama un cuadro de Bakunin, una bandera negra con la A en su círculo y otra de la C.N.T.

A la media hora, me llamaron a Jefatura de Servicios.

—Tiene que quitar las banderas y el cuadro que ha puesto encima de su cama.

—De acuerdo, pero que las quiten también los falangistas —les dije.

Se habían chivado los muy gilipollas y les había salido el tiro por la culata. Tuvieron que quitar ellos también los cuadros y las banderas.

Ese mismo día, ayudado por unos cuantos presos, cogimos mi cama y la colocamos en el otro extremo de la brigada.

En la prisión había un taller de encuadernación que no se utilizaba; los presos que tenían acceso a él, traían cada día rollos de papel blanco y de alambre.

Empezamos a construirnos todas nuestras propias casas, ese espacio necesario para tener un poco de intimidad, nos ayudábamos unos a otros.

Yo me construí un Tipi (cabaña india), otros habían hecho casas con jardín, otros iglúes, había todo tipo de construcciones de papel, si se hubiese hecho una exposición, habiéramos ganado dinero.

La alegría no duró mucho, sin embargo. Un buen día encontraron un túnel en la enfermería y, claro está, entre a otros el muerto le cayó a Manolo. Ese mismo día se lo llevaron castigado al penal de Ocaña (Toledo).

Entró la policía al centro, nos hicieron bajar a todos al patio y formar en posición de firmes durante más de cuatro horas. Cuando nos dejaron volver a nuestras brigadas, no quedaba nada de las magníficas construcciones, sólo estaban las camas y nuestros objetos personales esparcidos por el suelo.

Ese mes, la C.N.T., decidió que no iba a pagar las minutas de los abogados del Caso Scala, porque el caso se estaba llevando como queríamos los presos y no como ordenaba la organización.

Envié una carta al Comité Nacional y otra a la Federación Local de Barcelona anunciándoles mi decisión de abandonar la organización y de renunciar a mi abogado —el que me había puesto la C.N.T.

La verdad es que mi abogado no tenía la culpa de las decisiones tomadas por la organización, pero no me servía de mucho.

Las veces que había estado aislado en celdas de castigo en la Modelo, no había venido a verme para nada, mientras los otros abogados venían cada tres o cuatro días a ver a sus defendidos.

En dos meses casi que llevaba en Alcalá de Henares, no había venido ni un solo día, ni siquiera había contestado a las muchas cartas que le había enviado ¿Para qué quería entonces ese abogado?.

Mis padres, militantes del P.S.U.C. desde mil novecientos cincuenta i nueve, aprovecharon la oportunidad para enviarme un abogado del partido. Solé Barberá —creo que se llamaba.

Empezó a correr el rumor por la C.N.T. y por los comités de apoyo

que el tal Solé Baberá, pretendía sacarme a mí de la cárcel cargando la culpa sobre mis demás compañeros.

Un buen día vinieron a visitarme miembros del Comité Nacional de la C.N.T..

—¿Qué coño hacéis aquí si durante todos los meses que llevo preso no os habéis acordado nunca de mí? —les reproché.

—Nos hemos enterado de lo que quiere hacer tu nuevo abogado y no nos parece bien —me dijeron.

—Yo también he oído rumores pero como aún no he podido hablar con él, no sé cuales son sus intenciones —respondí.

—No es que no queramos pagar a vuestros abogados, es que no nos parece bien de la manera en que se está llevando el proceso —me dijeron.

—A ver, que quede claro —les dije— nosotros somos los que estamos presos y nosotros somos los que vamos a decidir nuestro futuro, ni los abogados ni vosotros. Os hemos pedido ayuda muchas veces y siempre nos la habéis denegado. Os pedimos ayuda cuando la fuga de los cuarenta y cinco y preferisteis que siguiéramos presos para fortalecer vuestras campañas propagandísticas. Hemos hecho dos huelgas de hambre y ni una sola vez habéis organizado en la calle nada de apoyo y, más, ni siquiera os habéis preocupado por nuestra salud en ninguna de las dos ocasiones.

Los mártires pasaron a la historia, si necesitáis mártires, entrad vosotros en la cárcel.

No es sólo porque os neguéis a pagar a nuestros abogados por lo que he abandonado la organización, como podéis comprobar. Y ahora, por favor, desaparecer y no volváis a verme durante todo el tiempo que me queda de cárcel.

— No se puede hablar contigo —me dijeron—, piensa lo del abogado porque a quien vas a hacer daño es a tus compañeros y no a la organización.

—Tranquilos por mis compañeros que yo no soy tan cabrón. Ya recibiréis noticias mías. —les dije dándoles la espalda y saliendo del locutorio de comunicaciones.

Dos días después vino a verme mi nuevo abogado.

Efectivamente los rumores eran ciertos, pretendía cargar la culpa en los demás para conseguir mi libertad.

—Eres un cerdo —le dije—, todos los comunistas habéis sido siempre igual de cabrones. Desaparece de mi vista y procura que no salga pronto a la calle.

Escribí una carta al Comité Nacional y otra a la Federación Local.

Teníais razón sobre los rumores. He renunciado a mi nuevo abogado pero sigo sin querer al que tenía. He nombrado a

Marc Palmés i Giró. De todos modos que quede claro que sigo fuera de la organización, al menos hasta que encuentre por vuestra parte una muestra de respeto y apoyo hacia vuestros compañeros presos.

A los tres días me llegó un telegrama del Comité Nacional:

—Respetamos tu nueva decisión. Aceptamos pagar las minutas del nuevo abogado aunque no sigas con nosotros. Salud y anarquía.

Ese mismo día, la dirección de la prisión me comunicó que la semana siguiente me trasladaban al penal de Segovia.

Después de haber estado cinco meses en Alcalá, sin contacto con ninguno de mis compañeros anarquistas, me habían traído al penal de Segovia, en el que se hallaban veintidós compañeros del movimiento libertario, unos de la CNT, otros de los Grupos Autónomos Libertarios; también había algunos presos del FRAP y dos del GRAPO.

Segovia me parecía el penal más pequeño que había visto desde mi ingreso en la prisión Modelo de Barcelona, en 1978 y no había visto muchos, la prisión provincial de Alcalá de Henares, de donde procedía y ahora el Penal de Segovia.

En cuanto llegué a la prisión, me pusieron en la primera galería, donde estaban todos mis compañeros. No me hicieron pasar el habitual día de periodo que se acostumbraba a pasar en otras prisiones.

Segovia era una cárcel pequeña. Se comentaba que antes de la Guerra Civil, aquello había sido un convento de clausura. Era un penal famoso porque en mil novecientos setenta y cinco hubo una fuga masiva de presos etarras y de un anarquista catalán.

Constaba de tres galerías distribuidas en forma de telaraña, con una cabina en el centro para controlar desde allí los movimientos de todos los presos —estructura similar a la Modelo.

Las galerías eran bastante pequeñas, compuestas de planta baja y primer piso, con celdas a ambos lados. El suelo era de terrazo rojo y al fondo de la galería, una escalera de hierro conducía al primer piso. Los pasillos estaban bordeados por una barandilla de hierro. Era tan pequeña que en el primer piso podías darte la mano con alguien del pasillo de enfrente.

El color dominante era el gris, hasta el suelo de las celdas del primer piso era de ese color. Las celdas de la planta tenían el suelo forrado de baldosas

Me instalaron en la última celda de la izquierda, en la planta baja, debajo de la escalera, de manera que la puerta de mi celda quedaba casi a oscuras.

La celda medía cinco metros de largo por tres de ancho, el techo se elevaba a unos cinco metros del suelo. Las paredes estaban pintadas de gris metálico desde el suelo hasta un metro y medio aproximadamente y de allí hasta el techo, de un beige pálido.

Sobre la pared del fondo, a unos tres metros de altura, una ventana enrejada a través de la cual sólo se podía contemplar el cielo azul segoviano.

Al fondo, a mano derecha, había una cama de hierro con colchón de espuma; a los pies de la cama, un radiador de pared y junto a este una mesa escritorio.

En la pared de enfrente, justo entrando a mano izquierda, había un wc y un lavabo con espejo, rodeados con azulejos blancos en la pared. El mobiliario

lo completaba una taquilla de madera de un metro de alto.

En cuanto al régimen interno del penal, era uno de los mejores de todo el país; el hecho de tratarse de un penal tan pequeño y que además tenía muy pocos presos, lo permitía.

Los compañeros, desde que habían llegado procedentes de Carabanchel, habían llegado a acuerdos de funcionamiento con la dirección del penal.

En la planta baja, a mano izquierda, en una celda, tenían la comuna con una cocina eléctrica que habían comprado al recadero.

En el primer recuento de las siete de la mañana no hacía falta ponerse en la puerta para el recuento, como en otras prisiones y podíamos tomar el sol desnudos. En el economato, vendían papel de fumar para que pudiéramos liarnos nuestros porros. No estaban permitidas las drogas dentro de las prisiones, pero en Segovia nos toleraban el consumo.

La comida que hacía la prisión, terminábamos de cocinarla nosotros añadiéndole suplementos alimenticios y una mejor presentación, lo que la hacía comestible.

En la galería, atravesando la puerta de hierro que la separaba del centro, justo a la derecha, había una pequeña puerta que conducía a un patio de terrazo gris cuadrangular. Nada más salir estaba la ventanilla del economato. Atravesando el patio, se llegaba a los lavabos y duchas y a los fregaderos que servían para que nos laváramos nuestra propia ropa, junto a éstos, otra puerta conducía a una sala de televisión con unas cuantas mesas y sillas.

14

A las siete de la mañana, un timbre anunciaba la hora de levantarse, era el primer recuento del día; podíamos pasarlo en cama.

Después llegaba la hora del desayuno que nosotros no tomábamos porque lo hacíamos en nuestra comuna.

A las nueve de la mañana se hacía el segundo recuento, en éste sí que teníamos que ponernos todos en fila de a dos en la planta baja.

Después se abría la puerta del patio.

Ese mes de febrero hacía el frío seco propio de Segovia, el suelo del patio estaba cubierto de una espesa capa de nieve y nos dedicábamos a hacer muñecos de nieve y a tirarnos bolas, como si fuéramos niños.

Dentro de lo duro que se hacía estar presos, lejos de la familia y de los amigos, resultaba divertido estar en aquél penal.

Sabía que iba a seguir viendo muy poco a mi familia y a mi compañera, desde que me trasladaran de Barcelona a Alcalá, sólo los veía una vez al mes, salvo en las ocasiones en que mi abuelo —también militante de C.N.T.

— se traía a mi compañera en avión.

Cuando venían mis padres lo hacían en un Renault familiar de color

beige que tenía muchos años pero que supo aguantar todos los años que pasé en prisión.

En el fondo creo que aquel coche que de pequeño me había llevado tantos fines de semana a Llinars del Vallés, me seguía teniendo afecto; cuando sus fuerzas no daban para más, como mis padres no tenían dinero suficiente para cambiar de transporte autónomo, mi abuelo dedicaba una parte de sus ahorros en repararlo.

Teóricamente, según la ley penitenciaria, no podíamos estar en un penal hasta que estuviésemos condenados en sentencia firme y nosotros éramos aún presos preventivos, es decir, a la espera de ser juzgados; pero ya por aquél entonces se practicaba la dispersión.

Una dispersión que nunca se debió a motivos de tratamiento penitenciario de rehabilitación, como quieren que nos creamos ahora con su política de dispersión de los presos de E.T.A., sino de tratamiento de choque, como método sofisticado de tortura psicológica y también, como no, como castigo a nuestras familias, aun a pesar de no estar acusadas de ningún delito.

Para los presos políticos, había varias cárceles según la ideología, si los anarquistas estábamos en Segovia, los presos del GRAPO estaban en el penal de Zamora y los de ETA en Carabanchel y Soria.

Ese mes de febrero de mil novecientos setenta y nueve, sin embargo, ya no éramos presos políticos, el mes de diciembre anterior se había aprobado la Constitución con el voto de casi todos los partidos políticos, incluidos los de “izquierdas” y habíamos pasado de presos políticos a terroristas.

El patio se acababa a la una del medio día; volvíamos a la planta, nos poníamos en fila de a dos y el funcionario de turno nos recontaba.

Después llegaba la hora de la comida. La traían desde la cocina, situada en la segunda galería y nosotros la aderezábamos y nos la comíamos. Sobre las tres de la tarde, nos encerraban en nuestras celdas para hacer dos horas de siesta, que yo aprovechaba para leer, escribir, estudiar —me había matriculado para obtener el título de graduado escolar—, o para tocar la flauta o la armónica, casi nunca dormía en esas dos horas, a no ser que hubiese pasado toda la noche en vela estudiando o escribiendo.

A las cinco de la tarde, abrían de nuevo nuestras celdas y a medida que lo hacían, nos iban recontando.

Luego bajábamos al patio o nos metíamos en la sala de televisión a jugar al dominó, al parchís o al ajedrez.

Sobre las ocho de la noche teníamos que volver a la planta para que nos recontaran de nuevo.

A las nueve, traían la cena y repetíamos la operación de aderezarla y comerla.

A las diez de la noche nos encerraban en nuestras celdas para dormir, hasta el día siguiente, excepto los sábados que nos dejaban abiertos hasta las doce.

Así se iban sucediendo los días, con el patio lleno de nieve no podíamos jugar a fútbol sala y nos dedicábamos a los juegos de mesa, a ver la tele o simplemente a conversar.

Los momentos de más tranquilidad eran a la hora de la siesta y a la

hora de dormir, pues estábamos en celdas individuales y podíamos encontrarnos con nosotros mismos o lanzar nuestros pensamientos al aire para, en sueños, encontrarnos con nuestros seres queridos de la calle.

Cuando te trasladaban de un penal a otro, no te permitían comunicárselo a tu familia; te decían más a menos sobre qué fecha te iban a trasladar pero nunca sabías el día exacto. Te despertaban antes de la hora del primer recuento y te daban la información.

Al llegar al penal siguiente, si tenías suerte como en Segovia y no te encerraban los tres días de periodo, podían enviar un telegrama a tu familia.

Los amigos y amigas seguían enviando las cartas a Alcalá, pero yo ya no estaba allí y la dirección las devolvía por domicilio desconocido; cuando una semana o diez días después les llegaba la correspondencia desde la nueva prisión, entonces se reiniciaba el diálogo.

Resultaba muy difícil comunicarse a través del correo, con Yoyi y Sole me comunicaba de una forma muy intensa, mis cartas se veían recompensadas al ser contestadas a vuelta de correo.

Muchas veces entendías o entendían cosas que se escribían en las cartas que no tenían realmente el sentido con que habían sido escritas. A veces, para que una idea o una comunicación escrita quedara clara teníamos que esperar un mes de envíos y respuestas aclaratorias.

Debo reconocer sin embargo que todo aquel intenso ejercicio de correo escrito mejoró mucho mi vocabulario y sobre todo mi gramática castellana.

Yoyi se dedicaba muchas veces a decirme cómo se escribían las palabras, no era analfabeto pero tenía muchas faltas de ortografía, y yo le agradecía el esfuerzo y la dedicación, siempre será una buena amiga.

15

Cuando llevaba unos quince días en Segovia vinieron a verme mis padres, mi compañera, mi abuelo y mi hermano pequeño.

Habían recorrido seiscientos kilómetros sin dormir en toda la noche para verme mi compañera media hora, porque tenía concedida una comunicación de “bis a bis” y el resto de mi familia apenas un cuarto de hora.

—Cañadas, a locutorio de comunicaciones, han venido sus familiares
—me dijo un funcionario.

Allí no había listas para comunicar como en la Modelo, éramos muy pocos presos, los de Madrid comunicaban cada fin de semana pero los de Barcelona o de otras ciudades sólo una vez al mes o menos, había algunos que ni siquiera eso, bien porque sus familiares no tenían dinero para los desplazamientos, bien porque no tenían novia, bien porque sus padres eran demasiado mayores para viajar.

Atravesé la pequeña puerta de salida de mi galería y pasando por el lado de la garita del centro de la prisión, entré en la tercera galería siguiendo al

funcionario que me acompañaba. Tan solo entrar en esa galería, a mano izquierda había una pequeña puerta que conducía a un patio de unos quince metros de largo por cuatro de ancho y otra puerta que conducía al locutorio de comunicaciones normales y al de jueces y abogados.

Las condiciones de comunicación eran mucho mejores que en la Modelo; me separaba de mi familia una valla de rejas y rejilla, un pasillo y otra valla de rejas con rejilla.

En el locutorio sólo estaba yo en una parte y mi familia en la otra, con lo cual nos entendíamos a la perfección sin necesidad de elevar la voz.

Por ser la primera vez que venían a verme a aquella prisión, el funcionario se apiadó de ellos y nos dejaron hablar durante una media hora en lugar de los quince minutos que establecía el reglamento.

Los funcionarios que cubrían la guardia aquél día eran bastante enrollados y normalmente nos daban bastantes concesiones.

Al día siguiente tenía la comunicación “bis a bis” con mi compañera.

Esperaba que la habitación de “bis a bis” no fuese tan cutre como en Barcelona, en la Modelo se trataba de una gran sala en la que a la vez comunicábamos diez presos con nuestras respectivas familias; el espacio te permitía estar una media hora con tus familiares y si tenías novia no te quedaba más remedio que ir a follar al wc, te encerrabas con tu compañera en un espacio de apenas tres metros cuadrados, te metías mano como te lo permitían las circunstancias y después te sentabas sobre la taza, tu compañera se colocaba encima y a follar, porque realmente en aquellas condiciones no se podía hacer el amor, si los diez que comunicábamos hubiésemos tenido novia, nos hubiésemos tenido que repartir el tiempo en escasos periodos de cuatro minutos, todo un récord para los eyaculadores precoces; menos mal que por lo general éramos cuatro con novia y tocábamos a casi ocho minutos cada uno.

Había comunicado “bis a bis” con mi compañera unas seis veces desde mi entrada en prisión. Ella salió de la cárcel de Yeserías (Madrid) a mediados de junio del año anterior y en los primeros meses no nos concedían ese tipo de comunicación directa porque no estábamos casados, aún a pesar de haberles demostrado que habíamos estado viviendo casi un año bajo el mismo techo; de modo que mi compañera recurrió desde la calle a Manel Pousa, un gran cura del barrio para que nos hiciera un certificado de convivencia.

Llegó el día siguiente y la hora de la comunicación “bis a bis”, como era nuevo en aquella cárcel iba a comunicar con lo puesto.

—¿A donde vas? —me gritaron algunos de mis compañeros.

—A comunicar de “bis a bis” con mi compañera —les dije.

—Pues coge el colchón, que el suelo está duro y frío.

Yo no sabía nada, de modo que me dirigí a mi celda, deshice la cama, cogí el colchón y sábanas nuevas y me dispuse a salir de la galería.

—¡Echa uno por mí! —me decía alguno que otro.

—¡Otro por mí! —decían otros.

—Con lo canijo que estás no vas a echar demasiados —me gritaban otros.

Atravesé la puerta de la galería y, a través del centro, siguiendo al funcionario que me acompañaba, nos dirigimos hacia el pasillo de salida de la

prisión, unos pocos pasos y, a mano derecha un pequeño cuarto de unos doce metros cuadrados, sin cama pero desde luego en mejores condiciones que en la Modelo.

Tumbé el colchón en el suelo y me dispuse a hacer la cama.

—¡Un momento, no corras tanto! —me dijo burlón un funcionario que tenía bastante mala leche.

—En pelotas y a hacer flexiones —me ordenó.

Tenía dos opciones, o hacerle caso o pasar de él y perder la tan deseada comunicación, de modo que me decidí por la primera.

Se cerró la puerta tras la salida del funcionario; empecé a hacer la cama tendida en el suelo y al cabo de algo más de un cuarto de hora, se abrió de nuevo la puerta, pero esta vez era ya mi compañera.

Me contó que a ella también la habían hecho desnudarse y la habían cacheado.

—En la Modelo no nos lo hacían —me dijo.

Nos abrazamos, nos besamos, hablamos de algunas cosas y nos dedicamos a hacer el amor, por fin podíamos hacer el amor.

Aquella comunicación se me hizo excesivamente corto, duró los treinta minutos establecidos, pero a mí me parecieron bastantes menos. Un golpe de nudillos en aquella puerta de madera anunciaba el fin de la comunicación.

Se abrió a puerta en cuanto le dijimos al funcionario que estábamos listos; nos besamos, nos abrazamos y nos despedimos hasta la próxima.

Salió mi compañera del cuarto y se cerró la puerta dejándome dentro de él. Unos diez minutos más tarde, entró el funcionario burlón de antes.

—¡Venga, en pelotas y a hacer flexiones!

—Oiga que a mi compañera la han cacheado antes de entrar, ¿Qué coño quiere que lleve encima? —le dije enfadado.

—O hace lo que le digo o la próxima vez que venga su amiguita no comunica “bis a bis”.

16

Con la llegada de la primavera iban desapareciendo las matutinas placas de hielo del patio.

Por la mañana, el sol daba al ambiente el tono seco de su clima y entonces aprovechábamos las horas de la mañana para tomar el sol desnudos, beber coca —cola y fumar porros.

Por la tarde, jugábamos a fútbol sala y después paseábamos durante largos espacios de tiempo.

Durante los meses que llevaban allí los otros compañeros, se habían estado fijando qué tipo de registros hacían los funcionarios y habían comprobado que nunca picaban en los azulejos blancos que rodeaban los wc y los lavabos de las celdas.

—Ese es el punto débil por el que nos vamos a fugar —decía Pedro.

Teníamos en nuestras manos, guardado casi clandestinamente, el libro de la fuga de ETA del mil novecientos setenta y cinco, su título era “Operación Poncho”.

Sabíamos que después de la fuga de los etarras, había habido bastante inversión para reforzar el sistema de seguridad del penal.

Mediante la lectura detenida del libro, comprobamos que la cocina que había antes y la de ahora no tenían nada que ver, cuando los etarras, era de leña y ahora había una gran cocina industrial.

Las galerías estaban separadas del centro por muros de claraboya de cristal y cuando estuvieron los etarras no existía ésta separación. Pensamos en la posibilidad que no hubiesen tocado los colectores que conducían a la cloaca general de la calle, lugar por el que se habían fugado los etarras y decidimos tomar esa dirección.

Siempre estábamos a tiempo de rectificar, cerca de donde íbamos a iniciar el túnel, en la calle, a unos quince o veinte metros, atravesando los dos muros de la prisión, había una gran caseta de obras del MOPU y según informaciones precisas de la calle, estaba situada justo encima de una tapadera de cloaca.

Decidimos que el mejor lugar para iniciar el túnel era la celda de Lucas, estaba situada en la planta baja, en la parte derecha de la galería, debajo de la escalera de ascenso al primer piso, la celda contigua estaba ocupada por un compañero de Madrid y las dos de encima —del primer piso— estaban ocupadas, una por un compañero y otra por un preso del FRAP.

El tubo de evacuación de agua de las cuatro celdas coincidía y eso nos iba a permitir tirar agua continuamente para deshacernos de la tierra; además, casi enfrente de esa celda se hallaba la mía y también podíamos utilizarla para deshacernos de la tierra, con la dificultad que la celda contigua a la mía estaba la de los lavabos de la segunda galería y las dos celdas del primer piso que tenían el mismo desagüe estaban ocupadas por dos presos comunes, de los cuales, sabíamos que uno era un chivato.

Pedro era bastante manitas para los trabajos manuales, de modo que fue él el encargado de iniciar la fuga.

Con sumo cuidado, ayudado por el mango afilado de una cuchara, consiguió extraer ocho azulejos blancos de la pared que coincidían exactamente con las medidas de la puerta de madera de la taquilla.

Para no levantar sospechas, nos hicimos con la puerta de una taquilla de otra galería.

Una vez confeccionada la tapa del túnel y tras conseguir un par de ventosas de nuestros compañeros de la calle, ya sólo era cuestión de empezar a trabajar.

Ayudados de la cuchara afilada, Pedro y otro compañero, empezaron quitando el yeso de la pared para ver qué había detrás. Las paredes entre celda y celda tenían algo más de un metro de espesor. Nuestra intención era perforar media pared e ir a parar debajo de la celda contigua para empezar el túnel.

Detrás del yeso, había una pequeña capa de cemento que sólo podríamos perforar ayudados de escarpas y macetas que no teníamos.

En una semana, con la gran colaboración de nuestra gente en la calle, ya estábamos provistos de dos juegos de herramientas.

Para que los compañeros que estaban iniciando el túnel pudieran picar a gusto sin ser oídos por los funcionarios, un grupo salimos al patio y con una pelota de baloncesto empezamos a dar balanzas contra la pared. En media hora, nos avisaron que ya podíamos parar de chutar.

Debajo de la capa de cemento, había grandes rocas que poco a poco podíamos ir sacando.

Trabajábamos por turnos de dos en dos. Desde las nueve de la mañana hasta la una del medio día y desde las cinco de la tarde hasta las ocho de la noche.

Las rocas que sacábamos de la pared, las colocábamos debajo de la cama de Lucas, para una vez terminado el turno de trabajo, volver a colocarlas en la pared y cubrir las con la perfecta tapa de construcción casera.

Durante una semana aproximadamente, de labor a dos turnos e intercambiando las parejas, trabajamos en esas condiciones de guardar las rocas y volver a colocarlas. La tierra la sacábamos a través del wc; llenábamos un cubo de veinticinco litros de agua con la tierra sacada de la pared, lo volcábamos en el wc, metíamos la mano hasta el sifón, tirábamos de la cadena y con un leve movimiento de nuestros dedos, el sumidero se tragaba toda la tierra.

Cuando conseguimos llegar con la mano debajo de la celda contigua, descubrimos que allí había tierra y podíamos seguir trabajando en la dirección que habíamos elegido inicialmente. Pero encontramos un gran problema, dos enormes rocas nos impedían seguir quitando tierra y no permitían que nadie pasara por allí.

—Lo tienes que intentar tú —me dijeron—. Eres el más delgado de todos.

Entré en el turno de la mañana con Pedro.

—Entra de cabeza —me dijo—, donde entra la cabeza entra todo el cuerpo.

Era cierta esa afirmación pero podía perfectamente entrar de pie.

Lo intenté varias veces pero no podía, cuando había conseguido meter medio cuerpo por el agujero, me quedaba sin movilidad para meter el resto. No lo conseguí.

Todos estaban enfadados conmigo porque no lo había conseguido.

—Está bien —dije— entraré de nuevo ésta tarde pero con otro y que me deje meterme como yo quiera.

A las cinco de la tarde, entré en la celda de Lucas con otro compañero. Intenté entrar de pie y lo conseguí a la primera. Me coloqué boca arriba en posición fetal, el compañero que estaba fuera me pasó un plato de metal y comencé a escarbar como si me hubiera vuelto loco. De vez en cuando, me caían trozos de tierra sobre la cara, me daba la impresión de que el suelo se iba a desplomar y me iba a quedar atrapado entre los escombros. Aparté esa idea de mi cabeza, cerré los ojos y seguí escarbando.

A las ocho de la noche, había conseguido sacar las dos rocas que nos impedían continuar la fuga y había hecho una gran campana. En un cuarto de hora, metimos las dos grandes rocas y las otras más pequeñas que día a día íbamos sacando y volviendo a poner.

A partir de ese momento íbamos a ganar tiempo en los siguientes turnos de trabajo.

—¡De puta madre, colega! Me dijeron cuando salí del túnel. Has currado como un jabato, has sacado dieciocho cubos de tierra.

Lo peor de todo fue que al entrar en el túnel a través de las dos grandes rocas, me rasqué la espalda; eso suponía que ya no iba a poder tomar el sol hasta que consiguiéramos fugarnos, pero el sacrificio merecía la pena.

Si salía al patio cubierto con una camiseta, iba a levantar sospechas, los funcionarios no iban a entender por qué no me desnudaba como los demás si lo había hecho siempre y si me desnudaba, les iba a parecer extraño verme con la espalda rasgada y que no hubiese ido al médico a curarme.

Decidimos que mientras durase el túnel, haría yo la vigilancia.

Desde la celda de la planta superior a la del túnel, con la puerta entornada, se controlaba perfectamente si los funcionarios entraban en la galería.

Mi trabajo iba a consistir, desde entonces, en mantenerme apostado con la puerta entornada, si entraban los funcionarios en la galería, tenía que picar con un palo de escoba dos veces en el suelo. Lucas colocaba la tapa y avisaba a los de dentro del túnel para que dejaran de trabajar. Cuando los funcionarios salían de la galería, tenía que dar un golpe en el suelo con el mismo palo de escoba. Lucas sacaba la tapa y avisaba a los de dentro del túnel para que siguieran trabajando.

Todo funcionaba a la perfección. De vez en cuando, los funcionarios hacían cacheos en las celdas, pero seguían sin picar en los azulejos blancos.

Cuando llevaba ya casi un mes sin que se me viera el pelo, escondido de vigía en la celda del piso superior, los compañeros decidieron que ya estaba oliendo demasiado el bulo que habían corrido de que estaba sumido en una profunda depresión y por eso no salía de la celda.

Decidimos que las guardias de la mañana las seguiría haciendo yo, pero las de la tarde, las haría otro compañero.

Llevábamos el túnel tan en secreto que sólo lo sabíamos los veintitrés anarquistas, ni siquiera se lo habíamos dicho a los presos del FRAP.

De todos modos, la cosa ya empezaba a oler demasiado, los funcionarios, desde el centro estaban con la mosca detrás de la oreja porque no entendían porqué salía tanta gente con cubos llenos de ropa de la celda de Lucas.

Los cubos realmente estaban llenos de tierra tapada con ropa para que nadie pudiera ver el contenido. El desagüe de la celda de Lucas estaba casi taponado; había que buscar otro lugar discreto para deshacernos de la tierra.

Decidimos que ese lugar más discreto era mi celda y para ello, continuamente teníamos que transportar los cubos de una celda a otra.

El túnel era muy pequeño, teníamos que trabajar estirados, sacábamos la tierra de delante ayudados de platos metálicos, seguíamos trabajando de dos en dos; el de detrás iba llenando palanganas de tierra ayudado de otro plato y Lucas, desde la boca del túnel tiraba de la cuerda atada a la palangana.

Cada día avanzábamos unos pocos metros, en esa postura era difícil avanzar más; cada día que pasaba notábamos la ausencia de aire dentro del túnel, de modo que pedimos a nuestros compañeros de la calle dos ventiladores

de los que se usan para secar el cabello. No solucionamos del todo el problema pero al menos entraba algo de aire y podíamos trabajar más rápido.

De nuevo pedimos ayuda a compañeros de la C.N.T. para que nos apoyaran en la calle si conseguíamos fugarnos y de nuevo volvimos a recibir la respuesta de siempre.

—Lo sentimos compañeros, pero no hay condiciones.

La gente de Grupos Autónomos de Madrid tenían pisos donde esconderse, pero pasaban de darnos cobijo a los de Barcelona, no querían que se les quemaran las infraestructuras que aún tenían intactas.

Lo teníamos bastante mal, éramos cinco, cuatro del Caso Scala y un común que había caído con los del E.R.A.T..

Teníamos dos estrategias posibles. La primera, la más arriesgada era ir andando monte a través hasta Barcelona, caminar de noche y escondernos de día, hacer más o menos lo que bastantes años atrás había hecho el maquis, y la segunda quedarnos el Cuellar, un pueblecito cercano a Segovia donde vivían unos compañeros de C.N.T. que, por su cuenta y riesgo se habían ofrecido a ayudarnos.

El problema principal era que en Segovia no teníamos ningún contacto para conseguir documentación falsa, en Barcelona tampoco pero era más fácil de conseguir.

Cuando llevábamos más de un mes de trabajo, los presos del FRAP nos preguntaron si estábamos haciendo un túnel.

—¿Un túnel? —Preguntamos— ¿Quién os ha dicho semejante cosa?

—Hombre, es que se nota mucho lo de los cubos con ropa que salen de la celda de Lucas y entran en la del Xavi —dijo uno de ellos.

—Mirar —dijo otro— a nosotros no nos interesa fugarnos, parece ser que están negociando y podemos salir pronto a la calle, pero si podemos servir de ayuda estamos dispuestos a hacer lo que nos pidáis.

No teníamos más remedio, les dijimos la verdad y les pedimos que colaboraran tirando cubos de agua durante todo el día por el wc de la celda que uno de ellos ocupaba en el primer piso.

Con el tiempo, los funcionarios se fueron mosqueando cada vez más. Nos buscaban la vuelta para entrar en la galería.

Entraban, yo picaba en el suelo; salían, yo volvía a picar y volvían a entrar.

Un buen día, los compañeros que estaban en la dirección del túnel, uno de cada colectivo, vinieron a la celda donde yo estaba vigilando.

—Los boqueras están muy mosqueados. Vete a la planta y páralos el mayor tiempo posible cuando entren.

Bajé a la planta como me habían pedido.

Entraron dos funcionarios en la galería como queriendo ir directamente a la celda de Lucas.

—Oigan, necesito hablar con el maestro, tengo problemas con los exámenes que se avecinan —les dije parándolos en seco.

No me hicieron caso y siguieron adelante.

Efectivamente fueron a la celda de Lucas y volvieron a salir, no habían encontrado nada.

Salieron de la galería por la puerta de la oficina de los funcionarios e inmediatamente volvieron a entrar por la puerta que separaba la galería del centro.

El compañero que debía estar arriba vigilando había bajado la guardia y no se había enterado de nada.

Yo paré a los funcionarios el tiempo que creí conveniente para dar tiempo a Lucas a poner la tapa. Querían escaparse y los agarré a los dos. Cuando creí que ya no había peligro, los dejé pasar.

Entraron en la celda de Lucas y salieron corriendo con Lucas detrás de ellos diciendo que los iba a matar.

Esa reacción de Lucas no fue debida solamente a que descubrieran el túnel, sino que tenía que ganar tiempo para que salieran los del túnel y no pudieran implicar a nadie más que a él en el intento de evasión.

Salieron corriendo de la galería gritando que habían encontrado un túnel.

Todo se había ido a la mierda. Ya habíamos llegado a la arqueta que conducía al colector de la galería, pero como era muy dura, habíamos decidido cambiar el rumbo y dirigirnos a la caseta del MOPU que todavía estaba en el mismo lugar.

Habían descubierto el túnel, todas nuestras alegrías de estar pronto en la calle se veían hundidas. Tendríamos que dejar pasar un tiempo y volverlo a intentar por otro lugar.

De tanta tierra como se había tirado en el wc de mi celda, se había reventado la arqueta y salía un surtidor de agua a través del suelo que yo disimulaba amontonando ropa sucia.

17

En breves minutos se llenó toda la galería de funcionarios.

—¿Qué pasa? —Preguntábamos—

—No se hagan los locos, ustedes ya lo saben —contestaban.

Teníamos que disimular, estaba claro que ellos sabían que nosotros lo sabíamos, pero no era cuestión de ir todos a celdas de aislamiento y, legalmente, sólo podrían sancionar a Lucas. Era posible incluso que le abrieran una causa judicial y eso había que evitarlo a toda costa.

Decidimos implicar en el intento de fuga a un funcionario de la prisión al que teníamos mucha manía, Artero se llamaba. Si se abría una causa judicial contra Lucas, todos íbamos a declarar en el proceso e íbamos a decir que todas las herramientas nos las había pasado el tal funcionario a cambio de un millón de pesetas que había cobrado ya de la CNT y otro que cobraría una vez estuviésemos en la calle. Así se lo habíamos hecho saber al director y a todos los funcionarios. Era mentira, pero era la única manera de que la dirección del penal

no pidiera la apertura de sumario contra Lucas.

Nos sacaron a todos de la galería y nos llevaron hasta el patio de la tercera. En cinco minutos vinieron a llevarse a Lucas.

—Como oigamos un solo grito quemamos toda la prisión —le dijimos al nazi, un funcionario que era jefe de servicios, y que siempre llevaba gafas de sol y la gorra de plato—. —Tranquilos que nadie los va a tocar —nos dijo otro funcionario.

Después de una media hora en el patio, tiempo que aprovechamos para planear lo que tenía que declarar cada uno en caso de apertura de sumario judicial, nos devolvieron a nuestra galería y nos encerraron a cada uno en nuestra celda.

Mi celda estaba llena de agua a causa del reventón en la arqueta de desagüe, de tanta tierra como se había echado por el sumidero; eso dejaba bastante claro que yo también estaba implicado en el túnel.

Empecé a picar con fuerza la puerta de hierro de mi celda.

En breves minutos, dos funcionarios se personaron y abrieron la puerta.

—¿Qué le pasa? —Me preguntaron.

—¡Cabrones! —Les dije— a ver si aprendéis a registrar, habéis roto el wc y está toda la celda llena de agua.

—No se preocupe, recoja todas sus cosas que lo cambiamos de celda.

Me reubicaron en una celda del primer piso. Me había salvado de ir a celdas.

A Lucas le metieron un parte disciplinario de dieciséis días pero pactamos con la dirección que cada día podíamos visitarlo cuatro de nosotros y podíamos llevarle la comida.

Los funcionarios no entendían nada, pensaban que la entrada del túnel debía ser un fallo de algún otro túnel que en el setenta y cinco hicieran los etarras. Habían preguntado en la calle y nadie había oído nada.

—No puede ser que hayan perforado la pared sin la ayuda de un martillo compresor —decían. Además es imposible que se hayan deshecho de las rocas del muro.

En el registro que hicieron al descubrir el túnel, encontraron el libro “Operación poncho” que relataba la fuga de ETA del mil novecientos setenta y cinco. Los etarras habían construido dos túneles a la vez, si descubrían uno, podrían utilizar el otro. Estaban perdidos buscando el otro túnel, picaron todos los azulejos de las celdas de la primera galería y no encontraron nada.

No teníamos un segundo túnel pero para amargarlos les dijimos que sí, pero que no lo iban a encontrar.

A partir de ese momento, los cuatro recuentos diarios pasaron a ser siete fijos y uno por sorpresa.

El primer día después del descubrimiento, algunos de nosotros lloramos de ver cómo se nos escapaba la libertad de las manos, pero en pocos días estábamos de nuevo animados intentando buscar otra manera de fugarnos.

Decidimos intentarlo por los tejados aún sabiendo que si eso funcionaba sólo podrían fugarse tres o cuatro. No daba tiempo a que veintitrés

presos nos fuéramos deslizando uno detrás de otro por una soga.

La única salida que nos quedaba para intentar la fuga, era a través de los tejados del penal. Los cinco nuevos recuentos nos iban a impedir definitivamente poder trabajar en un túnel.

Utilizando los tubos de desagüe que había en el patio, algunos compañeros subían a los tejados del penal casi cada noche para descubrir cual era el mejor lugar para una fuga aérea.

En esas subidas al tejado, encontraron un departamento de archivos del penal lleno de documentación de presos durante la guerra civil.

En una de las subidas se olvidaron de colocar bien la gran claraboya que daba acceso a los archivos, hacía algo de viento y ésta cayó al patio produciendo un gran estruendo.

Los funcionarios intentaron entrar en la galería para ver qué pasaba pero se lo impedimos hasta que los dos compañeros bajaran y otros recogieran todos los cristales del patio.

Una de las propuestas que se barajaban, era que organizáramos un motín en los tejados de una parte del penal para que se concentrara toda la vigilancia en un punto y los compañeros pudieran fugarse por otro lugar.

Dos días después salió la noticia en “El Adelantado de Segovia”, un periódico local que acostumbraba a publicar las noticias con dos o tres días de retraso.

Los compañeros de la calle nos comentaron que, el mismo día que salía la noticia en ese diario, un numeroso grupo de vecinos se acercó al penal con picos y palos para evitar que nos fugáramos.

Pedro se puso manos a la obra y empezó a confeccionar una soga ayudado de sábanas que nos pasaban nuestros familiares.

En menos de quince días tenía una soga perfecta, la probamos en su celda, nos colgamos cinco de ella y resistía perfectamente. Con betún negro pintamos los cuarenta metros de cuerda. Con escuadras de la cama hizo un gancho que también recubrió con soga pintada de negro para amortiguar los golpes. La fuga se haría de noche.

Finalmente se descartó la primera propuesta del motín para asegurar la fuga.

Aquella noche, cuatro compañeros ascendieron a los tejados con la gran soga. Buscaron el punto adecuado y lanzaron la soga para engancharla en el muro exterior del penal.

Tuvieron mala suerte, se quedaron cortos y el gancho fue a golpear una cristalera produciendo un gran estruendo al romperse en añicos.

Los funcionarios, alertados por el retén de la guardia civil que custodiaba el penal, intentaron entrar en la galería y sólo lo consiguieron una vez que los cuatro compañeros estaban en la sala de televisión.

No pudieron descubrir a ninguno de los cuatro participantes en el intento de fuga.

Después de haber fallado los dos intentos de fuga, el saber que nos quedaban muchos años de condena y que no íbamos a poder fugarnos, hizo que saltaran las rencillas entre nuestro colectivo y, aquél grupo compacto de presos anarquistas, se dividió en seis o siete comunas diferentes.

La situación no podía continuar, no era lógico que teniendo los mismos ideales, nos cruzáramos por la galería o por el patio como si no nos conociéramos de nada. Ya ni siquiera jugábamos a fútbol sala.

En julio llegaron a Segovia tres compañeros, delincuentes comunes, pero que por su forma de pensar y de hacer —nunca dispararon en ningún atraco contra gente que no fuera la policía y sólo en caso de defensa propia— los habíamos incluido en las listas de presos libertarios.

Uno de ellos llevaba días diciendo que se iba a hacer pasar por loco para que lo llevaran al psiquiátrico de Carabanchel, que él sabía una forma de fugarse y lo iba a conseguir.

Los días pasaban e hiciera o le hiciese, las autoridades penitenciarias pasaban de él.

Un buen día, me despertaron unos gritos procedentes de la planta baja.

—¡Colegas, bajar que he secuestrado a dos funcionarios!.

Se trataba de él, estaba harto de que le tomaran el pelo y de que no se creyeran su locura.

Nos reunimos todos en la planta baja y le preguntamos.

—¿Para qué los has secuestrado?.

—Para pedir el indulto general —dijo.

—Pues podían haber esperado a otra guardia —le dijo otro—. La verdad es que había secuestrado a dos funcionarios jóvenes que se enrollaban bastante bien con nosotros, los teníamos considerados como los dos mejores funcionarios de Segovia.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó alguien.

—Muy fácil —contestó—, esta noche me he dedicado a romper el desagüe —de plomo— del lavabo, para que se llenara toda la celda de agua. Cuando me han abierto la puerta esta mañana, he cogido al boqueras por la solapa y lo he metido pa dentro; he llamado al otro boqueras que estaba en la galería diciéndole que viniera, que tenía la celda llena de agua. El muy primo ha venido, lo he cogido por la solapa, lo he metido dentro con el otro y he chapao la puerta.

Hicimos una pequeña asamblea en la planta y finalmente decidimos que nos sumáramos todos al secuestro pero que a los funcionarios nadie les iba a hacer nada.

Nuestras peticiones eran que viniese al centro el director general de prisiones y el ministro de justicia. Elaboramos un comunicado en el que denunciábamos la situación de torturas y hacinamiento de todas las cárceles del estado y finalmente exigíamos la amnistía y un indulto general para todos los presos comunes del país.

Nuestras condiciones eran que el comunicado se retransmitiera íntegro en los telediarios de la una del medio día, y de las cinco y las siete de la tarde.

Subimos a los dos funcionarios a una celda del piso superior, se trataba de una celda limpia y bien cuidada, dos compañeros se quedaron con ellos para animarlos, les contaban chistes y les prometían que nada teníamos contra ellos y que nada les iba a suceder.

En media hora se personó en el penal un jefe de servicios al que llamábamos “El Nazi”, porque en realidad era un fascista de los de Franco.

—O los sueltan inmediatamente o hago entrar a la Guardia Civil —nos dijo enfadado.

—Si entra la Guardia Civil, los primeros en morir serán los dos funcionarios —le contestamos.

Estábamos convencidos que si entraba la Guardia Civil, los íbamos a entregar sin hacerles nada, pero a nosotros nos iban a moler a palos.

Teníamos que hacer tiempo como fuera.

—Oye —le dijimos a “El Nazi”, si entras tú los liberamos a ellos ¡Qué! ¿No tienes cojones?.

Empezamos a confeccionar bombas de humo con betún negro de zapatos y disolventes que tenían los pintores al óleo de la galería. Destinamos tres fogones a poner agua a hervir y otro a hervir aceite.

Teníamos que estar preparados si entraba la Guardia Civil, a nosotros nos iban a moler a palos igual, de modo que nos parecía más adecuado que ellos también sufrieran las consecuencias.

La Guardia Civil no entraba y nosotros nos íbamos cansando de que se enfriaran el agua y el aceite y tener que estar continuamente recalentándolos, el aceite ya empezaba a oler mal de tanto recalentamiento.

Las horas iban pasando, llegó la hora de la comida y nadie tuvimos la moral necesaria para ingerir bocado. Llegó la hora de la siesta y no pudieron encerrarnos en nuestras celdas porque los dos funcionarios seguían secuestrados.

Hacia las cinco de la tarde, teniendo en cuenta que no había salido ninguna noticia por la televisión referente al secuestro y habida cuenta que las dos personalidades invitadas no se habían presentado ni tenían intención de hacerlo, decidimos negociar y arreglar el conflicto lo mejor posible.

Nos negamos rotundamente a dialogar con “El Nazi” y aceptamos la negociación con el director aunque fuera tan fascista como el otro.

Nos prometió que si soltábamos a los funcionarios, la cosa quedaría como si no hubiese sucedido nada, no sancionarían a nadie y se llevarían al compañero al psiquiátrico de Carabanchel.

—Primero que venga una ambulancia y se lo lleve al psiquiátrico, luego soltamos a los funcionarios —le dijimos.

Aceptó nuestra propuesta, dos horas más tarde se llevaban al compañero al psiquiátrico, lo que no sospechábamos es que fue directamente a celdas de aislamiento con un parte de “Vida Mixta” —se sabía el día de entrada, pero no el de salida.

Soltamos a los funcionarios y todos tan felices.

Al día siguiente, haciendo gala de los poderes y el cinismo que siempre ha caracterizado a todos los fascistas, pretendieron abrirnos a todos un sumario por secuestro, pero cuando se personó el juez a tomar declaraciones a los funcionarios, éstos declararon que se habían encerrado con nosotros voluntariamente.

“El Nazi” enfermó de rabia al enterarse de la noticia y el director se encargó personalmente de que los trasladaran a otra prisión lejana a Segovia, de

donde eran naturales.

Hacia finales de julio, Antolín, el compañero del E.R.A.T., cansado de pedir que lo trasladaran a la Modelo para poder ver a sus diez hijos e hijas, se declaró en huelga de hambre como forma de presión.

A los quince días, como no le hacían caso, se declaró también en huelga de sed.

Al segundo día, a la hora de la siesta decidimos que no nos encerraban en las celdas hasta que se llevaran a Antolín al Hospital Provincial de Segovia y se comprometieran una vez recuperado, a llevarlo a Barcelona.

Entró en la galería “El Nazi”, entró en la celda de Antolín, en la que estábamos también Armando, Pedro y yo.

Alguien desde fuera cerró la puerta con el pestillo y nos quedamos los cinco encerrados.

—¡Vaya! Nos acaban de secuestrar —le dije a “El Nazi” irónico— ¡No te vayas a cagar encima, eh!

A las cuatro horas, la noticia de que se llevaban a Antolín al hospital animó a nuestros compañeros a abrir la celda y de ese modo, “El Nazi” y nosotros, recuperábamos la libertad, con la salvedad de que él se podía ir a descansar del estrés a casa y nosotros no.

Unos días más tarde, “El Nazi” nos comunicaba que nos había llegado un CNT a cada uno pero que traía informaciones de un motín de La Modelo y los tenía que censurar.

—Por favor, —nos dijo— vayan pasando por el centro para firmar conforme están de acuerdo con la censura.

—No estamos conformes con la censura —le respondimos.

—Déjanos mirar lo que pone y te decimos si creemos que puede ser sancionable o no.

—Si hombre —dijo irritado— si les dejo ver lo que pone, ¿Para qué voy a censurarlas?

—Bueno, lo discutimos y en unos momentos te decimos algo.

Hicimos una pequeña asamblea y propuse que pasaran todos a firmar el estar conforme con la censura y cuando estuviera confiado iría yo, le quitaría una y la pasaría por las rejas de la galería.

Realmente no es que nos hiciera ilusión leer la noticia, ya nos había llegado a través de Seguí, uno de nuestros abogados, pero nos apetecía hacerle rabiar.

Le comunicamos que estábamos dispuestos a aceptar la censura. Se puso muy contento porque se imaginaba que íbamos a montar alguna de las nuestras.

Los compañeros fueron pasando uno a uno, cuando ya habían asado quince, decidí que me tocaba a mí.

Entré en la garita del centro de la prisión “El Nazi” estaba sentado detrás de una mesa metálica, a su izquierda tenía los sobres firmados y a su derecha los que faltaban por firmar.

—Si no me dejas ver lo que pone, no firmo —le dije.

Empezó a ponerse blanco, creía que le iba a liar una gorda allí mismo.

—¡Es broma tontín, no te acojones otra vez! —le dije.

Buscó en el montoncito de la derecha y encontró el sobre que iba destinado a mí, colocó el sobre encima de la mesa y sobre este, un papel para que lo firmara.

Cogí el sobre pero él fue rápido de reflejos y lo cogió por el otro extremo, estuvimos unos segundos con un leve tira y afloja, de repente, solté el sobre y cogí uno del montón de la izquierda, salí de la garita del centro y lo introduje en la galería a través de los barrotes.

—¡Cañadas, esta me la pagará! —me gritaba furioso.

Entré en la galería, cogí el diario CNT que me había ganado y me puse a leerlo delante de los morros incendiados de “El Nazi”.

—¡Va tío, si esto ya lo sabíamos! —le dije.

—Le juro que me las pagará —me gritaba alejándose hacia la salida del penal —.

A primeros de septiembre, después de haber hablado entre las distintas comunas sobre la necesidad de volver a estar unidos, organizamos una comida conjunta.

18

Esa misma noche, me había acostado excesivamente tarde, como cada noche, habían transcurrido las largas horas nocturnas escuchando la música que salía a través del altavoz de mi radio—cassette eléctrico y que me acompañaba en esos momentos de soledad, mientras dedicaba mi largo e interminable tiempo a escribir extensas cartas de amor a mi compañera y a algunas amigas de la calle, que a su vez, me correspondían con largas cartas de ánimo.

Habría dormido un par de horas, cuando de repente, me sorprendió el ruido metálico del cerrojo de la puerta.

Miré a través de la ventana enrejada, el cielo segoviano estaba completamente oscuro, no tenía reloj pero supuse que no debía ser más tarde de las cinco de la madrugada ¿Posiblemente había dormido dos horas?.

Miré hacia la puerta de hierro de pequeña altura de mi celda que ahora se abría haciendo chirriar sus viejos goznes y descubrí, gracias a la tenue luz que penetraba desde la galería, dos enormes figuras vestidas de uniforme gris, a las que sólo podía ver desde los pies hasta los hombros y que a la altura de la cintura, portaban sendos subfusiles ametralladores que apuntaban al interior de mi pequeña celda.

Unos segundos después, los dos monos acompañados de un boqueras estaban en el interior de mi celda, el boqueras era el “culo pato”, le llamábamos así por su enorme culo y porque al andar simulaba un pato pavoneándose.

—Recoja todas sus cosas sin hacer ruido, sale en conducción a otra cárcel — me dijo sonriente el “culo pato”.

Aquello no era una conducción normal, pues éstas se realizaban sobre las nueve de la mañana y te avisaban la noche anterior para que pudieses preparar todo tu equipaje. Se trataba de un secuestro, como aquellos que había vivido en la prisión Modelo de Barcelona, durante los nueve primeros meses del mil novecientos setenta y ocho.

Era en los tiempos en que la COPEL todavía tenía la suficiente capacidad para organizar a los presos en la lucha por la defensa de los derechos humanos en las prisiones del Estado.

Decenas y decenas de veces se habían sucedido aquellos terribles secuestros. Sobre las tres y las cuatro de la madrugada, una bandera de la policía nacional, uniformada con escudos y cascos antidisturbios, tomaban la prisión y previa información arbitraria de los boqueras, se dedicaban a abrir celdas y a sacar a presos tal como los encontraban en la cama, en pijama, en calzoncillos o completamente desnudos. No les dejaban coger nada de sus pertenencias y en esas condiciones los hacían salir al pasillo.

En la planta baja, los esperaba un tubo formado por monos a ambos lados y conforme iban pasando, los iban moliendo a palos, el que tenía la desgracia de caer al suelo por la zancadilla de algún mono, era arrastrado fuera del tubo y apaleado por seis o siete policías hasta que como buenamente podía, conseguía ponerse en pie y volver al tubo de la tortura.

Los sacaban a palos hasta el patio exterior de la cárcel, allí los esperaban furgones de la guardia civil, que los llevaban al Puerto de Santa María en Cádiz, a Ocaña en Toledo, a Burgos, a Herrera de la Mancha, al Dueso en Santoña (Santander). Los que peor lo pasaban eran los desgraciados que habían destinado a Herrera de la Mancha o al Dueso.

En Herrera de la Mancha —la nueva prisión de máxima seguridad—, los presos eran torturados diariamente.

A la hora de patio, en vez de sacarlos de uno en uno como en otros penales, los sacaban en grupos de quince, pero les estaba prohibido hablar entre ellos. Les hacían dar vueltas alrededor del patio, separados cada uno por unos tres metros, debían llevar la cabeza gacha mirando al suelo y los brazos abiertos en cruz.

Cuando se acababa la hora de patio, los funcionarios pasaban celda por celda y les preguntaban de qué habían hablado durante el paseo.

Era imposible que hubiesen hablado con alguien, un funcionario vigilaba durante todo el paseo. Como contestaban que no habían hablado de nada, los torturaban hasta dejarlos extenuados. Finalmente, los presos tuvieron que aprenderse coartadas de conversaciones inexistentes, de esta manera, las torturas eran menos intensivas. Muchos de ellos acabaron completamente locos, algunos incluso pasaron el resto de sus años de prisión internados en el hospital psiquiátrico de Carabanchel en Madrid. Los que tuvieron el valor de aguantar las torturas durante meses y meses, se pusieron de acuerdo para, con ayuda de abogados progresistas de Madrid, denunciar las torturas arbitrarias de aquella cárcel.

Cinco años después, en la vista del juicio oral, salieron absueltos todos los funcionarios torturadores, los altos mandos fueron ascendidos en el escalafón penitenciario y casi todos los presos fueron condenados a penas de

entre los seis y los doce años por calumnias a la institución, habían perdido la batalla legal, pero habían conseguido que la información se publicara en todos los medios de comunicación del país.

Los que daban con sus huesos en el Dueso, en Santoña (Santander), no lo pasaban mejor. En cuanto llegaban a la prisión, cuyo director era apodado como “Capitán Veneno” por su especial sadismo, los ponían a todos en pelotas y les daban un mono azul que a todos les venía excesivamente grande. A las siete de la mañana, les quitaban el petate y les llenaban las celdas de agua para que no pudieran sentarse en todo el día. Durante seis sesiones a lo largo de la jornada, cada preso era severamente torturado por seis funcionarios de la prisión. Por la noche, les hacían quitar parte del agua de la celda, la suficiente para que sólo quedaran grandes charcos y entonces les daban el petate para dejarlos descansar.

Sobre las tres de la mañana, cuando ya habían cogido el sueño, los despertaban y los volvían a torturar salvajemente. Muchos acabaron con reuma y neumonía y otros tantos, acabaron sus días de condena en el psiquiátrico de Carabanchel.

Al que se le ocurría defenderse y tocar a algún funcionario, le abrían un juicio sumarísimo y acababa siendo condenado a penas de entre seis y doce años por agresión a la autoridad.

19

—Intente no hacer ruido para que no se enteren sus compañeros — me dijo el “culo pato”, refiriéndose a los otros veinte anarquistas que compartían galería conmigo— o sinó, ya sabe lo que les va a pasar a todos como armen bronca.

Metí todas mis pertenencias en dos maletas de mano y en la mochila, doblé el saco de dormir y enrollado lo coloqué en la parte superior de la mochila. La guitarra que unos meses antes me habían regalado mis padres y que no había encontrado el momento de empezar a aprender, decidí dejarla para que la pudieran utilizar mis otros compañeros. Cogí la pipa de fumar de esponja de mar que me había regalado mi querido primo Manel.

Al atravesar la puerta de mi celda acompañado de los dos mastodontes y del “culo pato”, un sudor frío recorrió todo mi cuerpo, empezaron a temblarme las piernas y sentí un terror profundo.

En la planta de la galería, unos cincuenta policías antidisturbios armados hasta los dientes, formaban el tubo de despedida que comenzaba al pie de las escaleras y finalizaba en la puerta de hierro de la galería que separaba ésta del centro de la prisión.

Tenía claro que iban a torturarme, como era costumbre en los secuestros que había vivido durante mi estancia en la Modelo de Barcelona.

Tuve suerte sin embargo, no me tocaron ni un pelo, no tenían ganas

que en una cárcel tan pequeña como aquella hubiera en tan poco tiempo, otro escándalo. Hacía tres meses, habían descubierto un intento de fuga en la modalidad de túnel y un mes atrás habían abortado un secuestro de veinticuatro horas a dos funcionarios de la prisión; yo tampoco tenía ganas de pelea, podía haber gritado alertando a mis compañeros, pero la cosa hubiera degenerado en motín y todos hubiéramos salido perdiendo y además, la prensa lo hubiese utilizado diciendo “Los peligrosos terroristas de ideología anarquista del penal de Segovia, organizan un motín y ha sido necesaria la intervención de la fuerza pública...”, no les iba a dar ese gusto ni a unos ni a otros.

Una vez atravesada la puerta de hierro de la galería, me esperaba en el centro de la prisión el “nazi”, que por cierto, me tenía una manía especial.

Me condujo, escoltado por otros seis monos, hacia el pasillo que conduce hacia los tres grandes portalones que separan el recinto carcelario del patio exterior.

—¡Qué, no dices nada ahora, eh! ¿Estás cagao o qué? —Me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Cobarde de mierda! —Le dije de forma que sólo él pudiera oír.

Otro funcionario, de forma bastante educada me invitó a dejar mis maletas junto a una puerta situada en la pared izquierda del pasillo.

—Entre, desnúdese y haga diez flexiones —me dijo.

—¡Qué, tienes ganas de verme los huevos! —Le contesté irónico. No ves que me han sacado de la cama y no puedo llevar nada ilegal encima.

—Lo siento, es el reglamento —me dijo.

—¿El reglamento? —Pregunté—. El reglamento también dice que cuando un preso sale de conducción a otro centro penitenciario, se le debe avisar con veinticuatro horas de antelación para que prepare sus pertenencias y pueda, mediante telegrama, avisar a su familia sobre su nuevo destino, el reglamento os lo pasáis por el forro —le dije enfadado.

—Lo siento —me dijo— no es culpa mía.

—¿A dónde me llevan? —le pregunté.

—Lo sabrás cuando llegues —me contestó.

Empecé a vestirme sin haber hecho ni una sola flexión, al funcionario no le importó demasiado y me acompañó, escoltado por seis monos armados, hasta la segunda compuerta.

Allí me esperaban seis picoletos, uno lleno de galones sostenía una carpeta roja entre sus manos, mi expediente, y los otros cinco, con el dedo en el gatillo, apuntaban hacia mí sus subfusiles ametralladores con dos cargadores.

El de los galones me invitó a dejar mis bolsas en el suelo y a que colocara las manos en la espalda a la altura de los riñones.

—Cuidado con éste, es un terrorista muy peligroso —le comentó un boqueras.

Me colocó los grilletes en las muñecas, apretando con todas sus fuerzas para que el acero frío se hundiera en mi carne. Me colocó la mochila en el hombro derecho y las dos maletas en las manos engrilladas a la espalda.

—¡Síguenos! —me dijo el de los galones.

En el patio exterior de la cárcel, había un furgón de la Benemérita, un furgón semiblindado, con un barrote que lo recorría todo a la altura de las

ventanas, me hicieron dejar mis pertenencias en el suelo y me invitaron a penetrar en su interior.

Tras de mí, se cerró una puerta metálica que separaba la cabina del conductor del espacio con asientos de eskai reservado a los presos, después, se cerró la puerta del autocar y desaparecieron todos los picoletos en el interior de la prisión, excepto dos que se quedaron custodiando el furgón.

20

Transcurrida una media hora, entró en el furgón Armando, uno de mis tres compañeros de causa.

—¿A donde nos llevan? —Me preguntó intuyendo que yo tampoco tenía la respuesta.

Unos minutos más tarde, entraba en el furgón Lucas, otro compañero de causa. Si traían también a Pedro, estaríamos todos los de la causa juntos y posiblemente nos llevarían a Barcelona, a juicio.

Al rato, el que entró en el furgón, no fue Pedro sino Alcatraz, un compañero de Valencia que nada tenía que ver con nuestra causa. Un cuarto de hora después, trajeron a Nicanor, otro compañero de Valencia pero que tampoco tenía nada que ver con nuestro asunto judicial.

—Está claro —comenté—, somos los únicos menores de veintiún años, nos llevan al celular de Ocaña.

El furgón encendió sus motores, en la cabina del conductor había tres picoletos más y en la parte trasera del furgón, también protegidos por una reja metálica, había dos más.

En breves momentos, pasamos nuestras manos esposadas por debajo de las piernas, de modo que el viaje nos resultase más cómodo. El esfuerzo por lograr esa mejor posición, hizo que los grilletes se clavaran aún más en nuestras muñecas.

Nos acercamos a la reja que nos separaba de nuestros guardianes y al ver éstos que llevábamos las esposas delante, dieron un salto de sus respectivos asientos, cogieron los subfusiles y nos apuntaron a la cabeza.

—No os mováis o os volamos la cabeza —nos dijo uno de ellos—

—¡Dispara pico de mierda, si tienes cojones! —le gritó Nicanor.

Sabíamos que no nos iban a disparar y para pasar el rato, seguimos increpándolos un poco más.

—¡Vamos a volcar el furgón! —Dije yo.

Cada vez que el furgón tomaba una curva, nos lanzábamos los cinco con fuerza hacia ese lado. Si hubiésemos podido volcarlo hubiese habido un accidente importante, a nosotros no nos importaba demasiado, teníamos peticiones fiscales de entre veinticinco y ochenta años de cárcel, demasiado tiempo para lo jóvenes que éramos.

Tras el intento de vuelco durante unas cuantas curvas consecutivas,

nos dimos cuenta que aquello no había quien lo volcara y desistimos de nuestra actitud.

El furgón empezó a perder velocidad con su entrada en Madrid. Nos situamos cada uno en un asiento de la parte izquierda y abrimos las ventanas. Por el pequeño espacio que quedaba entre la barra de hierro y la carrocería, tan solo cabían nuestros brazos. Teníamos ganas de tomar el aire y de ver a la gente andando por la calle.

El furgón se detuvo ante un semáforo en rojo y, casualmente, a nuestra izquierda, había una parada de autobús con unas cincuenta personas haciendo cola, caras tristes y somnolientas de quien acaba de despertarse para ir a trabajar.

Sin discutirlo y sin haberlo planeado, sacamos todos nuestros brazos engrilletados por el trozo de ventanilla libre del barrote y empezamos a gritar aquello que tantas veces habíamos gritado en la calle dos años atrás mientras corríamos delante de la policía.

—¡Amnistía Total! ¡Viva la Anarquía!.

Los trabajadores y trabajadoras de la parada, despertaron de pronto y se unieron a nuestro grito, alguno más joven que los demás, lanzó alguna piedra contra el parabrisas del furgón.

Inmediatamente, el furgón encendió su sirena y apoyado por dos guardias urbanos motorizados que se encontraban en las cercanías, se saltaron el semáforo y a toda velocidad abandonaron Madrid para enfilarse en la carretera de Toledo. En menos de una hora, ya habíamos llegado a nuestro nuevo destino, el penal de Ocaña.

21

El gran portalón de acceso a la cárcel se abrió lentamente. El furgón inició de nuevo su marcha y unos tres metros en el interior del rastrillo se detuvo, bajó el picoleto de los galones y entregó a un boqueras las cinco carpetas rojas de nuestros expedientes.

Subió de nuevo al furgón, el conductor lo hizo girar a la izquierda y tras unos veinte metros, lo hizo girar de nuevo hacia la derecha.

A unos cincuenta metros, en la pared de la derecha, llena de pequeñas ventanas de barrotes, se divisaba una pequeña puerta, delante de la cual había un funcionario de la prisión con gorra de plato y un palo de madera larga que blandía como golpeando el aire con su brazo derecho.

Cuando el furgón llegó a su altura se detuvo apagando los motores. El funcionario de la puerta vestía el típico uniforme verde, gorra de plato calada hasta los ojos, gafas de sol y guantes de piel negros; el palo de madera que blandía con su brazo derecho era una porra y nos miraba con cara de satisfacción.

Yo, al salir de Segovia me había puesto encima un anorac para amortiguar los golpes que pudiera recibir. Ante la perspectiva que se ofrecía a mis

ojos, tomé instintivamente la determinación de ponerme el primero, tal vez así me torturarían durante menos tiempo.

Se abrió la puerta del furgón y detrás de ésta, la puerta de hierro que nos separaba de la cabina del conductor.

—Vayan bajando de uno en uno —nos dijo uno de los picos—. Bajé el primero, como tenía previsto, pero ante mi sorpresa, el boqueras, en vez de empezar a golpearme y hacerme pasar por aquella diminuta puerta de hierro verde, me acompañó a través del rastrillo hasta colocarme unos treinta metros alejado de la entrada.

—¡Las piernas abiertas y las manos a la pared! —me gritó mientras propinaba sendas patadas en mis rodillas con la intención de que las abriera más.

A continuación, trajeron a Lucas, luego a Armando, después a Nicanor y finalmente a Alcatraz, a cada uno nos separaban unos cinco metros.

El guardia civil de los galones procedió a quitarnos los grilletos. Seguidamente, subieron a su furgón, éste se puso en marcha y haciendo unas tres maniobras, se dirigió por donde había venido.

El boqueras empezó a golpear a Alcatraz y en breves segundos lo hizo entrar por la pequeña puerta. Desde mi posición podía oír gritos de terror y empezaron a temblarme las piernas y después todo el cuerpo. Unos veinte minutos después le tocó el turno a Nicanor, la porra, impulsada con fuerza con los dos brazos de aquella bestia verde, descargó sobre la boca de su estómago consiguiendo que se doblara y cayera de bruces en el suelo, la porra volvió a cobrar fuerza en un impulso vertical de arriba a bajo descargando violentamente sobre sus costillas y dejándolo extendido totalmente en el suelo, el monstruo verde empezó a descargar las punteras de sus negros zapatos contra su cuerpo.

—¡Asesino hijo de puta! ¡Cobarde de mierda! ¡Levántate cabrón! —Le gritaba la bestia.

Seguidamente, como pudo, recobró sus fuerzas y empezó a caminar los cinco metros que lo separaban de la puerta verde, mientras su verdugo le golpeaba en los riñones y las piernas.

De nuevo los gritos de terror.

No me imaginaba qué era lo que sucedía una vez atravesada la pequeña puerta, pero desde luego, mi imaginación no auguraba nada agradable. Mi estado de nervios y de terror era tal que mi sistema nervioso me estaba jugando una mala pasada al enviar a mi cara una sonrisa de oreja a oreja que, inútilmente trataba de contener, pero que dado el terror que me producía la situación, me resultaba imposible controlar. Lucas me miraba completamente pálido sin entender de qué me reía. Su mirada me suplicaba que dejara de reír, pero yo no lo conseguía.

Le llegó el turno a Armando, que al estar más lejos de la puerta que Alcatraz y Nicanor, recibió un número de palos proporcional a la distancia.

Yo había estudiado en física algo relativo a la aceleración en relación con la distancia, pero en ningún libro de texto aparecía ninguna relación entre las distancias y la cantidad de palos.

Una vez atravesada la puerta, sus gritos me parecían más profundos, tal vez porque eran más cercanos a mi turno o tal vez porque hacía años que tenía relación de amistad con él.

Cuando le llegó el turno a Lucas, el monstruo verde dirigió su mirada hacia mí.

—¡Es divertido, eh! En un momento me dedico a ti —me dijo sonriente.

Me hubiese gustado poder mirarle con cara de terror, que supiera que realmente le tenía miedo, pero no conseguí borrar la ancha sonrisa de mi rostro. Lucas me miraba también y movía la cabeza sin entender qué me estaba pasando.

El boqueras descargó la porra contra los riñones de Lucas, éste se golpeó violentamente contra el muro, seguramente no esperaba el golpe repentino, no hacía ni una décima de segundo que había estado hablando conmigo y cogió a mi compañero desprevenido, creo que se golpeó la boca contra las rocas del muro, porque ésta empezó a sangrarle. Se recuperó como pudo y apenas lo había conseguido cuando otra descarga violenta le golpeó la boca del estómago doblándolo en dos, de nuevo un fuerte golpe que sonó a mis oídos como un cañonazo se aplastó contra su espalda y quedó tendido en el suelo. El monstruo verde empezó a propinarle patadas durante un tiempo que me pareció interminable.

—¡Levántate cabrón! —Le gritaba como poseído por alguna fuerza extraña.

Lucas se levantó como pudo y doblado, con las manos agarrando su estómago, se dirigió hacia el túnel del terror.

Yo pensaba que el boqueras iba a hacer con Lucas lo mismo que con los demás, es decir, acompañarlo a palos hasta la puerta verde y luego volvería por mí.

Sin esperarlo, un fuerte puñetazo se descargó contra mi mejilla lanzándome por el aire y tirándome al suelo. Empezaron a lloverme patadas en la cara, en los testículos, en los riñones.

—¡Quieto ahí! —Le gritó a Lucas que avanzaba hacia la impotencia de la tortura sin sentido.

Volvió a golpearlo cuantas veces le pareció oportuno, hasta que se cansó y lo obligó a andar hacia la puerta verde.

Lentamente, sonriendo, empezó a dirigirse hacia mí. Yo había conseguido controlar mis nervios, ya no temblaba, ya no reía, era tal vez demasiado tarde, pero me auto convencí para que no saliera un solo grito de mi garganta, para no llorar, para no dejar que me vencieran de ninguna manera. El miedo y el odio iban a darme fuerzas para soportar todo lo que me hicieran.

—¡Quítate la chupa, hijo de puta de mierda! —Me gritó—. A medio quitar, a la altura de los hombros, sin poder mover los brazos, empezó a darme puñetazos en la boca, era como una especie de tongo en un cuadrilátero de boxeo, en que el adversario se encontrara disminuido físicamente, sin poderse defender, sin poder parar la atroz lluvia de golpes que lo estaban desangrando por todas partes.

De repente, no iba a ser menos que mis compañeros, la porra, con un sonido sordo, se estrelló contra la boca de mi estómago, noté un dolor agudo que me recorría todo el cuerpo, me doblé instintivamente, sin poder evitarlo, sabiendo que mi espalda iba a sufrir su contacto. Así fue, un terrible golpe hizo que se

movieran todas las vértebras de mi columna. El suelo frío acogió todo mi cuerpo derramando sangre, decenas de patadas se incrustaron en mis riñones, en mis testículos.

—¡Levántate hijo de puta! —Me gritó el monstruo.

Me levanté como pude, instintivamente, sentí que cuanto más tiempo permaneciera en el suelo, más se iba a alargar mi agonía.

Empecé a andar con paso ligero.

—¡Más espacio, cabrón! —Me gritó.

A paso lento, fui aguantando estoicamente todos los golpes de la porra, todas las patadas de sus pies negros, toda la furia de aquella bestia verde.

Sentía deseos de machacarlo, de revolverme y destrozarlo pero tenía la experiencia de muchos otros compañeros que lo habían hecho y que los habían condenado a doce años por agresión a la autoridad y que además, estaban cumpliendo sus largos años de condena en el hospital psiquiátrico de Carabanchel.

No podía tocarlo, debía dejar que me moliera a palos, sentí tanta impotencia que me juré a mí mismo no soltar ni un solo grito. No era valentía, era solamente pánico desesperado, rabia y mucho odio. Me juré que algún día, cuando saliera de la cárcel, volvería para matarlo, sólo después de muchos años, pude olvidar su cara.

22

Atravesé la pequeña puerta verde y entonces comprendí los gritos aterradores de mis compañeros.

Se trataba de un pasillo de no más de tres metros de ancho y setenta de largo, con puertas de hierro en la pared izquierda que correspondían a las celdas.

Todo aquél pasillo estaba custodiado por unos sesenta policías nacionales vestidos de antidisturbios, con un pañuelo verde al cuello, apostados a ambos lados del pasillo esperaban sonrientes y sedientos de sangre mi llegada. Había tardado algo más que los otros cuatro porque el boqueras se había ensañado más tiempo conmigo y noté en sus caras la impaciencia por machacar al último, al que tanto se reía —se lo había contado a todos.

Sabía por muchos otros compañeros que habían pasado situaciones similares, que lo mejor era pasar lo más rápidamente posible, mirando al suelo para evitar las zancadillas, evitando por todos los medios caer al suelo para que la tortura durase menos tiempo.

Me lancé con furia y desesperación, correr no podía, el escaso espacio que quedaba para mis pies se reducía a algo menos de medio metro.

Lo primero que sentí fue una descarga eléctrica sobre mi cabeza, procedente de la derecha, que me lanzó contra una puerta de hierro, inmediatamente decenas de golpes de porra con descarga eléctrica sobre mi

espalda, infinidad de patadas alternativas en los testículos y las piernas; después ya no sentí nada, es decir, ya nada me producía dolor, me golpearon todos ellos tantas veces como quisieron.

Finalmente, conseguí atravesar el tubo de la muerte. Dos funcionarios, cogiéndome de los pelos me introdujeron en una habitación. Estaba llena de agua y sangre, había una gran ventana y dos almohadas mojadas y manchadas de sangre en el suelo. Seis policías nacionales y seis funcionarios de prisiones, todos armados con porras, custodiaban aquel antro de tortura.

—¡Desnúdate y haz flexiones hasta que digamos, asesino de mierda!

—Me gritó un funcionario.

Me desnudé todo lo aprisa que me permitían mis entumecidos músculos. Cuando doblaba mi cuerpo para efectuar la primera flexión, la punta del zapato de uno de los funcionarios se estrelló contra mis testículos, caí doblado sobre el frío suelo, mi cuerpo estaba bañado en sangre y sudor frío, cayeron sobre mí infinidad de patadas durante un corto tiempo que me pareció una eternidad.

—¡Te faltan nueve, cabrón de mierda! —Me gritó otro funcionario.

Volví a flexionar mi cuerpo con la intención de obedecer sumisamente y otro pie, esta vez de un policía, incrustó su talón sobre mis riñones, literalmente me comí toda la pared y caí casi sin sentido en el charco de sangre que, uno tras otro, habían ido dejando mis compañeros.

—¿No tienes tantos cojones, cabrón? ¡Te faltan ocho! —Me gritó un policía.

Me levanté de nuevo y antes de que preparara mi cuerpo para la tercera flexión, ya estaba de nuevo en el suelo sirviendo de colchoneta elástica para que otro enorme policía saltara sobre mí.

Creí sinceramente que se terminaban mis días, estaba totalmente convencido que me iban a matar a golpes, pero también sabía que eran especialistas en torturas y que si no moría y tocaba a alguno de ellos, mi condena iba a aumentar en doce años.

Las restantes siete flexiones, me dejaron hacerlas sin tocarme, pensé aliviado que ya se habían acabado las palizas.

—Vístete y sal que sinó te vamos a matar —me dijo un funcionario.

Cuando empezaba a intentar vestirme, entró en la habitación el boqueras de la entrada.

—¡Qué cojones se va a vestir!, Vamos a divertirnos un poco más —les dijo a sus compañeros.

—Ves esa ventana —me dijo — Pon las almohadas, coloca el pecho sobre ellas y agárrate fuerte a los barrotes. ¡Te vamos a destrozar hijo de puta! — me gritó.

Obedecí sumiso y volví a autoconvencerme para no darles el gusto de verme llorar. Podían machacarme todo el tiempo que quisieran, podían matarme si querían, pero no me iban a vencer, no podía darles la victoria estúpida que buscaban.

Agarrado a los barrotes de la ventana, empezaron a caer cientos de golpes de porra y de patadas por todas las partes de mi cuerpo desnudo, un hilo de sangre procedente de mi boca iba llenando cada vez más las dos almohadas.

No sentía nada, los golpes ya no tenían efecto en mi cuerpo lacerado,

levanté la cabeza; fuera, en una garita de vigilancia había un guardia civil joven, por el uniforme supuse que estaba haciendo el servicio militar. Desde mi posición lo vi llorar, empezó mirándome y acabó llorando y escondiéndose para no ver lo que me estaban haciendo.

Finalmente, posiblemente después de un par de horas en aquella posición, decidieron que se habían cansado de pegarme sin oír un solo grito. Sus rostros estaban sudados como cerdos que eran.

—Llevarlo con los otros al tubo —dijo un boqueras— Ya seguiremos mañana. Te juro por mis muertos que vas a acabar gritando —me amenazó.

23

Completamente desnudo, casi flotando porque no sentía ninguna parte de mi cuerpo —me daba la impresión de que estaba muerto, pero aún caminaba—, me condujeron a través de un largo pasillo, de unos trescientos metros, lleno de policías antidisturbios, luego hacia otro pasillo de techo muy bajo, de dos metros de ancho, con pequeñas puertas de hierro a cada lado. Aquello era el tubo.

Me introdujeron en una celda situada en la derecha del pasillo, mas o menos a medio camino entre la reja de entrada y el fondo de la galería, de la que no recuerdo el número porque nunca tuve ganas de averiguarlo.

La celda medía tres metros de largo por dos y medio de ancho, con una altura aproximada de unos cuatro metros. Al fondo, a tres metros del suelo, una pequeña ventana de barrotes negros y un marco de madera vieja con cristal.

En la pared derecha había un camastro de hierro adosado a la pared, la cama no tenía petate ni colchón. Justo al lado de la cabecera de la cama, a medio metro, en la pared izquierda de la celda había un wc de los de a pié, por cuyo agujero aparecía el hocico de una enorme rata de cloaca.

En la misma pared izquierda, justo al lado de la puerta y a los pies de la cama, un diminuto lavabo. En el techo una bombilla protegida por una estructura de vidrio y hierro. Las paredes estaban pintadas de un gris metálico, desde el suelo hasta un metro y medio y el resto de un blando sucio que no se había repasado desde hacía muchos años.

—Cuando oiga abrirse la puerta, se tiene que colocar en la pared del fondo, con los brazos en cruz y mirando hacia el suelo —me dijo un boqueras—

—Luego volveremos a estar contigo para enseñarte que los cojones se dejan en la calle —me dijo otro.

Al rato de estar solo en la celda, oí unas voces que provenían de detrás de la ventana de barrotes.

—Ese anarca, abre la ventana —me dijo algún preso que estaba en el patio.

—No veas la paliza que os han dao colega, hacía años que no machacaban a nadie así —me comentó.

—Abre la ventana colega —me dijo otro.

Abrí la ventana y a través de ella, cayeron en mi celda un loro, dos paquetes de tabaco Marlboro, una china, un librillo de papel de fumar, una pastilla de jabón y un talego.

—Gracias colegas —les dije y cerré la ventana.

Me introduje el billete de mil pesetas en la boca para dejarlo bien mojado, me lo habían pasado porque estaba a punto de pasar el del economato y si los boqueras se daban cuenta que había podido comprar algo después de haberme cacheado... Tenía que buscarme una coartada, podía perfectamente decir que lo llevaba guardado en la boca.

De pronto oí un golpe en la puerta, iba a ponerme en la pared del fondo cuando una voz suave anunció economato.

—Cuatro cartones de leche, tres paquetes de Camel, papel para escribir, cinco sellos, cinco sobres y un bolígrafo —le dije pasándole el billete de mil por debajo de la puerta.

De repente se abrió la puerta sin darme tiempo a ponerme contra la pared, lo conseguí ayudado de un fuerte puño que descargó contra mi boca.

—Este no tiene economato —dijo— el billete me lo quedo.

El cuerpo empezaba a enfriarse, seguía totalmente desnudo, empezaba a dolerme todo y ni siquiera podía sentarme en los hierros del camastro, mis posaderas empezaban a adquirir un tono verde-azulado, la única postura que soportaba era estar de pié, de modo que me dediqué a dar cortos paseos por aquel reducido espacio.

De pronto oí el ruido estridente de la puerta enrejada de entrada a la galería.

—¡Comida! —Gritó alguien.

Empezaron a abrirse puertas de celdas. Me coloqué como me habían indicado, al fondo de la celda, con los brazos en cruz y mirando hacia el suelo.

Se abrió la puerta de mi celda, un preso con dos enormes ollas, un boqueras y un mono.

—No tienes plato —me dijo sonriendo el boqueras.

—No —le dije mirándole a la cara—

Un fuerte puñetazo me hizo castañetear los dientes y me tiró violentamente al suelo.

—Está prohibido mirar a los funcionarios a la cara —me dijo amenazador—, si no tienes plato, no comes.

Estaba bastante claro, mis colegas y yo no íbamos a comer ni a cenar ese día.

Transcurrieron unas dos horas aproximadamente desde que dieron la comida hasta que volví a oír el ruido de la cancela, rápidamente me coloqué en la situación adecuada, contra la pared del fondo, con los brazos en cruz y mirando al suelo. Sonreí al pensar cómo se reirían mis compañeros al verme en aquella posición de Jesucristo.

Seguía totalmente desnudo, aún no me habían entregado mi equipaje, me dolía todo el cuerpo y seguía sin tener colchón en la cama; no tenía demasiada hambre y además debía concienciarme de que ese día tampoco iba a cenar, con ese panorama, valía más la pena distraer la mente y no pensar en el estómago.

Abrieron la puerta de mi celda, dos boqueras y un mono entraron con sus respectivas porras y me extrañó que no se liaran a palos conmigo.

—Acompáñenos —me dijo uno.

Los seguí como pude por la estrecha galería, atravesé cojeando la cancela, giramos a la izquierda entrando en una galería más ancha y más iluminada. Me hicieron entrar en una enorme habitación en la cual había diez funcionarios y seis monos, todos armados con porras.

Pensé que no me habían tocado cuando vinieron a buscarme a mi celda porque pensaban machacarme allí, entre todos.

Me entregaron dos telegramas. Uno era de mi abogado y decía: “Enterado de tu nuevo destino, estamos gestionando tu traslado de nuevo a Segovia, un abrazo”, y el otro era de mi madre “Sabemos tu traslado a Ocaña, pronto volverás a Segovia. Te quiere tu madre”.

No sabía cómo habían podido enterarse tan pronto, los de Barcelona habíamos comunicado todos con nuestras familias la semana anterior y no estaba previsto que volviera nadie a Segovia hasta el mes siguiente; los de Madrid que podían comunicar cada semana, habían comunicado el sábado, hacía tres días, y no tenían previsto volver a comunicar hasta el sábado siguiente.

—¡Que suerte habéis tenido! Pensábamos machacaros durante unos cuantos días —dijo uno.

—Llévalo de nuevo a su celda —dijo otro funcionario—

En aquella gran habitación estaban mis maletas y las de mis compañeros, una de mis maletas estaba bastante más vacía de lo que la había triado yo; supuse que no tardarían demasiado en dárme las.

De regreso a mi celda, galería ancha e iluminada, giro a la derecha, cancela de hierro, galería estrecha y casi oscura, de nuevo en mi celda.

Un fuerte olor golpea mi olfato, las plantas de mis pies desnudos empiezan a sentir una quemazón, el suelo de la celda está cubierto de una espesa y blancuzca capa de líquido, es zotal.

Como puedo, sitúo mi trasero desnudo sobre uno de los hierros horizontales del camastro, subo los pies para perder la quemazón del contacto con el suelo, los dirijo hacia el water y descubro que además me han cortado el agua. Introduzco uno a uno mis pies en el agujero del WC y siento un profundo alivio, me observo los pies y descubro que están empezando a pelarse.

Van pasando las horas, mis pertenencias no llegan, el colchón tampoco; está desapareciendo el sol toledano, empieza a hacer frío y continuo desnudo. Siguen transcurriendo las horas y el cielo se colorea de un negro sin estrellas, mi celda se queda totalmente oscura, al rato, empiezo a poder ver en la oscuridad, como los gatos, una media hora mas tarde, se enciende la luz.

De nuevo el ruido de la cancela. El suelo continúa forrado de zotal, pero no tengo más remedio y me coloco en la pared del fondo, con los brazos en alto y mirando al suelo.

—¡Galería, cena! —Grita el preso que trae la cena.

Saben que sigo sin tener plato ni cuchara pero aún así abren la puerta de mi celda para que me entre todo el asqueroso aroma de la cena. Empiezan a sonarme las tripas.

Pasa una media hora después de la cena y de nuevo el rugido de la cancela abriéndose. Posición correcta, quemazón en la planta de los pies.

Oigo como se abre la puerta de la celda que está situada a mi izquierda y empiezo a oír golpes y unos gritos aterrorizados; durante una media hora no cesan los golpes ni los gritos. Finalmente oigo como se cierra la puerta y seguidamente, se abre la mía.

—¿Tienes frío, hijo de puta? ¡Pues te jodes! —Me dice riendo un boqueras.

—¡Galería, silencio! — grita una voz procedente de la cancela.

24

No me habían triado mis pertenencias ni tampoco el petate. Aquella noche iba a pasar frío de verdad, totalmente desnudo, sin comer ni cenar y sin petate donde poder descansar mis entumecidos músculos.

No me apetecía llamar a la puerta y reclamar, no estaba en condiciones óptimas para reclamar nada y no tenía ningunas ganas de provocar que vinieran a torturarme otro rato. Era legítimo que me hubiese mantenido firme sin gritar ni llorar mientras me machacaban, pero no tenía sentido demostrarles que no me habían vencido reclamando mis ropas y el petate. Pasaría la noche en esas condiciones, otros lo habían pasado peor y seguían vivos; debía concentrarme para no volverme loco como algunos. Debía pensar en los compañeros y compañeras que me esperaban en la calle, debía ser fuerte, pero no sabía todavía la capacidad de resistencia que tiene un ser humano en esas condiciones.

Solo en mi celda, sin nadie que pudiera contemplarlo, empecé a llorar de rabia, el odio que desde siempre había sentido hacia el Estado, se agudizaba cada vez más en mi interior.

El ruido de la cancela rompió el silencio de la noche. Me puse contra la pared en la posición indicada.

Sequé las lágrimas de mis ojos y respiré profundamente para que no descubrieran que me habían vencido.

Se abrió una de las primeras celdas del tubo y empecé a oír gritos aterradores. Después se fueron abriendo una y otra y otra, y siempre lo mismo, golpes de porras y gritos aterradores. Cuando entraron en las dos celdas contiguas a la mía y en la de enfrente fue cuando más de cerca podía oír los golpes de las porras y los gritos horrorizados de los presos.

Tenía los nervios destrozados, de pie en la pared esperando que se fueran, sintiendo el frío de la noche y el ardor del zotal en las plantas de mis pies, si al menos tuviera petate en la cama, podría relajarme tumbado una vez que se

marcharan, pero no tenía nada, sólo el hierro del camastro adosado que iba incorporando todo el frío de la noche cerrada.

Pensé que me iba a derrumbar, que no podría aguantar por más tiempo aquella situación y deseé que la próxima vez que entraran, me torturasen también a mí, no por solidaridad, no por deseo de compartir el sufrimiento, sino porque de oír como torturaban a los demás, se rompían poco a poco todos los nervios de mi cuerpo.

De repente, de nuevo el ruido de la cancela cerrándose, de nuevo un silencio sepulcral acompañaba a todos aquellos pobres desgraciados que nos encontrábamos encerrados, unos pocos torturados hasta la saciedad, otros, el resto, seguramente con los nervios destrozados como yo.

Pensé que debían hacer lo mismo que en la quinta galería de la Modelo de Barcelona —la galería de castigo—, pensé que cada día torturaban a unos cuantos y que posiblemente, mañana o pasado me iba a tocar a mí.

Seguí pasando las interminables horas de aquella noche como pude, de vez en cuando, caminaba los cuatro cortos pasos que me permitían las paredes a lo largo, de vez en cuando hacía alguna flexión para desentumecerme del frío y del dolor de los golpes recibidos.

No podía sentarme en el suelo y apoyar la espalda contra la pared para intentar dormir si no quería que se pelaran mis posaderas al contacto con el zotal, sentarme en el hierro frío del camastro también me resultaba bastante incómodo, por lo que pasé toda la noche en vela, pensando qué me iban a deparar los días venideros, pensando en si iba o no a tener fuerzas para no volverme loco, para resistir, para no satisfacerlos con mi derrota.

La claridad empezó a colarse por la ventana enrejada. El frío matinal era peor que el nocturno, imaginé la hierba del campo cubierta de rocío.

Empecé a hacer flexiones, una tras otra, sin parar a pesar del dolor que sentía y a frotar las manos por todo mi cuerpo desnudo que ya era de color azul. La luz de la celda seguía encendida, no la habían apagado en toda la noche.

—¡Galería, recuento! —Anunció una voz al tiempo que se abría la cancela.

No sé qué querían recontar, en aquellas condiciones era difícil que nadie se hubiera fugado. Era lo habitual, como en cada una de las cárceles en las que había estado; los tradicionales recuentos se sucedían durante todo el día uno detrás de otro; estaba acostumbrado a aquella nueva disciplina castrense.

El zotal del suelo ya estaba seco, el olor sin embargo, seguía siendo penetrante. Me coloqué en la pared con los brazos en cruz y la cabeza hacia el suelo, ya no me quemaban los pies, ahora sólo sentía un profundo dolor acompañado de un penetrante frío por todo el cuerpo.

Me había fumado los dos paquetes de tabaco que me habían tirado por la ventana, me quedaban tres cigarrillos pero ya no tenía con qué encenderlos.

Una tras otra se fueron abriendo y cerrando todas las puertas del tubo; un boqueras con una pizarra de mano iba anotando en cada casilla, no le debía resultar difícil aquella operación, sólo tenía que poner un uno o una cruz en cada casilla, pero aún así demostró no estar demasiado culturizado. A los diez minutos, anunciaban de nuevo recuento, y de nuevo la misma operación; al parecer, la segunda vez sí que le salió bien la suma.

Al rato, se abrió de nuevo la cancela y una tras otra se iban abriendo todas las celdas. Un preso, acompañado por un boqueras y un mono, iba repartiendo el desayuno.

Me dieron un plato de zinc boyado y con una capa de grasa que parecía manteca, un vaso de plástico lleno de mierda y una cuchara de alpaca torcida y con un agujero en la parte del cazo.

—¿Quieres desayunar con el plato y el vaso llenos de mierda o los lavas? —Me dijo el boqueras.

—Mejor los lavo primero —le contesté.

—Vale, este no desayuna —le dijo al preso cerrando la puerta.

Me consolaba pensando que al menos iba a poder comer. Abrí el grifo del lavabo para limpiar mis utensilios de comida, pero seguía sin haber agua; si seguían así, tampoco iba a poder comer.

Deseé enormemente que me dieran el agua, ya no para limpiar los utensilios y asearme un poco, sino porque mi boca empezaba a parecer un trapo seco.

Una media hora más tarde se abrió de nuevo la cancela y unos segundos después la puerta de mi celda. Un preso arrojó al interior un petate lleno de manchas de sangre y bastante mojado, dos mantas militares de color marrón sucio y dos bolsas de mi equipaje, faltaba la mochila. De nuevo se cerró la puerta.

Coloqué el petate sobre el camastro y las dos mantas encima de este. Busqué en el interior de las bolsas para vestirme. Me puse unos pantalones tejanos, una camiseta y el anorac.

Me habían robado la mochila, el saco de dormir, la pipa de esponja de mar que me regalara mi primo Manel, unas bamas y un chandal Adidas que me habían regalado mis padres unos días atrás. En el interior de las dos bolsas no encontré ninguna de las fotografías de mi compañera y de mi familia que había guardado en Segovia.

De las tres mil pesetas que llevaba encima, sólo me entregaron mil. Bueno, algo es algo —me dije—, al menos podría comprar más tabaco para aguantar los nervios, y leche.

Sólo quedaba esperar que pasara el del economato antes de la comida, la boca se me hacía agua sólo de pensar en que me iba a beber de golpe los dos cartones de leche.

Una hora después, se abrió de nuevo la cancela, me coloqué en la posición reglamentaria, se abrieron cuatro puertas y después la mía.

—El Director quiere verlos —me dijo un funcionario.

Claro, por eso nos habían dado la ropa —pensé.

25

Atravesé la estrecha galería siguiendo a un boqueras, giramos a la izquierda y entramos en la habitación donde me habían dado los telegramas. Allí

estaban mis cuatro compañeros, con los rostros completamente pálidos y desencajados, unas ojeras profundas de no haber dormido, me asusté de pensar que posiblemente, yo también ofrecía aquel aspecto desolador

Nos condujeron a través de otra galería más ancha, llena de policías nacionales armados de porras, escudos y cascos antidisturbios. Nos obligaron a atravesar un estrecho pasillo y acabamos en el interior de lo que debía ser el despacho del director.

Una mesa de caoba, una silla antigua con alto respaldo, y en la pared, una foto de Franco y otra de Jose Antonio, adornadas con la bandera de España bordada con el águila imperial.

A los pocos minutos de estar de pie en aquel despacho, entró por otra puerta alguien que se presentó como el director de la cárcel, iba vestido de calle y entre sus labios sostenía un enorme puro apagado.

—¡Hola! ¿Cómo se encuentran? —Nos dijo.

—Bastante mal —contestó Nicanor.

—¿No les gusta mi prisión? —Preguntó.

—Hombre, preferimos Segovia —le dije.

—Bueno, espero que mis muchachos los hayan tratado bien.

—Pues no tan bien como se imagina —dijo Alcatraz.

—¡Qué quieren decir! —Dijo poniendo cara de sorprendido.

Nos abrimos las camisetas y le mostramos el cuerpo lleno de moretones.

—No me engañen, eso se lo han hecho ustedes, aquí no tratamos mal a nadie si no da motivos, claro —dijo burlón—. Estaba claro que él sabía perfectamente el trato que sus secuaces ofrecían a los presos, pero no valía la pena entrar ahora en una discusión filosófica.

—Me han informado que en Madrid, un grupo de compañeros suyos ¿Porque son anarquistas, no?. Han apedreado el furgón con intención de liberarlos —dijo sonriente.

—Pues la verdad es que le han informado mal —le contesté—. Precisamente eso, un grupo de compañeros para liberarnos, cuando la CNT estaba rompiéndose y lo único que hacían era salir a la calle a pedir la libertad de sus compañeros del caso SCALA y sin ningunas ganas de practicar la acción directa para liberarlos, ni a ellos ni a ningún otro.

—Bueno, compórtense bien y no les pasará nada.

Asentimos bajando la cabeza.

—¿Porqué no me miran a la cara? ¿Me tienen miedo? —Nos preguntó.

—Nos han informado que está totalmente prohibido mirar a los funcionarios a la cara —le dijo Lucas.

—Vaya, vaya, ustedes los políticos siempre se están inventando cosas. ¿No se han enterado que ya somos un país democrático? —Nos dijo riendo a carcajadas.

Estaba bastante claro, nos tomaba el pelo o estaba loco de remate.

—¿Saben porqué les han traído aquí?.

—No —contestó Armando.

—Porque en Segovia están haciendo obras —nos dijo burlón.

—Ya —comenté.

— Y ¿Porqué nos tiene en celdas de castigo? —Preguntó Lucas. — Pues la verdad es que aún no lo sé, pero en cuanto me informe de algo, serán los primeros en saberlo —dijo.

Apretó un botón que supuse debía ser un timbre, pues un minuto después entraban dos funcionarios.

—Acompáñenlos a sus celdas —les dijo— y no les toquen más que podemos tener problemas —les dijo con voz baja pero para que pudiéramos oírlo.

—¡Ah, por cierto! Les recomiendo que hagan ejercicio en sus celdas. Aquí, antes que ustedes ha habido etarras y ellos salieron todos bien porque hacían ejercicio, claro que ellos tienen disciplina y ustedes no demasiada.

De vuelta en nuestras respectivas celdas.

—¡Ah, se nos había olvidado! —Dijo un boqueras— Durante el día no se pueden acostar en la cama, sólo pueden estar sentados.

Como han oído al director, no les vamos a pegar más, si no dan motivos, claro; pero el régimen interno es el mismo para ustedes que para los demás, de momento están en celdas de aislamiento —me dijo sonriente.

—Por cierto ¿Cómo ha aprendido usted tan rápido la postura de la pared con los brazos en cruz? ¿Ha sido religioso? —Me dijo el otro boqueras sonriendo.

—No, simplemente he estado en la quinta galería de la Modelo —le respondí.

—¡Ah, claro! —Dijo mientras cerraba la puerta.

Al rato se abrió de nuevo la cancela, con su ensordecedor ruido.

—¡Comida! —Anunció una voz.

Intenté de nuevo lavar el plato, pero aún no tenía agua.

Llegaron a mi celda, se abrió la puerta.

—¿Quiere comer el señor? —Me dijo burlescamente un boqueras.

—Sí, pero no tengo agua y no puedo lavar el plato.

—Bueno, veo que hoy tampoco va a poder comer. Siento lo del agua, pero hay restricciones y por lo visto a su celda no quiere llegar. Otra vez será — me dijo riendo mientras cerraba la puerta.

Se fueron abriendo y cerrando todas las puertas del tubo y de nuevo se cerró la cancela.

Otro día sin comer hacía que mis órganos sensoriales olieran la comida a grandes distancias. Tal vez había pasado el del economato mientras estábamos con el director. Debía empezar a concienciarme que iba a pasar el día sin tabaco y sin los tan deseados dos cartones de leche. Una cosa era estar en huelga de hambre, y otra muy distinta que te impidieran la posibilidad de comer y beber queriendo hacerlo.

Abrí el grifo con la intención de esperar a que llegara el agua, si es que alguna vez llegaba y cual fue mi sorpresa al ver cómo un chorro caía de su interior. Al principio, no se trataba de agua, era un chorro de color marrón que poco a poco fue convirtiéndose en agua cristalina.

Bebí hasta no poder más, ya que no podía comer al menos podía llenar mi estómago de agua.

Rápidamente, no fuera que me cortaran el agua de nuevo, puse el

plato grasiento bajo el chorro y, con ayuda de la cuchara rota fui sacando todas las capas de grasa que contenía, luego lo hice con el vaso y finalmente con la propia cuchara. No estaban del todo limpios pues no tenía detergente para un aseo perfecto, pero al menos no tenían sus capas de grasa.

Me alegró pensar que por la noche iba a poder cenar, aunque para eso, aún faltaban unas cuantas largas horas de soledad.

—¡Galería, recuento! —Se oyó al poco.

Otra vez con la postura reglamentaria.

Me atormentaba más que no poder comer, no poder hacer nada para comunicarme con mis padres y con mi compañera, me estaba totalmente prohibido enviar telegramas y cuando pudiera hacer mi compra de economato y consiguiera papel y bolígrafo, sólo se me permitía enviar una cuartilla por una cara cada semana.

Mi necesidad de comunicarme cada día con el exterior se veía truncada en esta nueva situación, produciéndome mayor desolación. Me sentía totalmente apartado de la civilización, allí empecé a descubrir que estaba enterrado en vida, y ese sentimiento no me abandonó hasta que conseguí la libertad seis años después.

No era nada, ni siquiera un número porque ni número tenía, no era como en las películas con el traje a rayas y el número en la espalda y en la gorra, no, aquí llevaba mi propia ropa y no era nada o, peor que nada, era un muerto en vida.

El ruido ensordecedor de la cancela al abrirse me apartó de mis pensamientos, me coloqué en la posición reglamentaria y esperé durante un rato, esperando que de nuevo se cerrara para volver a la cómoda posición que había encontrado al acomodar mis doloridas posaderas sobre el petate y las mantas.

Se abrió una celda y empezaron los golpes de porra y los gritos aterrorizados. Sabía que ya no me iban a torturar más mientras estuviese en Ocaña, al menos no físicamente, pero que la tortura psicológica iba a durar eternamente; sabía que aunque saliera de aquel antro, nunca podría olvidar lo vivido. Lo sabía y sólo llevaba allí casi dos días.

Se abrió otra celda y empezaron nuevos golpes de porra y nuevos gritos.

Durante dos largas horas, no llevaba reloj pero había aprendido a controlar el tiempo, no cesaron los golpes ni los gritos aterrorizados. Finalmente, parecía que se habían cansado de hacer ejercicio y se cerró la cancela. Pude de nuevo volver al cálido acogimiento del petate y las mantas. Dos eternas horas de pie, oyendo como torturaban a los demás y sabiendo que no me iban a torturar a mí, era demasiado duro para soportarlo durante mucho tiempo.

Dos golpes en mi puerta me anunciaron la llegada del preso de economato.

—Dos Camel, cerillas, dos cartones de leche, papel para cartas, cinco sobres, cinco sellos y bolígrafo —le dije pasándole el billete de mil por debajo de la puerta.

A la media hora abrían la puerta de mi celda para que recogiese lo que había pedido al preso de economato, de nuevo se cerró la puerta.

Me bebí los dos cartones de leche de golpe, era leche Kaiku y la

verdad es que estaba bastante buena o tal vez era que tenía demasiada hambre.

Prendí una cerilla y encendí uno de los tres cigarrillos que me quedaban del día anterior. Decidí esperar a la noche para hacerme un porro, justo después de que trajeran la cena tendría tiempo para tal menester.

Fueron pasando las horas y en mi boca, uno tras otro, se fueron quemando los tres cigarrillos del día anterior y medio paquete de los que había comprado.

Se abrió de nuevo la cancela.

—¡Galería, biblioteca! —Se oyó una voz lejana.

Pensé que nos iban a llevar a la biblioteca para que nos distrajáramos un poco.

Se abrió la puerta de mi celda después de haberse abierto todas las anteriores; un cura con sotana sostenía una pila de libros en una mano y un fajo de papeles en la otra. Entró en mi celda.

—Hijo, quieres leer alguna cosa. —Me dijo.

—En primer lugar, usted no es mi padre, en segundo lugar soy ateo y en tercer lugar, en vez de leer algo, lo que quiero es comer —le dije como mejor pude.

—Hijo, a veces el cielo obra milagros —me dijo sonriente— pero no está en mis manos darte de comer, quizás con la lectura olvides los malos pensamientos del pecado de la carne y tal vez olvides un poco tu gula.

—¡Maldito cabrón! —Pensé sin decir palabra.

Salió de mi celda como había entrado y de nuevo me quedé allí solo, encerrado, con mis propios pensamientos y mis recuerdos, con los músculos entumecidos y el corazón lleno de odio y deseos de venganza.

Imaginaba cómo los iba a hacer sufrir una vez estuviera en la calle, cómo los iba a ver suplicarme que dejara de atormentarlos. Mil y un pensamientos pasaban por mi mente buscando la manera de hacerles pagar todo lo que estaban haciendo con el resto de presos. Ya casi no me importaba lo que me habían hecho, ya casi no me importaba que me hubieran robado una buena parte del equipaje, ya sólo me importaba vengar el sufrimiento de aquella pobre gente que, día tras día, por no tener a nadie en la calle, iban a torturar hasta la saciedad.

Debieron pasar unas cuantas horas sumido en mis pensamientos, cuando de repente se abrió la cancela y una voz de ultratumba anunció:

—¡Galería, comida!.

Desde mi celda olía el sabor del pan y de la cena, a mis sentidos llegaba el olor encantador de la comida deseada, llevaba ya casi dos días sin probar bocado.

Una tras otra, fueron abriéndose todas las puertas del tubo hasta que llegaron a mi celda y se abrió la puerta.

—¿Has conseguido quitarle la mierda al plato? —Me preguntó un boqueras.

Puse el plato para que me sirvieran la cena. Un puchero descargó su contenido, era una masa compacta de algo similar a lentejas con arroz, una espumadera descargó encima dos diminutas y requemadas sardinas. Me iba a dar un banquete maravilloso y luego iba a acabar el festín con un gran porro.

Una vez encerrado en mi celda con aquella asquerosa comida pero

que dadas las circunstancias me parecía maravillosa, empecé a engullir aquella pasta sin sabor y después las requemadas sardinas que no hicieron otra cosa que destrozar mis encías.

Parece mentira lo que un ser humano puede llegar a comerse en esas circunstancias. En otra situación más normalizada, el simple hecho de observar aquella pasta sin sabor me hubiera producido arcadas, pero en aquellos momentos, la devoré como si de un festín se tratase.

Al rato, anunciaron silencio desde la lejanía.

Mi celda empezaba a oscurecer, tendría que acostumbrarme de nuevo a la oscuridad para, una vez acostumbradas mis retinas, sentir el dolor violento de la luz que de repente y sin aviso se enciende.

26

La luz se encendió sin previo aviso y unos minutos más tarde se abrió la puerta de la cancela con su horrible sonido de siempre.

Cuando se abría a estas horas, después del silencio, significaba que venían a torturar a alguien, por lo que todos estábamos en absoluta tensión.

Empezaron a abrirse celdas, esta vez de dos en dos, al parecer querían terminar pronto la faena; empezaron los golpes de porra y los aterradores gritos, esta vez más potentes porque eran dos presos los que gritaban a un tiempo.

Supuse que los demás presos del tubo estaban en mi misma posición, la correcta según los boqueras, de pie contra la pared, los brazos en cruz y mirando al suelo.

No acabaron el trabajo pronto, al parecer habían decidido torturar a todos. Durante dos largas horas permanecí en la posición sumisa de siempre mientras mis sentidos se iban llenando con los aterradores gritos de los cuerpos torturados.

Se cerró finalmente la cancela. Tal vez podríamos conciliar el sueño hasta la mañana siguiente.

Me desvestí y me estiré sobre el petate que aún estaba húmedo y me tapé con las dos mantas. Me picaba todo el cuerpo al contacto de aquellas mantas llenas de mierda con la piel de mis brazos y mis piernas.¹

Me levanté y me vestí de nuevo para meterme en la cama y conciliar el sueño sin el tacto asqueroso de las mantas sucias.

Recordé lo bien que dormía en Segovia, en aquella pequeña celda con calefacción, las sábanas sobre la cama y el saco de dormir dándome calor. Ahora no tenía ni el saco ni las sábanas, sólo aquel húmedo colchón manchado de sangre y quién sabía qué más y aquellas asquerosas mantas que más que dar calor, pesaban como condenadas.

Como la noche anterior no había podido dormir, me quedé perdido en un profundo sueño, ayudado por el cansancio y por el encantador porro de

después de la cena.

Un fuerte ruido me sobresaltó, al parecer, sumido en mi sueño no había oído el ruido de la cancela y, cuando conseguí abrir los ojos, pude observar como dos boqueras y dos monos se abalanzaban sobre mí blandiendo sus porras.

Tumbado como estaba, apartaron las mantas y me golpearon por un tiempo que me pareció interminable. Los moretones de todo mi cuerpo que ya se habían enfriado y de los que apenas sentía dolor, comenzaron a cobrar fuerza por la nueva salvaje paliza.

Ya no pude dormir en toda la noche. Mil pensamientos pasaban por mi mente. Pensé incluso en romper el cristal de la ventana, cortarme las venas del brazo y colocarlo debajo del grifo hasta que me desangrara totalmente, ya no me quedaban demasiadas fuerzas para seguir viviendo.

Cuando me disponía a perpetrar el plan que me conduciría al fin de aquel espantoso sufrimiento y en definitiva al fin de mis días, empecé a pensar en mi compañera, en mi madre, en mi hermano pequeño, en los esfuerzos que hacían Yoyi y Sole escribiéndome a vuelta de correo, en cuánto daño iba a causarles con mi suicidio.

Respiré profundamente dos o tres veces a pesar del dolor agudo que me sentía en todo el cuerpo, recobré el poco valor que me quedaba y decidí finalmente, seguir sufriendo. Me juré no volver a pensar en el suicidio, me juré ayudarme de todas las pocas fuerzas que me quedaban para resistir, para no darles el placer de la victoria.

Tenía los nervios absolutamente destrozados, yo que normalmente padecía de pequeños temblores en las manos, me encontraba con que hasta los cigarrillos se me caían al suelo y tenía que cogerlos con las dos manos.

Pensé que si otros compañeros lo habían pasado peor antes que yo y aún permanecían enteros, estaba obligado a aquel esfuerzo.

Ahora debía concentrar todas mis fuerzas mentales para no volverme loco, para no acabar como tantos otros en el hospital psiquiátrico de Carabanchel, donde acabaría mis días con tres dosis diarias de sosegón y cuando recuperara la libertad no iba a servir para nada.

Tenía que aguantar, tenía que esforzarme y dormir aunque solo fuese una hora, pero no pude, el dolor y el miedo me impedían conciliar el sueño.

En estos pensamientos me encontraba cuando de pronto empezó a clarear la mañana. Un nuevo día lleno de incógnitas me esperaba.

—¡Galería, recuento! —gritó la voz de ultratumba.

Me puse en pie, con los brazos en cruz y la cabeza baja. Me temblaba todo el cuerpo y las piernas casi no podían sostener mi destrozado cuerpo, pero ahora tenía la suficiente fuerza moral para no desfallecer. Tenía que aguantar por todos aquellos compañeros que habían estado en Herrera de la Mancha, en el Dueso, en Puerto de Santamaría y seguían enteros y seguían luchando por las mejoras de las condiciones de vida en aquellas cárceles de nuestro ya “democrático” país.

Como de costumbre, pasó un funcionario abriendo todas las celdas y anotando la correspondiente crucecita en cada casilla correspondiente a cada celda de su pizarrín de mano. Este parecía más culto que el del día anterior, pues el recuento no se repitió.

Al rato, se abrió de nuevo la cancela de entrada a la galería y el preso que repartía el desayuno escoltado por un boqueras y un mono hizo su habitual recorrido.

Un vaso de un líquido marronáceo era lo único que nos correspondía por estar en celdas de aislamiento; en otras prisiones, además del asqueroso líquido daban cuatro galletas Maria.

Al rato de haber engullido aquél asqueroso desayuno, se abrió de nuevo la cancela. De nuevo, posición correcta contra la pared. En breves segundos se abrió mi puerta.

—Patio —dijo el boqueras.

No había salido al patio desde que, tres días antes, me habían metido en aquel “tubo”. Atravesé la estrecha galería y por una pequeña y estrecha puerta situada a la izquierda, salí a la luz del día. En el centro del patio aguardaban mis compañeros y el resto de los presos paseaban en dúos o en tríos.

Me acerqué hasta donde estaban mis compañeros y les dirigí una leve sonrisa.

—¡Cabrón! —Me dijeron— ¿De qué coño te ríes tanto? ¿Te gusta o qué?.

—Lo siento —me disculpé— no puedo evitarlo.

Llevábamos dos minutos escasos en el patio, cuando un grupo de boqueras y monos nos rodearon.

—¡Venga, inmediatamente a sus celdas! —Nos gritó uno.

Para llevar tres días sin salir, mejor que hubiesen sido cuatro, dejarnos tomar el sol dos minutos era una putada, o tal vez estaba incluido en el programa de torturas que habían preparado especialmente para nosotros.

De nuevo en la celda me dispuse a escribir mi primera carta desde mi llegada a aquél antro de tortura. Tenía que pensar muy bien a quien elegía para enviarle la carta y qué iba a escribir. Cosas del régimen interno no podía decir, pues leían todas las cartas antes de que salieran de la prisión; de hecho, teníamos que entregarlas con el sobre abierto. Muchas cosas tampoco podía contar en apenas quince líneas que me iban a caber en aquella cuartilla.

Decidí hacer la letra más pequeña e intentar que cupieran treinta líneas, había decidido enviársela a mi compañera y mandar recuerdos para todos.

Apoyando la libreta encima de la cama y arrodillado en el suelo, no encontraba la posición idónea para concentrarme ni la comodidad necesaria para escribir letra pequeña, de modo que hice lo que buenamente pude. No corría prisa acabar aquella carta, pues no podría entregarla hasta el viernes y no saldría de la prisión hasta el lunes, eso teniendo en cuenta que los boqueras no tuviesen demasiadas cartas que leer.

Estaba concentrado en una frase cuando de repente oí el ruido de la cancela. Tuve que dejarla inacabada y colocarme en la posición reglamentaria. Se fueron abriendo y cerrando las celdas de los presos que habían estado en el patio y, finalmente se abrió la mía.

—Le toca patio —me dijo el boqueras.

Salí de la celda con los enseres necesarios para ducharme, toalla, champú y ropa limpia.

Cuatro porras cayeron repentinamente sobre mi espalda.

—¡Camina con los brazos en cruz y mirando al suelo, cabrón! —Me gritó el boqueras.

Puse los brazos en cruz mientras sostenía la bolsa con los objetos de aseo entre mis dientes y seguí caminando. Atravesamos el tubo, giramos a la izquierda a través de la galería más ancha e iluminada y casi al final de ésta me detuvo un obstáculo. Era un enorme policía nacional con casco, escudo y pistola. Lo descubrí elevando la vista desde mi posición de cabeza baja. Me tuvo en esa posición durante unos minutos mientras me decía que me iba a matar, que era un terrorista cobarde y que ya no tenía cojones para nada.

Finalmente, cuando se cansó de insultarme, me dejó pasar.

Me condujeron a través de otra galería, girando de nuevo a la izquierda y me hicieron pasar por una pequeña puerta también situada a la izquierda.

Salí a un pequeño patio lleno de hojas esparcidas por el suelo y se cerró la puerta tras de mí. Allí no había ningún preso más, ni siquiera ninguno de mis compañeros.

Entré en las duchas y sólo vi un wc lleno de mierda hasta el borde y un plato de ducha mugriento.

Me desnudé y conteniendo como pude la respiración para no llevarme todo el olor de la mierda rebosante me duché con un pequeño hilo de agua helada que caía por el caño oxidado de la ducha.

Salí al patio una vez aseado y me dio la impresión que me estaban controlando, pues inmediatamente, un boqueras me dijo que ya se me había acabado el tiempo y que debía volver a mi celda.

Atravesé la pequeña puerta, caminé por la galería, giré a la derecha para encontrarme con los monos que repitieron la operación anterior de no dejarme pasar y de insultarme, cuando se cansaron, seguí caminando a través de la galería ancha e iluminada, después giré de nuevo a la derecha y atravesé la cancela del tubo para dirigirme a mi celda.

Toda mi ropa estaba esparcida por el suelo y llena de lejía, la carta que había empezado a escribir, rota en pequeños trozos y los pocos cigarrillos que me quedaban, destrozados y esparcidos sobre la cama. Encontré las cerillas en el agujero del wc, el loro que me habían tirado por la ventana el día de mi llegada estaba en el suelo aplastado por alguna bota militar de aquellos energúmenos.

Ahora sólo me quedaba esperar que mi familia me enviara un giro para poder volver a tener tabaco y darles el gusto de volver a destrozármelo todo.

—¡Galería, comida! —Se oyó en la distancia.

Esta vez, la comida tenía peor aspecto, nada era sólido, tan solo un cucharón de agua sucia y maloliente.

—Hoy no hay segundo, se ha acabado el presupuesto. —Dijo el boqueras.

En el momento en que se cerró la puerta, el contenido del plato, ayudado de mis dos manos, cayó directamente en el retrete. Ya no tenía tanta hambre como para comer de todo; bueno, sí la tenía, pero aquello era demasiado.

Transcurrieron las horas de la tarde como los días anteriores, de vez en cuando se abría la cancela y me colocaba en el fondo de la celda, con los brazos en cruz y mirando al suelo; por las tardes no solía haber torturas, el simple

silencio sepulcral ya torturaba lo suficiente, además intuí que torturaban de noche porque así no les hacía falta ejercitarse con todos, con unos cuantos que machacaran, era suficiente para mantener en vela y con los nervios a flor de piel a todos los presos del tubo.

Las horas fueron transcurriendo demasiado lentamente, sin nada que leer, sin nada que poder escribir; describir las sensaciones sobre un papel para guardarlas y tener aquel terrorífico recuerdo escrito, era un verdadero peligro, en cualquier momento, en cualquier hora del día, contigo dentro de la celda o fuera de ella, podían hacer un registro y encontrar cualquier cosa que hubieras escrito. Resultaba más seguro guardar recuerdos y sensaciones en esa parte de la mente que actúa como una memoria de ordenador, que cuando la necesitas, la vuelves a recuperar.

Pensé en masturbarme para pasar el rato, pero el sólo echo de pensarlo me hacía reír, no podía ni siquiera excitarme, tenía el cuerpo tan dolorido que mi mente ni siquiera reservaba espacio para las sensaciones agradables del placer corporal. Sólo me quedaba aburrirme y esperar que las horas pasaran como siglos interminables. De vez en cuando caminaba los escasos cuatro metros caminables o jugaba a la charranca con un paquete vacío de tabaco y unos cuadros imaginarios en el suelo. Sobre todo pasaba las horas cantando mentalmente canciones de Serrat o de Lluís Llach.

—¡Galería, comida! —Sonó el eco aterrador anunciando la hora de la cena—

Como de costumbre, una a una fueron abriéndose y cerrándose todas las puertas de hierro de las celdas hasta que se abrió la mía.

Agua caliente de color marrón y sardinas negras.

Al menos estaba caliente, haciendo un esfuerzo sobrehumano me lo comí todo.

¡Galería silencio! —Se oyó la voz lejana una hora después de la cena.

Después de recontarnos a todos, se volvió a cerrar la cancela.

Abrí mi cama, me descalcé y, vestido como estaba me tumbé en el camastro a soportar el peso de las mantas sucias. Tenía la intención de dormirme cuanto antes, si al menos conseguía dormir un par o tres horas antes de que se iniciasen las torturas habituales, eso que habría ganado, pero no podía conciliar el sueño, sólo de pensar que en breves momentos podía sentir de nuevo abrirse la cancela y las nuevas sesiones de torturas. Empezaba a padecer un insomnio irreversible.

Creo que no pasaron ni las dos o tres horas que pensaba haber dormido cuando se abrió la cancela y tras ella una puerta de hierro y tras ésta empezaron los golpes y los gritos aterradores.

Como los días anteriores permanecí unas dos horas de pie contra el muro de la celda, con los brazos en cruz y la mirada gacha.

Se cerró la cancela y me introduje en el camastro; pensaba que esta vez la tortura había sido más temprana para dejarnos, de vez en cuando, conciliar el sueño.

Me costó una media hora dormirme y, cuando ya estaba alcanzando ese sopor habitual en que la mente se nubla y se cierran los ojos, se abrió de nuevo la cancela y tras ella una puerta de hierro y, tras ella, los golpes y los gritos.

Durante aquella noche hicieron cinco sesiones de tortura, la última fue al amanecer, con lo cual, consiguieron tenernos en vela toda la noche.

27

Un par de horas después del desayuno del quinto día de mi estancia en ese antro de torturas, se abrió la puerta de mi celda.

—Acompáñeme, tiene un giro postal de su madre —me dijo un boqueras.

Por la fecha descubrí que el giro había llegado el mismo día que yo al penal de Ocaña.

Mi madre sabía cómo trataban a los presos allí porque yo le había explicado cosas que me habían contado algunos compañeros; por eso, el mismo día que se enteró de mi traslado, había ido a correos a enviarme un telegrama y un giro postal urgentes.

El telegrama me lo habían dado porque también lo habían enviado nuestros respectivos abogados, pero al parecer decidieron que el giro podía esperar.

Era un giro de quince mil pesetas, de las cuales sólo me dejaron disponer de dos mil.

—El resto va a peculio —me dijo el boqueras.

Bueno, al menos ya podía comprar tabaco, cerillas y leche; los días iban a ser más cortos pudiendo fumar; seguiría cantando en voz muda, en pensamientos, seguiría recordando a mi gente en la calle y seguiría caminando los cuatro cortos metros caminables.

Una hora después me acompañaron, junto con mis compañeros a la oficina del director.

—Ya sé porqué están aquí —nos dijo sonriente nada más traspasar la puerta situada detrás de su sillón de piel.

—Acaban de llegar sanciones de Segovia —dijo como burlándose.

A Lucas, Nicanor y Alcatraz, como no tenían sanciones los iban a sacar ese mismo día del tubo para llevarlos a otra galería del celular y la semana siguiente los llevarían de nuevo a Segovia.

Armando y yo íbamos a seguir en el tubo una temporada más porque habían llegado varias sanciones para nosotros, concretamente creo que eran tres para Armando y cinco para mí.

—Así que usted es el cabecilla del grupo —me dijo mirándome fijamente.

Tenía una sanción de treinta y dos días de aislamiento por intento de secuestro a un funcionario. Dieciséis idas de aislamiento por insultos a un jefe de servicios. Dieciséis días de aislamiento por amenazas a un funcionario. Cuarenta y ocho días de aislamiento por un secuestro consumado de veinticuatro horas a dos funcionarios. Dieciséis idas de aislamiento por insultos a otro funcionario.

Todas las sanciones eran mentira, la única cierta era la del secuestro

de veinticuatro horas a dos funcionarios y el autor del mismo no era yo, sino un preso común que ya estaba cumpliendo sus sanciones en el hospital psiquiátrico de Carabanchel.

—No estoy de acuerdo con ninguna de las sanciones —le dije—, el reglamento penitenciario dice que todas las sanciones se pueden recurrir ante la Dirección General de Asuntos Penitenciarios y que si no se está de acuerdo con las mismas, no se tienen porqué firmar.

—Está usted en su pleno derecho —me dijo sonriente— veo que ha tenido tiempo suficiente para estudiarse el reglamento.

Me habían metido ciento veintiocho días de aislamiento, cuatro meses y poco. Sabía que aunque recurriera ante la Dirección General, iba a llevar su tiempo, sabía que iba a cumplir toda la sanción, sin dejar un solo día, pero aún así empecé a redactar mi recurso.

Una media hora después de estar en mi celda, abrieron la puerta y entraron seis boqueras y cuatro monos con las porras en la mano y blandiéndolas al aire.

—¿Vas a firmar las sanciones o te aplicamos la terapia? —Dijo uno de ellos—

Como iba a firmar igualmente, no tenía sentido dejar que primero me molieran a palos.

—Sí, voy a firmar —contesté.

—Buen chico, veo que vas aprendiendo —me dijo el mismo boqueras que me había amenazado.

—¿Conoces el régimen de aislamiento? —Me preguntó otro boqueras.

—Sí, creo que sí —contesté— Una hora de patio al día ¿No?.

—No, aquí es diferente —me contestó riendo— Sólo un cuarto de hora de patio cada tres días; y además totalmente solo, no puede comunicarse con nadie excepto con los funcionarios a los que sólo podrá hablar cuando se le pregunte algo; si viniese su familia a comunicar, en vez de los veinte minutos habituales por venir desde tan lejos, sólo podrá comunicar diez minutos. La carta semanal se convierte en una carta cada quince días, con lo cual, hoy no va a poder enviar correo y como acaba de firmar hoy las sanciones, no podrá hacerlo hasta dentro de quince días.

Los cinco días que tanto esperaba para comunicarme aunque fuera mínimamente con el exterior, se veían convertidos en veinte. Calculé mentalmente y me horrorizó descubrir que en cuatro meses sólo iba a salir de aquella celda unas diez horas repartidas y que aquello tampoco iba a ser real si descontaba el tiempo que los monos me iban a tener parado en el pasillo y el tiempo que me llevaría ducharme; en total podría disfrutar de algo más de cinco horas reales de patio en cuatro meses. ¿Podría aguantar aquello teniendo en cuenta las sesiones de tortura nocturnas? Debía intentarlo.

Había salido al patio el día anterior, ahora debía contar a partir de ese momento tres días más para poder gozar un corto espacio de tiempo fuera de la celda.

Los días se iban a hacer mucho más largos, me había hecho a la idea de las veintitrés horas de celda y la hora de patio que se aplica a los presos en

celdas de aislamiento. Incluso, tras comunicarme el director las sanciones me había rehecho la idea pensando en veintitrés horas y media de celda y media de patio y ahora, no tenía más remedio que hacerme a la idea de setenta y una hora y tres cuartos de celda y quince minutos de patio.

28

Los días se sucedían uno tras otro con todas sus horas, con todos sus minutos y con todos sus segundos; cualquier pequeño espacio de tiempo era procesado en mi cerebro cansado de aquella terrible situación. Mi sistema nervioso se iba destrozando poco a poco a causa de las noches en vela sintiendo las torturas y los gritos de los otros presos y como durante el día estaba totalmente prohibido recostarse en el camastro, pasaba largas horas sentado y medio adormilado, siempre pendiente del sonido de la cancela para colocarme en la posición reglamentaria.

Pensar que debía pasar ciento veintiocho días en aquella situación, me desesperaba.

Llevaba trece días en aquella desesperante situación cuando de repente se abrió la puerta de mi celda, no era la hora de comer ni de cenar, no me correspondían ese día los quince minutos de patio.

—El director quiere verle —me dijo un boqueras.

Me acompañó por el camino habitual hasta la oficina del director y al rato, apareció éste con su gran puro entre los labios.

—Si reconoce las sanciones y retira el recurso ante la Dirección General, le podemos hacer la vida más llevadera, le podemos quitar días de sanción y alargarle el espacio de patio —me propuso.

—Lo siento —le dije— pero no me parece demasiado ético ni por su parte ni por la mía. Si acepto su propuesta es probable que me quede con las mismas condiciones y además me va a suponer un año entero sin poder redimir. Mire, lo siento pero no puedo aceptar unas sanciones que no se corresponden con mi comportamiento.

—Bien —me contestó— usted decide, veo que tiene unas convicciones demasiado claras para intentar hacerle cambiar de opinión.

—Por cierto —me dijo—, ha venido su familia y su compañera a verle. Su compañera no puede entrar porque no están casados, pero a su familia sí que la puede ver. Ya sabe que en el régimen especial en que se encuentra sólo va a poder verlos durante diez minutos. Si hubiese aceptado mi propuesta le hubiese concedido una hora entera. Parece mentira que sus convicciones hagan que su familia, después de venir de tan lejos, sólo puedan verlo diez minutos.

En el locutorio de comunicaciones, junto a su familia habrá un funcionario escuchando toda la conversación, si dice usted algo relacionado al régimen interno, le cortaremos inmediatamente la comunicación y ya se imagina lo que le pasará después.

Advierta a su familia que no denuncie nada ante el juez de vigilancia de Ocaña, es pariente mío, no le iba a servir de nada.

—¿Entendido? —Me preguntó acabando aquél monólogo.

Asentí con la cabeza, me daba tanto asco encontrarme en aquel estado de impotencia que decidí no volver a dirigirle la palabra.

El boqueras que me había acompañado al despacho del director, me acompañó al locutorio de comunicaciones. Estaba situado al otro lado de la prisión, junto a las galerías del penal que no correspondían al celular.

Se trataba de un largo pasillo con una reja de barrotes y tela metálica, tras ella, un pasillo de unos dos metros de ancho y finalmente otra reja de barrotes y tela metálica, como en Segovia. Tras ella, sentados en taburetes se encontraban mi madre, mi padre, mi tía Magda, mi tío Luis y un boqueras.

Yo no tenía taburete donde sentarme, para diez minutos tampoco me iba a ser necesario.

—¿Cómo estás? —Me preguntó mi madre—

—Bien, pero estaba mejor en Segovia —le contesté abriendo apenas mi camisa para que pudiera ver los moretones que aún rodeaban mi cuello.

—Te hemos triado comida y libros pero los funcionarios nos han dicho que aquí tienes de todo y no nos han dejado pasarlo —dijo mi tía Magda.

Sonreí irónicamente sin contestar, no podía hacerlo ante el boqueras espía.

—Estamos moviendo cielo y tierra para llevarte de nuevo a Segovia — me dijo mi madre intentando consolarme.

Sabía que ella se estaba desviviendo por conseguirlo, confiaba plenamente en ella, ella sabía qué debía hacer en esos casos y además, por su mirada, entendí que había visto los moretones de mi cuello.

—No han dejado pasar a Pili porque no estáis casados —dijo mi padre.

—Ya, ya me lo ha dicho el director —le dije.

—Decirle a los colegas que me escriban, me aburro mucho sin ver a nadie en todo el día —le dije a mi madre.

—Te ha escrito Yoyi, Sole, Aurori, yo y Pili. Te escribimos el mismo día que te trajeron aquí —me contestó mi madre—. —Ten paciencia que todo se arreglará —dijo mi padre— y sobre todo no te juntes con los atracadores que eso perjudicará tu expediente.

Vaya, mi padre no se había enterado aún que aunque quisiera no iba a poder hacerlo, no se había enterado del régimen interno del celular de aquél penal; se lo había explicado en cartas anteriores, pero siempre pensó que tenía demasiada imaginación y que aquellas cosas ya no sucedían en un país democrático.

—Se ha acabado la comunicación —dijo el boqueras— cuando aún no habían transcurrido ni cinco minutos.

—Oiga, venimos de Barcelona —le dijo mi madre— podrían ser un poco más humanos y dejarnos un tiempo más.

Lo siento señora —le dijo el boqueras— pero su hijo se niega a reconocer las sanciones.

Mi madre me miró sonriente y aprobando mi decisión, mi padre no

entendía nada y mis tíos menos aún.

—¡Cuídate, cariño —me dijo mi tía— derramando perlas por sus mejillas. De nuevo me condujeron a mi celda.

29

Los días se iban sucediendo interminables, el único contacto que tenía con el exterior era el ruido de voces que a través de la pequeña ventana enrejada me llegaba desde fuera en las horas de patio; y el eco doloroso de la cancela al abrirse, de las puertas de las celdas y de los gritos y palizas nocturnos.

La puerta de mi celda se abría únicamente tres veces al día, para el desayuno, para la comida y para la cena; ya ni siquiera la abrían para los recuentos; me contaban a través de la mirilla.

Como había calculado, el tiempo de patio era ínfimo. En vez de sacarme al patio que daba a la ventana de mi celda, me hacían atravesar todo el tubo y toda la galería en la que se hallaba el retén de guardia de la policía nacional.

Cada vez que pasaba por allí, los monos se ponían delante amenazándome de muerte e insultándome durante unos cinco minutos, cuando llegaba al patio me introducía rápidamente en la pequeña ducha llena de mugre y lo más rápido que podía me duchaba con aquél agua helada. Cuando apenas había atravesado toda la extensión del patio —unos diez metros—, aparecía por la puerta el boqueras diciendo que se había acabado el tiempo.

Mis nervios estaban cada día peor, la situación era del todo insoportable, me daba cuenta que iba a ser muy duro soportar aquella situación demasiado tiempo.

Llegó el día veinticuatro de septiembre, día de la Mercé, patrona de Barcelona y de todos los presos. Ese día, como en todo el resto de las prisiones, había menú especial.

—¡Galería, comida! —Tronó la voz de siempre.

El menú especial consistía en lo que allí se conocía como paella, que nada tiene que ver con ninguna de las paellas que uno pueda comer en la calle.

Se trataba de un cucharón de arroz ennegrecido y apelmazado sin ningún tipo de animal, ni gambas, ni pollo, ni conejo; era una pasta que al introducirla en la boca, se adhería al paladar produciendo una sensación de náusea.

Lo único bueno que tenía el día de la Mercé para los presos que nos hallábamos sancionados, era que nos reducían los días de aislamiento a la mitad, de modo que mis ciento veintiocho días se iban a convertir en sesenta y cuatro.

Ya llevaba diecinueve días en celdas de castigo, solo me quedaba un mes y medio de salir al patio un cuarto de hora cada tres días. Me consolaba pensar que a Armando ya sólo le quedaban cinco días, al menos él iba a poder disfrutar en breve de la hora diaria de patio.

Cumplir los días de sanción no significaba pasar a vida normal, sino que pasabas a lo que entonces se denominaba “vida mixta”, es decir, salías del tubo a otra galería y tenías derecho a una hora diaria de patio. Salir del tubo era importante, significaba poder dormir todas las noches sin escuchar las torturas.

Un día, cuando regresaba de mis quince minutos escasos de patio, descubrí que en mi celda había otro preso. ¿Significaba aquello que iba a tener compañía?.

—¡Hola! —Le dije—. ¿Cómo te han triado aquí?.

—Están fumigando la tercera galería y nos han repartido a todos por otras celdas —me dijo.

—¿Cuánto tiempo llevas en el celular? —Le pregunté.

—Voy a hacer un año y medio —me contestó sonriente.

—Yo llevo treinta días. Treinta noches de no poder dormir a causa de la tortura psicológica que me supone oír como machacan a los de las celdas contiguas.

—¿Te pegan mucho? —Me preguntó.

—No, sólo me dieron un gran palizón el día que llegué y otro día que me pillaron en la cama —le dije—. Pero estoy harto de oír cómo torturan a los demás.

—A mí, hace ya un año y tres meses que no me tocan —dijo—. Pero ¿Sabes? Tengo ganas de marcha ¿Qué te parece si la liamos y nos dan un currito para entrar en calor?.

—Mejor que lo hagas cuando te devuelvan a tu celda, si te he de ser sincero —le dije— no soy masoquista.

Cuando empezaba a oscurecer se llevaron a mi acompañante a su galería.

Comprobé que efectivamente tenía ganas de marcha, pues nada más salir se tiró de cabeza contra un mono. Con la puerta de mi celda semiabierta, pude asistir a una gran paliza en directo de algo más de diez minutos y pude comprobar como finalizada la tortura lo llevaban arrastrando a su galería. Eso sí, no omitió ni un sólo grito, excepto para insultarlos cada vez que le daban un palo.

Volví a estar solo con mis pensamientos, con los nervios destrozados de haber visto en directo aquella sesión de tortura. Respiré profundamente para tranquilizarme y paseé durante una media hora dando infinitas vueltas a los cuatro metros caminables de mi celda.

Llevaba treinta días sin recibir carta de nadie. Si mi madre me había asegurado que me habían escrito, era porque efectivamente lo habían hecho, el correo no podía tardar tanto, aquello era una parte más de la tortura psicológica a que me estaban sometiendo.

30

Por fin habían transcurrido los sesenta y cuatro días interminables

de celdas de castigo.

—Recoja sus cosas y acompáñeme —me dijo un boqueras—

Salimos del tubo, a mano izquierda atravesamos la mitad de la galería más ancha e iluminada, subimos por unas escaleras situadas a mano derecha, en el primer piso, giramos hacia la izquierda y hacia mitad de galería abrió la puerta de una celda.

—Ésta es su nueva celda —me dijo.

Era una celda más grande que la del tubo, tenía unos seis metros de larga por cuatro metros de ancha, tan alta como la otra. Había una litera de dos camas adosada a la pared del fondo y de la derecha, un wc con biombo, un lavabo y una mesa adosada a la pared. Además no estaba solo, estaba Armando. Llevaba allí bastantes días, desde que había salido del tubo.

Supe por él que desde su salida del tubo, en vez de tener una hora de patio al día, tenía solamente media y que lo sacaban solo.

También me informó que cada día sacaban a tres o cuatro presos para barrer y fregar la galería, pero a él no lo habían sacado aún.

Aquella primera noche del cambio de celda dormí tranquilo, sin que un solo ruido perturbara mis sueños, ya no oía los habituales gritos de las torturas nocturnas.

A la mañana siguiente, descubrí encaramado a la ventana que desde allí se veía la carretera de Toledo y algunos trigales amarillos. Me sentía más cerca de la vida, había quedado un poco atrás la sensación de estar enterrado en vida.

Por la tarde, unas dos horas después de la comida nos sacaron juntos al patio y después de la media hora correspondiente nos hicieron barrer las hojas secas del suelo, cosa que hicimos gustosos para tener más tiempo de contacto directo con aquella naturaleza muerta.

El desayuno, la comida y la cena eran exactamente igual de asquerosos que en el tubo.

Aquella noche nos informaron que la semana siguiente nos llevaban de nuevo al penal de Segovia; lo celebramos dando un bote de alegría.

Al día siguiente nos abrieron la celda y nos dijeron que nos tocaba barrer y fregar toda la galería y que la teníamos que dejar reluciente.

Sabiendo que a la semana siguiente nos sacaban de allí y acogiéndonos a un estatuto de preso político inexistente, nos negamos por considerar que eran trabajos forzados y además porque si a Armando no lo habían sacado nunca durante todo el tiempo que llevaba allí, no nos iban a putear ahora.

—Así que presos políticos ¡eh! —Dijo el boqueras— Cerrando la puerta de nuestra celda.

Aproximadamente diez minutos después se abrió de nuevo la puerta de la celda.

—Acompáñenme —nos dijo el boqueras de antes.

Le seguimos por el pasillo hacia la derecha, bajamos las escaleras, giramos a la izquierda y nos indicó que entráramos en la gran habitación donde nos dieran los telegramas el día que llegamos.

Había ocho boqueras armados con porras y uno de ellos llevaba un bate de baseball.

—¡Conque presos políticos! —Dijo el del bate— ¿Vais a fregar o no?.

Ante la disyuntiva, hicimos un gesto afirmativo con la cabeza y el boqueras de antes nos acompañó a nuestra galería para darnos dos escobas y dos cubos con fregona.

—Tómense el tiempo que quieran pero que reluzca el suelo —nos dijo el boqueras.

Era difícil que consiguiéramos hacer relucir aquél suelo tan antiguo. Estuvimos tranquilamente, barriendo y fregando durante al menos dos horas; hasta que llegó la cena y el boqueras nos indicó que entráramos en nuestra celda.

Aquella noche no nos comimos el pan y con la miga hicimos un dado y ocho fichas y dibujamos en un papel un tablero de parchís, pretendíamos pasar ociosos los pocos días que nos quedaban ya para volver a Segovia.

Cuando faltaban unos tres días para el traslado, hartos de haber estado tantos días solos y hartos también de vernos las caras día a día durante tantas horas, decidimos descargar adrenalina peleándonos; nos abrazamos, nos tiramos al suelo mientras nos golpeábamos con rabia y cuando conseguimos descargar toda la adrenalina, comenzamos una partida de parchís que no nos dio tiempo a terminar porque a las diez de la noche apagaban la luz.

Llevábamos algo más de dos meses sin recibir una sola carta de nadie. Por fin estaba cerca Segovia y podría volver a mis noches de largas cartas y a recibir correo diariamente, volvería a retomar mi contacto con la calle, con el mundo real.

31

—Recojan todas sus cosas —nos dijo un funcionario poco después de la comida — Salen en conducción hacia Segovia.

Por fin se había acabado el aislamiento, por fin íbamos a poder salir al patio con el resto de nuestros compañeros, jugar a fútbol sala, hacer partidas de parchís, dominó y ajedrez. Comer en nuestra comuna lo que nos apeteciera hacernos y cuando nos apeteciera.

Cuando salía del celular, me entregaron un paquete atado con una goma de pollo con unas cuarenta cartas, todas las que no me habían dado durante los dos meses y medio de tortura psicológica intensiva.

Todo lo que había maldecido mentalmente a mi gente por dejar de escribirme en un momento tan duro, tuve que repararlo también mentalmente y convencerme un poco más que toda aquella gente no me iba a olvidar mientras

estuviera preso.

Cuatro guardias civiles nos esperaban. Nos esposaron con las manos delante y nos acompañaron hasta la entrada del furgón celular.

La calle que veíamos a través de las ventanas enrejadas, nos parecía maravillosa, era como despertar de un largo período de letargo, dábamos gracias a la vida por habernos permitido aguantar vivos y firmes borrando de nuestros pensamientos cualquier intento de suicidio.

Una hora y poco más tarde, el furgón se detuvo en la prisión provincial de Carabanchel. Cuando las conducciones eran normales como aquella y no se trataba de un secuestro, Carabanchel era la prisión obligada para todos. Podíamos haber ido directamente hasta Segovia, pero la normativa era aquella y no había más remedio que aceptarla.

Nos metieron en la galería de tránsito, era la sexta galería y en vez de dejarnos encerrados en la celda, nos dejaron pasear hasta las diez de la noche.

Se trataba de una galería de unos doscientos metros de larga por unos veinte de ancha.

Al principio nos mareaba mirar al fondo de la galería y teníamos que caminar despacio y mirando al suelo para no desmayarnos, recorrimos toda la galería hasta el fondo y volvimos a nuestra celda. Aquél maravilloso paseo nos había dejado exhaustos acostumbrados como estábamos a caminar sólo los cuatro metros de la celda del tubo y durante unos pocos días los seis metros de la otra.

Si no nos dejaban encerrados en la celda y nos permitían pasear junto a otros presos, significaba que nos habían levantado la “vida mixta”, setenta y cinco días en esas circunstancias, habían sido demasiados días.

Cenamos bastante mejor que en Ocaña. Una sopa que no estaba del todo mala, una tortilla francesa con merluza frita y una manzana.

Al día siguiente por la mañana temprano, partíamos hacia Segovia.

32

Nos despertaron hacia las siete de la mañana con el sonido metálico de la puerta de la celda.

—Conducción, recojan todas sus cosas —dijo un boqueras.

De camino hacia el exterior de la prisión, cuando pasamos por el centro, nos dieron un bocadillo y dos manzanas.

En la puerta nos esperaba otro retén de la guardia civil, nos esposaron las manos delante del cuerpo y nos condujeron hacia el furgón que nos iba a devolver a nuestro destino tan esperado.

Tras algo más de una hora de camino, el furgón se introdujo en el patio exterior del penal de Segovia.

—¡Por fin en casa! —Dije por decir algo.

En vez de llevarnos directamente a la primera galería que era de

donde habíamos salido y donde estaban todos nuestros compañeros, nos llevaron a la tercera.

A Armando lo pusieron en una celda de la planta y a mí en una del primer piso.

—¿Hacemos el periodo aquí? —Le pregunté a un funcionario que debía ser nuevo.

—No, están en vida mixta de momento, por orden de Don Herminio — me dijo—

Nuestros pensamientos de fin del aislamiento se habían evaporado; si se trataba de una decisión de Don Herminio “El Nazi”, aquella situación podía alargarse mucho, hasta que a él le diera la gana.

Me acomodé de la mejor forma que pude. Las celdas de Segovia medían cuatro metros cuadrados, eran individuales, la cama no estaba adosada a la pared, con lo cual podías ir cambiando la situación de las cosas para romper la monotonía. Había una taquilla de madera donde podíamos guardar nuestro equipaje, una mesa adosada a la pared, un lavabo y un wc rodeados de azulejo blanco, rompiendo el contraste triste del gris de las paredes. Había calefacción y como pude comprobar, ya estaba en funcionamiento.

Una media hora después de estar allí, en aquella celda de la tercera galería, me abrió la puerta un preso y me preguntó si quería alguna cosa del economato. No tenía dinero, se lo habían quedado todo en Ocaña y hasta que no llegara el correo del dinero no iba a poder comprar nada.

—No tengo un duro —le dije.

—¿Quieres que les diga algo a tus colegas de la primera? — Preguntó.

—Sí, gracias.

Una media hora más tarde, me traía tabaco, leche, un pastel de chocolate (chocolate de comer), un mechero, una china de hachís, papel de fumar y cinco mil pesetas.

Los colegas se enrollaban de verdad.

Por fin, aunque siguiera en celdas de aislamiento iba a poder descansar tranquilamente, sobre la cama había un par de sábanas con una almohada, un par de mantas de lana y una colcha de cuadros verdes y negros.

Una hora después se abrió la puerta de mi celda.

—¡Comida! —Dijo un funcionario.

Sopa caliente, un filete de pescado con ensalada y dos manzanas.

Nunca llegué a entender porqué en Barcelona que era una ciudad con mar no nos daban nunca pescado y el Segovia que no tiene mar, no nos daban nunca carne; tal vez aquello también formaba parte del tratamiento “rehabilitador”.

Por la tarde vino otro funcionario.

—Don Herminio quiere verle —me dijo.

Lo seguí a través del primer piso, bajamos las escaleras de hierro hasta la planta, atravesamos toda la galería, abrió la puerta que conducía al centro de la prisión y, a mano derecha, llegamos a la oficina del jefe de servicios, allí, sentado tras una mesa se hallaba “el nazi”.

—Si me pide perdón le levanto la vida mixta y pasa a la galería con sus compañeros —dijo.

—No tengo que pedirle perdón por nada porque no he hecho nada malo —le contesté.

—Bien, como usted quiera, píenselo bien, pero hasta que no me pidan todos perdón no van a salir del aislamiento.

—¡Cómo, no van a salir! ¿Quién más está en aislamiento? —Le pregunté.

—Armando, Pedro, Antolín y usted —me dijo.

En cuanto llegué a mi celda y se cerró la puerta, me encaramé a la ventana enrejada y llamé a mis compañeros uno por uno, todos estaban en el mismo lado de la galería. Nuestras ventanas daban a un patio de unos veinticinco metros de largo por unos cuatro de ancho; en él estaba la puerta de acceso al locutorio de comunicaciones y de abogados, tal vez podríamos comunicarnos con el resto de compañeros una vez que salieran a comunicar.

—Pedro, ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Le pregunté.

—Me llevaron a Burgos el día siguiente que a vosotros y llevo aquí una semana —me dijo con su acento andaluz.

—¿Os curraron mucho en Burgos? —Le pregunté.

—Que va colega, ni nos tocaron.

—Pues a nosotros, en Ocaña, nos molieron a palos —le dije—. — Oye, tú que sabes escribir, podrías hacer un comunicado para los colegas de la CNT de Cuellar, son gente joven y se enrollan de puta madre —dijo.

—Deja que me sitúe en el nuevo ambiente y en unos días lo hago —le respondí

—
Me resultaba duro saber que todavía iba a pasar una temporada más en celdas de aislamiento, de todos modos, la situación aquí no tenía nada que ver con la de Ocaña, podía hablar con mis compañeros a través de la ventana enrejada sin miedo a tener ninguna sanción. Aquí, los recuentos se podían pasar en la cama o sentado en la silla, el régimen interno era mucho menos duro y tal vez se diera la posibilidad que nos dejasen salir a los cuatro juntos al patio. Podía escribir y enviar cada día las cartas que me diera la gana y sabía que la correspondencia que me llegara de la calle, la iba a recibir diariamente.

Estaba sumido en mis pensamientos cuando se abrió la puerta de mi celda.

—Patio —me dijo el boqueras.

Me sacaron al patio que quedaba debajo de la ventana de mi celda, era después de la comida, justo cuando el resto de los presos estaban encerrados para la siesta; seguían con la costumbre de Ocaña y me sacaron solo. Intenté hablar con mis compañeros pero al parecer a ellos también los habían sacado al patio, cada uno a un patio diferente.

Estaba claro, las condiciones de aislamiento eran mejores en Segovia, pero seguía siendo total, sólo podíamos ver al boqueras y al preso de economato.

Tuve una hora entera de patio, la cual me sirvió para caminar, hacer ejercicio y respirar aire puro, pero fue terriblemente aburrida. Acostumbrado como estaba a Ocaña, la hora de patio de Segovia se me hacía eterna. Justo al final del patio había una ventana que daba a la oficina del Jefe de Servicios. Me asomé para ver si estaba “el nazi” pero allí no había nadie.

Deseé que se acabara pronto la hora de patio, me venía de gusto leer

las cuarenta cartas que me habían entregado al salir de Ocaña, me estaban entrando unas ganas profundas de empezar a escribir a mi gente y contarles todo lo mal que lo había pasado en Ocaña, explicarles con pelos y señales cómo era el tubo y las sensaciones que habían recorrido mi mente durante todas y cada una de las noches oyendo los gritos aterradores producidos por las torturas.

Hice mil planes en mi mente para volver algún día a Ocaña y matar a todos los boqueras que había conocido en el tubo, pensé que mejor que matarlos, los torturaría lentamente y cuando estuvieran destrozados, los dejaría morir de hambre mientras escuchaba sus súplicas, las súplicas de quienes sólo tienen valor cuando ostentan el poder y cuando son más de cinco, porque creo que ni de cuatro en cuatro tienen el suficiente valor para torturar a nadie.

Sentía odio, ya no sentía la rabia de la impotencia, ya sólo sentía odio hacia todo el sistema y principalmente hacia “el nazi” que aún a pesar de no haberme tocado un pelo, había sido el causante de todos mis sufrimientos.

De pronto, se había acabado la hora de patio, el boqueras aparecía por la pequeña puerta y me invitaba a subir de nuevo a mi celda.

Pasé toda la tarde escribiendo, las muñecas me hacían daño de tantas palabras como había escrito.

Cuando me trajeron la cena —garbanzos con tocino, albóndigas y una naranja— entregué cinco gordas cartas al boqueras y después de cenar, continué escribiendo. Aquella noche la pasé en vela, no por no poder dormir sino porque estuve escribiendo todos los minutos de aquella noche oscura segoviana.

Una vez cansado de contar mis penas, de contar cómo me habían torturado hasta la saciedad el primer día y el día que me pillaron en la cama, después de haber contado todo lo que sentía hacia la institución y hacia el sistema, me relajé pensando que de alguna manera, haciendo llegar aquellas informaciones a la calle, había empezado a ponerse en marcha el mecanismo de mi venganza. Dejé de escribir cartas y empecé a componer poemas de amor para nadie.

Por la mañana, cuando me trajeron el desayuno —un vaso de leche y cuatro galletas—, le entregué seis gordas cartas al boqueras.

—Escribe usted mucho —me dijo.

—Lo siento, pero después de dos meses y medio habiendo podido enviar solamente cinco cartas cortas, necesitaba expresarme con los míos.

Ese día, después del desayuno y ya desahogado de llenar papeles y papeles llenos de rabia, horror y odio, me sentí con las fuerzas necesarias para empezar a elaborar el comunicado que tanto esperaban nuestros compañeros de la CNT de Cuéllar.

Por aquellas cosas de la vida que uno no entiende más que cuando las ha hecho y ya todo es irremediable, se me ocurrió enviarle el comunicado a Pedro en un gran libro, a través del funcionario. El funcionario debió preguntarse para qué quería Pedro aquel libro tan grande si no acostumbraba a leer nunca; de modo que corrió con su dedo todas las páginas y descubrió el comunicado.

Media hora más tarde, se abrió la puerta de mi celda y “el nazi” penetraba en el interior.

—¿Quiere volver a Ocaña? —Me dijo irónico.

No podía contestarle, evidentemente no quería volver a Ocaña, de

modo que bajé la cabeza a modo de sumisión.

—Lo va a pasar bastante mal, se lo aseguro —me dijo cerrando tras de sí la puerta de hierro.

Me senté en mi mesa y volví a escribir todo el comunicado, constaba de seis páginas escritas a mano por las dos caras, en las que hablaba de Ocaña y de cómo nos estaba puteando “el nazi”. Se lo entregaría a Pedro cuando me sacasen al patio, se lo tiraría hoja a hoja en forma de avión dentro de su celda.

Aquél mismo día, cuando llegó mi hora de patio, bajé con un libro, en el interior del cual llevaba las seis hojas del comunicado. Se debieron oler mis intenciones y me sacaron a otro patio.

No se dieron cuenta sin embargo, que en la galería que daba a ese patio, en la planta baja, había un compañero anarquista de Valladolid que estaba aislado porque había contraído una hepatitis.

—¿Qué haces ahí, colega? —Le pregunté.

—Ya ves, estos cabrones, en vez de llevarme a la enfermería me han aislado porque he cogido una hepatitis. Y tú ¿Cómo lo llevas? —Me preguntó.

Le conté todo lo que había pasado en Ocaña. Pasé mi primer día distraído hablando con alguien.

—Esperaba encontrar aquí a Pedro —me dijo— cada día lo sacan a esta hora a este patio.

Le pasé el comunicado para que se lo pasara a Pedro si volvían a cambiarnos de patio.

Efectivamente, el día siguiente, Pedro me dijo a través de su ventana que ya tenía las copias y que estaban de puta madre.

—Ahora sólo me queda colgarme de la ventana y esperar que pase algún colega a locutorio de comunicaciones —me dijo.

33

Los días iban pasando interminables. Cada quince días esperábamos a que se reuniera la Junta de Régimen para ver si teníamos suerte y nos sacaban de celdas de aislamiento.

Cuando llevábamos un mes y medio en esa situación, que ya eran cuatro contando los de Armando y míos de Ocaña y los de Burgos de Pedro y Antolín, nos llamamos a través de la ventana y decidimos que nos íbamos a declarar en huelga de hambre si en un mes no nos sacaban de celdas de aislamiento.

Se me ocurrió la posibilidad de hacerme pasar por loco, tenía que aprovechar el temblor habitual de mis manos y sabía por el reglamento penitenciario que si en la prisión no había ningún medico psiquiatra, podía pedirlo del hospital de la calle y estaban obligados a que me visitara.

Tres días más tarde, un funcionario abrió mi puerta y me dijo:

—Mañana a las ocho en punto esté listo que vendrá a visitarlo el psiquiatra del Hospital Provincial de Segovia.

Me dio mucha alegría saber que habían accedido a mi petición y saber que en breve saldría de aquél infierno y volvería a estar con mis compañeros de siempre.

Media hora después, abrió mi celda el preso encargado del economato.

—¿Quieres algo? —Me dijo.

—Sí, tres litros de café y seis paquetes de Habanos.

—Te vas a intoxicar con todo eso.

—Tranquilo, es que mañana me visita el psiquiatra.

Pasé toda la noche en vela consumiendo aquellos tres litros de café sin azúcar y consumiendo uno a uno los ciento veinte cigarrillos. No tuve que levantarme a las ocho en punto porque no me había acostado en toda la noche. Me miré al espejo y descubrí que mis ojos se salían de sus órbitas, tenía cara de esquizofrénico. Mis manos temblaban de tal manera que ni siquiera podía aguantar el porro que me estaba fumando de buena mañana para causar mejor sensación de desequilibrio psíquico.

Se abrió la puerta de mi celda.

—El psiquiatra está en la oficina del Jefe de Servicios —me dijo el funcionario— que tenga suerte.

Nada más entrar en la oficina, el psiquiatra, sentado tras la mesa, me ofreció un cigarrillo Ducados. Cuando fui a cogerlo, me temblaban tanto las manos que le tiré el paquete sobre la mesa y ni aún así conseguí hacerme con el pitillo. Me ayudó él, me lo puso en la boca, encendió su mechero de plata y tras darle una leve calada, cayó al suelo.

—Está usted muy mal —me dijo.

—Sí, ya lo sé, por eso he pedido que me reconozca usted —le contesté—.

—Bueno, creo que tienes un problema de desequilibrio psíquico bastante agudizado. Te vas a tomar dos torinales después de desayunar, dos después de comer y dos después de cenar.

—No, doctor —le dije— no soy un drogadicto, no quiero pastillas, lo que me pasa es que llevo cuatro meses en celdas de aislamiento, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, me estoy volviendo loco, padezco de insomnio —le mentí—. Llevo dos semanas hablando con las paredes —volví a mentirle— y mis manos hace ya tiempo que no pueden soportar ningún peso, por leve que sea.

—Lo entiendo —me dijo—, pero yo no puedo hacer nada, nada tengo que ver con la prisión.

—Sí, si que puede hacer y mucho. Lo que tiene que hacer es escribir un parte médico diagnosticando desequilibrio psíquico y aconsejando mi pase a vida normal y, si usted quiere, para que parezca más facultativo, me receta las

pastillas que yo ya me encargaré de suministrárselas directamente al wc.

—De acuerdo —me dijo— pero no le aseguro que salga bien su plan.

—Usted haga su trabajo doctor que yo me encargaré de mi parte.

Volví a mi celda convencido que la semana siguiente, cuando se hiciera la Junta de Régimen iba a terminar mi aislamiento.

Me colgué a las rejas de la ventana esperando que alguien pasara por el patio para comunicar.

—¡Eh, Oscar! —Le dije a un compañero de Valladolid cuando atravesaba el patio para entrar en el locutorio de comunicaciones.

Le conté lo del médico psiquiatra.

—Tranquilo —me dijo— yo me encargo de que la próxima semana estés en nuestra galería.

Llegó el día señalado, esa mañana hacían la Junta de Régimen. Empecé a meter en las bolsas todas mis pertenencias. Me vestí todo lo guapo que pude para entrar triunfal en la galería donde se hallaban todos los presos anarquistas, mis queridos compañeros de siempre, con los que había empezado a soñar diariamente desde mi partida para Ocaña.

Las horas iban pasando y nadie me sacaba de aquella celda de aislamiento, llegó la comida y le pregunté al funcionario.

—¿Sabe los resultados de la Junta?

—No sales —me dijo con cara de pena— lo siento mucho.

Volví a colocar todas mis pertenencias en la taquilla y sin saber porqué, empecé a llorar, me encontraba muy débil, casi hundido en mi propia miseria, desesperado. Necesité evocar los horribles días de Ocaña para volver a sentir rabia y odio, para reponerme y aguantar un poco más.

Cuando mis otros compañeros de aislamiento se enteraron que no había salido aún a pesar del parte psiquiátrico, me animaron desde sus respectivas ventanas, entendiendo que si yo no había salido de ese modo, íbamos a estar aún demasiado tiempo en aislamiento.

Fueron pasando eternos todos los días con sus minutos y segundos, creo que podíamos hasta contar las décimas o cualquier espacio de tiempo por pequeño que fuera.

La desesperación iba haciendo mella en nuestras conciencias, pero aún nos quedaba una baza. Una huelga de hambre hasta la muerte si era preciso.

Decidimos que si en la siguiente junta de régimen no nos quitaban el aislamiento, nos declararíamos en huelga de hambre. De momento nadie debía saber nuestros planes. Iniciaríamos la huelga justo el día de la Junta de Régimen.

Llegó el día señalado. Pasó la mañana en que se celebraba la reunión de los sicarios del sistema.

Poco antes de comer, se abrió la puerta de mi celda.

—Coja todas sus cosas, ha ganado la batalla —me dijo un funcionario bastante simpático y que pertenecía, creo, a la Asociación de Funcionarios Demócratas.

Fuera de la celda grité para animar a mis otros tres compañeros, pensaba que también ellos habían ganado la batalla sin haberla empezado aún.

Una vez en la galería, me abrazaron todos mis compañeros y como ya sabían que iba a salir me habían preparado mi comida especial —macarrones con

foie—gras.

Oscar, el compañero de Valladolid, me explicó cómo había conseguido que saliera. Fueron dos compañeros a visitar al médico de la prisión y con todos los datos posibles, le hablaron de su dirección, de la matrícula de su coche y del de su esposa, de los nombres de sus dos hijos y del colegio en el que estudiaban, la torre que tenía en la sierra segoviana. No lo amenazaron, simplemente le dijeron:

—Esperamos que por el bien de los tuyos, salga en la próxima junta.

34

Ya estaba de nuevo entre mis compañeros, pero de veintitrés presos anarquistas que estábamos presos en Segovia, tres estaban en celdas de aislamiento e iban a comenzar una huelga de hambre. Así lo hice saber al resto de los compañeros.

Convocamos a todos en la sala de televisión para tomar la decisión de iniciar la huelga de hambre en solidaridad con los tres aislados o esperar a la noche para ver si finalmente los traían a la galería.

Estábamos a media discusión cuando se personó un funcionario y me dijo.

—Acompáñeme, Don Herminio quiere hablar con usted.

Lo acompañé atravesando el patio, un trozo de la planta de la primera galería y finalmente la puerta que conducía al centro.

“El nazi” estaba sentado en la garita del centro; pedí permiso antes de entrar y al obtener el permiso, me situé delante de él.

—Ha tenido mucha suerte —me dijo.

—Las cosas se consiguen luchando —le respondí.

—No cante victoria aún. Ha salido con un parte psiquiátrico, pero en cuanto se recupere, volverá a celdas de aislamiento, a no ser que cambie de idea y me pida perdón delante de todos sus compañeros.

—Ya lo sabe —le dije— no tengo ninguna intención de pedirle perdón ni delante de mis compañeros ni ahora que estamos los dos solos. Si usted me tiene manía es su problema. Sobre el parte médico, no se preocupe, ya miraré yo porque mi locura dure al menos hasta que consiga la libertad.

—Le piden ochenta años, se va a hacer viejo en prisión, ya sabe que al menos tendrá que cumplir treinta años, si tiene la desgracia de que su destino sea Segovia, lo va a pasar muy mal, al menos mientras yo sea funcionario.

—No tendrá esa suerte —le dije—, no he cometido el delito por el que me acusan y eso se demostrará en el juicio.

—¿Qué hay de mis compañeros? —Le pregunté.

—Ellos no tienen su misma suerte, no pueden conseguir un parte psiquiátrico, al menos por el momento. Ellos van a seguir en aislamiento.

—Es usted un cerdo —le dije— y... recuerde aquél dicho “a todo cerdo

le llega su San Valentín”.

—¿Me está amenazando?

—¡Tómese lo como le apetezca! —Le respondí.

—¿Quiere ver cómo vuelve otra vez a celdas de aislamiento? —Me amenazó.

—No puede y usted lo sabe, hay un parte facultativo. Podría suicidarme y usted se jugaría la carrera.

—¡Váyase a su galería! —Me gritó enrojecido.

Una vez en mi galería me dirigí hacia la sala de televisión atravesando el patio.

—¿Qué te ha dicho? —Me preguntaron.

—Que ninguno de los tres sale de celdas de aislamiento y que cuando yo esté curado, volveré para hacerles compañía.

—Bien compañeros —dijo Perico, un anarco de Sevilla— no queda otra alternativa, tenemos que solidarizarnos con los tres compañeros e iniciar ahora mismo la huelga de hambre.

—Bien —dijo Andrés, un compañero de Madrid—, hagamos la huelga de hambre pero tenemos que tener claro que vamos a ganar, eso quiere decir que no vale retirarse, si tenemos que morir, moriremos. Quien esté dispuesto a ello que inicie la huelga y quien no, que lo diga que no le va a pasar nada.

—Bueno, no seas tan trágico que no va a morir nadie —dijo otro compañero— Lo primero que tenemos que hacer es una lista de reivindicaciones, ya que nos jugamos nuestra salud y quizás alguno la vida, vale la pena que pidamos algunas mejoras en el régimen interno.

—Venga, vamos a escribir la tabla de peticiones —dije.

Nos eligieron a cuatro y nos retiramos a una celda a deliberar. Una media hora después volvíamos a la sala de televisión con la propuesta confeccionada para que la asamblea decidiese si estaba todo correcto o si había que exigir algo más.

Entre otras cosas, exigíamos: La salida de los tres compañeros de celdas de aislamiento. Que trajeran a un compañero de Madrid que estaba siendo torturado diariamente en el penal de Herrera de la Mancha desde hacía ya seis meses. Que nos dieran platos y vasos de vidrio para comer en condiciones dignas. Que las comunicaciones para las familias que venían de más lejos de Madrid, fuesen de una hora en vez de los veinte minutos establecidos. Que las comunicaciones de “bis a bis”, fueran de dos horas en vez de la hora actual, que pusieran una cama —en el locutorio de bis a bis— en condiciones dignas y por último que trasladaran de prisión a “el nazi”.

Como estaba totalmente prohibido por el reglamento enviar una instancia conjunta con todas las peticiones —estaba considerado como amotinamiento—, cada cual redactó su propia instancia comunicando los puntos de la tabla de reivindicaciones. Una vez acabadas todas las instancias, nos dirigimos a la garita del funcionario jefe de la galería y se las entregamos todas.

La comida que teníamos en la comuna, la repartimos entre los cinco presos comunes y tres de nuestros compañeros que no iban a secundar la huelga. Íbamos a ser veinte anarquistas del penal de Segovia declarados en huelga de hambre.

35

Decidimos que solamente íbamos a beber agua, sin azúcar. Para que la huelga tuviera éxito íbamos a tener que salir unos cuantos al hospital y la mejor forma de conseguirlo era bebiendo agua sola.

Por experiencia de otras huelgas de hambre, sabíamos que los peores eran los tres primeros días, después, el cuerpo se acostumbraba, el estómago se iba cerrando y ya no resultaba tan difícil aguantar.

El primer día perdí un kilo y medio. Más o menos todos habíamos perdido lo mismo. El hecho de haber comunicado a la dirección del centro nuestra decisión de iniciar una huelga de hambre, era simplemente para tener un control médico diario.

Cada día por la tarde, venía el médico y, uno a uno pasábamos por el botiquín, una celda situada en la segunda galería.

Los tres primeros días eran interesantes, a alguien que no hubiese hecho una huelga de hambre anteriormente podía parecerle que en breve se iba a quedar sin peso y pronto podría estar en el hospital, la pérdida de peso solía ser de kilo y medio diario, siempre dependiendo de la constitución de cada cual.

Yo, por aquél entonces, estaba bastante delgado, no sé si alguna vez llegué a los sesenta kilos. El tiempo de celdas de aislamiento había hecho mella y me encontraba, en esos momentos, más delgado y demacrado que nunca. Como en Ocaña no nos dejaban afeitarnos, me había dejado crecer la barba y el pelo; mis compañeros me llamaban Jesucristo.

El segundo día de huelga perdí un kilo y el tercero otro kilo. A partir de ese tercer día, dependía de la cantidad de agua ingerida, unos días ganaba gramos y otros los perdía.

Recuerdo como Perico —el compañero de Sevilla— nos decía que tenía diarreas al tercer día de huelga. Era imposible si no estaba comiendo. Nadie iba de vientre ya y todos orinábamos sin color.

Al cuarto día, Perico todavía se quejaba de sus diarreas. Fuimos a su celda y dentro del colchón encontramos un paquete de kilo de cacahuets que al parecer iba consumiendo noche tras noche, cuando nadie lo veía.

—Perico, si no puedes aguantar sin comer deja la huelga —le dijimos.
—¿Qué quereis decir, que tengo menos valor que vosotros? —Dijo airado.
—No, simplemente que hemos encontrado los cacahuetes —le dijimos.

Finalmente lo convencimos para que abandonara la huelga. Todos éramos conscientes de lo duro que resultaba no comer nada cuando cada día nos traían el pan y la comida y lo dejaban en la entrada de la galería para que lo viéramos cada vez que salíamos al patio.

Aún a pesar de estar en huelga de hambre, sentíamos la necesidad de jugar a fútbol sala cada tarde; eso sí, los partidos eran más cortos y corríamos menos.

A la hora del desayuno nos juntábamos en la sala de televisión y cada día uno diferente, explicaba a los demás qué tipo de desayuno mental íbamos a tomar. Pasada media hora, como si ya hubiésemos desayunado nos íbamos al patio a tomar el sol.

A la hora de la comida, uno explicaba el primer plato, la forma de cocinarlo, el sabor que tenía; otro explicaba el segundo y otro los postres. Se trataba de un ejercicio mental que puede parecer masoquista pero que realmente no lo era. Había que ocupar el tiempo de una u otra manera y, el tiempo de las comidas era el único que nos quedaba muerto.

A la hora de la cena repetíamos la misma operación, así cada día, algunos, a partir de esa experiencia aprendieron a cocinar, a mí sin embargo no me llamó nunca la atención el arte culinario.

Los días eran bastante monótonos, por las mañanas nos recontaban en la cama, sobre las siete de la mañana. Sobre las nueve teníamos que bajar a la planta, ponernos en fila y dejar que nos contaran de nuevo; después, llegaba la hora del desayuno y hacíamos nuestros ejercicios mentales de narrar comida bebiendo sólo agua. Luego nos íbamos al patio a tomar el sol o a la sala de televisión a jugar al parchís, al dominó o al ajedrez. Este espacio de tiempo, lo amenizábamos fumando porros.

Sobre la una del medio día teníamos que volver a la planta y ponernos en fila para que nos recontasen, después llegaba la hora de la comida; la entraban a la galería y aspirábamos el olor agradable de aquellos menús que nunca nos habían gustado.

Nos reuníamos de nuevo en la sala de televisión y por turnos, cada día tres diferentes, explicábamos cómo íbamos a hacer la comida mientras devorábamos nuestro litro y medio de agua por cabeza.

Sobre las dos de la tarde, nos encerraban a todos en nuestras celdas para pasar las tres horas de siesta; era el primer espacio muerto del día.

Sentía una presión fuerte en el estómago, como si fueran nervios; me estiraba sobre la cama y hacía los ejercicios de relajación que había aprendido después de leer “El prisionero de las estrellas” de Jack London; siempre me relajaba, aunque nunca consiguiera separar la mente del cuerpo como hacía el preso del libro dentro de su camisa de fuerza.

Sobre las cinco de la tarde, se abrían nuestras celdas, se había acabado el período de siesta. Bajábamos todos a la planta y nos recontaban de

nuevo.

Subíamos a nuestras celdas de nuevo a prepararnos para el partido diario de fútbol sala y después bajábamos al patio para empezar los calentamientos antes de iniciar el juego.

El patio era cuadrangular y hacía las medidas exactas de un campo de fútbol sala.

El campo de fútbol era todo el patio, las porterías estaban pintadas sobre la pared y eso hacía que muchas veces nos enfadáramos discutiendo si había sido gol o no.

Sobre las seis de la tarde, nos hacían volver a la planta de la galería para recontarnos y, dependiendo de los días, según les diera a los funcionarios, entre las seis y las ocho de la tarde, había otro recuento imprevisto, porque nunca se sabía exactamente a qué hora iban a hacerlo.

Sobre las seis treinta abrían la ventanilla del economato y podíamos comprar tabaco o lo que quisiéramos, pero como estábamos en huelga de hambre sólo comprábamos cigarrillos y agua.

A las ocho volvíamos a la planta para que nos recontaran y, seguidamente, llegaba la hora de la cena. Entraban el menú en la galería, lo olíamos y nos íbamos a la sala de televisión a escuchar cómo otros nos explicaban lo que harían para cenar, nos bebíamos nuestro litro y medio de agua y acabábamos el tiempo de la cena.

A las nueve de la noche, volvíamos a la planta para que nos recontaran de nuevo y después, hasta las diez, volvíamos a la sala de televisión a jugar o a ver la caja tonta.

Recuerdo que por aquellas fechas hacían una serie de Harol Yoid y entre las payasadas que hacía el cómico y los porros que nos habíamos fumado durante el día, nos pasábamos todo el tiempo del film riendo a carcajadas.

A las diez de la noche, volvíamos a la planta, nos recontaban y nos encerraban en nuestras respectivas celdas hasta el día siguiente.

Cuando llegué al penal de Segovia, hacía ya diez meses, nos recontaban cuatro veces al día, pero desde el mes de junio, cuando encontraron el túnel, nos recontaban ocho veces cada día.

Los días iban pasando y los compañeros seguían en celdas de aislamiento. El director del penal, influenciado seguramente por “el nazi” no accedía a ninguna de nuestras peticiones.

Los tres compañeros que estaban aislados en la tercera galería estaban llenos de moral, al día siguiente de iniciar su huelga, les pasamos a través del preso del economato, la información de que en la primera galería nos habíamos declarado diecisiete compañeros en huelga de hambre en solidaridad con ellos y les hicimos llegar la tabla con el resto de reivindicaciones, a la que se adhirieron inmediatamente.

Estuvimos veintitrés días en huelga de hambre y conseguimos casi todo lo que pedíamos. A los veintidós días de huelga, al ver que no podían acabar con nuestra lucha cesaron al director del penal y lo cambiaron por otro.

Una comisión nos reunimos con el nuevo director y accedió a todas nuestras peticiones. La única que no conseguimos fue que trasladaran a “el nazi” a otra cárcel.

El día veintitrés de la huelga, los tres compañeros aislados volvieron a nuestra galería después de seis largos meses de aislamiento. Al compañero que había estado siete meses en Herrera de la Mancha bajo torturas físicas diarias, lo trasladaron a Carabanchel. Los compañeros de la CNT de Cuéllar, habían hecho una campaña propagandística por todo Segovia con las fotos de “el nazi” y de otro boqueras que nos puteaba.

Tanto “el nazi” como el otro boqueras, que al parecer tenían sendos concesionarios de automóviles en la capital segoviana, vinieron a pedirnos disculpas y a rogarnos que parásemos la campaña de la calle. “El nazi” anuló su promesa de volver a meterme en celdas de aislamiento una vez estuviese recuperado.

Llegamos a un acuerdo de mínimos con los dos funcionarios y paramos la movilización de la calle.

Parecía mentira, durante los veintitrés días de huelga de hambre, el único apoyo que habíamos tenido desde la calle había sido el de los compañeros de Cuéllar que no nos conocían de nada. Nadie más movió un solo dedo, ni la CNT de Madrid ni los compañeros de Barcelona ni nadie absolutamente.

Nuestra intención con la huelga de hambre, había sido, además de intentar conseguir nuestras reivindicaciones, hacer de revulsivo para que los compañeros de la calle tuviesen motivos para reiniciar campañas de solidaridad, pero desgraciadamente, descubrimos que la CNT y el movimiento libertario ya estaban muertos.

Dejamos la huelga de hambre poco a poco. El primer día cenamos caldo calentito que preparó uno de los compañeros que había salido del aislamiento. Por la mañana un vaso de leche y a la hora de comer un arroz hervido, por la noche, ya estábamos comiendo normal; teníamos que haber esperado un poco más, pero estábamos todos hambrientos y no pudimos aguantar la tentación.

36

Febrero de mil novecientos ochenta fue un mes especialmente frío en Segovia.

Cuando paseábamos por el patio íbamos bien abrigados y nos alía vaho por la boca.

La unidad que habíamos mantenido todos durante la huelga de hambre, desapareció en el momento de finalizarla, volvimos a funcionar como poco antes de que nos secuestraran en septiembre del año anterior.

La gente de Grupos Autónomos de Madrid tenía su comuna, los de CNT de Barcelona, la nuestra, los de CNT de Sevilla, la suya.

Estábamos todos un poco hartos de tener que vernos todos los días, nos cruzábamos en los pasillos, en las duchas, en el patio, en la sala de juego, pero apenas intercambiábamos un gesto de saludo con la cabeza.

Yo seguía recibiendo mi medicación psiquiátrica, seis torinales al día; no los tomaba como medicación, los guardaba para el sábado por la tarde y me tomaba la mitad con las cervezas que había ido guardando de toda la semana, la otra mitad se la daba a Lucas que también hacía lo mismo que yo con las cervezas.

Nos dejaban comprar en el economato dos cervezas diarias, para comer y para cenar.

Una noche que estábamos viendo una película de prisiones en la que un actor famoso, por una apuesta se comió un montón de huevos duros, a alguien se le ocurrió hacer la gracia de montar algo semejante en el penal.

Lo hablaron entre todos, y me propusieron que si me comía veintitrés raciones de espagueti con foie—gras, me daban todas las cervezas de la semana.

Al día siguiente, entre la hora de comer y la de cenar, cumplí la apuesta y me comí los veintitrés platos de espagueti ayudado de las cuarenta y seis cervezas.

Por la noche no podía conmigo, al parecer se hinchó la pasta en mi estómago, se juntó con el gas de las cervezas y pasé una de las peores noches de mi vida, descontando las del tubo de Ocaña, claro está.

Los días iban pasando y el hastío entre nosotros era cada vez más insoportable. Sin embargo, yo me llevaba bien con todos.

Uno de aquellos días llegaron de conducción procedentes de Madrid tres miembros de los GRAPO. Se trataba de marxistas puros, metódicos como ellos solos y además, con la desgracia, supongo que un pope había llegado con ellos.

Se levantaban a las siete de la mañana y, mientras todos dormíamos ellos bajaban al patio a hacer ejercicio hasta la hora del desayuno.

Les ofrecimos la posibilidad de usar nuestra cocina pero prefirieron no juntarse con anarquistas y comprarse un hornillo.

El pope les daba clases de marxismo y una vez terminada la clase, como si de una liturgia se tratara, cantaban La Internacional.

Al poco de estar en el penal, consiguieron que la dirección del centro les dejara montar unos talleres.

Montaron uno de tarjetas de felicitación impresas con linóleum gravado y otro de chales, toquillas y fulards hechos en hilo y lana.

A Pedro, Armando y a mí nos pareció una buena manera de pasar el tiempo y pronto nos dedicamos a trabajar con ellos.

Las cosas que confeccionábamos, se vendían en la calle, lo nuestro, lo vendían los comités de apoyo y lo de los GRAPO, familiares suyos.

A medida que pasaban los días se iba sumando gente al taller.

Por aquellas fechas llegaron también, procedentes de La Modelo de Barcelona, tres compañeros del ERAT.

La galería se estaba llenando de gente, ya no podíamos vivir en celdas individuales y decidí compartir mi celda con el Boti, un compañero que se pasaba las noches dibujando y escribiendo poemas.

Recuerdo que me enganchó terriblemente al café. Pedí a mi familia una cafetera de doce tazas y cada semana comprábamos dos kilos de café que

nos cocinábamos en nuestra propia celda, colocando la cafetera sobre el radiador.

Al pobre Boti venían a verlo bastante poco, sus padres eran muy mayores para soportar viajes tan largos, en Barcelona, se había echado una novia que iba a verlo cada semana pero no sabía si iba a poder desplazarse hasta Segovia, pues estaba en paro y no tenía recursos económicos suficientes.

De vez en cuando algunos amigos que tenía en la calle, hacían una colecta para pagarle el viaje a la novia, esto sucedía cada dos o tres meses.

Era un número cuando lo llamaban a comunicar de “bis a bis”, todo el mundo se metía con él.

—¡Ten cuidao pequeñajo, no vayas a explotar después de tanto tiempo!

Una vez que estaba pasando una crisis nerviosa y decía que estaba preocupado porque iba a venir Mara y no se le empinaba, decidió masturbarse poco antes de la comunicación y cuando la tuvo dura le dio por ponerse tabasco en la punta.

Las lágrimas le caían como si todo el sentimiento de su pequeño cuerpo se derramara a través de sus pupilas.

Consiguió quitarse la picazón después de tener el miembro durante un tiempo bajo el grifo de agua helada.

Volvió de la comunicación todo contento y victorioso.

Mara, le había traído unos pantalones tejanos que le venían un poco largos y holgados.

Cortó lo que le sobraba a los pobres pantalones y se fue con ellos puestos al patio.

Al rato, bajé para dirigirme a los fregaderos, donde tenía desde hacía cuatro días un cubo con ropa en remojo, con la intención de cambiar el agua, nunca encontraba el momento de lavar, eso sí, cada día cambiaba el agua para que no se pudriera la ropa.

Mi sorpresa fue grande al encontrarme al Boti sentado dentro del fregadero con el agua hasta la cintura, una agua que estaba empezando a tomar una tonalidad azulada.

—¿Qué haces colega, estás colgao? —le dije.

—Pues no, no estoy colgao —contestó— estoy metido en el fregadero.

—Ya, eso ya lo veo, pero ¿para qué estás dentro del fregadero?.

—¡Qué poco te enteras de la vida! —me dijo—, para que se me ciñan al cuerpo ¡Que no te enteras!

—Pues ten cuidado no te vayas a encoger más —le dije riendo.

Una media hora después, andaba por el patio chorreando agua con sus pantalones puestos.

—¡Ponlos a secar, que te va a entrar reuma! —le decía la gente.

—¡Qué va, qué va!, que no os enteráis, no me los puedo sacar hasta que se sequen, si quiero marcar paquete.

—Pues aquí no sé con quien vas a ligar con lo feo que eres —le dijo Pedro en su tono gaditano gracioso.

Llegó la hora del recuento de medio día y nos dirigimos todos a la planta baja de la galería para que nos contasen. El Boti seguía embutido en sus

pantalones chorreantes e iba goteando allí por donde pasaba.

—¡Qué se está meando! —le dijo el funcionario.

—Sí qué pasa, ¿quieres un poco? —le contestó.

Durante toda la comida permaneció con los pantalones embutidos.

A la hora de la siesta, una vez en nuestra celda, se cansó por fin de estar tan mojado, además una cosa era estar así al sol y otra en la celda, que en primavera ya no nos daban la calefacción, y a la sombra hacia un cierto fresco.

Cual fue su sorpresa al descubrir que, tras quitarse los maravillosos nuevos y mojados pantalones, la piel de sus pequeñas piernas curvadas había mutado y lo asemejaba a un zombi azulado.

—¡Joder Boti! Ya no hace falta que te pongas pantalones.

—¡Qué gracioso! —contestó enfadado.

—¿De verdad no sabían que los pantalones nuevos acostumbran a desteñir?.

—Pues no, eso no me lo habían dicho —dijo más enfadado aún.

Aquel año dejó de hacer frío en abril y ya bajábamos cada mañana sobre las once a tomar el sol en pelotas, nos tumbábamos con nuestras respectivas toallas, nos poníamos a fumar porros y a beber coca—cola y de vez en cuando nos dábamos una ducha refrescante.

Llegó la Semana Santa y nos dio por organizar una procesión en el patio.

La cosa estaba clara ¿Quién se parecía más a Jesucristo?.

Agujereé una sábana por el centro, me quité toda la ropa, hasta los calzoncillos y me coloqué la túnica blanca, mi delgadez extrema, el pelo largo y la barba que llevaba desde Ocaña hicieron el resto.

Me subí a una mesa, me senté con las piernas en posición yogui y cuatro compañeros, uno de cada para, disfrazados también con sábanas, empezaron a transportarme por el patio.

Entonaban algo parecido a la música sacra y caminaban a pasos lentos. Cuando llevábamos media vuelta de patio, se presentó un funcionario que era un poco tonto.

—¡Sacrilégio! —decía— ¡Están haciendo sacrilégio!.

Los compañeros siguieron con su paso lento, mientras los demás les seguían con mecheros encendidos, al llegar a la altura del boqueras, uno de los portadores dijo.

—¡Señor, habla unas palabras a este pobre tullido mental!

—¡Háblale Señor! —corearon todos al unísono.

Levanté la túnica para que pudiera observar perfectamente mis genitales.

—¡Tómala entre los labios y bebe del néctar que te hará volver a ser normal! —le dije.

El pobre hombre se sonrojó y salió corriendo como si estuviera poseído, se debió pensar que pretendíamos violarlo.

Siempre, a pesar de nuestra desunión, había alguien que tenía alguna propuesta genial para que lo pasáramos bien juntos durante algún rato y aquella de la procesión de Semana Santa, desde luego, había sido una idea genial, estuvimos riéndonos durante más de una hora.

Al levantarnos la mañana siguiente volvíamos a estar tan desunidos como siempre.

De los GRAPO sólo quedaba uno, a los demás se los habían llevado a Zamora. El pobre se sentía bastante mal solo y decidimos echarle una mano.

Transcurrida una semana, ya no echaba en falta las clases de marxismo ni La Internacional.

Al mes ya fumaba porros y empezaba a estar de acuerdo con nosotros en muchas cuestiones.

De pronto, un buen día, volvieron los compañeros que se habían llevado a Zamora, pope incluido.

Al pobre lo expulsaron de la organización por haber sucumbido ante la tentación del vicio anarquista, vamos como si hubiera cometido sacrilegio o algo similar.

Creo que se sintió libre con la expulsión y se dedicó a hacer proselitismo con otro GRAPO joven como él y consiguió en una semana que se sumara al placer de los porros.

37

En julio de mil novecientos ochenta, nos trasladaron a Pedro, Armando, a Lucas y a mí a la prisión Modelo de Barcelona.

El primer día de diciembre de aquel año se celebraba el juicio por el Caso Scala y por eso nos habían trasladado a Barcelona.

Un furgón de la Guardia Civil nos trasladó a Carabanchel (Madrid), nos instalaron en la sexta galería, la galería de tránsito, a los tres días, nos condujo, otro furgón de la Guardia Civil hasta el penal de Huesca, donde pasamos la noche para salir al día siguiente directos hacia Barcelona.

En La Modelo, nos instalaron directamente en la primera galería y allí nos encontramos con compañeros a los que no veíamos desde hacía casi dos años y a otros que habían entrado en mil novecientos setenta y nueve.

La Modelo estaba bastante más llena de presos que cuando yo la dejara en septiembre del setenta y ocho; si entonces éramos dos o tres por cada celda, ahora las celdas alojaban a cuatro, cinco y en algunos casos seis presos.

Las celdas eran de las mismas dimensiones de siempre, la prisión se había construido en el siglo XIX y las dimensiones de los habitáculos no habían sido modificadas desde entonces.

La población reclusa había aumentado considerablemente; cerca de tres mil presos ocupábamos el espacio previsto para ochocientos.

La sexta galería era la de los enchufaos, los ladrones de guante blanco, los estafadores, peristas y joyeros y de los destinos de la prisión, los que trabajaban en cocina, locutorios de jueces, de comunicaciones, de machacas en los departamentos de administración, pintores, electricistas, etc.; tratándose de la galería de los pelotas, obviamente tenían que tener mejores condiciones que los

demás y estaban alojados en celdas individuales.

La quinta galería seguía siendo la de castigo, la de aislamiento y por tanto había un preso en cada celda. De modo que unos dos mil quinientos presos nos alojábamos entre las cuatro galerías restantes, dos pequeñas como la primera y la segunda y dos enormes como la tercera y la cuarta.

En la tercera galería estaban los extranjeros, en su mayoría africanos y marroquíes.

En la cuarta galería estaban los multireincidentes y en la primera y segunda los de primer y segundo delito y los preventivos, es decir, los que estábamos en espera de ser juzgados y condenados.

La primera galería tenía una capacidad de unas cuatro o cinco veces superior a las galerías del penal de Segovia. Dos funcionarios controlaban la galería en tres turnos de veinticuatro horas, con lo cual, les era bastante imposible controlar todas las cosas que allí sucedían, y ello nos permitía desmadrarnos todo lo que nos apetecía.

Cada día guardábamos las manzanas que nos daban para comer y para cenar y con ellas intentábamos hacer sidra. Cortábamos las frutas en trocitos muy pequeños hasta llenar un cubo de veinticinco litros, le añadíamos agua caliente, dos kilos de azúcar y, levadura de pan, cuando la podíamos conseguir, a precios desorbitados de la panadería de la prisión. Cada día, por la mañana y por la tarde, le dábamos masajes al contenido, y el sábado por la tarde nos la bebíamos. No podíamos dejar que fermentara durante más tiempo, pues cada diez o quince días registraban todas las celdas y si te encontraban la “chicha” podías ir directamente a celdas de castigo.

Los sábados, como en Segovia, cerraban nuestras celdas a la doce de la noche y eso nos permitía correr algunas juergas.

El hachís estaba bastante caro, nada tenía que ver con los precios establecidos en mil novecientos setenta y ocho. La droga que más corría por la prisión era la heroína y de vez en cuando cocaína.

Una botella de tres cuartos de litro costaba alrededor de las cinco mil pesetas.

Aquello era la jungla, cada cual traficaba con lo que podía; los que tenían acceso a la enfermería, traficaban con tranquilizantes como el torinal o el valium.

El hachís estaba por las nubes y ya no podías comprar quinientas o mil pesetas como en el setenta y ocho, lo mínimo que vendían eran cinco mil pesetas y las posturas eran ruinosas, pero era lo que había, o lo tomabas o lo dejabas y, nosotros acostumbrábamos a tomarlo.

Algunos compañeros se engancharon al caballo y unos cuantos, años después, una vez en libertad, murieron de SIDA o sobredosis.

Yo estaba estudiando segundo de BUP, por lo que hice una instancia a la dirección de la prisión solicitando la luz abierta por la noche y que me permitieran que mi familia me trajese una máquina de escribir.

La respuesta fue de lo más inesperada: “Cervantes escribió el Quijote con plumilla y vela”, su petición queda denegada por salirse de la normativa.

Durante el día, con todo el ruido que había en la galería, era imposible estudiar, de modo que lo intentaba desde las diez de la noche, hora en que nos

encerraban en nuestras respectivas celdas, hasta las doce, hora en que nos apagaban la luz.

También me resultaba casi imposible ya que en mi celda estábamos cuatro presos y los otros tres no estudiaban nada.

En nuestra celda, para tener más espacio vital en aquellos doce metros cuadrados, habíamos montado las dos literas una encima de la otra, de tal manera que teníamos una litera de cuatro pisos.

Yo dormía en el cuarto piso, con la cabeza a tres palmos del techo, me resultaba menos sofocante que dormir entre cama y cama.

Cuando alguien tenía necesidad de masturbarse, se movía todo el artilugio y no podía dormir nadie, de modo que pactamos hacer esos menesteres dentro del pequeño cuartito del wc.

El pequeño cuartito del wc lo teníamos decorado con fotografías extraídas de Penthouse, Playboy y algún que otro Private; cada dos meses cambiábamos la decoración para ver chicas nuevas.

Las comunicaciones de “bis a bis”, no habían cambiado demasiado, ahora en vez de hacer el amor en la taza del wc como única alternativa, habían colocado junto a los lavabos un colchón de espuma mugriento que podíamos cubrir con sábanas propias. Lo que había mejorado era el tiempo de que disponíamos, pues en vez de seis familias como en el setenta y ocho, ahora sólo comunicaban cuatro en una hora y media, con lo que normalmente teníamos entre veinte minutos o media hora para el coito, siempre teniendo en cuenta que los cuatro no tuviéramos novia.

Eso sí, lo que no había cambiado era que tanto al entrar a la comunicación de “bis a bis”, como al salir, nos hacían desnudarnos y hacer flexiones.

Los días iban pasando monótonos, uno tras otro, todos esperábamos con ansiedad la llegada del sábado para comprar hachís, bebernos la “chicha” y coger las mejores cogorzas que se pudiera.

Un sábado, casi tocando a las doce de la noche, un preso común me pasó un botellín de cerveza que contenía algo menos de un dedo de líquido.

—Ten —me dijo— pero no te la bebas toda que queda muy poca.

Coloqué la botella en mi boca y me bebí todo el contenido. De repente empezó a arderme toda la garganta, el estómago, los pulmones, parecía como si todo mi cuerpo fuese a estallar. Me dirigí corriendo a las duchas de la galería, que se hallaban en la planta baja y, vestido como estaba, abrí el grifo y coloqué la boca debajo hasta que conseguí cierto alivio.

—Ya te he avisado que no te bebieras toda —me dijo.

—¡Cabrón! —le contesté ¿Qué coño había dentro?

—Alcohol de noventa y seis grados.

Pasé toda la noche con retorcijones de barriga, entre el alcohol de noventa y seis y la “chicha” que cada sábado acababa fermentando en nuestros respectivos estómagos, estaba de un humor de perro.

Un buen día entraron en la Modelo unos presos de ETA Político Militar, los que acusaban de haber asaltado el cuartel de Berga y de haberse llevado armamento y munición. Los metieron en la quinta galería, la de castigo.

Los doce presos anarquistas que entonces nos encontrábamos en la

Modelo hicimos una asamblea y decidimos que no podíamos permitir que los encerrasen en celdas de aislamiento, si no respondíamos a la decisión de la dirección, se sentaba un precedente y, cualquier compañero que entrara acusado de terrorismo iba a ir directamente a esa galería.

A la hora de encerrarnos en nuestras celdas, después de comer, decidimos que no nos iban a encerrar hasta que sacasen a los etarras de la quinta y los trajesen a la primera.

Los doce nos metimos en dos celdas e impedimos al jefe de galería que cerrase nuestra celda.

Un retén de la Guardia Civil entró en la prisión con la clara intención de sofocar nuestra pacífica revuelta, teníamos bastante claro que íbamos a acabar todos en celdas de aislamiento.

Mi compañera me había pasado dos frasquitos de aceite de hachís de dos gramos cada uno. Si nos llevaban a celdas los iban a encontrar y no podíamos permitirlo, de modo que decidimos fumarlo todo.

Cogimos tal colocón, que no me di cuenta de que estábamos en celdas de aislamiento hasta la mañana siguiente. Ese mismo día, sacaron a los etarras de la quinta galería y los llevaron a la primera.

Habíamos conseguido el objetivo de que los llevasen a la primera, eso sí, con una gran diferencia, ahora éramos nosotros los que estábamos en celdas de aislamiento.

Yo estaba en una celda con Manolo y con un compañero francés, los dos de Grupos Autónomos.

Pedimos que nos metieran a los cuatro del Caso Scala en la misma celda para que pudiésemos preparar el juicio que se iba a celebrar en unas semanas pero no accedieron, cada uno de nosotros estaba en una celda con dos diferentes al caso. Ni siquiera nos dejaban coincidir en el patio.

De todos modos no teníamos nada que preparar, éramos inocentes y nuestra declaración estaba bastante clara desde el día que entramos en prisión.

38

Llegó el día uno de diciembre de mil novecientos ochenta, por fin, dos años y once meses después de haber sido detenidos, nos iban a juzgar.

Las pruebas que habían presentado nuestros abogados, fueron todas ellas rechazadas por el tribunal, compuesto de tres jueces, al tratarse de un juicio de la Audiencia Provincial de Barcelona.

Los treinta y tantos testigos que estaban con nosotros tomando el vermouth en el Bar Córdoba a la misma hora que empezaba a arder la sala de fiestas SCALA, no iban a poder declarar.

La declaración jurada que hiciera el guardia civil retirado propietario del quiosco de delante de la SCALA, diciendo que los autores habían sido cinco personas bien vestidas y con el pelo corto, tampoco tenía ninguna validez.

El que ejercía de Ministro del Interior cuando fuimos detenidos tampoco iba a declarar.

Gambín, no estaba detenido aún por el caso Scala y tampoco iba a dar ninguna luz al caso.

Nos sacaron de nuestras celdas y nos hicieron ponernos a los cuatro en fila a la entrada de la quinta galería, nos hicieron desnudarnos y nos introdujeron un dedo en el ano, luego, las flexiones pertinentes de costumbre.

Nos sacaron al pasillo de azulejos blancos para que la policía nacional, que nos iba a trasladar hasta la Audiencia Provincial nos esposara.

En vez de esposarnos como de costumbre, con las manos delante o detrás, lo hicieron en serie. Mi mano derecha estaba esposada a la mano derecha de Pedro, mi mano izquierda, a la mano derecha de Armando, la mano derecha de Pedro a la mano derecha de Lucas, la mano izquierda de Lucas a la mano izquierda de Armando.

Caminábamos por el pasillo que conducía al patio exterior de la cárcel como si de una melé de rugby se tratara.

Cuando llegamos a patio exterior, alucinamos pepinillos.

Había cuatro furgones blindados de la policía nacional, con cuatro policías en cada uno, treinta y dos policías montados sobre dieciséis motos y unos hicieseis coches de policía con cuatro miembros en cada uno.

Debían considerarnos muy peligrosos. Ciento doce policías para nosotros cuatro, era demasiado gasto público innecesario.

Pensábamos que nos iban a poner a cada uno en un furgón, pero la sorpresa fue mayor, al descubrir que los cuatro íbamos a viajar en el mismo.

Salimos del patio exterior a la calle Entenza, las sirenas de los furgones, los coches y las motos empezaron a ulular, a cada manzana cambiaban la posición del furgón en el que nos hallábamos nosotros.

—Y todo este montaje ¿Para qué? —preguntó Pedro a uno de los cuatro policías que estaban con nosotros en el furgón.

—Nos han llegado informaciones bastante fidedignas de que un comando de la C.N.T. os va a liberar —nos dijo convencido.

Pasamos todo el trayecto hasta la Audiencia Nacional riendo a carcajadas.

Sin embargo, no se trataba de eso, con nuestra conducción tan espectacular a la Audiencia Nacional, que se repetiría durante los cuatro días del juicio, sólo pretendían demostrar ante la opinión pública que se trataba de peligrosos terroristas a los cuales, sin duda alguna, había que condenar. Era una simple justificación del Estado, que ya tenía la sentencia preparada antes de llegar a juicio.

Nos enfrentábamos a unas peticiones fiscales exageradas.

A Pedro, a Armando y a mí, nos pedían ochenta años a cada uno.

A Lucas, le pedían treinta y seis años.

A la compañera de Pedro y a la mía, que estaban en libertad provisional desde junio de mil novecientos setenta y ocho, les pedían veinte y once años respectivamente.

A dos compañeros de la C.N.T. de Rubí a los que todavía hoy, veinte años después del incendio de la SCALA, no hemos podido conocer, los habían

declarado en rebeldía y también les pedían ochenta años a cada uno.

Llegamos a la puerta de la Audiencia Nacional y nos dimos cuenta que todo el Palacio de Justicia estaba tomado por los “defensores del orden”, en el Paseo de San Juan, había bastante gente concentrada, como buenamente pudimos, levantamos nuestras manos con el saludo anarquista y gritamos un ¡¡VIVA LA ANARQUÍA!!, que fue coreado por los concentrados, teníamos que dar ánimos a toda aquella gente solidaria.

Nos introdujeron a empujones en el Palacio de Justicia y nos condujeron hacia unos calabozos cercanos a la sala en la que nos iban a juzgar. Mientras caminábamos nos íbamos dando cuenta del gran despliegue policial, esos cuatro días se anularon todos los juicios de la Audiencia, la policía estaba apostada en los tejados con fusiles de mira telescópica y por todos los pasillos de la Audiencia Provincial.

Una media hora después de estar en aquel calabozo, vino uno de nuestros abogados. Nos pasó un frasquito de dos gramos de aceite de hachís.

—Guardarlo para mañana que hoy tenéis que declarar —nos dijo.

—Mejor que nos lo des mañana, entonces, en la quinta nos meten el dedo en el culo cada día y nos lo van a pillar.

—Vale —contestó.

Un cuarto de hora después nos conducían, rodeados de fuertes medidas de seguridad, a la sala donde iba a iniciarse el juicio.

Se trataba de una sala bastante grande pero con muy pocos bancos para el poco público que dejaron entrar a presenciar la “vista oral abierta”; la mayoría de los lugares del público, estaban ocupados por policías secretas que se pasaron los cuatro días increpando a nuestros familiares y amigos.

Al fondo de la sala había una gran mesa de caoba ocupada por tres jueces vestidos con toga, el del medio era el más mayor de todos.

Hacia el medio de la sala, a mano izquierda, un estrado con nuestros cinco abogados y, enfrente de ésta, a mano derecha, otro estrado ocupado por el ministerio fiscal. En medio de la sala, una secretaria con una máquina era la que iba a hacer las actas de las ocho sesiones repartidas en los cuatro días de juicio.

Un banco sin respaldo era el que iba a servir para que nos sentáramos nosotros cuatro esposados y nuestras compañeras sin esposar.

Detrás de nosotros, un banco con respaldo para los doce policías nacionales que nos custodiaban en la sala durante todas las sesiones.

—Siéntense los acusados —tronó la voz de uno de los miembros del tribunal.

Pedro se tiró un ruidoso pedo e instintivamente nos giramos los acusados hacia los policías que nos custodiaban; todo el público rió a carcajadas.

Empezaron a tomarnos declaración uno a uno, primero a Pedro, luego a mí, después a Armando y a Lucas y después a la compañera de Pedro y a la mía.

Nos enseñaron unas fotos que tomó la policía durante la manifestación, en las que salíamos Armando, Pedro, Gambín y yo portando una bolsa de nilón de viaje.

Ninguno de los tres nos reconocimos en las fotografías, a pesar de que todas ellas estaban marcadas con un círculo en el lugar en que nos

encontrábamos.

Después fuimos declarando uno a uno a las preguntas que nos hacían nuestros respectivos abogados y finalmente a las que nos hacía el ministerio fiscal.

Así terminó la primera sesión del juicio.

Se suspendió la sesión hasta la tarde y de nuevo, escoltados por fuertes medidas de seguridad, nos trasladaron al calabozo.

Nos dieron como comida del día unos bocadillos de mortadela de pan gomoso y una manzana.

Volvió a visitarnos uno de nuestros abogados.

—Oye, ¿Tenemos que declarar más? —le pregunté.

—No, ya no tenéis que volver a declarar— contestó.

—Pues pásanos el aceite que pasamos del resto del juicio.

No teníamos papel de fumar, de modo que fuimos llenando los cigarrillos con el aceite de la risa y cuando se nos acabaron los cigarrillos, nos dedicamos a chuparlo hasta acabar con los dos gramos. Pedro seguía sin fumar ni siquiera tabaco, de modo que nos comimos los dos gramos entre Lucas, Armando y yo.

Por la tarde se reanudó el juicio y no sé si Lucas y Armando se enteraron de algo, pero yo llevaba tal colocón encima que ya no me enteré de nada hasta el cuarto día.

De vez en cuando miraba hacia el público y veía a mi madre llorar, no entendía por qué, porque como ya he dicho no me enteraba de nada de lo que se hablaba allí.

Les tocó el turno a los testigos.

Primero la compañera de Rubí que estuvo dos años en prisión y que salió absuelta por falta de pruebas.

Entró en la sala y se abalanzó sobre Lucas para abrazarlo; la policía se lió a palos con los dos y se armó la bronca en la sala, el público y nosotros llamando asesinos a los policías.

El tribunal puso orden y amenazó con continuar las sesiones sin público y sin los acusados.

El ambiente se serenó, nadie de los asistentes tenía ganas de perderse aquella farsa, todos querían ser testigos de las mentiras que se inventa el poder y de la capacidad de la “justicia” para condenar sin pruebas.

Después declaró el maitre de la Scala, que no se atrevió a reconocernos en la vista oral porque había pasado mucho tiempo, pero que nos reconoció, al parecer en las fotografías que le enseñó la policía una vez detenidos, aun a pesar de tener siete dioptrías en cada ojo y encontrarse a más de diez metros de la entrada, y con tres puertas de cristal grueso de por medio, según sus declaraciones.

Lo que no dijo el maitre, y eso en un tribunal imparcial se hubiese considerado como falso testimonio u ocultación de pruebas, fue a quiénes había visto realmente, no dijo que eran cinco personas bien vestidas y con el pelo corto, como declaró el guardia civil propietario del quiosco de enfrente.

Una información que nunca ha salido en la prensa, porque a la prensa siempre le ha interesado defender al estado, fue que, curiosamente, tras el

incendio de la SCALA, todos los trabajadores se fueron al paro con lo puesto, mientras que el maitre cobró una importante suma de dinero por su silencio.

Cuánto dinero cobró y a cambio de qué, es algo que sólo puede decir él y los que le pagaron.

Cada día era el mismo montaje para llevarnos de la Audiencia Provincial a la Modelo por la tarde y a la inversa por la mañana; los ciento doce policías en sus furgones, coches y motos ululando por toda la ciudad, custodiando a tan peligrosos terroristas y los centenares de policías a caballo y a pie que rodeaban el Palacio de Justicia hasta por los tejados.

En la octava y última sesión del juicio de aquél cuarto día de farsa esperpéntica, sin que hubiese aparecido ni una sola prueba que pudiera demostrar nuestra participación en el atentado, nuestra defensa solicitó al tribunal que mostrara ante el público la prueba del revólver que había aparecido en todos los medios de comunicación —entonces en blanco y negro— que nos mostraba ante la opinión pública como peligrosísimos terroristas de una banda armada anarquista perteneciente a la F.A.I..

El tribunal consideró que la petición era irrelevante y se negó a mostrar el objeto.

El ministerio fiscal solicitó la misma prueba al tribunal y éste, no tuvo más remedio que acceder.

Las carcajadas volvieron a la sala entre el público y los acusados, después de cuatro largos días de cansancio, incertidumbre y alguna que otra lágrima ante las falsedades escuchadas.

El revólver en cuestión era un juguete de plástico, de esos que se regala a los niños pequeños y que en la culata lleva gravadas la cara de un vaquero y de un indio.

Una vez acabado el montaje judicial, los policías que nos habían estado custodiando durante todas las sesiones del esperpento ilegal, nos dijo.

—Chavales, estáis en la calle. Está claro que vosotros no tenéis nada que ver con el atentado. Os pedimos disculpas por trataros tan mal.

Nos condujeron de nuevo a la prisión Modelo de Barcelona y una vez en ella, los funcionarios volvieron a meternos en la quinta galería y a introducirnos el dedo en el culo.

El día siguiente, abrieron la puerta de mi celda, Lucas venía a despedirse, lo habían condenado a tres años y sólo le quedaban treinta días para cumplirlos, por lo que el tribunal ordenó su inmediata puesta en libertad.

Estaba llorando porque se iba y nos dejaba dentro, tanto él como yo sabíamos que aún a pesar de no haberse demostrado nuestra culpabilidad, nos iban a condenar, sinó hubiésemos salido los cuatro juntos.

—¡No llores colega que te han dado la bola! —le dije animándolo.

—¡Hostia tío. me jode un montón que no salgáis conmigo! —dijo sollozando.

—Cuándo salgas, móntate una fiesta de puta madre por mí —le dije a punto de que se me saltaran las lágrimas— ¡Que tengas toda la suerte del mundo, colega!.

Curiosamente, ese día nos sacaron juntos al patio a Armando, a Pedro y a mí, al parecer la dirección del centro quería darse el gusto de

comunicarnos la condena a los tres juntos.

Le tocó el papel a un funcionario joven de los demócratas, una buena persona que un año después, una vez acabada su carrera de derecho, colgó el traje verde y se dedicó a ser una persona normal.

—Lo siento, chavales —nos dijo consternado— os han condenado a diecisiete años.

Nosotros no nos esperábamos aquella condena sin sentido; si consideraban, aún a pesar de no haber encontrado ninguna prueba para condenarnos, que éramos culpables, porqué diecisiete años y no los ochenta que nos pedían.

Tendríamos que esperar a ver a nuestros abogados, evidentemente pensábamos recurrir la sentencia ante el Tribunal Supremo, pero primero queríamos saber a qué se debían los diecisiete años.

39

Al día siguiente vinieron a vernos nuestros abogados y los pobres entendían la sentencia tan poco como nosotros.

Las condenas eran cuatro y se repartían del siguiente modo: Tres años por fabricación de explosivos. Un año por transporte de explosivos. Seis años por imprudencia temeraria. Siete años por estragos con causa de muertes.

Nuestros abogados que evidentemente tenían claro que la condena había sido fruto de la campaña publicitaria que el estado y la prensa se habían encargado de montar tras nuestra detención y durante los días que duró el juicio, no entendían el porqué de las dos condena de seis y siete años y decían que en tal caso tenía que ser una condena de siete años por estragos con causa de muertes y eliminar la de seis años; con lo que la condena se hubiese quedado en diez años.

Unas semanas después nos llevaron de nuevo hasta el Palacio de Justicia, porque la “justicia” quería demostrar su benevolencia concediéndonos la libertad condicional de la condena de una año por no tener antecedentes penales.

Evidentemente, nos negamos a firmar y les recomendamos que se metieran el papelito por el culo.

De todos modos, firmando o no, nos dieron la libertad condicional de ese año, con la condición que si en dos años cometíamos algún delito íbamos a tener que cumplir esa condena de un año.

¡Genial! nos confirmaron una vez más que la “justicia” no piensa, quedábamos finalmente condenados a dieciséis años, llevábamos tres años presos, con buen comportamiento y redención de pena por trabajo, nos quedaban todavía seis años por cumplir ¿Había la posibilidad de que cometiéramos un delito durante los dos próximos años?, siempre he pensado que la respuesta sólo se puede hallar en un cerebro jurista.

Los días iban pasando como de costumbre, el hecho de conocer la

sentencia no cambiaba nuestras circunstancias, teniendo en cuenta que íbamos a recurrir ante el Tribunal Supremo y siendo conocedores de la lentitud exasperante de la justicia, todavía podíamos estar en esa situación de incertidumbre al menos un año más.

Continuamos en la quinta galería, en celdas de aislamiento, de donde salimos unos quince días después de haber recibido, por parte de aquel funcionario, la sentencia judicial.

Nuestros compañeros entendían la sentencia tanto como nosotros, es decir nada.

Volvíamos todos juntos a la primera galería; los “compañeros” de ETA político—militar, se habían instalado en algunas de nuestras celdas y no movieron un solo dedo por demostrar la satisfacción de nuestra solidaridad. Nosotros no aceptamos su acomodo y tuvieron que buscarse nuevas celdas donde instalarse.

Sólo faltaba que nosotros, que habíamos acondicionado lo mejor posible nuestras celdas, las hubiésemos perdido por solidarizarnos con ellos y que los beneficiarios actuales de nuestra creatividad fueran precisamente ellos mismos.

Ente nosotros no estipulábamos rangos de antigüedad, pero aquello era demasiado, ¿cómo le podían echar tanto morro a la vida?.

Fueron pasando los días y fuimos olvidando nuestros rencores hacia ellos, de hecho sólo eran culpables de aprovecharse de la situación, cosa frecuente entre los marxistas.

Alguno de nuestros compañeros trabajaba en el taller de flores de plástico, creo que cobraban unas doce mil pesetas al mes por trabajar turnos de ocho horas; se trataba de unas condiciones de explotación sublime; si producías en condiciones, te permitían mantener el puesto y el irrisorio sueldo, si no producías como a ellos les parecía, te echaban a la calle.

La materia prima la traía una fábrica de la calle y nos constó siempre que pagaban el sueldo mínimo interprofesional y que una buena parte de él se lo quedaba la administración del centro.

Otros decidimos probar a ver si nos cogían para trabajar en la biblioteca general de la prisión, el sueldo era aún peor, unas trescientas cincuenta pesetas al mes, pero al menos no estábamos produciendo beneficios para nadie que no fueran los propios presos.

Había dos maestros que se encargaban de la biblioteca y de la escuela, a cual de ellos más facha y más viejo. El de la mañana, además de ser viejo y facha, era borde y estúpido, eso sí, era catalán y se podía hablar con él en aquel idioma todavía prohibido dentro de las prisiones españolas.

El de la tarde era viejo y facha, pero era simpático y al parecer bien, los anarquistas siempre le habíamos caído bien, José Villalvilla, creo que se llamaba, le llamábamos Don José por aquello del respeto hacia nuestros guardianes.

El hombre se alardeaba de haber ido voluntario con la legión azul. Estaba mal de la garganta y su voz parecía como extraída de una máquina ronroneante.

También, entre nosotros, le llamábamos “el sordo” porque cuando quería, estaba más sordo que una tapia.

Creo que de todo el tiempo que pasé en prisiones, Don José, llegó a ser una persona querida, tanto por mí, como por el resto de los compañeros anarquistas que pudimos, a épocas, trabajar en la biblioteca—escuela de la Modelo.

Tenía un vicio que no se lo podía quitar, cuando le entraban ardores de estómago, que era habitualmente, llenaba su mano izquierda temblorosa de bicarbonato, se llenaba la boca y con la mano derecha, temblorosa también, se ayudaba en el arte de ingerir aquella medicina que más que curarle acabaría con sus días.

Al parecer yo le caí simpático desde un principio, tal vez porque mis manos temblaban casi al compás de las suyas, me llamaba “mi tocayo” por lo del temblor, de modo que no tardó en ofrecirme el puesto de bibliotecario de la primera galería.

La biblioteca de la primera galería, igual que las bibliotecas de todas las galerías excepto de la quinta que no había, era una celda normal, como las demás, situada en la planta baja.

Lo único que la diferenciaba de las demás era el grado de intimidad que te proporcionaba poder estar solo en una celda, mientras que el resto de mis compañeros tenían que hacinarse en grupos de cinco o seis.

La celda en cuestión, eso sí, despedía todo el día un olor a papel viejo que sólo podía agradar a alguien tan cercano a las letras como a mí.

Durante el tiempo que estuve de bibliotecario, intimé con un personaje pequeño, barbudo y muy cachondo al que todos llamábamos “el Melilla”, porque era natural de esa parte del mundo.

Creo recordar que el tal “Melilla” era cabo de galería, eso sí, a pesar de todo era una buena persona y me comía la olla cada vez que podía para convencerme que él también era anarquista.

Pasamos largas horas juntos, porque a las diez de la noche, cuando encerraban a todos los presos en sus celdas, a nosotros nos dejaban abiertos hasta las doce de la noche.

El tal “Melilla” tenía la habilidad de tener cada día debajo de su cama un par de cubos con agua fresca llenos de cervezas y casi cada noche nos dábamos una fiesta; cuando él no podía conseguirlas, yo le pasaba dinero y se hacía con lo que podía.

Un día de verano, estando todavía en la biblioteca, cogí una infección, por comerme una lata de sardinas en mal estado. Por aquella época, debido al calor sofocante que hacía en la Modelo, usaba pantalones tejanos sin calzoncillos.

Un buen día, a la hora de la siesta, cuando me acababan de encerrar en mi celda, decidí hacerme una siestecita y cuando fui a bajarme los tejanos, un dolor agudo recorrió todo mi cuerpo, la piel de mi glande se había quedado adherida a la tela de mis pantalones.

Llamé urgentemente a la puerta de mi celda y me llevaron a enfermería; el doctor, quería recetarme unas pastillas blancas, de las que se usan en el ejército para todo, sin embargo, le rogué que me recetara seis inyecciones de mil doscientos miligramos de penicilina.

El preso que se encargaba de ponerme las inyecciones cada día, era un gitano que no sabía hacer la O con un canuto, pero que debía tener cierta

práctica porque no hacía demasiado daño. De todos modos, yo siempre llevaba un palo en la boca para morder por si las moscas.

Aquello de perder la piel del glande, era un engorro, en primer lugar porque mis compañeros se reían de mí diciendo que la próxima vez me fijara en qué culo la metía, aún sabiendo que ese palo todavía no iba conmigo. En segundo lugar porque cada vez que tenía ganas de orinar, tenía que ir corriendo a mi celda, prepararme una manzanilla hirviendo e introducir el miembro ejercitándome con pequeñas sacudidas hasta que se caía el vendaje y, una vez resarcida mi necesidad evacuadora, debía volver a untarme el glande con copiosas cantidades de crema y volver a vendar aquella maravilla que pensé estar a punto de perder.

En pocos meses tuve que abandonar la biblioteca de la galería, pues habían unos cuantos presos comunes que no eran de mi confianza y me agobiaban cada día diciendo que se tenía que hacer un túnel desde allí y que si yo no quería, que alguno de ellos conseguiría el puesto para tal menester, pero que para ello, antes, tenía que dimitir yo.

Me busqué una excusa tonta, le dije a Don José que tenía depresiones al estar solo por las noches, sin embargo, nunca se lo creyó, se imaginó que alguien me presionaba y accedió finalmente a mi petición.

En la biblioteca central, había un preso común que estaba por estafa. Era joyero y se dedicaba a sacar a la calle todo el oro que le pasaban los presos de los diferentes robos que cometían dentro, los fundía alguien en su joyería de la calle y volvía a entrarlo en oro bruto. Sus trabajos se los pagaban con cocaína y algunas veces con heroína. El tipo, sin embargo, la única droga que consumía era tabaco.

Tampoco se dedicaba a traficar con lo que le pasaban, tenía dinero suficiente como para no buscarse problemas.

Se dedicaba a regalarla a los amigos.

Durante algún tiempo, se dedicó a invitarnos cada tarde. Nos suministraba unas pequeñas rayitas que nunca me hicieron el efecto deseado.

Un buen día, me pasó la papelina y me dijo:

—Cuidado que ésta es más fuerte.

Descubrí en el interior de la papelina una sustancia de color marronáceo y yo que no estaba acostumbrado a ver asiduamente ese tipo de drogas, pensé que se trataba de una coca de primera calidad.

Harto de no encontrar el gusto en las pequeñas rayitas que él venía sirviéndome desde hacía un mes, decidí elaborarme dos grandes rayas de unos veinticinco centímetros cada una.

Necesité esnifar tres veces por cada orificio nasal y, cual fue mi sorpresa, al descubrir, justo en el momento en que estaba cerrando la papelina, como un sudor frío me subía desde los pies hasta la cabeza.

Sin pensarlo dos veces, sintiéndome profundamente mareado, atravesé toda la escuela y me dirigí a los lavabos, lugar en el que, al verme reflejado en el espejo, descubrí que mi piel se había vuelto mortecina.

Bebí toda el agua que cabía en mis pulmones, devolví lo que tenía dentro con una sensación placentera; estaba claro, aquello no era coca, sino caballo.

Como pude le dije a Don José que me encontraba mal, que

últimamente había tenido problemas con el hígado y le pedí permiso para irme a mi galería.

Justo en el momento en que accedió a mi petición, me desmayé y no recuperé el conocimiento hasta que unas horas después me descubrí tumbado en la cama de mi celda.

Mis compañeros me miraban bastante preocupados, mientras yo sentía un estado de bienestar como nunca antes, eso sí, me molestaba cada vez que pensaba en levantarme el hecho de que la cabeza me diera vueltas.

La sensación fue muy placentera, pero el estado en el que había estado, demasiado deplorable, teniendo en cuenta que a mí me gustaba más la fiesta movida que el amuermamiento, de modo que decidí no volver a probar nunca más el caballo.

De hecho, si hubiese sabido que aquello no era cocaína, no lo hubiese probado, o hubiese tomado menor cantidad, teniendo en cuenta mi pasión por probar los efectos de nuevas drogas, simplemente por el hecho de saber más.

Aquél año transcurrió más corto de lo que habían transcurrido los años anteriores, tal vez por mi dedicación casi completa a la biblioteca y seguro por las fiestas que nos corríamos cada sábado con chicha y cerveza.

Por fin iba a ser una persona condenada, no es que me hiciera ilusión pero al menos podía empezar a redimir mi pena por trabajo y acceder a los permisos de salida.

Llegó la sentencia del Tribunal Supremo igualita que como la habíamos recurrido.

Llevaba cuatro años cumplidos, con buen comportamiento, es decir, sin sanciones hasta la libertad, me quedaban sólo seis años.

Por aquellas fechas, una vez cada tres meses, venía un banco de sangre del Hospital Clínico; a cambio de ofrecer unos doscientos centímetros cúbicos de nuestra apreciada sangre, nos regalaban quince días de condena. Se trataba de un precio demasiado bajo, pero si conseguías dar sangre cada tres meses, suponían dos meses menos por año.

Si a eso le añadía los cuatro meses de redención especial que daban por cada curso académico aprobado, los seis años se podían convertir en algo más de cuatro.

40

Una vez condenados en sentencia firme por el Tribunal Supremo, nos quedaba la posibilidad de apelar al Tribunal de Estrasburgo, eso sin embargo, suponía destinar bastantes recursos económicos que ni nuestras familias ni la C.N.T. se podían permitir. Además suponía esperar unos dos o tres años más en situación de presos preventivos, es decir, sin redimir la pena por trabajo ni por estudios. De modo que decidimos empezar a cumplir en calidad de condenados.

Un buen día, el veintitrés de febrero de mil novecientos ochenta y uno,

cuando regresaba de mis labores en la biblioteca central de la Modelo, encontré a todos mis compañeros en profundo silencio y muy preocupados.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

—Que han dado un golpe de estado —me contestó alguien—. Pensé que me estaban tomando el pelo y me dirigí a mi celda.

Mis compañeros de celda estaban con las lágrimas a punto de saltar de sus pupilas, en la radio, las emisoras que funcionaban emitían sólo música clásica.

Fui recorriendo una a una todas las celdas en las que tenía compañeros y finalmente acabé convenciéndome de la veracidad del golpe de estado.

Estábamos todos muy preocupados porque sabíamos que si entraban en la prisión los militares golpistas y la Guardia Civil, íbamos a tardar pocos días en ser fusilados o pasados a garrote vil.

Nos quedaba sin embargo la esperanza de que los compañeros anarquistas de la calle, repitieran la azada del treinta y seis, asaltaran la prisión y nos liberaran. Era una esperanza bastante remota pero en algo había que confiar.

Aquél día, el jefe de galería que estaba de guardia era de la Asociación de Funcionarios Demócratas.

—¿Sabéis que si entra el ejército y la Guardia Civil es posible que os fusilen? —nos preguntó.

—Sí, ya lo suponemos.

—Estoy de vuestro lado, pedirme lo que queráis.

Le pedimos que durante aquella noche no cerrara nuestras celdas y que nos proporcionara cuchillos y espadas de los que encontraban en los cacheos y que sabíamos que estaban guardados en los sótanos de la galería.

Decidimos oponer resistencia si entraban a matarnos, a nosotros nos matarían a todos pero teníamos la clara intención de por lo menos, llevarnos cada uno a un par por delante. Estábamos dispuestos a morir matando.

Llegó la hora de cerrar las puertas de las celdas, el jefe de galería cumplió lo prometido y nos permitió que nos agrupásemos todos en tres celdas contiguas.

Con las puertas semi abiertas, podíamos ver el centro de la prisión y la puerta de entrada a la galería, de modo que, sobre las doce de la noche, pudimos ver claramente como los jefes de servicio y de centro de las tres guardias y unos cuantos funcionarios fascistas, celebraban con cava el golpe de estado.

Pasamos la noche en vela sin fumar un solo porro, debíamos tener las mentes despejadas por si asaltaban la prisión. La radio siguió toda la noche emitiendo música clásica.

Hacia el amanecer, un parte radio fónico anunciaba que se había desmantelado el golpe de estado y que la situación del país volvía a la normalidad.

Dos días después nos enteramos a través de nuestros abogados que todos aquellos compañeros en los que habíamos querido confiar nuestra liberación, habían huido a Francia.

También nos comentaron que el penal de Segovia había sido tomado por la Guardia Civil dos horas después del golpe y que nuestros compañeros estaban sufriendo unas terribles diarreas a causa del pánico que produjo la

situación.

Seis meses después de tener la sentencia firme, el equipo de tratamiento de la prisión debía clasificarnos en alguno de los tres grados penitenciarios.

Al parecer, y debido a cuestiones políticas, en La Modelo, no se atrevían a clasificarnos, de modo que nos enviaron a todos a Carabanchel.

A Armando y a mí, no sé por qué cuestión decidieron llevarnos a la Central de Observación, un departamento que se hallaba muy cerca de la prisión provincial de Madrid.

Mientras tanto, pasamos una temporada en la tercera galería de Carabanchel.

Era una época dura. La planta baja, el primer piso y la mitad del segundo estaban ocupadas por presos comunes; el ala derecha de la segunda planta y toda la tercera planta, estaban ocupadas por presos políticos, anarquistas, Grapos, Earras poli—milis, Earras militares, Grupos Autónomos del País Vasco, independentistas catalanes...

Se trataba de una época dura en el sentido de que casi cada día había reyertas entre los presos comunes.

Paseábamos por el patio y podíamos darnos perfecta cuenta como alguien llevaba una espada escondida debajo de la chupa y se dirigía directamente a otro para clavársela hasta el fondo.

Había incluso algunos presos que practicaban grandes orificios en el filo de los espadas y cuchillos, con la única intención de arrancar las vísceras del agredido una vez extraída el arma de su cuerpo.

Los apuñalamientos se debían únicamente a cuestiones de tráfico de drogas en el interior de la prisión, ajustes de cuentas entre bandas mafiosas y sobre todo, la cuestión del machismo y la hombría como características fundamentales de la mayoría de los presos madrileños, situación ésta, que se daba en bastante menor medida entre los presos catalanes.

Un buen día, un compañero de Grupos Autónomos Anarquistas, consiguió fugarse a través de una comunicación de “bis a bis”. La fuga fue fácil, simplemente se fue él a la calle y se quedó dentro su hermano gemelo que al día siguiente se personó en el centro de la prisión para decir que no era él el que debía estar en prisión sino su hermano.

Le tomaron las huellas dactilares y, efectivamente, comprobaron que quien debía estar dentro, se había fugado en sus propias narices.

No tuvieron más remedio que liberar al hermano, pero cuando atravesaba la puerta de salida de la cárcel, lo esperaba la policía secreta y se lo llevaron directamente a comisaría, donde fue torturado brutalmente durante tres días, a pesar de que no pudieron sacarle nada porque desconocía absolutamente el paradero de su familiar.

Un buen día, a través de los altavoces de la cárcel, descubrimos que Joaquín Gambín Hernández estaba preso en Carabanchel, eso sí, en la galería de los protegidos.

Algunos compañeros comunes, nos propusieron ir a la galería de protegidos y asesinarlo, pero como eso muy posiblemente hubiese supuesto una nueva condena para nosotros, desestimamos la propuesta y los convencimos para

que no le hicieran nada.

Uno de nuestros abogados vino a vernos a Carabanchel y nos comentó que Gambín había solicitado la defensa de otro de los abogados del caso, pero no sabía si aceptar o no.

Le propusimos que aceptara su defensa pero que vinieran de nuevo a Carabanchel y se lo montaran de tal modo que pudiésemos coincidir con él en el locutorio de abogados.

Así lo hicieron, unas semanas después, volvíamos a vernos las caras con Gambín, después de cuatro años sin saber nada de él.

Cuando nos vio en el locutorio se puso blanco como el papel de fumar y nos juró por su madre y su padre que iba a decir toda la verdad.

Unas semanas más tarde, INTERVIU publicaba una carta de Gambín enviada al Juez, a través de la cual, desvelaba todo el montaje policial del Caso Scala, sin embargo, no pudo dar datos de quienes habían sido los autores del atentado, porque seguramente, él tampoco lo sabía.

Cuando llevábamos unos cuatro meses en Carabanchel, llegó nuestra orden de traslado a la Central de Observación.

Se trataba de una prisión muy pequeña, con una capacidad para unos treinta presos.

Las celdas eran individuales, parecían grandes habitaciones de hospital, forradas hasta el techo con azulejos blancos, camas de hierro con palanca para poder dormir en tres posiciones diferentes, taquillas para la ropa y una mesa camilla tipo hospital.

El patio era una verdadera maravilla, estaba lleno de árboles y césped, por doquier había flores de las más diversas especies.

En aquel idílico lugar, casi cada día, de lunes a viernes tenías entrevistas con los profesionales del centro; había una asistente social, un psicólogo, un neurólogo, un criminólogo, un educador social y un maestro.

Había entrevistas habladas, pruebas de tests psicotécnicos, pruebas de habilidad con el pulso que a mí, debido al temblor de mis manos, me fallaban continuamente.

Durante el mes que pasé en la tranquilidad de aquel centro, me leí los cuatro libros de “El cuarteto de Alejandría” de Lawrence Durrell y me pareció una novela maravillosa, a través de la cual compuse una pequeña colección de poemas.

En mi estancia en aquel lugar, conocí a uno de los falangistas condenados por el asesinato de los abogados de la calle Atocha (Madrid), no tuve sin embargo, relación con él, porque a los dos días de verme un compañero común pasear con él por el patio, me informó de quien se trataba.

Transcurrido el mes de observación, el criminólogo del centro, nos llamó a Armando y a mí y nos introdujo en su despacho.

—Como sabéis —nos dijo— el equipo de observación está compuesto por siete profesionales; después de los estudios que hemos realizado con vosotros, hemos llegado a la conclusión de que sois personas totalmente normales y que estáis totalmente rehabilitados.

—Estamos rehabilitados desde antes de que nos detuvieran —le corté.

—En el equipo —continuó—, tres especialistas consideran que sois merecedores de una primera clasificación en segundo grado, otros tres consideran que sois merecedores del tercer grado, pero en el equipo somos siete y yo soy el director del equipo.

Falta mi decisión —continuó tras encender un cigarrillo—, si firmáis un documento por el cual reconocéis haber cometido el atentado contra la sala de fiestas Scala y os arrepentís, mi votación será a favor de tercer grado y este mismo fin de semana podréis disfrutar del primer permiso de dos días.

—¡Métete el tercer grado por el culo, cabrón de mierda! —le dije—. Ni en el juicio nadie ha podido demostrar nuestra participación en el atentado, ni tú con tu asqueroso chantaje lo vas a conseguir. No podemos firmar algo que no hemos hecho y desde luego, no podemos arrepentirnos de eso que no hemos hecho.

Se enfadó de tal manera, que ese mismo día estábamos de nuevo en la tercera galería de Carabanchel.

41

De nuevo, después de un mes de relax en la central de observación y de haberme tragado los cuatro tomos de “El Cuarteto de Alejandría” de Lawrence Durrell, me encontraba de nuevo con el resto de mis compañeros presos.

Ahora que estaba clasificado en segundo grado, sólo me faltaba saber a qué penal me iban a enviar para cumplir el resto de la condena; de todos modos, confiaba estar algún tiempo en la tercera galería de Carabanchel que, si bien seguía siendo dura en cuanto a las relaciones entre los propios presos comunes, los políticos o terroristas —como nos llamaban—, no lo pasábamos del todo mal, sobre todo teniendo en cuenta que entre nosotros no había peleas ni navajazos y a que cada vez que los funcionarios pretendían putear a cualquiera de nosotros, dábamos la cara como una piña, no se atrevían con nosotros, pues ya estaban acostumbrados a nuestro sentido solidario.

Los días pasaban con prácticamente las mismas actividades. Para mantenernos en forma, jugábamos cada día a fútbol entre nosotros y hacíamos gimnasia, sobre todo por las mañanas.

No llevaba una semana en Carabanchel, cuando decidieron que se terminara mi alegría; habían decidido enviarme al penal de Segovia.

Allí lo iba a pasar mal, el “nazi” debía seguir de jefe de servicios y me la había jurado antes de que me trasladaran a la Modelo de Barcelona para la celebración del juicio.

Mi madre iba a tener que moverse para que pudiera salir de allí, todas las esperanzas las tenía depositadas en ella, en su saber hacer y en los contactos que había ido adquiriendo durante su permanencia en la presidencia de la Asociación de Apoyo a Presos.

Unas dos horas después de salir de Carabanchel, mis pies ponían rumbo hacia la primera galería del penal de Segovia.

Efectivamente, el “nazi” estaba de jefe de servicios y aquél día, aunque no le tocaba trabajar, había decidido acudir a la prisión para darme la malvenida.

—¡Hombre, Cañadas, otra vez por aquí! ¡Y esta vez condenado!

—Por desgracia para ti, no vas a tener la suerte de verme durante mucho tiempo, voy a pedir el traslado al infierno si hace falta.

—Bueno hombre, no se ponga así, cualquiera diría que aquí lo tratamos tan mal.

Después de los cacheos reglamentarios, me condujeron a la primera galería, donde se hallaban algunos de mis compañeros anarquistas.

El hecho de que no me apeteciera estar en Segovia, no quitaba para que me sintiera contento de volver a ver a mis compañeros.

—Ten cuidado —me dijo el Boti—, las cosas han cambiado bastante. Desde el intento de golpe de estado de Tejero, se han crecido estos cabrones y nos tienen muy puteados, no paran de perseguirnos y de provocarnos. No nos dejan estar a más de tres reunidos en una celda. Y sobre todo ten cuidado con el Julián y con el “nazi”, pues andan diciendo que no te van a dejar en paz.

—Bueno —le dije— espero estar poco tiempo aquí.

—Más te vale, pero mientras no te vayas ándate con pies de plomo.

Una vez ubicado en mi celda, de nuevo volvía a compartir estancia con mi inseparable amigo Boti, coloqué mis pertenencias en la taquilla que me correspondía y me dispuse a escribir a mi madre, a explicarle las ganas que aquí me tenían los funcionarios y que algunos de ellos, los más fascistas, habían decidido amargarme el resto de la condena.

A los pocos días recibí una carta de mi padre, había hablado con diputados del PSUC y le habían dicho que si yo quería, podían iniciar gestiones para llevarme a una prisión nueva de Valencia, en la que tenían compañeros del partido y así podría estar más cerca de la familia.

Le contesté diciéndole que adelante, no tenía demasiadas alternativas, o me quedaba en Segovia para que me putearan o salía de allí a cualquier otro lugar donde no estuviera el “nazi”. De todos modos, he de reconocer que nunca tuve demasiadas esperanzas en las buenas palabras que algunas personas del PSUC le decían a mi padre, más por quedar bien con él y hacer ver que se preocupaban por su hijo.

Mis esperanzas seguían puestas en lo que pudiera conseguir mi madre.

Los días iban pasando y las provocaciones se iban sucediendo una tras otra. Era humillante aguantar pasivamente aquellas constantes provocaciones.

Decidí jugar al ratón y al gato con los funcionarios, sobre todo cada tres días, cuando entraban de guardia el “nazi” y el Julián. Hacía cosas que rayaban la legalidad establecida y eso les hacía ponerse nerviosos.

Un buen día, el “nazi” me llamó a la oficina del centro.

—Está jugando demasiado con nosotros, pero esto se le va a acabar, no le vamos a dejar pasar ni una sola. A la mínima que haga, lo mando

directamente a Ocaña I con recomendaciones para que le apliquen el primer grado riguroso.

Me fui a mi celda y ni corto ni perezoso empecé a redactar una instancia dirigida al juzgado de Barcelona que me había condenado pidiendo protección judicial, explicando paso a paso las amenazas y las humillaciones que había recibido durante mi corta estancia en Segovia.

Al día siguiente comunicaban unos compañeros de Madrid con sus familiares y les di la instancia para que la hicieran llegar por carta al juzgado número 2 de Barcelona.

Dos días después, cuando el “nazi” volvía a estar de guardia, le entregué una copia personalmente para que el centro le diera curso legal.

A cada párrafo, en los que aparecían continuamente su nombre y apellidos y los del Julián, su cara iba adquiriendo la tonalidad del papel, era como si el blanco se le fuera reflejando línea a línea.

—No sé si le vamos a dar curso —me dijo sonriendo.

—Haz lo que quieras, de todos modos, ya debe estar a punto de llegar a Barcelona, salió hace dos días a través del locutorio de comunicaciones.

De repente, el blanco de la cara se le transformó en rojo intenso, había mutado en segundos, como los camaleones.

Con la tranquilidad que me proporcionaba el saber que la instancia pidiendo protección judicial ya debía estar en Barcelona, y el saber que no tardaría demasiado tiempo en estar en aquella cárcel, me dediqué de nuevo a jugar al ratón y al gato.

No podía soportar que nos humillaran de aquella manera. No entendía por qué no podíamos estar más de tres en una celda y me saltaba la norma rayando la ilegalidad. Cogía una silla, abría la puerta de una celda y me sentaba en el pasillo a hablar con los compañeros de dentro de la celda, sólo lo hacía cuando ya había tres dentro.

—¿Sabe que no se pueden reunir más de tres personas en una celda? —me decía el funcionario de turno.

—Ya lo sé —le contestaba— pero si todavía no es usted miope se dará cuenta que estoy fuera de la celda.

—Cañadas, no me vacile, sabe usted muy bien lo que le estoy diciendo.

—Y usted también sabe muy bien que no estoy haciendo nada ilegal.

Me la jugaba, ellos hacían la ley y yo les buscaba la vuelta, era la única manera que tenía para pasar los días un poco más divertidos y, de alguna manera pretendía demostrarles que conmigo no habían acabado y no iban a poder acabar nunca.

Aquella situación me encantaba, los sacaba de sus casillas y nada me podían hacer, bueno, podían hacerme lo que quisieran, me tenían en sus manos, pero tanto el “nazi” como el Julián pretendían que me pasara la raya de la legalidad para hundirme durante el resto de mi condena.

Si algo había aprendido durante esos cuatro años que llevaba preso, si es que realmente había aprendido algo, era a no pasarme más de la raya, a mantener mi batalla personal, que no era otra que la defensa de mis derechos humanos.

A los veinte días de mi llegada a Segovia, recibí por carta los primeros frutos de la movilidad de mi madre.

—He estado hablando con los responsables de Instituciones Penitenciarias del PSOE y les he contado tu caso, la persecución de que eres objeto por parte de los funcionarios de Segovia.

Me han dicho que si quieres te pueden trasladar a Ocaña II, una prisión nueva que sólo lleva un año en funcionamiento. En unos días te enviaré el proyecto que los socialistas están llevando a cabo en esa nueva prisión, al parecer están intentando que sea lo más abierta posible, lo más parecida posible al segundo grado penitenciario sueco.

Le contesté inmediatamente, a vuelta de correo, pidiéndole que me enviara el proyecto y, una vez estudiado, decidiría.

Ese día estaba de guardia el “nazi”.

—¡Hombre, Cañadas, parece que su madre se está moviendo rápidamente, eh!

—¡Vaya, violación de correspondencia sin permiso judicial! —le dije.

—No sé si va a servir de mucho lo que está haciendo su madre. Le tengo tantas ganas que por las noches no duermo pensando cómo buscarle la vuelta para arruinarle la existencia.

—Pues yo duermo de puta madre sabiendo que te vas a comer una mierda —le contesté sarcástico.

En cuanto salió de mi celda, empecé a escribir una denuncia por violación de correspondencia sin permiso judicial. Era domingo, el lunes la sacaría por locutorio de comunicaciones a través de los compañeros de Madrid y esperaría al miércoles para entregársela personalmente al “nazi”.

El pobre hombre volvió a ponerse de todos los colores cuando el miércoles le entregué la denuncia advirtiéndole que el lunes había salido camino de Barcelona por locutorio de comunicaciones. Se la volvía a pegar por el mismo sitio y eso no podía soportarlo.

42

Una semana más tarde recibía de mi madre el proyecto de los socialistas sobre el funcionamiento de Ocaña II.

Si todo aquello era cierto, podía empezar a ver cielo abierto para el resto de mis días de condena.

La nueva prisión se dividía en módulos, según el tipo de delito cometido, se trataba de aquél discurso secular de separar a los presos según el delito cometido para poder establecer mejores canales de reinserción.

A los tres meses de estar en esa prisión, podría salir de permiso progresivamente, primero dos o tres permisos terapéuticos, es decir, acompañado por un educador y, después del tercero, los treinta y seis días de permiso al año repartidos en periodos de seis días.

Hablaban de un gran taller super moderno con máquinas fresadoras, tornos... Comentaban las actividades previstas para el magnífico polideportivo con pistas de no sé cuántos deportes diferentes. Hablaban de talleres de teatro, fotografía, manualidades, cuyos profesionales eran monitores de la calle, educadores y psicólogos en su mayoría.

Parecía demasiado bonito para ser verdad.

—¡Más vale malo conocido que bueno por conocer! —me decían los colegas.

Pero yo, por aquella manía mía de llevar siempre la contraria y, sobre todo por mi necesidad inapelable de alejarme lo más posible de Segovia, quise creer que el PSOE, recién ascendido al poder, iba a cambiar la situación de las cárceles, las iba a humanizar.

Ese mismo día escribí a mi madre diciéndole que estaba dispuesto a ir a Ocaña II.

Los días en Segovia se iban sucediendo con el mismo aburrimiento de siempre, con esa exasperación que acaba produciendo el saberse perseguido constantemente en aquella cárcel tan pequeña, la “caja de cerillas” la llamábamos.

Los días que no estaban de guardia el “nazi” ni el Julián, no los pasaba tan mal, los funcionarios nos perseguían a todos por igual, el acoso no era especialmente sobre mí y eso me dejaba respirar un poco.

Los nervios me comían por dentro esperando el tan deseado traslado a lo desconocido, pero me los guardaba para cuando estaba encerrado en la celda con mi colega Boti. Nunca les di el placer a los funcionarios de que me vieran ansioso. No podía permitirme que pretendieran creerse ganándome terreno en lo emocional, tenía que seguir firme, aguantando estóicamente.

Me fastidiaba tener que dejar a mis compañeros en aquella situación tan desesperada, pero tenía que continuar el camino que había decidido después de que me condenaran en sentencia firme, tenía que empezar a buscarme la vida por mi cuenta, sin hacer daño a nadie, eso por descontado. Tenía que irme de allí, escapar, sinó estaba perdido.

La época de los intentos de fuga ya había pasado a la historia, las huelgas de hambre que de nada habían servido, a excepción de la de los veintitrés días de Segovia, también tenían que pasar a la historia. Debía empezar a comportarme lo menos agresivamente posible, eso sí, nunca bajaría la guardia en cuanto a la consecución de mis derechos y por descontado, nunca, ni en los momentos de más desespero, debía demostrarles que estaban acabando conmigo.

Diez días después, llegaba mi orden de traslado a Carabanchel. Mi madre se había encargado no sólo de conseguir que me llevaran a Ocaña II, sinó que también había conseguido sacarme de Segovia en el menor tiempo posible.

El “nazi” y el Julián se subían por las paredes en cuanto se enteraron de mi muy próximo traslado a Carabanchel.

—¡Se ha salido usted con la suya! —me dijo el Julián.

Me limité a contestarle con una gran sonrisa.

—¿Ya lo sabe tu amo? —le dije refiriéndome al “nazi”.

—¡Sí, ya lo sabe!.

—Dile que espero que venga a despedirme, como hizo para recibirme,

tengo unas palabras de consuelo para él.

—¡No cante victoria, el mundo es un pañuelo y a lo mejor pido traslado a la cárcel que vaya usted!.

—¡Ya, y vas a dejar el concesionario de coches! O es que te crees que a nosotros no nos llegan las informaciones —ironicé como él.

—¡Ándese con cuidado que aún no se ha ido! —me dijo amenazador.

—¡A sus órdenes! —le contesté cuadrándome como si estuviera haciendo el servicio militar.

A partir de ese día, mi conducta fue casi militar, en cachondeo evidentemente.

Durante los recuentos, seis al día en la planta baja, me cuadraba en posición de firmes con una sonrisa de oreja a oreja y, después de contarnos, saludaba con la palma de la mano hacia abajo en la frente, no sé cómo se llama tan estúpido saludo porque nunca he hecho la mili.

Tenía necesidad de cumplir todas las normas a rajatabla, incluso pasándome en el cumplimiento de las mismas, eso sí, siempre con una sonrisa que me llenaba toda la cara.

Disfrutaba tanto cada vez que durante aquella semana tenían guardia el “nazi” y el Julián que, incluso morbosamente, debo reconocer que aquellos fueron los mejores días de aquellos casi tres meses que pasé en Segovia por tercera y última vez.

Los compañeros disfrutaban también viendo las caras de impotencia de aquellos dos boqueras.

Aunque los días se me hacían agradables viendo sus caras, las noches pasaban interminables, no dormía deseando salir de allí cuanto antes, pues no tenía claro que no montaran alguna treta para inculparme y vengarse.

Nunca entendí aquella especie de odio que sentían hacia mi persona, la verdad es que nunca les hice nada, a parte de vacilarles cuanto pude, tanto en esta ocasión como la primera vez que estuve, antes del juicio.

43

or fin llegaba mi traslado a Carabanchel.

El “nazi”, como era de esperar, no vino a despedirse, pero se había encargado de dar las órdenes pertinentes para que me hicieran un cacheo lo más denigrante posible, hasta me hicieron hacer flexiones desnudo, cosa que nunca me había sucedido en Segovia, y además, se había reservado una sorpresa para mi llegada a Carabanchel.

Una hora y media poco más o menos de viaje, en un furgón de la guardia civil, con las manos esposadas atrás, supongo que también como despedida del “nazi”.

El furgón era ultramoderno y ultra seguro, del mismo tipo que me había llevado de la Modelo a Carabanchel y luego al antro del que ya había salido.

No vi la calle en todo el trayecto hasta Madrid. El furgón estaba lleno de pequeños compartimentos de hierro para dos personas, desde el que no se veía ni la calle ni el pasillo, la puerta era de cierre electrónico. Valía más la pena no pensar en un hipotético accidente que, podía costar la muerte de todos cuantos viajábamos allí dentro.

No pude ver a nadie, pero por las voces, supe que no viajaba solo.

Una vez en Carabanchel, después del pertinente y rutinario cacheo que se hacía al salir o entrar de cada prisión, me condujeron a la sexta galería, la galería de tránsito, es decir, la galería en la que temporalmente alojaban a los presos que pasaban por allí por pocos días para ir definitivamente a cualquier otra prisión del Estado. En esa galería también se hallaban los protegidos de los funcionarios, chivatos violadores, defraudadores de hacienda, estafadores ricos y policías corruptos principalmente.

—¿Me llevan mañana a Ocaña II? —pregunté a un funcionario de la galería—

—No lo sé —me contestó.

—¿Podría averiguar si me trasladan mañana o cuando me van a trasladar?.

—Veré qué puedo hacer —me dijo para que descubriera que no tenía intención de hacer ninguna averiguación.

Me instalaron en una celda para mí solo, los demás que venían en el mismo furgón que yo fueron alojados de dos en dos o de tres en tres.

Dejé mis pertenencias en la celda de la planta baja que me habían asignado y me dispuse a pasear solitario de un extremo a otro de la larga galería.

Llegó la hora de comer, y como los presos en tránsito no teníamos derecho a ir al comedor con el resto de los presos, nos sirvieron las bandejas de comida en nuestras propias celdas.

Después de comer, como de costumbre, las dos horas de siesta. Tanto si querías hacer la siesta como si no, te encerraban en la celda. Posiblemente eran las dos horas de siesta de los funcionarios, tan cansados como debían estar de ese duro oficio de girar llaves en cerraduras de hierro.

Una vez terminado el periodo de dos horas encerrado en mi celda, empezaron a abrir las puertas para iniciar el primer recuento de presos de la tarde.

—¿Sabe porqué estoy en esta galería y no en la tercera con el resto de mis compañeros políticos? —le pregunté al funcionario que abrió mi puerta.

—Tengo orden de dirección de que permanezca incomunicado del resto de sus compañeros —me dijo— creo que la orden procede de Segovia.

Por lo visto el “nazi” no se había quedado tranquilo con el trato denigrante a la salida de su mazmorra segoviana.

—Oiga, yo no tengo sanciones, quisiera hablar con el director —le dije al mismo funcionario.

—Veré qué puedo hacer después del recuento —me contestó.

Un cuarto de hora después sonaba el timbre de conformidad de recuento y empezaban a abrirse todas las puertas.

De pronto cesó el ruido metálico de las puertas al abrirse y empezó el murmullo de los presos paseando por la planta, mientras yo, sin saber porqué, seguía encerrado en mi celda.

Esperé unos diez minutos y como no me abrían empecé a patear la puerta de hierro.

Un cuarto de hora de patadas sirvieron para que tres funcionarios la abrieran y entendieran mi estado de ánimo.

—¿Qué coño le pasa? —dijo el más enano y chulo.

—Que no entiendo por qué me dejáis encerrado.

—Mira capullo, tienes suerte, coge tus cosas que te vas a la tercera. Lástima que no te quedes unos días con nosotros, te ibas a enterar de lo que les hacemos a los que patean puertas.

—¡Bueno, menos mal! —les dije—, parece que el “nazi” no tiene influencias en todos los infiernos..

Una vez en la tercera galería, me instalaron en una celda del final del pasillo derecho de la segunda planta. Todo ese pasillo y los dos de la tercera planta estaban ocupados por presos políticos, de ETA(pm), de ETA(m), del GRAPO, de Comandos Autónomos Anticapitalistas, de Grupos Autónomos Libertarios, de CNT y algunos del PCE(i).

Según la Constitución de mil novecientos setenta y ocho, éramos considerados terroristas, pero como la Constitución también en esto mentía, seguíamos siendo presos políticos de la floreciente mentira democrática española; a diferencia de los libertarios, que nos considerábamos a nosotros mismos como presos sociales y nunca reclamamos el estatuto de preso político.

En unos minutos, después de colocar mis pertenencias en la taquilla de la celda, me dirigí a la tercera planta, en la que se encontraban el resto de mis compañeros libertarios.

En una celda me ofrecieron kékfir, en otra chicha (vino de manzana en fermentación), en otra un par de porros y en otra me proporcionaron hilo de cobre, celo, un portalámparas y una bombilla de cien vatios.

Una vez en mi celda, confeccioné un circuito con el hilo de cobre pegado a la pared con el celo, para instalarme la bombilla en la cabecera de la cama, para leer por las noches con más comodidad y sobre todo para poder ver mejor las revistas pornográficas con las que me iba a masturbar día a día mientras estuviera allí.

Me dirigí de nuevo a la tercera planta, a una celda en la que los libertarios teníamos instalada una pequeña cocina eléctrica que habíamos comprado al recadero de la cárcel, en la que cada día nos hacíamos la comida.

Había un par de compañeros tomando café y me apunté a formar el trío. Un suculento y calentito café super prensado, totalmente negro y sin azúcar, como a mí me gustaba.

Después me dediqué a ir celda por celda para saludar al resto de los compañeros.

Allí estaban mis dos compañeros de causa, Pedro y Armando, les comenté lo de las gestiones que estaba haciendo mi madre para que me llevaran a Ocaña II y le dije a Armando que se pasara por mi celda, que le dejaría el proyecto de la nueva cárcel.

Pedro no podía venir con nosotros a Ocaña II porque era mayor de edad, de modo que le dije que por él no podía hacer nada.

Les informé también de lo mal que estaban las cosas por el penal de

Segovia y les pedí que hicieran lo posible por no volver allí, pues el “nazi” les tenía a ellos la misma manía que a mí.

Armando me acompañó a mi celda y le dejé el mamotreto del proyecto de Ocaña II.

—Ya te diré algo cuando lo lea —me dijo.

—No tardes mucho para que pueda comunicárselo a mi madre y se mueva también por ti —le dije.

—Nunca nos hemos fiado de las cárceles nuevas —me espetó.

—Ya, pero esto o Segovia, para que el “nazi” y el Julián nos busquen la ruina.

—Bueno, lo leeré —me dijo saliendo de mi celda con el mamotreto del proyecto debajo del brazo.

Llegaba la hora de la cena y me dirigí a nuestra comuna, es decir, a la celda que teníamos habilitada para hacernos las comidas.

Pedro había cocinado un succulento pisto y devoré mi plato demostrando a todos el hambre voraz que había pasado en Segovia.

Después de cenar fui a la celda de unos compañeros que me habían invitado a tomar un vaso de kékfir y que además me iban a dejar unas cuantas revistas pornográficas.

—¡No te hagas muchas pajas que no vas a engordar nunca! —me dijo el “profe”.

—Tranquilo —le dije— una para gozar y otra para sobar, ya sabes mi lema.

—¡Te la meneas más que un mono, so cabrón! —me dijo el “profe” como despedida.

Dos días después, Armando me dijo que ya había leído el proyecto y que no es que se lo creyera, pero tampoco tenía demasiadas ganas de volver a Segovia.

—¿Le digo a mi madre que pida también tu traslado?.

—Bueno —me contestó sin demasiado ánimo.

Una semana después de mi llegada a Carabanchel, encontré una tarde a unos compañeros que discutían sobre el gato de los funcionarios.

—Son unos cabrones, lo azuzan para que se meta con nuestros gatos —decía uno.

En Carabanchel, todo el que quisiera podía tener en su celda un gato, una rata de laboratorio o un pájaro.

—Es una bestia increíble ese gato, más que un gato parece un caballo —comentaba otro.

—¿Secuestramos al gato? —comentó Pedro con todas las ganas de hacerlo.

—¡Pero tío, si hacen cacheo lo van a encontrar y al que se lo pillen se va a comer tres meses de celdas de castigo! —dijo otro.

—Pues nos lo comemos —repuso Pedro— no estaría nada mal una paella de carne, además los gatos están muy tiernos.

—¡Vale, nos lo comemos! —accedimos los demás.

Al día siguiente por la mañana, montamos un comando y nos dirigimos a la planta baja a la caza del gatazo de los funcionarios.

Tardamos una media hora en localizarlo. El muy desgraciado estaba arrinconando a una pequeña gatita de no más de dos meses.

—¡Si se la tira, la revienta! —dijo Pedro.

Ayudados de una manta carcelaria, nos abalanzamos sobre el desdichado. Como pesaba y se movía demasiado tuvimos que trasladarlo entre dos, tres pisos arriba, hasta una de las celdas de la tercera planta.

Teníamos que trabajar rápido, antes de que los funcionarios lo echaran en falta.

Le atamos una cuerda a las patas traseras, dos de nosotros, encaramados a una litera de tres pisos, agarrábamos con fuerza la cuerda; los compañeros empezaron a darle mazazos en la nuca, el gatazo no paraba de maullar y de moverse, no había manera de matarlo, al menos no con el método que estábamos utilizando.

Lo bajamos al suelo, le atamos las patas delanteras con las traseras, y entre dos, le metimos la cabeza dentro del water, hasta que pasado un corto tiempo dejó de moverse y pasó a mejor vida.

Lo despellejamos como mejor pudimos, ayudados por la experiencia de Pedro en despellejar conejos y gallinas, le sacamos las tripas y lo colocamos tras los barrotes de la ventana, para que pasara la noche a la intemperie y poder cocinarlo al día siguiente.

El día siguiente, los cinco que habíamos participado en aquella acción directa, nos despertamos temprano para descuartizar a la bestia y hacer de pinches de Pedro, nuestro gran cocinero.

—¡Qué bien huele, no! —decían los compañeros que se acercaban a la celda comuna sin saber que se trataba del gato.

—Paella de conejo —les decíamos sonrientes.

—¿De dónde habéis sacado el conejo si hoy no ha habido comunicaciones? —preguntaban los más curiosos.

—Nos lo han dado los funcionarios —contestábamos.

—¿Los funcionarios? ¡Ya, alguna gorda habéis montado!.

—Pasaros a la hora de comer que igual queda algo para vosotros.

Estaba buenísima aquella maravillosa paella de gatazo. Ese día descubrí que realmente la carne de gato es mucho más tierna que la de conejo.

Comimos unos catorce de aquella succulenta y opípara comida, cinco sabíamos que era gato, el resto no supo nada hasta después de los postres.

—¡Cabrones, os vamos a matar! —decían algunos que al parecer les daba asco el gato después de haberse relamido los dedos.

Otros no se lo creyeron hasta que pasada una semana, los funcionarios hicieron un cacheo en todas las celdas de la galería en busca de su mascota.

—¡Igual se lo ha comido alguien! —les decíamos sonrientes.

Yo no tenía gato en la celda, no quería ninguno a pesar de haber podido tener cuantos quisiese, pues sabía que no iba a tardar demasiado en irme a Ocaña II y no me lo podía llevar.

Tenía una rata de laboratorio, blanquita, con los ojos rojos y la cola rosa.

La tenía encima de la mesita de noche, a la altura de la cabecera de

mi cama, como era muy pequeñita, no se atrevía a saltar al suelo.

Cada día le ponía una barra de pan duro y ella se construía su casita. La pobre ratita debía estar harta de tener que construirse cada día el habitáculo, pero como esos animalitos son bastante marranos, cada día la barra de pan despedía un penetrante olor a orín y no era cuestión de soportar la situación, debía preocuparme por la salubridad de mi espacio.

Además de la barra de pan, cada día le daba de comer media manzana, que nunca llegaba a terminarse, pero yo se la cambiaba cada día porque por la noche ya estaba bastante oxidada.

Nosotros habíamos sido, si se quiere, bastante bestias matando al gatizo y comiéndonoslo, pero había gente mucho más bestia que nosotros.

A los gatitos pequeños, de pocas semanas, les ponían una gasa en la boca, cuando el pobre animal mordía aquél nuevo y desconocido objeto, tiraban con fuerza arrancándole todos los dientes a la pobre criatura. Los utilizaban como elementos de placer, para practicar el sexo oral.

Los practicantes de tal bestialidad, se ponían leche condensada o mermelada en el glande y se lo ofrecían al gatito desdentado. Éste lamía con gusto y, según contaban, proporcionaba una larga y plácida corrida.

Yo siempre preferí hacérmelo con la “alemanita” ¡Ale manita, ale manita...!, bien navegando con mi imaginación o bien ayudado por alguna revista pornográfica.

Un buen día, a media tarde, me llamaron a la oficina de los funcionarios, situada en la planta baja, a mano izquierda según se entraba en la galería.

—Recoja todas sus cosas, hoy duerme en la sexta galería.

—¡Y eso!

—Mañana se va a Ocaña II.

Bueno, por fin había llegado el día tan esperado, era una putada separarme de los compañeros, pues realmente me lo pasaba muy bien con ellos.

Era una lástima también tener que dejar a mi pequeña ratita, le había cogido mucho cariño.

Subí a mi celda, preparé mi equipaje y le di un par de besitos en los morros a mi linda ratita, la bajé a la planta y la dejé cerca de los contenedores de basura, por lo menos ahí no se moriría.

Me despedí de todos mis compañeros, uno tras otro, celda tras celda.

Bajé a la planta y dos funcionarios me acompañaron a una celda de la planta en la sexta galería. Me encerraron solo en una celda y al cabo de una media hora me trajeron la bandeja con la asquerosa cena de costumbre.

No entendía por qué en Madrid siempre había pescado, cuando no había mar y en Barcelona siempre había carne, pero las cosas eran siempre así.

Me despertaron sobre las seis de la mañana.

—Recoja sus cosas se va de conducción.

Me aseé lo más aprisa que pude, me vestí, metí mi saco de dormir en la mochila, me la cargué a la espalda y cogí las otras dos bolsas, una en cada mano.

Salí de la celda tras el funcionario, acompañando al resto de los presos que también salían en conducción con destino a otros muchos penales de la península.

Salimos de la galería, atravesamos el centro de la prisión y acabaron hacinándonos a los veinte en una pequeña celda hasta que llegara la guardia civil encargada de nuestro traslado.

Tres horas más tarde, sobre las nueve de la mañana, abrían la puerta de la celda.

—Salgan de uno en uno según vayan oyendo sus nombres.

Transcurría al menos un cuarto de hora entre las diferentes salidas de cada uno de los presos.

Una hora más tarde, por fin, oí mi nombre, Cogí mis pertenencias y seguí al funcionario, me entregó un bocadillo gomoso y una manzana oxidada.

En otro pequeño cuartucho me obligaron a desnudarme y a deshacer mi equipaje para el rutinario cacheo.

Uno de los guardias civiles que esperaban para mi conducción me hizo un ademán para que me acercara, tenía en la mano mi expediente con la “X” de peligroso en la tapa.

Me esposó con las dos manos a la espalda. Cargué mi mochila sobre un hombro y, como mejor pude, cogí las otras dos bolsas con las manos de la espalda. No me quedaban manos para el bocadillo y la manzana, de todos modos, esposado atrás, tampoco me los iba a poder comer, de modo que lo tiré a los pies del picoleto que me esposaba.

—¿Tienes hambre, perro? —le dije.

Me empujó con tan mala hostia que me las vi y me las deseé para no dar de morros contra el frío suelo.

Salí al patio exterior de la cárcel escoltado por cuatro guardias civiles con los dedos sobre el gatillo de sus naranjeros y apuntándome a la cabeza.

Dejé mi equipaje en el suelo, junto al furgón, y subí a éste hasta introducirme en el compartimento abierto para mí, me senté en el banco de hierro y se cerró la puerta automáticamente.

Ya no volvería a ver la luz del día hasta mi llegada a Ocaña II.

El camino no iba a ser largo, desde Madrid hasta cerca de Toledo.

Algo menos de una hora de recorrido y el furgón se detuvo, se abrieron algunas puertas y se aparearon unos cuantos presos.

Se trataba de Ocaña I, la prisión donde en mil novecientos setenta y nueve fui brutalmente torturado a petición expresa del “nazi” de Segovia.

Unos veinte minutos más tarde, el furgón inició de nuevo su marcha deteniéndose unos minutos después.

Se abrió mi compartimento y sólo me apeé yo.

Era Ocaña II.

Esposado aún con las manos a la espalda, cogí como pude mi

mochila y mis dos bolsas y me adentré hacia la puerta de la nueva prisión.

Desde el primer muro hasta el segundo había unos treinta y cinco metros. Traspasé las compuertas automáticas del segundo muro.

—¡Vaya, nos volvemos a ver de nuevo! —dijo un funcionario.

Aquello empezaba a no cuadrar con lo que había leído en el proyecto. Tanto é como su compañero eran dos de los funcionarios que me habían torturado en Ocaña I, la cárcel de al lado.

Seguramente, después de casi tres años, no me hubieran reconocido, pero al parecer habían recibido noticias del “nazi”.

—¡Recuerdos de don Herminio! —me dijo el otro sonriendo.

Me callé y empecé a pensar en la carta que le iba a escribir a mi madre una vez me instalaran en una celda.

Un guardia civil me quitó las esposas, no sin antes apretarlas para clavármelas en las muñecas.

—¡Desnúdate y haz diez flexiones! —me dijo uno de mis antiguos torturadores.

—¿Te acuerdas lo bien que las hacían en el otro lado? —me dijo el otro.

—¡Vístete!

—¡Deshaz el equipaje!

—¡Bien, bien, bien...! —dijo el más chulo— La mochila no entra, no sea que te ahorques con las cuerdas.

—No tengo ninguna intención de ahorcarme —respondí.

—¡Oye, imbécil! La próxima vez que me contestes te mando de una patada a Ocaña I...

—¡Míralo como se calla el muy cobarde! —dijo el otro.

—El saco no lo vas a necesitar para nada, ya verás lo comfortable que vas a dormir aquí.

Después de humillarme durante aproximadamente una hora, se cansaron y me hicieron asar al interior de la prisión a través de otra gran puerta automática, tras la que me esperaba otro funcionario.

Desde luego se trataba de una prisión nueva, de muy reciente construcción, el patio era de hormigón, de color verde, los muros eran de ladrillo visto, parecía una escuela de La Salle, las ventanas de las celdas eran bastante grandes, más que las de Carabanchel y para no olvidar que seguía siendo una prisión, tenían los correspondientes barrotes verticales y horizontales.

Me instalaron en una celda muy amplia, de unos veinticinco metros cuadrados, era la celda más grande que veía desde mi ya larga estancia en prisión.

Había una cama, una mesita de noche, una mesa escritorio adosada a la pared y un compartimento con mamparas donde se escondía el wc y el lavabo. La ventana era tan grande que me llegaba desde la cintura hasta el techo de la celda; había también un radiador de calefacción encendido.

Era el mes de enero de mil novecientos ochenta y tres, hacía bastante frío en Toledo; si me dejaban, iba a pasar la mayor parte del día al calor de aquél radiador.

Pensé que iba a estar tres días en el departamento de periodo, pues

era lo que estipulaba el reglamento penitenciario.

Bajé al patio y, tras hablar con otros presos descubrí que allí, en aquella prisión moderna, el periodo duraba algo más de un mes. Durante ese tiempo, el equipo técnico que hacía varias entrevistas y después de un minucioso seguimiento por parte de los funcionarios, decidían a qué módulo llevarte.

En el departamento de periodo sólo estábamos unos veinte presos, la mayoría por pequeños robos y algún que otro por estupefacientes.

Allí conocí a un preso de Barcelona que atracaba laboratorios farmacéuticos para conseguirse sus dosis de morfina, esos atracos eran un poco extraños, el colega era de familia adinerada, de modo que en cada atraco, pagaba los productos que se llevaba. A pesar de ello, lo condenaron a cuatro años, dos meses y un día “la yeyé” por cada atraco, además de dos años en cada uno por tenencia ilícita de armas.

Era una buena persona, el único en toda la prisión con el que podría hablar en catalán; nos hicimos amigos muy pronto.

Cuando tenía el mono, pedía en la enfermería un jarabe para la tos alto en codeína, se lo bebía de un trago; cada lunes conseguía su botella de jarabe.

A los pocos días nos hicimos amigos de unos de Zaragoza que recibían cada semana un paquete con huevas y mojama, y entre los cinco hacíamos pasar el hambre.

La comida era muy escasa y bastante mala, era la peor comida tanto en calidad como en cantidad que había probado desde mi ingreso en prisión.

Al segundo día de estar en aquella nueva prisión, me comunicaron que tenía una entrevista con la asistente social.

Crucé el patio y una de las dependencias anexas estaba la asistente, una chica joven, de unos veinte años, muy guapa y bastante maciza.

Después de algo menos de una hora durante la cual me hizo preguntas sobre mi condena, el tiempo que llevaba preso, la situación de mi familia y algunas otras preguntas, dio por finalizada la entrevista y me dirigí de nuevo al patio.

Ese mismo día un funcionario me dijo que le acompañara, que me iba a enseñar el polideportivo de la prisión. Lo seguí, atravesamos la primera puerta de salida y a través del rastrillo (espacio que separa los dos muros), anduvimos hasta casi el final del mismo.

Se trataba de un espacio totalmente nuevo, con una sola pista pero con materiales para jugar a diferentes deportes de pelota: boleibol, balonmano, básquet, fútbol sala. El pavimento era de madera y al lado derecho de la pista había unas graderías que, según el funcionario, debían servir para que nuestras familias pudieran asistir a los campeonatos que íbamos a jugar en la prisión.

Tras enseñarme los vestuarios y las duchas aún sin estrenar, me acompañó de nuevo al patio del departamento de periodo.

Después de comer, en mi celda, porque sólo había comedor para los presos que ya estaban en módulos, me dispuse a redactar mi segunda petición de indulto.

En mil novecientos ochenta y dos, cuando los socialistas ganaron las elecciones generales, algunos diputados se pusieron en contacto con nuestros

abogados y familiares. Sabían a ciencia cierta que nada habíamos tenido que ver con el incendio de la sala de fiestas SCALA de Barcelona; es más, sabían que todo había sido un montaje policial, pero no podían darnos la libertad sin más, la Constitución no lo permitía, de modo que nos recomendaron pedir el indulto, que nos iban a conceder a finales de ese mismo año.

Pedir el indulto significaba pedir perdón, arrepentirnos de algo que no habíamos hecho y así se lo hicimos saber a los socialistas.

Ya sabemos que no habéis sido vosotros –nos dijeron–, pero si no lo pedís, no os podemos conceder la libertad.

Ese año pedimos el primer indulto, el último consejo de ministros del año, no lo denegó.

Me disponía a redactar mi segunda petición de indulto, mas que nada para satisfacer a mi madre; después de todo lo que estaba haciendo por mí, se lo merecía y además, como nunca me ha costado demasiado trabajo escribir, pues así lo hice.

Después de las dos horas de encierro para la siesta, entregué la nueva petición de gracia al funcionario para que le dieran curso legal.

A las dos semanas de estar el periodo, llegó Armando procedente de Carabanchel.

—¿Sabes a quien me he encontrado en la puerta? –me dijo alarmado.

—¡Sí, a los dos boqueras que nos torturaron en Ocaña !! –le contesté.

—¿No era esta una prisión nueva y moderna?

—Sí, yo también lo creía. A lo mejor se han hecho socialistas –le dije con sarcasmo.

A las tres semanas de mi estancia en aquella nueva prisión vino a verme mi familia, hacía tres meses que no los veía, mis padres, mi abuelo el anarquista y mi compañera.

Unas semanas antes, sabiendo de su pronta visita, había solicitado comunicación “bis a bis” con mi compañera y me la habían concedido.

El espacio de visitas bis a bis parecía casi una habitación de hotel. Una cama de matrimonio, una mesita de noche y un lavabo con wc y ducha en el cuartito anexo.

Desde luego era la mejor habitación de bis a bis que veía desde mi estancia en las “casas rehabilitadoras del Estado”.

Nos dejaron estar juntos casi dos horas; casi dos horas haciendo el amor, después de casi tres meses sin verla..

Después estuve algo más de una hora hablando con los cuatro, en un locutorio de comunicaciones con teléfono, a través del que controlaban las conversaciones, pero que era bastante mejor que en el resto de prisiones, al menos se podía hablar sin gritar.

Una vez terminada la comunicación volví al patio de periodo.

Dos semanas después, salía finalmente de periodo y me ingresaban en un módulo.

Me dijeron que se trataba del módulo de los menos conflictivos y que si seguía con mi buen comportamiento, en un mes me iban a conceder mi primer permiso terapéutico y después de dos o tres de esos permisos, me dejarían ir a Barcelona durante seis días para que pudiera estar con mi familia y me pudiera ir

adaptando a la vida en la calle.

45

El módulo, espacio de mi nueva estancia, no tenía nada que ver con el espacio de periodo.

En los pasillos había cámaras de circuito cerrado, a través del que los funcionarios nos controlaban desde su centralita.

La celda medía unos seis metros cuadrados y dentro de la misma estaba la mampara con el lavabo y el wc. En la pared izquierda había una estrecha cama adosada a la pared, en la cabecera de ésta, una pequeña mesita en la que no había espacio ni para un folio de papel. La ventana era de escasas dimensiones, unos dos palmos de ancha y de alto desde mi cintura hasta el techo, con una peculiaridad importante, no cerraba bien, entre la hoja y el marco había un espacio de unos seis centímetros a través del cual penetraba el frío intenso de aquel febrero toledano.

El radiador estaba apagado y totalmente helado, después me enteraría que no lo encendían nunca por falta de presupuesto.

—Va a permanecer tres días encerrado, en periodo de prueba —me dijo el funcionario.

—¡Oiga! —me quejé— ¡Pero si ya he pasado cinco semanas en periodo!

—Pues por tres días más no le va a pasar nada.

—Pero allí salía cada día al patio.

—Pues aquí no ¿Tiene alguna queja?

Me entregó un papel.

—Tenga, estas son las normas del hotel —me dijo burlón.

Tenía que levantarme a las seis y media de la mañana, con la primera música que se oyera a través del hilo musical —habían pensado que era más terapéutico despertarnos con música—. En un cuarto de hora debía asearme, vestirme y hacer la cama de manera que no se percibiera ni una sola arruga.

Todo el tiempo que permaneciera en la celda iba a estar controlado por cámara.

Miré por las cuatro paredes y, efectivamente, encima de la puerta de entrada había una cámara con un led verde encendido.

¡Joder! A partir de ahora tendría que hacerme las pajas en el tigre (water).

Estaba totalmente prohibido tener revistas pornográficas, así como recibir de la calle cualquier libro, revista o publicación que no estuviera escrito íntegramente en español.

A las diez de la noche se apagaban las luces de las celdas.

Si estaba estudiando tenía que enviar una instancia a la dirección solicitando espacio en la sala de estudio común o en la escuela.

Como la comida del centro era suficiente y de calidad —eso decía el papel—, nuestras familias no podían enviarnos paquetes con comida, todo lo más, frutos secos sin cáscara.

Encerrado en aquella pequeña celda, a merced del frío helado que con la desaparición progresiva del sol iba entrando a través de la gran ranura de la ventana, permanecía embutido en un anorac y con las manos dentro de dos pares de guantes de lana.

De repente se abrió la puerta de mi celda.

—La cena —dijo el funcionario.

Se trataba de un plato de caldo frío, dos sardinas requemadas, un pedazo de pan y una manzana.

A las diez de la noche sonó a través del hilo musical la melodía que se había oído durante todo el día, la misma canción siempre de María Jiménez, esta vez anunciaba que en breve se apagarían las luces de las celdas.

Me metí en la cama, totalmente vestido, con el anorac, dos pares de calcetines, dos de guantes, las botas y un gorro de lana. Las dos mantas militares pesaban como condenadas y me costó bastante conciliar el sueño, teniendo en cuenta mi costumbre de dormir desnudo.

Los tres días de periodo en el módulo se me hicieron eternos, no podía soportar tener que pasar tanto tiempo a solas con aquel frío entumecedor sin estar sancionado, sin estar “teóricamente” en celdas de aislamiento.

Al cuarto día de estar encerrado en la celda, me dejaron salir al patio con el resto de los presos. Bueno, no me dejaron, me obligaron a salir.

Era obligatorio salir cada mañana a las siete menos cuarto al patio, a no ser que estuvieras enfermo y entonces te dejaban encerrado en la celda todo el día.

A esa hora de la mañana, el patio estaba totalmente helado, una gruesa capa de hielo cubría todo el pavimento; el patio estaba bordeado por un porche con columnas, pero era obligatorio pasear en círculo por encima del hielo.

Los funcionarios, resguardados del frío en sus garitas con calefacción —para ellos sí llegaba el presupuesto—, se divertían cada vez que alguno de nosotros resbalaba y caía sobre el hielo; se trataba de una forma más de humillarnos, de decirnos sin palabras que allí, en aquella nueva y moderna prisión seguíamos sin ser nada, sólo números, aunque tal vez ni eso.

Después de una hora larga de paseo sobre el hielo, haciendo lo imposible por no caer para no dar el placer de la risa a nuestros verdugos, se abrió la puerta del comedor y la María Jiménez, a través del hilo musical, anunciaba la

hora del desayuno.

Un vaso de achicoria frío, un pedazo de pan y un ridículo trocito de mantequilla que no llegaba ni para untar una punta del pan.

Media hora después, de vuelta al patio, donde el hielo empezaba ya a despedirse de nosotros.

Diez minutos más tarde se abría la ventanilla de economato, los que teníamos dinero –los menos— podíamos comprar tabaco, leche, yogures, sellos y sobres a un precio más caro que en la calle, excepto los sellos que llevaban el precio impreso.

Me acerqué a un grupo de presos que tenían buena pinta y que además estaban con el colega morfinómano de Barcelona y los maños de la mojama y las huevas.

—¿Siempre es así, o es que ha pasado algo? –pregunté.

—¡Uy, pues esto no es nada, espera a la tarde y verás! –comentó uno de ellos.

—Sí, siempre es así –sentenció otro— los funcionarios son todos rebotados de otras cárceles, todos están implicados en sumarios por torturas, los hay de Herrera de la Mancha, del Dueso, de Puerto de Santa María, de Huesca, de la quinta de la Modelo, hasta incluso de la de al lado –refiriéndose a Ocaña I.

—Pero tranquilo, que de diez a una se está bastante bien –dijo otro—, los funcionarios pasan de nosotros, son tres horas de actividades con educadores de la calle.

—¿Qué actividades hay? –pregunté.

—Fotografía, teatro, manualidades, relajación...

—¿Y la escuela, cuando la abren? –pregunté de nuevo.

—La escuela no la abren nunca, sólo pueden ir los de alfabetización o graduado, pero si estudias otra cosa, puedes pedir que te dejen ir a la sala de estudio, que es aquella de la esquina –comentó otro.

—¿Estás estudiando? –me preguntó uno con acento del norte.

—Sí.

—¿Qué estudias?

—COU

—¡Hombre, como yo y como éste! –me dijo señalando al que tenía al lado.

—¿Ciencias o letras? –me preguntó el otro.

—Letras.

—¡Qué lástima, nosotros hacemos ciencias!. Bueno, pide permiso que seguro que te lo conceden. Por lo menos estarás mejor que en el patio.

Al poco abrieron una sala con un letrero “SALA DE JUEGO Y LECTURA”.

Juegos no había, estaba prohibido jugar a cartas, al parchís, al dominó y hasta incluso al ajedrez, pues decían que podíamos jugarnos el dinero.

De lectura sólo había un ABC de dos días antes para todos y algún que otro DIEZ MINUTOS antiguo.

En la pared izquierda según se entraba a la sala de juego sin juegos, había una puerta de rejas, y tras ésta, un gran campo de fútbol de tierra con dos porterías reglamentarias aunque sin redes.

—¡No te emociones! Como mucho nos dejan jugar una vez cada quince días —me dijo uno que me estaba contemplando.

—¿Y al polideportivo, cuando nos dejan ir? —pregunté ingenuo de mí.

—Yo llevo aquí un año y sólo lo vi al segundo día de estar en periodo —me dijo.

Eran las diez de la mañana, como por arte de magia empezaron a desaparecer todos los funcionarios, los presos recobraban la sonrisa de saber que iban a pasar tres horas entretenidos con actividades diversas.

Los dos vascos que estaban estudiando COU se dirigieron a la sala de estudio.

—¿Quieres ver un laboratorio de fotografía dentro de una cárcel? —me dijo uno de los maños.

Le acompañé pensando que se trataba de una broma.

Me quedé estupefacto cuando vi aquel laboratorio, lleno de líquidos, papel fotográfico, cámaras, focos, trípodes y hasta incluso un cuarto oscuro para el revelado.

Me ofrecí como modelo a unos presos que estaban haciendo prácticas. Fueron las primeras fotos que legalmente enviaba a mi familia desde la cárcel.

Había enviado unas cuantas clandestinamente al poco de caer preso, desde la Modelo de Barcelona, en mil novecientos setenta y ocho, con una minicámara del tamaño de una caja de cerillas que nos habían pasado unos compañeros del

grupo francés Acción Directa, para poder preparar documentaciones falsas en caso que pudiéramos fugarnos.

Todavía la recuerdo, se trataba de una fotografía en el patio de enfermería, estaba bastante flaco, pues acababa de salir de una huelga de hambre de quince días..

Después estuve viendo el teatro, que era pequeñito pero de verdad, con su escenario y sus butacas de madera.

Después estuve en la sala de relajación, donde un grupo de presos, guiados por un psicólogo, hacían una terapia de grupo, todos en círculo y cogidos de las manos.

En otra sala de relajación, había colchonetas apoyadas en las paredes y algunos presos que se tiraban contra ellas o las golpeaban con los puños, al parecer, para descargar adrenalina.

A través de la ventana de esta última sala, se veía una especie de taller lleno de máquinas fresadoras y tornos, totalmente nuevas, sin estrenar.

Más tarde me enteré que nunca habían estado en funcionamiento y, durante los nueve o diez meses que permanecí allí, tampoco entraron nunca en funcionamiento.

Estaban de adorno.

De vez en cuando venían visitas de políticos del extranjero. Les enseñaban el magnífico taller y el polideportivo y se volvían a sus respectivos países maravillados del cambio brutal hacia la reinserción que estaban haciendo las prisiones españolas.

Supongo que nunca les enseñaron centros de tortura como la cárcel de al lado, o como Herrera de la Mancha, el Dueso, Puerto de Santa María,

Huesca, la quinta de la Modelo de Barcelona, Burgos...

No me apunté a ninguna actividad porque estaba dispuesto a pedir permiso para ir a la sala de lectura, a seguir con mis lecciones de COU a distancia.

A la una del medio día se acabaron las actividades, por arte de magia desaparecieron los educadores y los psicólogos y también por arte de magia, el patio se llenó de nuevo de funcionarios fascistas, casi todos con sus gorras de plato caladas hasta las gafas negras de sol y sus guantes de piel negros.

María Jiménez, de nuevo a través del hilo musical, anunciaba ahora la hora de la comida.

Había que hacer una larga fila de uno en uno, pasar por un estrecho pasillo, coger la bandeja plástica de compartimentos, el mendrugo de pan, el vaso de agua, el primer plato, el segundo plato, el postre y derechito a un espacio vacío en alguna de las mesas.

Caldo frío, un diminuto trozo de carne al estilo suela de zapato y una manzana.

Como mucho, el coste de aquella comida era de ciento cincuenta pesetas, sumándole las setenta y cinco del desayuno y las ciento cincuenta de la cena, daban un total de dos mil quinientas pesetas que le constaba al ministerio como alimentación diaria de cada preso.

O en el ministerio no sabían sumar o se estaban llenando algunos bolsillos.

Después de la comida, como de costumbre, las dos horas de siesta en aquellas diminutas y heladas celdas nuevas.

Por la tarde, los funcionarios no paraban de meterse con nosotros, nos provocaban para humillarnos, con la intención de sancionarnos si les contestábamos.

Empecé a enterarme por algunos presos que llevaban allí algo más de un año, que la parte de los permisos de salida del proyecto que me mandara mi madre, también era mentira.

En segundo grado, no concedían permisos de salida a nadie, ni terapéuticos ni de ningún tipo, contraviniendo lo establecido en el reglamento penitenciario, que estipulaba treinta y seis días de permiso al año, repartidos en periodos de seis días como máximo.

Cuando llevabas un año en el centro observando buen comportamiento, es decir, si te chivabas de cosas que hacían otros presos y te quedaba como mucho un año de condena, te clasificaban en tercer grado artículo cuarenta y tres, a condición que firmaras un documento por el cual solicitabas acabar de cumplir tu condena en ese centro. Entonces te concedían tres o cuatro permisos de seis días, contraviniendo de nuevo lo establecido en la ley, que estipulaba cuarenta y cinco días de permiso al año repartidos en permisos de siete días y permisos todos los fines de semana.

Pasados seis meses de tercer grado artículo cuarenta y tres, si la junta de régimen lo consideraba oportuno –cosa bastante extraña—, te concedían el tercer grado artículo cuarenta y cinco, más conocido como “sección abierta”, a condición, sine qua non, que te matricularas para estudiar administración en la escuela de Ocaña, propiedad del hermano del director de la cárcel.

Los dos vascos que hacían COU, estaban clasificados en tercer grado artículo cuarenta y tres y no tenían acceso a la “sección abierta” porque seguían empeñados en entrar algún día en la universidad.

Los dos únicos presos que estaban en sección abierta, estaban alojados en otro módulo, totalmente solos, casi como si estuviesen castigados.

Los dejaban salir a las nueve, a las trece horas tenían que estar de nuevo en la prisión, a las quince horas –si tenían clase— los dejaban salir de nuevo y a las diecinueve horas como mucho tenían que estar de nuevo en la cárcel y no tenían permiso ningún fin de semana.

El reglamento penitenciario establecía para los presos en sección abierta, la salida del centro por la mañana, el regreso a las veintiuna horas y permisos todos los fines de semana.

Tenía que salir de aquel antro cuanto antes y mientras mi madre movía sus contactos para conseguirlo hice una instancia para que me llevaran al hospital penitenciario de Carabanchel, para sacarme una muela, así podría pasar cerca de un mes con mis compañeros.

46

A las dos semanas de haber entregado la instancia, me concedieron el permiso para asistir a la sala de estudio.

Por fin, ya no iba a tener que pasarme las mañanas en el patio a merced de las iras de los funcionarios.

En la sala de estudio, más que estudiar, lo que hacíamos era fumar porros, cada día lo mismo, desde las diez hasta la una fumando un porro detrás de otro.

Cuando trajeron a Armando al módulo, también pidió permiso para estudiar, él estaba estudiando tercero de BUP y, evidentemente se lo concedieron. Sobre las mesas poníamos los libros y papel escrito para hacer ver que estudiábamos cada vez que pasaba algún funcionario para espiarnos a través de las ventanas. De vez en cuando, cuando hacía sol, aprovechábamos para correr las cortinas con la excusa de que el sol nos molestaba, de esta manera no teníamos porqué temer que nadie nos descubriese.

Estudiábamos en nuestras respectivas celdas, durante las dos horas de la siesta.

El chocolate lo habían traído los dos vascos de la calle, en el primer permiso que les concedieran.

Un buen día, por sorpresa, entraron cuatro funcionarios en la sala de estudio, el olor a porro era indisimulable, ya habíamos agotado todo el chocolate, sólo nos quedaba un porro y lo tenía yo en la mano.

—¡Vaya, vaya, así que fumando porros, eh! —dijo un funcionario.

—¡Vamos a hecer un cacheo! —dijo otro.

—Saquen todo lo que llevan en los bolsillos —dijo un tercero.

Estaba claro que el porro que yo tenía en la mano lo iban a encontrar, si lo tiraba al suelo, la sanción nos la iban a meter a los cuatro y era una putada porque a los dos vascos les iban a retirar los permisos de salida.

De modo que cuando llegó el turno de que me cachearan a mí, saqué el porro del bolsillo y se lo entregué al funcionario.

—¿De quien es el chocolate? —me preguntó.

—Mio —le dije.

—No —dijo uno de ellos— es de estos dos vascos de mierda que lo entraron cuando vinieron de permiso.

—No, es mio —dije— lo traía de Carabanchel.

—¡Bueno, se acabó el estudio, queda clausurada esta sala hasta nueva orden! —dijo otro.

Ese mismo día por la tarde me llamaron para que me presentase en jefatura de servicios.

—Sabemos que el chocolate lo entraron los vascos —me dijo el director amenazante—. Si sigue usted diciendo que es suyo, le vamos a meter ocho fines de semana de aislamiento y no va a salir de permiso mientras este en este centro.

—¡Por última vez! —dijo el director— ¿De quién es el chocolate?

—Mio.

—Bueno, usted se lo ha buscado, ocho fines de semana de aislamiento y olvídense de los permisos.

—De todos modos no me iban a dar ninguno —dije.

—A partir de ahora lo va a pasar muy mal aquí.

—Tranquilo, ya he pedido el traslado —le dije.

Como dice el refrán “Siempre llueve sobre mojado”. Mi situación en aquella cárcel que de abierta no tenía nada, volvía a asemejarse a la que hubiera tenido en Segovia, me había ganado a pulso la persecución constante de los funcionarios, siempre teniendo en cuenta que para ser bien tratado en aquella prisión así como en cualquier otra, lo importante no era el buen comportamiento sino el grado de colaboración con la administración, o sea, o eras un chivato o lo tenías muy mal.

Nunca en toda mi estancia en prisión había actuado de chivato, siempre intenté conseguir las cosas con mis propios esfuerzos y nunca a costa de los demás, nunca a causa de hacer daño a nadie.

Efectivamente, el chocolate lo habían entrado los vascos, pero yo había hecho uso de él y era a mí y no a los demás a quien casualmente le habían encontrado el porro, luego era yo quien tenía que correr con todas las responsabilidades.

Me podía haber tragado el porro, pero la falta de reflejos en aquellos momentos me condujo a la nueva situación de precariedad dentro de la cárcel.

El fin de semana siguiente de la sanción, ya estaba encerrado en una celda, incomunicado, en un módulo a parte del resto de los presos. Me encerraban el viernes por la noche, después de la cena y me dejaban salir el lunes por la mañana, después del desayuno.

Me pasaba las horas escribiendo poemas de amor a mi compañera, cartas a mi madre y a Yoyi y, cuando me cansaba de escribir, me dedicaba a estudiar para preparar los exámenes de junio.

A principios de mayo, acababa de cumplir mi sanción de ocho fines de semana de aislamiento.

Como la sanción que me habían impuesto estaba calificada como de muy grave, tenía que estar un año sin redimir pena por trabajo, con lo que los cuatro años a los que me había hecho la idea que me quedaban para cumplir la condena, se convertían automáticamente en cinco.

A los pocos días de haber cumplido la sanción, un funcionario me dijo.

—Coja esta máquina y abrillante los suelos de su módulo.

—Lo siento pero no redimo por trabajar, ¡Cómo no lo hagas tú! —le dije.

La sala de estudio volvía a estar abierta, había estado inhabilitada durante todo el tiempo que cumplía mi sanción, al parecer funcionaban como en el ejército, también habían sancionado a la pobre sala sin nuestra agradable presencia.

De repente, sin esperarlo, llegó mi traslado al hospital penitenciario de Carabanchel.

Me tuvieron unos quince días allí, aun a pesar de que nada más llegar, me negué a que me sacaran la muela.

Primero estuve unos cuatro días en una celda muy grande con cinco presos más. Por las noches era difícil dormir por qué había un tipo muy gordo que roncaba con un sonido muy por encima de lo recomendable.

—Si vas a seguir roncando así, mejor que pidas el traslado a otra celda —le dijo uno.

—No será para tanto —le sonrió el gordo.

—¡Tú mismo!.

La noche siguiente, el gordo seguía en nuestra celda, al poco de conciliar su sueño empezó a roncar de nuevo sin dejar que los demás pudiésemos conciliar nuestro sueño.

De repente un alarido.

El que le había recomendado que se cambiase de celda, lo estaba apuñalando, la sangre salía a borbotones, como si de una fuente se tratase.

El mismo que lo había apuñalado llamó a la puerta de la celda mientras recogía sus cosas para irse directamente a una celda aislado.

—Por lo menos dormiré bien, gordo de mierda —le dijo al otro mientras se desangraba.

Al día siguiente, pedí que me cambiaran de celda.

Me pusieron en otra, amplia también, acompañado por tres heroinómanos atracadores de Madrid y un etarra de los milis.

Eran las Navidades y el hospital estaba lleno de presos, gente que provenía básicamente de celulares de prisiones de máxima seguridad como Herrera de La Mancha, Puerto de Santa María...; la mayoría se habían tragado muelles de las camas y otros se habían atravesado la barriga con las varillas de las cisternas. Todo para salir durante algunas semanas de las sesiones de tortura a que diariamente eran sometidos.

Aquella fue la peor Navidad que recuerde, no había nada para celebrarla, ni alcohol, ni chocolate, ni cocaína. Sólo había heroína.

Los tres atracadores de Madrid me invitaron a que me chutara un pico, pero me negué, no por nada sino porque a ellos les hacía más falta.

Uno de aquellos días corrió el rumor de que el hermano del Vaquilla había intentado fugarse con una cuerda metálica de guitarra, al parecer se había tirado desde la ventana de la cuarta planta. Lo que nunca se supo es si se tiró él o si lo tiró alguien, el caso es que murió reventado contra el pavimento del patio interior.

A los quince días me llevaron a Carabanchel, a la tercera galería, con el resto de mis compañeros, donde estuve aproximadamente un mes.

Transcurrido ese agradable espacio de tiempo, me llevaron de nuevo a Ocaña II.

—Oye, habla con tu colega Armando —me dijo el catalán— se está dedicando a la usura y algunos presos quieren matarlo.

—¿Cómo a la usura?.

—Sí, la gente le pide dinero prestado y tienen que pagar un veinticinco por ciento más para que les devuelva lo que empeñan.

—¿Hace mucho que se dedica a eso?

—Casi desde que te llevaron a Carabanchel.

Hablé con Armando y le reproché su conducta.

—¿Cómo es posible que un anarquista se dedique a la usura? —le dije.

—Y entonces —me reprochó— ¿Qué quieres que haga, que deje dinero sin garantías de que me lo devuelvan?.

—Muy sencillo, no dejes dinero.

Lo convencí para que devolviera todos los relojes y anillos que le habían empeñado y en poco más de un mes volvía a recuperar todo el dinero que había prestado, sin intereses.

De este modo volvíamos a recuperar el estatus de presos anarquistas entre el resto de los presos; la gente volvía a creer en nosotros, en nuestra defensa de valores como solidaridad y apoyo mutuo.

Un buen día, cansados como estábamos de aguantar la mierda que nos daban cada día, para comer y para cenar, apoyados por otros presos, organizamos un plante en el comedor.

Nos pusimos en la fila, como siempre, íbamos cogiendo nuestras bandejas y llenando las concavidades destinadas al alimento y nos íbamos sentando en nuestras respectivas mesas. Una vez todos sentados, sin haber probado bocado, empezamos a levantarnos y a picar con las cucharas en los lugares metálicos que hallábamos a nuestro alcance.

El comedor se llenó de funcionarios.

—¡Un motín, han organizado un motín! —gritaba unos de los funcionarios.

Nos encerraron a todos en nuestras celdas hasta el día siguiente a la hora de comer.

La comida era la misma del día anterior, totalmente fría y apelmazada. Como represalia por no haber encontrado a los organizadores del plante.

La mayoría de la gente se derrumbó, las condiciones no eran las más óptimas para plantar una batalla larga, ni siquiera corta, ese mismo día, la mayoría de la gente se comió aquella bazofia. No habíamos conseguido nada. Las comidas de los días venideros serían igual de asquerosas que siempre.

A los que estábamos estudiando nos comunicaron que en quince días nos iban a hacer los exámenes de junio en la escuela.

Como estábamos bastante verdes, los vascos y yo decidimos hacernos con las pruebas.

Un buen día, nos apuntamos al turno de encerar las plantas de los módulos; sin que se dieran cuenta nos las ingeniamos de tal manera para que nos tocara el módulo donde estaba ubicada la escuela. Como los grupos de trabajo eran de tres en tres, nadie podía ser testigo de nuestra acción directa.

Convencimos a un funcionario, que al parecer era un poco tonto, para que nos dejara limpiar la escuela, teniendo en cuenta que dos días después empezaban los exámenes y era conveniente que los profesores que venían de fuera a examinarnos, encontraran el espacio lo más aseado posible.

Conseguí todos los exámenes excepto el de Historia del Arte y el de Historia de la Filosofía.

Aprobé casi todas las asignaturas con notables y sobresalientes, excepto, claro está, las dos de las que no había conseguido los exámenes, que me quedaron para septiembre con un “muy deficiente”.

Un buen día anunciaron que hacía falta personal para el reparto de la comida. Seguía sin poder redimir pena por trabajo pero me apunté porque era la única manera de conseguir algo más que llevarse a la boca. Poco se podía conseguir pero me bastaba con un trozo de pan y algo de mantequilla y las sobras de algún que otro día.

Por fin me comunicaron que me trasladaban a Lérida.

Me había enterado por mi madre y por algunos otros presos que el juez de vigilancia que llevaba esa cárcel se enrollaba bien, era el mismo que llevaba la Modelo de Barcelona.

La prisión de Lérida era muy pequeña, aproximadamente como la de Segovia.

Era vieja o mejor dicho casi antigua, debía ser del siglo XIX como la Modelo o como Segovia, por sus anchos muros de roca y su pavimento gastado.

Curiosamente, allí se podía hablar catalán, incluso con algunos funcionarios, cosa extraña, teniendo en cuenta que la Generalitat aún no tenía competencias sobre prisiones.

Sería el mes de septiembre de mil novecientos ochenta y tres cuando llegué a aquella prisión.

Me instalaron en una celda de la planta baja de la primera galería con un preso común joven que estaba bastante mal de la cabeza, yo diría que era un poco paranoico.

A los tres días me tuve que ir a otra celda porque se negaba a que durmiera desnudo.

—La gente se va a pensar que soy maricón —me decía ruborizado.

—¿Eres maricón? —le preguntaba yo.

—No, no soy maricón, yo soy muy hombre.

—Pues entonces qué más te da lo que diga la gente.

—Nada, nada, te tienes que ir a otro chavolo hoy mismo.

En esa misma galería estaba el Vaquilla, lo que significaba que tarde o temprano tenía que pasar algo.

Estaba bastante espitoso, no paraba de dar la bronca y por su actitud se notaba que seguía enganchado a la hípica. Los días que tenía algo con que alimentar la vena, no salía de su celda y nadie notaba que estuviera allí, pero los días que no tenía, se pasaba con todo el mundo. En esos momentos era cuestión de pasar de él, como si no estuviera.

A los tres días de estar en Lérida, me llamaron a la oficina del director.

—Veo en su expediente que tiene una sanción reciente muy grave, por tráfico de estupefacientes, por tanto aún le quedan seis meses para poder redimir pena por trabajo.

—Si a un porro le llama usted tráfico de estupefacientes, pues entonces sí, tengo un parte por eso —le dije.

—Yo no le llamo nada a nada, eso es lo que pone en su expediente — me contestó—. Aquí no queremos problemas, si usted se comporta correctamente todo irá bien.

—Ya que se ha preocupado en leer la última página de mi expediente, dedíquese más y léalo entero, verá que no soy conflictivo, que las únicas sanciones que tengo son por huelgas de hambre o por plantes. En todo mi expediente no encontrará ninguna agresión a funcionarios, ni a presos y tampoco nada sobre tráfico de drogas. Eso sí, si puedo fumar un porro me lo fumaré,

aquí o donde sea –le respondí.

Acabada la entrevista, me dirigí de nuevo a la primera galería y cuando llevaba un cuarto de hora me llamó el maestro.

—Veo que sólo le queda historia del Arte e Historia de la Filosofía – me dijo.

—Sí, así es.

—¿Quiere presentarse este mes?

—No, la verdad es que no estoy preparado.

—¿Y si le dejo copiar?

—¡Vale! ¿Cuándo es el examen?

—A finales de mes –me dijo— Espero que no se note que ha copiado.

—Llevo unos cuantos años estudiando y copiando –le contesté.

Cuando salí de la escuela había mucha gente en la planta de la galería, bajé las escaleras para ver qué pasaba.

El Vaquilla se estaba cortando los brazos con una cuchilla.

Se lo llevaron a enfermería y luego creo que a la Modelo de Barcelona, la prisión parecía una balsa de aceite sin su presencia.

Por la tarde, después de la siesta me llamaron a locutorio de jueces.

Era el juez de vigilancia penitenciaria, al parecer mi madre le había dicho que aprovechara alguna de sus visitas a Lérida para hablar conmigo.

—He leído su expediente –me dijo.

—No siga –le corté— me va a decir lo del parte de Ocaña II.

—Sí, de eso quería hablar. No lo entiendo, cómo es posible que después de cinco años que lleva usted preso, le pongan un parte muy grave por tráfico de estupefacientes.

Le expliqué cómo había sido lo del porro.

—No se preocupe –me dijo— Creo en su palabra. Las sanciones anteriores que tiene quedan anuladas, de modo que está redimiendo condena por trabajo desde que entró en prisión.

—¿Eso quiere decir que me faltan dos años para conseguir la libertad condicional? –le pregunté exaltado.

—Sí, más o menos.

—¡Guau! –grité de alegría.

—¿Tiene alguna redención especial? –me preguntó.

—Supongo que sí, en la Modelo di sangre ocho veces y el reglamento estipula quince días por cada donación y tengo aprobado desde Graduado Escolar hasta Tercero de BUP y este mismo mes espero aprobar dos que me quedan de COU. Según creo, el reglamento estipula tres meses de redención especial por cada curso aprobado. En total, si no llevo mal las cuentas, cuando apruebe el COU, tendré diecinueve meses de redención especial.

—Veré qué puedo hacer, en su expediente no consta nada de esto.

—El graduado y primero de BUP los hice en Segovia, segundo y tercero de BUP en la Modelo y el COU en Ocaña II y lo acabaré aquí.

—Bueno, si conseguimos informes de que eso es así, tal vez pueda conseguir la libertad condicional en un año.

—¿Y sobre los permisos de salida? –le pregunté.

—Haga la petición –me dijo— por mí no hay problema pero ya sabe

que para concederlo, los informes del equipo de tratamiento de esta cárcel tienen que ser favorables.

Nos despedimos y le pedí que le diera un fuerte abrazo a mi madre en cuanto la viera.

Las cosas se me ponían bastante bien, iba a cumplir la condena en bastante menos tiempo del que había pensado

Volví a la primera galería y me dediqué a pasear yo solo por el patio, pensando en la larga conversación que había tenido con el juez de vigilancia penitenciaria, estaba contento, estaba que me salía de mí. Además eso significaba que podía salir de permiso pronto.

Una semana más tarde vino a verme mi familia.

Me enfadé porque no me habían avisado y no había podido solicitar comunicación bis a bis con mi compañera.

—Tranquilo que ahora estamos cerca, pídelo para dentro de quince días —dijo mi madre.

Aquello era genial, iba a ver a mi familia cada quince días hasta el día que me concedieran la libertad.

—¿Cómo estás? —me preguntó Pili.

—Bien, super animado, sobre todo después de la conversación con el juez de vigilancia.

—¿Y la comida? —preguntó mi padre.

—Como en todas las prisiones —le dije— eso sí, mejor que en Ocaña

II.

Tres días después me llamó el director.

—Bueno, ya no tiene sanciones, puede redimir la pena por trabajo.

—Estoy estudiando —le dije.

—Bueno, eso se considera como redención especial. ¿No le gustaría trabajar en el taller de balones de fútbol?.

—No gracias, todavía no me considero esclavo de nadie.

El taller de balones era pura esclavitud, los presos que allí trabajaban tenían las manos destrozadas de clavar agujas en el cuero y el sueldo era una miseria, cien pesetas por balón, que luego en la calle se venderían por tres o cuatro mil pesetas.

Como tenía que redimir de una u otra forma la pena a cambio de trabajo, me apunté como en tantas otras prisiones a los turnos de limpieza de la galería.

En Lérida el único taller existente era el de balones de cuero, en Segovia no existía ninguno, en Ocaña II tampoco, en la Modelo de Barcelona, había talleres de flores de plástico y de carpintería pero los salarios también eran esclavistas.

Formulé mi primera petición de permiso de salida, según el reglamento, en segundo grado, correspondes treinta y seis días anuales repartidos en permisos de seis días como máximo. Llevaba ya algo más de año y medio clasificado en segundo grado y aún no había visto la calle ni en pintura.

Dos días después me llegó contestación de la Junta de Régimen diciendo que para enviar al Juez de Vigilancia Penitenciaria un informe de buen comportamiento, tenía que pasar al menos cuatro meses en aquella nueva cárcel;

me recomendaban pedirlo para Navidad y de alguna manera me aseguraban que me lo concederían para esas fechas.

Yo no tenía nada claro respecto a ese primer permiso de salida. Iba a ser, si llegaba a serlo algún día, el primer permiso concedido a un preso anarquista y no creo que se fiaran demasiado de mi regreso.

Pero, precisamente porque iba a ser el primer permiso a un preso anarquista, estaba convencido de que iba a volver, era la única manera de que el resto de los compañeros pudieran acceder a esos reducidísimos espacios de libertad.

De algún modo, todos nos habíamos propuesto volver si algún día conseguíamos un permiso, creo que tal vez apelando al sentido de solidaridad para con el resto de nuestros compañeros y también porque si a esas alturas no habíamos conseguido fugarnos, no tenía sentido aprovechar los permisos para ello.

Creo que todos teníamos ganas de salir en libertad por la puerta grande, es decir legalmente y eso que algunos tendrían que esperar aún otros cuatro o cinco años de cárcel.

Me examiné de las dos asignaturas de COU que me habían quedado en junio y copiando, las aprobé con notable, tampoco tenía demasiado sentido hacerlos a la perfección para conseguir más nota.

Hacia mediados de octubre me llegó una comunicación del Juez de Vigilancia Penitenciaria. Malas noticias. En mi expediente no constaba por ningún lado ningún informe de redención especial ni por las donaciones de sangre ni por los cursos aprobados; él acababa de recibir un informe de Lérida conforme había aprobado el COU y por ello me concedía tres meses de redención especial, de modo que los diecinueve meses que me correspondían por normativa, se convertían en tan solo tres.

Los meses iban pasando, en diciembre me denegaron el permiso que me habían casi prometido para Navidad. En enero me llegó de nuevo denegada la petición de indulto.

Los socialistas ya llevaban un año y medio en el poder y estaba claro que no tenían ninguna intención de concedernos el indulto, todo eran falsas promesas y declaraciones de buenas intenciones que de nada servían a los que seguíamos cumpliendo aquella absurda condena.

Aquellas Navidades las pasé bastante mal, todas las informaciones que hasta el momento me habían llegado de mi familia, de amigos y del Juez de Vigilancia se vieron truncadas por la decisión de mis actuales verdugos, esos señores para los que la reinserción no es más que una excusa para seguir haciendo daño a las personas, por el simple gusto de admirar el sufrimiento en los demás, de regocijarse con él.

Tras haber recibido la desestimación de mi indulto por parte del Consejo de Ministros, volví de nuevo a solicitar otro indulto y otra petición de permiso de salida.

En noviembre, había llegado a Lérida Armando, procedente de Ocaña II y en enero llegaban Pedro y el Profe. Por lo menos tenía compañeros con los que hablar de cosas con sentido y además, me consolaban.

Me encontraba en un estado de desesperación tal que casi no podía

comer ni dormir, en tres meses había adelgazado unos cuantos kilos. Me prometí a mí mismo que si en junio no salía de permiso me iba a declarar en huelga de hambre y sed y así se lo hice saber a mi familia y al juez de vigilancia penitenciaria.

48

Hacia abril o mayo de mil novecientos ochenta y cuatro, inauguraban la nueva prisión que habían construido al lado de la vieja, Lérida II se iba a llamar.

La dirección de la cárcel nos explicó a todos los presos las inmejorables condiciones de vida de aquél nuevo centro penitenciario e hicieron una especie de oferta para quien quisiera apuntarse como nuevo inquilino. Nosotros decidimos que nos seguían gustando más las prisiones antiguas y por tanto pretendíamos continuar allí.

Algunos presos picaron con la novedad y dos meses después, las durísimas condiciones de tratamiento condujeron a un motín en uno de los módulos.

Nunca entendí, ni siquiera llego a entender hoy, el porqué de tanta maldad; para qué sirve estar en una prisión nueva si el régimen disciplinario es casi castrense, en vez de avanzar en la búsqueda de soluciones para que la ley progresiva de la reinserción sea algún día real, se hace todo lo contrario.

En junio, por fin me concedieron el primer permiso de salida, vinieron a buscarme mi madre y su novio. A mi padre, pobre, no le habían dicho nada, fue un palo duro para él, teniendo en cuenta que había pasado largos años conduciendo el coche con toda la familia hasta las prisiones en las que me encerraban.

Mi primera reacción cuando puse los pies en la calle, fue meterme en el coche en que habían venido a buscarme, pues tenía una muy fuerte sensación de perder el equilibrio. Después de tantos años encerrado en espacios pequeños en los que sólo se veía el cielo, mi vista no estaba acostumbrada a los espacios infinitos.

De camino hacia Barcelona, paramos a almorzar en un área de servicio de la autopista y recuerdo que aluciné pepinillos cuando en los lavabos vi una máquina que expulsaba aire caliente y que servía para secarse las manos.

En esos seis primeros días de permiso, pasaron muchos compañeros y compañeras por casa de mis padres para verme, muchos de ellos no me habían visto desde enero de mil novecientos setenta y ocho y otros ni siquiera me conocían de entonces y se habían hecho amigos y amigas a través de la correspondencia.

Uno de esos días me llevaron a la playa, creo que a Sant Pol de Mar. Recuerdo que pasé todo el día mareado, no podía mirar al horizonte sin sentir una desagradable sensación de mareo.

Recuerdo también que, tanto Pili, como cualquiera que estuviese a mi lado, tenía que ayudarme a cruzar las calles, pues mis sentidos no controlaban las distancias. Una noche, les dio a los colegas por llevarme al Karma, una especie de discoteca que aún existe en la Plaza Real, y digo llevarme porque después de tantos años no conocía nada de la ciudad. No estuve ni dos minutos allí dentro, un espacio pequeño, lleno de gente y de humo; no soportaba los espacios pequeños ni las aglomeraciones de gente, me agobiaba profundamente en aquellas situaciones y las evitaba siempre que podía.

La gente no cesaba de preguntarme cosas de la cárcel y, su deseo de querer saber tantas cosas en tan corto espacio de tiempo, me agobiaba sobremanera. Tenía ganas de estar con ellos, pero no podía soportar tener que dar explicaciones a todos. Tenía ganas de oír, ver y callar, ya llegaría el momento en que podría explicarles todo cuanto quisieran saber, tal vez en otro permiso o tal vez una vez ya en libertad.

Aquellos seis días se pasaron volando, puedo decir que tuve la sensación del más corto espacio de tiempo en toda mi vida.

De nuevo volvía a la vieja prisión de Lérida y una vez dentro me daba la impresión de no haber salido nunca, como si se tratase de un sueño.

Los funcionarios quedaron sorprendidos al ver como regresaba.

—Pensábamos que no volvería —dijo uno.

Para recordarme que volvía a la tortura de entremuros, me hicieron un cacheo de lo más vejatorio que se puede hacer a una persona. En pelotas me hicieron hacer veinte flexiones y luego con un guante me metieron el dedo en el ano, sin embargo no encontraron el chocolate que llevaba escondido debajo de la lengua; no era mucho pero sí de buena calidad, y me lo iba a fumar ese mismo día con mis compañeros.

En el mismo momento en que llegaba a mi celda, redacté la petición para el segundo permiso de salida, en teoría me correspondía uno cada dos meses; los treinta y seis días de ese año no los iba a disfrutar, como mucho tendría dieciocho en tres turnos.

Después de mi regreso a la prisión, salieron Armando y luego Pedro, eso sí, nos habían advertido que no iban a cometer el error de dejarnos salir a los tres juntos, lo cual era una tontería más del régimen carcelario, porque teníamos bastante claro que para lo que nos quedaba en la cárcel íbamos a volver de todos los permisos que nos concedieran.

En septiembre me dieron otro permiso de seis días y las Navidades del mil novecientos ochenta y cuatro las pude pasar en familia con el tercer permiso de seis días. Después de este tercer permiso, me concedieron otro en abril y ya no tendría que volver a Lérida, sino que debía incorporarme al departamento de sección abierta de la prisión Modelo de Barcelona; me habían concedido el tercer grado, artículo cuarenta y cinco, por el cual, los treinta y seis días de permiso anuales se convertían en cuarenta y cinco y además, saldría todos los días a trabajar a la calle y tendría que volver a las nueve de la noche; los fines de semana, saldría el sábado por la mañana y no debía regresar hasta el lunes por la noche.

49

Había conseguido la sección abierta gracias a mi tío Liberto, un hermano de mi madre que tenía una empresa de la siderometalurgia en Hospitalet del Llobregat y que había accedido a contratarme, condición sine qua non para acceder a ese grado de clasificación penitenciaria.

Aquél tercer permiso había sido de siete días por estar ya clasificado en tercer grado y, al juntarse con el fin de semana siguiente se convertían en diez días.

Sin embargo estuve prácticamente toda la semana de papeleo entre instituciones

penitenciarias de Barcelona y la oficina de empleo, pues el lunes siguiente debía incorporarme al trabajo que me iba a hacer más llevadero el resto de la condena.

Ya me quedaba poco, en septiembre de ese año, mil novecientos ochenta y cinco, si no pasaba nada, tenían que concederme la libertad condicional.

Después de una jornada de trabajo en la empresa de mi tío, me fui a casa a comer y por la tarde salí a tomar unas copas con unos amigos, era horrible, me pasaba el día mirando el reloj, pues a las nueve en punto de la noche tenía que entrar en la Modelo.

El departamento de sección abierta era una gran sala llena de literas de tres pisos en la que teníamos que convivir cuarenta personas.

Yo debía levantarme cada mañana a las cinco para poder llegar a las siete treinta al trabajo, había gente que salía a las seis, a las siete, a las ocho, a las nueve y hasta a las diez.

En aquél espacio hediondo e insalubre había un lavabo con taza de wc para todos y una televisión que permanecía encendida hasta altas horas de la noche, a un volumen que impedía conciliar el sueño.

En el trabajo me dejaron unos cascos que usaban los obreros del taller para evitar el sonido ensordecedor de la máquinas, pero con aquello era bastante incómodo dormir, y más teniendo en cuenta que mi postura ideal para conciliar el sueño es de lado, con lo que me clavaba los cascos en la cabeza y resultaba peor el remedio que la enfermedad.

La mejor manera que encontré para conciliar el sueño, era emborracharme cada noche de cervezas, whisky y porros. Con este nuevo sistema conseguía caer en el sueño hacia la una o las dos de la mañana, con lo que no dormía más de cuatro horas diarias y debía perder unas horas valiosas de mi libertad fuera del trabajo con la siesta diaria.

El régimen interno era bastante duro, en el sentido de que los funcionarios no paraban de provocarnos con la intención de sancionarnos, regresarnos de grado y hacernos perder toda la libertad hasta el momento conseguida.

— Coja la escoba y barra el patio exterior —me dijo un buen día un funcionario bastante cabrón.

—Yo trabajo en la calle —le contesté— Ese es trabajo del destino de limpieza exterior.

—Pero yo quiero que lo barra usted —me dijo burlón—. O prefiere que lo sancione por desobediencia y dormir hoy en la primera galería.

En fin, no tenía más remedio, el patio exterior era bastante grande y estuve al menos tres horas barriendo.

Una cosa que me sorprendió bastante fue cuando me enteré que trabajando en la calle no se redimía la pena por trabajo, o sea que el resto de mi condena la iba a tener que cumplir a pulso, como se dice en el argot carcelario.

No tenía sentido aquello, ya estabas en la fase final, en la fase de acercamiento progresivo a la sociedad, en la fase en que iban a valorar tu capacidad de vivir en comunidad; la fase final de la tan cacareada mentira de la reinserción y, precisamente en ese momento, te negaban el derecho a la redención.

A los dos meses aproximadamente de estar en sección abierta, introdujeron la figura del educador, hasta entonces totalmente desconocida. De todos modos, más que un educador era un controlador. Al parecer no había suficiente con el

control que sobre nosotros ejercían los funcionarios uniformados sino que además tenían que ponernos funcionarios sin uniforme que de educadores tenían lo mismo que los demás.

Su primera y más importante actuación por las consecuencias negativas que ello trajo, fue controlar que realmente la gente que estaba en sección abierta trabajaba realmente donde decía que trabajaba. Si esos educadores hubiesen sido profesionales, les hubiese bastado con llamar a los trabajos y preguntar sin más por cada persona.

Pero no, su exceso de celo, su falta absoluta de profesionalidad y el hecho de que realmente lo que pretendían era hacer daño, les hizo hacer su trabajo todo lo mal que supieron.

Llamaban a los lugares de trabajo que cada cual había dado y en vez de preguntar sin más por la persona, pedían hablar con el director o el encargado y le comunicaban que esa persona estaba cumpliendo condena en la sección abierta de la cárcel Modelo de Barcelona y hasta incluso les comentaban los delitos de cada uno.

El resultado fue nefasto, al día siguiente, unos trece presos perdían su puesto de trabajo y con ello el tercer grado, artículo cuarenta y cinco, y entraban dentro de la cárcel, perdiendo la semilibertad que hasta entonces habían conservado.

Otro preso y yo, indignados ante tal situación, fuimos a denunciar lo ocurrido ante el juez de vigilancia penitenciaria. Ninguno de los trece volvió a la sección abierta, pues no tenían trabajo, pero conseguimos que sacaran a los educadores de en medio.

La sección abierta era dura, teniendo en cuenta que sólo podía dormir unas cuatro horas diarias, que habitualmente me dormía y llegaba tarde al trabajo. Lo que suponía aguantar broncas de un encargado gallego y bastante cabrón, además de, claro está, tener que recuperar a la hora de salir.

No sé porque, aquel encargado, por cierto brazo derecho de mi tío, me tenía mucha manía, incluso llegué a enterarme que me tenía miedo porque decía que yo era un terrorista y cuando me daba la bronca lo miraba con mala cara y temía que le pusiera una bomba en el coche o algo parecido.

Por fin, en septiembre de ese año mil novecientos ochenta y cinco, conseguía la libertad condicional, me quedaban cuatro años de condena y los tenía que cumplir en la calle, presentándome cada mes ante instituciones penitenciarias, en la Vía Layetana, para que me sellaran una especie de cartilla, que era la única documentación de que podía disponer, pues el DNI no me lo darían hasta mil novecientos ochenta y nueve, fecha en que cumplía, en once años, los dieciséis a que me habían condenado.

EPÍLOGO

Las cárceles son antros encubiertos, elementos secretos del Estado en los que el incumplimiento de la legalidad por parte de sus propias autoridades está al orden del día.

La cárcel no es más que un elemento punitivo que no sólo juega únicamente el papel del cumplimiento del castigo impuesto por sentencia judicial, en la mayoría de los casos extremadamente desmesurada, sino que además sirve para reducir a la persona al concepto de nada o lo que es peor, al concepto de simple número dentro de una lista interminable de números.

La persona que tiene la desgracia de caer en el peor elemento de tortura del sistema, la cárcel, no está condenada simplemente a la privación de libertad, sino a la tortura física y psicológica permanente, a la vejación constante, a la indefensión y en definitiva, a cualquier tipo de tratamiento que lo conduzca a no merecer la pena existir.

Dentro de la cárcel hay otra cárcel, las celdas de aislamiento en las que quien decide el tratamiento y el tiempo de permanencia no es un juez sino unos funcionarios de prisiones —el equipo de dirección— caracterizados básicamente por su sadismo, por su deseo irrefrenable de causar daño irreparable en terceros. Si bien es cierto que el Reglamento de Prisiones regula que el máximo de tiempo que una persona puede estar aislada son dieciséis días consecutivos, la realidad es bien diferente, son los menos los que como mucho están el tiempo reglamentado.

Casos de personas que han permanecido, permanecen y permanecerán meses e incluso años en celdas de aislamiento, son lo habitual; son como decía anteriormente una pequeña parte del incumplimiento sistemático del reglamento por parte de las autoridades competentes.

Las celdas de castigo, impuestas a través de una sanción disciplinaria, consisten en permanecer aislado en una celda veintitrés horas al día, con una sola hora de patio durante el tiempo de duración de la sanción.

El aislamiento en lo que antes se llamaba “vida mixta” consistía en veintitrés horas y media de aislamiento en celda y media hora de patio, con la salvedad que nunca se sabía el tiempo de duración de tal castigo.

Las torturas físicas estuvieron al orden del día y puedo dar testimonio de ello al menos hasta septiembre mil novecientos ochenta y cinco, fecha en que conseguí la libertad.

Los casos denunciados por torturas son pocos, los presos no suelen tener apoyo de nadie en la calle. Los casos que llegan a verse en los juzgados son del todo desconocidos por la población libre, la prensa, entre otros estamentos, se encarga de que no salgan a la luz pública.

Tratamientos de tortura extremadamente desmesurados en los que participan varios funcionarios contra un solo preso, en una clara demostración de cobardía por parte de los primeros y de indefensión absoluta por parte del segundo, acaban en sentencias desfavorables al preso por falso testimonio. La palabra del preso siempre es considerada como mentira exagerada y la que definitivamente acaba archivando el caso judicial es la de esos funcionarios que colectivamente han

participado en el tormento y que acaban justificándolo con la declaración usual de “cumplimiento del deber”.

En febrero—marzo de mil novecientos noventa y nueve, El Periódico hacía referencia a una sentencia judicial condenatoria contra ocho funcionarios de la prisión catalana de “Quatre Camins”, por torturas cometidas contra un preso en mil novecientos noventa y siete; entonces podemos asegurar que en ese año seguía la tortura física como tratamiento al orden del día.

Ni el sistema penal ni el penitenciario, al menos de nuestro país, pretenden resarcir el daño cometido contra terceros, es decir, un ladrón no es condenado a devolver lo robado, sino a cumplir una serie de años de cárcel.

El sistema penitenciario, de otro lado, no sólo se aplica como elemento de castigo contra la persona que ha cumplido el delito, sino también como método de castigo contra sus familiares directos.

Cuando los presos son condenados, y en muchos casos cuando aún no han sido condenados, son desplazados a centros penitenciarios alejados de sus familiares, podríamos decir que “son secuestrados” pues se trata de una práctica ilegal no contemplada en el reglamento penitenciario; entonces, los familiares son castigados por el sistema a contraer una serie de gastos derivados de desplazamientos que, incluso en ocasiones han derivado en accidentes mortales de tráfico. Además de ese castigo económico, los familiares son condenados a no poder estar con su familiar preso más de veinte minutos y a través de rejas y cristales que evitan todo posible contacto físico.

La reinserción es mentira, es simple propaganda política que pretende dar una dimensión democrática a un país que bien poco tiene de ella.

La reinserción es una ley progresiva, es decir, aplicable a medida que se van dando las condiciones óptimas para su desarrollo. Esta ley progresiva, data en nuestro país de mil novecientos setenta y ocho y hoy, veintiún años después sigue siendo tan mentira como el día en que se aprobó en consejo de ministros.

Por otro lado, el castigo de privación de libertad mediante el cumplimiento de sentencias en la cárcel, cae constantemente en el agravio comparativo, a través del cual llegamos a la conclusión que realmente la cárcel está pensada para encerrar a las clases bajas de la sociedad, a los desfavorecidos, luego deberemos aceptar que es un sistema interclasista.

Raras veces el estafador o el traficante de drogas a gran escala acaba con sus huesos en la cárcel, raramente el violador cumple más condena que el más insignificante de los chorizos que ha robado quinientas pesetas, raramente el político, por más que se demuestre su pertenencia a una banda armada (Batallón Vasco Español, ATE, GAL...) cumple una condena en prisión.

Lo que sucede dentro de las prisiones es, poco más o menos, que secreto de Estado; es la parte más oscura de la administración pública y la menos transparente. Es también, hay que decirlo, ese “gheto” de la sociedad que no interesa a nadie. A la derecha le satisface por su condición disgregadora y vengativa y a la izquierda, posiblemente también por esa misma condición.

Y por último, debo añadir que las prisiones más que un gasto para el Estado por el mantenimiento de los presos y por la construcción de nuevos centros de reclusión, es una fuente de ingresos, una manera encubierta y hasta ilegal, de obtención de beneficios estatales. ¿O no engordan las arcas del Estado el dinero que

semanalmente los presos reciben de sus familiares para atender las necesidades más básicas de todo ser humano?

No olvidemos que todavía hoy, los presos deben comprarse la leche, el tabaco, el papel higiénico, el jabón..., productos que se venden en los economatos de las diferentes prisiones.

Supongamos que los más de cincuenta mil presos actuales reciben de sus familiares una media de tres mil pesetas semanales (3.000'—Pts) —teniendo en cuenta que hay quien no recibe nada “los indigentes” y quienes reciben mucho más—, esto nos da un saldo favorable para el Estado de siete mil doscientos millones de pesetas anuales (7.200.000.000'—Pts) aproximadamente, más los intereses que produzcan.

O tengamos en cuenta que cuando hay que pintar una cárcel o hacer reparaciones de albañilería, fontanería, cerrajería,... la mano de obra son los propios presos que no cobran por ese trabajo y que antes eran retribuidos mediante la conocida “redención de pena por trabajo” sustituida en el nuevo código penal.

En definitiva, la cárcel es el instrumento que el Estado y el sistema utilizan para “ghetificar” a una parte importante de la sociedad. Es un sistema legal y regulado que por su opacidad permite el incumplimiento sistemático de lo establecido en ley.

Xavier Cañadas Gascón
Barcelona 15 de abril de 1999